CONSTANZA CHESNOTT



LA LEYENDA DE LOS AMANTES

Amor épico en una isla remota

La leyenda de los amantes

CONSTANZA CHESNOTT

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

El *copyright* favorece la creatividad y estimula una cultura viva y diversa. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro.

Esta es una obra de ficción histórica. Nombres, personajes, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimiento de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

Copyright © 2024 Constanza Chesnott

Título: La leyenda de los amantes

Primera edición: Mayo, 2025
Editado por: Érika Gael
Maquetación: Alexia Jorques
www.alexiajorques.com

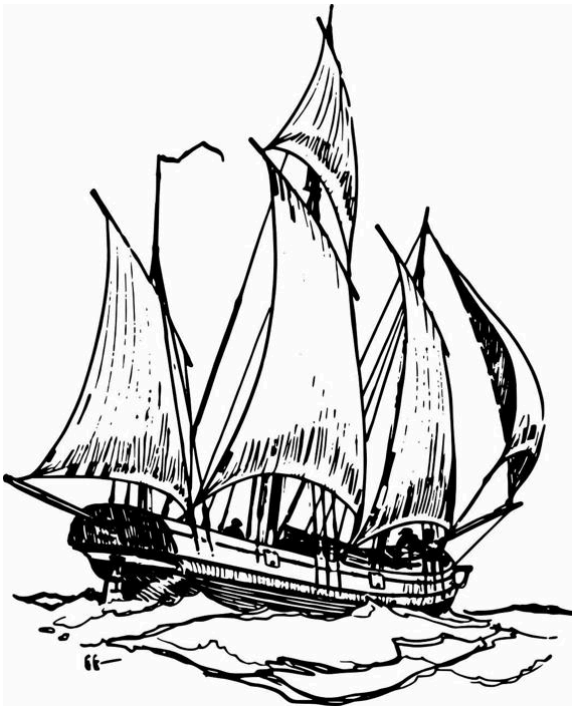
Estoy deseando conocerte:
Subscríbete en: http://www.constanzachesnott.com
O mándame un *e-mail* a constanzachesnott@yahoo.com

Para seguir mis noticias:
https://www.instagram.com/constanzachesnott_escritora/

Lynn, querida, esta historia es para ti,
para que te inspire a cumplir todos sus sueños.

A mi capitán favorito,
por tantos años de amor
y anhelos compartidos.

<



En 1565, el capitán D. Miguel de Legazpi tomó posesión de las islas de los Ladrones en nombre de la Corona de Castilla, plantando en Saypan la cruz de Cristo.

C A P Í T U L O 1



Tasi

Madrid,
31 de diciembre de 1999

Las pesadillas regresaron justo cuando esperábamos el fin del mundo.

El siglo veinte estaba a punto de acabar y, aunque me había imaginado que para el nuevo, que coincidía con mi cumpleaños número treinta, tendría todo lo que había deseado: amor, éxito laboral y salud, me encontraba, a finales de diciembre, desempleada, viviendo de nuevo con mi madre después de haber tenido que dejar mi apartamento por no poder pagar el alquiler tras la estafa en la que había perdido todos mis ahorros, más sola que ella y con un catarro monumental, que tenía mucho de cansancio extremo y desilusión. Pero lo peor era que mis terrores nocturnos habían vuelto con fuerza, y temía el momento de cerrar los ojos por las noches.

Mientras los seguidores de Nostradamus y cientos de sectas alrededor del mundo pronosticaban el apocalipsis y el fin de nuestra civilización con un cataclismo que nos aniquilaría, y que estaba previsto que sucediera en la medianoche del treinta y uno de diciembre, mi madre tramaba en secreto uno de sus ritos esotéricos para salvarme de mí misma y de mi aciago destino. Si fue ella la artífice de lo que vino después, o alguna otra fuerza sobrenatural, nunca lo sabré. Lo que sí sabía en ese momento es que necesitaba encontrar trabajo lo antes posible y marcharme de su casa, porque la convivencia con la pitonisa Rosalía, como la llamaba yo burlonamente, y su obsesión por el incienso y los cojines de colores se me hacían insoportables.

El fin de siglo también tenía preocupados a gobiernos y expertos de varios ámbitos, que no sabían cómo iban a reaccionar los sistemas informáticos del mundo entero cuando cambiáramos a los dígitos cero cero cero. Las aerolíneas habían considerado cancelar todos los vuelos programados esa noche, para así evitar que el cambio de siglo pillara a los aviones en el aire, aunque al final habían decidido arriesgarse, ya que el caos aéreo que ocasionaría tal medida supondría un verdadero apocalipsis aeroportuario. Mi amiga Laura era azafata y me había contado que su compañía ofrecía un bono a aquellos tripulantes que se prestaran voluntarios para volar la noche del treinta y uno; cómo no, ella se había apuntado. El mundo estaba pendiente de cuántos aviones se estrellarían durante esas horas en las que la tierra seguiría girando y los relojes fueran marcando las 00.00 en los distintos husos horarios.

Yo no quería que terminara el siglo, y mucho menos que empezara el nuevo. Eso significaría confirmar mi fracaso, un final horrendo para la década que cerraba, y que tendría que haber sido la mejor de mi existencia. En el fondo de mi ser, pensaba que, si conseguía enderezar mi destino antes de acabar los veintinueve, tendría alguna posibilidad de alcanzar una vida como la que había planeado y que había trabajado tan duro por conseguir.

Justo un año antes, estaba celebrando haber comenzado mi propio negocio: había invertido en una franquicia para proveer de medicamentos a las residencias de ancianos de todo el país, y el

pronóstico era que en pocos meses no solo iba a recuperar la inversión, sino que me llovería el dinero. Para alguien que se había criado en un chiringuito de playa, con una madre soltera, era un sueño hecho realidad.

Tras licenciarme en Ciencias Farmacéuticas, había pasado seis años trabajando en una farmacia, sin opción de conseguir mi propia licencia, la oportunidad de invertir en la franquicia, que se me presentó a través de un antiguo compañero de la facultad, parecía caída del cielo. Por fin daba el paso para empezar a construir el futuro que deseaba: independiente, exitoso y abundante. Había renunciado a todo por mi carrera, pero estaba convencida de que, una vez que esta estuviese encaminada y el negocio funcionase en piloto automático, podría abrir los brazos y el corazón al amor. Entonces, arriesgaría sin miedo, convencida de que encontraría a un hombre con mis mismos intereses y valores, y con quien compartir mi día a día.

A pocas horas de terminar el siglo, sentía una angustia espesa adherida a la garganta. El poco subsidio que recibía no me daba para cubrir mis necesidades básicas. ¿Qué iba a hacer con mi vida? Mi amiga Laura me animaba a optar a las pruebas para azafata, pero admitir que esa era mi única esperanza me daba mucha vergüenza, y no por el trabajo en sí, sino por no haber sido capaz de conseguir mis objetivos. Yo era farmacéutica, esa era mi profesión; había invertido cinco años de carrera y siete de trabajo, ¿cómo iba a echar por la borda tanto esfuerzo? Y sin embargo, había tirado todos mis ahorros por el retrete al firmar el contrato leonino que la vendedora de franquicias me puso delante, y eso que el abogado de mi madre me había advertido de que no debía firmar. Sin embargo, tenía por costumbre no fiarme de la pitonisa Rosalía ni de ninguna de sus relaciones, y eso añadía más leña al fuego de mi vergüenza, ya que ambos habían tenido razón. La decepción fue tan grande que, aunque contaba con suficientes evidencias de la estafa, no quise denunciar. Mi castigo era, además, que mi madre me lo recordara cada día.

Desde que yo lo había perdido todo, mi amiga Laura había estado muy pendiente, y me llamaba a diario desde distintas partes del

globo para darme ánimos y consejos, pero yo estaba tan agotada que solo escuchaba el retumbar del miedo contra mis tímpanos. ¿Cómo iba a remontar semejante catástrofe?

Lo peor de vivir con mi madre era que nuestras concepciones de la vida eran diametralmente opuestas. No teníamos nada en común; a veces me preguntaba cómo podía haberme dado a luz, y si yo no sería en verdad hija de otra mujer. Si no hubiese sido porque mi rostro era exacto al de mi abuela Dalia, su madre, cuando era joven, ya me habría hecho un test de ADN. Desde que había regresado con ella, para esquivar sus intentos de leerme el tarot y sus sermones sobre el destino, la reencarnación de las almas y todas esas estupideces sin fundamento, me escapaba unas horas al bar de la esquina, donde me sentaba junto a la ventana a ver a la gente pasar, y de vez en cuando echaba un vistazo a los anuncios del periódico.

Mi madre nunca había aceptado mi elección de carrera ni de vida, pero, mientras yo fui independiente, había logrado establecer una relación positiva con ella a base de llamadas diarias, que cortaba a los diez minutos, y de un almuerzo semanal cerca de mi trabajo, para que no se alargara demasiado. Viviendo con ella, en cambio, no tenía dónde esconderme, y su insistencia con que abriera la mente al más allá, a la energía del universo, la disposición de los astros, las fases de la luna y demás fuerzas invisibles me estaba volviendo loca. Empezaba a desesperarme y estaba dispuesta a aceptar cualquier empleo, fuera el que fuese; incluso volver a la farmacia.

A pesar de nuestras diferencias, yo reconocía que mi madre era una mujer luchadora, que irradiaba una positividad rayana en la demencia y que era feliz consigo misma y con sus circunstancias. Sabía ver lo mejor en todo el mundo y, a pesar de que yo no creía en sus métodos, parecía que había ayudado a muchas mujeres a encontrar el rumbo, y por eso la adoraban. Yo, en cambio, estaba sumida en el pesimismo; no es que no encontrara el camino, sino que este se había acabado abruptamente, dejándome frente al abismo de mis peores pesadillas. No veía por dónde continuar.

Además, dormía mal. Las técnicas con las que había conseguido vencer los terrores nocturnos que estuvieron a punto de hacerme

enloquecer durante la adolescencia, y las cuales me habían ayudado a mantener mi salud mental, empezaban a resquebrajarse, y volvía a verme cada noche frente a un precipicio rocoso y salvaje; volvía a inundarme un miedo atroz, y entonces, frente al vacío… saltaba.

Se acababa el siglo veinte. Era el fin del mundo y de mi estabilidad mental.

Y, sin embargo, algo estaba a punto de suceder, y yo no tenía ni idea de lo que se avecinaba.

CAPÍTULO 2

Me llamo Tasi. Para mí no significaba nada, solo era un nombre raro y sin gracia; según el diccionario, designa a una enredadera silvestre y venenosa, de flores blancas, que crece en ciertas regiones de Argentina. Nadie de mi familia tiene relación con la tierra del gaucho.

Mi madre afirmó haber escuchado mi nombre justo cuando una poderosa contracción le atravesó el vientre durante una noche de luna llena, mientras estaba sumergida en el mar. Según ella, esas dos sílabas, a las que no asociaba ningún significado, pero que, intuía, lo tendrían para mí, le llegaron diáfanas, y supo de inmediato que así tenía que llamarme. Desde ese día, ella tuvo la certeza de que ese nombre estaba unido a mi destino. ¿Tal vez me casaría con un argentino? ¿Mi alma era la reencarnación de alguien que vivió a orillas del Plata? En palabras de Rosa (ese es el verdadero nombre de mi madre, no Rosalía), un mensaje había llegado del más allá para avisarla de que su retoño tenía una tarea pendiente, un misterio que resolver. Sus divagaciones a lo largo de los años fueron muchas, y a cuál más disparatada. Conforme las creencias de mi madre, el significado numerológico de mi nombre es el cuatro (algún lumbreras al que se le ocurrió contar las letras), y la interpretación que ella hizo es que mi planeta dominante es Urano; yo le aseguraba que le faltaban la h y la ˜, y que lo que en verdad quería decir es que soy huraña. Mis colores ancestrales son el azul y el gris, y la piedra preciosa que neutraliza los malos espíritus y me protege

es el zafiro, aunque hasta ese momento, víspera del nuevo siglo, la pitonisa Rosalía no se había podido permitir regalarme un zafiro de verdad, de ahí que me fuera tan mal en la vida.

Desde muy joven, decidí que tenía que alejarme lo máximo posible de esas tonterías que llevaban a las mujeres a buscar con desesperación un destino esquivo, y que ponían todos sus esfuerzos y esperanzas en la aparición de un supuesto príncipe azul sin el cual no podrían ser felices porque les faltaba la mitad del alma. A pesar de que durante algunos años, tal vez los peores de mi existencia, el uso de las ciencias ocultas que practicaba mi madre nos dio de comer, me asqueaba que se aprovechara de la debilidad de otros y explotara, con sus cartas y sus consejos sobre fuerzas esotéricas, la incapacidad de esas pobres personas de hallar sus propias respuestas. Incluso en una época en la que las mujeres contábamos con total autonomía y podíamos desarrollar una profesión, la mayoría seguía buscando lo mismo: una fórmula mágica, un destino marcado y un hombre que las salvara. Esa fue una de las razones por las que elegí una carrera de ciencias y, concretamente, Farmacia. Elegí la especialidad que podía permitirme explicar cualquier emoción.

Química pura y simple, eso somos.

Reacciones químicas que se producen en el cerebro y se comunican al resto de nuestro cuerpo, generando sensaciones, y hasta sentimientos, que pueden manipularse con fármacos o con determinadas sustancias que se localizan en la naturaleza. El esoterismo que practicaba mi madre alimentaba en sus clientas anhelos, perniciosos a mi entender, que hacían a esas mujeres incapaces de asumir la realidad tal y como era y de construir su propio bienestar.

Sin embargo, mi madre no siempre fue así. Tal vez la culpa la tuve yo, o mi incapacidad para controlar las pesadillas que me asediaban.

Rosa me crio sola con ayuda de mi abuela Dalia. Antes de mi nacimiento, las dos vivían en un pueblo costero a orillas del Mediterráneo. Mi abuela regentaba un chiringuito a pie de playa, cuya licencia había heredado de sus padres. Era un negocio que les

ocupaba medio año y que las mantenía el resto, durante la temporada baja, en la que no había turistas y el pueblo se vaciaba de capitalinos. A mi abuelo se lo tragó el mar una madrugada en que salió a faenar y lo pilló una tormenta. Rosa tenía doce años cuando desapareció su padre, mi abuelo; poco después, dejó el colegio y se puso a trabajar en el chiringuito, con su madre.

De mi padre, al que conoció cuando tenía diecinueve años, Rosa solo supo que se llamaba Paul y que estaba pasando las vacaciones con su familia antes de regresar al internado donde estudiaba desde los ocho años. Él tenía quince y los ojos tristes. Aparecía muy temprano por el chiringuito cuando ellas estaban montando las mesas. Indicaba con el dedo lo que quería del menú, cada mañana lo mismo, y desayunaba solo, como si estuviera acostumbrado a una soledad que, no obstante, no lo hacía feliz. Tenía una belleza delicada, de mejillas pecosas y grandes ojos verdes, que contrastaba con su cuerpo de hombre, de fibrosos músculos. Era callado, pero observaba a Rosa moverse por el chiringuito y saludar a los habituales; parecía escuchar las conversaciones y anotaba palabras en una libreta de anillas. A mediodía, solían aparecer sus padres, y Paul se marchaba a la playa con ellos. A Rosa le intrigaba su tristeza, y, con el paso de los días, el deseo de aplacar esa soledad crecía dentro de su ser.

No lo había oído hablar hasta aquella noche en la que colocó las cadenas a las mesas para que no se las llevara el viento. Paul estaba sentado en los escalones, silencioso como una sombra.

—Estamos cerrados —le dijo.

Él se levantó y echó a andar.

Rosa agarró dos botellines de Coca-Cola del frigorífico ubicado detrás de la barra y corrió en pos de él.

—¡Espera!

La luna iluminó sus ojos; sonreían. Rosa le ofreció el refresco y él lo aceptó. Caminaron despacio, agitando la arena dormida, y después se sentaron en un montículo cerca de la orilla a observar el mar oscuro y de revoltosa espuma.

A mi madre le sorprendió su voz profunda, que desentonaba con su cara de niño, y también que hablara español, aunque con fuerte

acento británico. Paul le explicó que tenía que regresar al internado al día siguiente. Que le había suplicado a su padre que le permitiera regresar a casa, a estudiar en un colegio cercano; los otros chavales, ricos y mimados, le tenían ojeriza y le hacían la vida imposible, por lo que no tenía amigos, pero su padre no había consentido: debía graduarse en ese colegio de élite, era por su bien, por su futuro. Allí mismo, sobre la arena, lloró de impotencia, callado, su vergüenza protegida por la oscuridad de la noche. Rosa, conmovida, besó las lágrimas que le escurrían por las mejillas y luego besó sus labios, y la compasión se transformó en ternura, y la ternura, en un ardiente fuego que los hizo sucumbir a los arrullos de las olas y al manto húmedo de la arena.

Tres semanas después, mi madre descubrió que se había quedado embarazada de Paul sin apellido, de nacionalidad británica, un chico melancólico que había tenido que regresar al internado. No se habían intercambiado las señas ni se habían hecho promesas, pero, cuando se despidieron aquella noche, sus enormes ojos verdes brillaban de un modo distinto: ya no estaban tristes. Antes de alejarse con paso seguro, la había abrazado y susurrado en su oído un «gracias» que sonó a esperanza.

Mi madre solo lo amó a él, al adolescente hecho hombre entre sus brazos, pero ninguno de sus sortilegios consiguió que sus destinos volvieran a cruzarse.

Mi abuela, después del sofocón, aceptó la situación y no insistió en sus reproches; era una mujer práctica. «A lo hecho, pecho». Como las dos ya vivían apretadas de dinero, con mi llegada, mi madre tuvo que trabajar los meses de invierno en la peluquería del pueblo, donde ponía mechas y pintaba uñas. Mi abuela Dalia fue quien me educó, ya que mi madre era demasiado inmadura para saber lo que significaba esa palabra y, además, era la que más trabajaba. Mi abuela olía a mar y a los limones con los que aderezaba muchos de los platos que se servían en el chiringuito. Le gustaba beber un vasito de vino dulce después de cada comida, «es bueno para la circulación», decía, y a mí me echaba unas gotitas de vino en La Casera para que se pusiera de color rosa. Su hígado no estuvo de acuerdo con semejante costumbre y murió cuando yo más

necesitaba contrarrestar los intentos de mi madre de explicar lo que me pasaba mediante las cartas del tarot, su nueva afición por ese entonces. Mi abuela era una mujer con los pies en la tierra, como santo Tomás, si no lo veo, no lo creo. De misa y rosario diarios. Al menos, me alegraba que no hubiera tenido que ver a su hija convertida en la pitonisa Rosalía.

—Chiquilla, vamos a cerrar, que se acaba el año —me sobresaltó el dueño del bar.

Las horas habían volado mientras yo repasaba mi vida junto al ventanal. Fuera, la noche lucía tormentosa y el viento soplaba haciendo aletear las ramas desnudas de los árboles en la calle.

Quise pagar, pero el hombre estaba de buen humor y me perdonó las ochenta pesetas del café.

Cuando regresé a casa de mi madre, esta tenía la cena lista y la tele puesta.

—Estaba a punto de bajar a buscarte —me saludó.

Nos sentamos a cenar mientras un especial en la televisión desgranaba lo que había sido el siglo veinte, a escasas dos horas de que este acabara, y del apocalipsis.

CAPÍTULO 3

El siglo veinte cerraba uno los periodos más sangrientos de la historia, y también el de las mayores innovaciones científicas y avances industriales hasta la fecha, empezando con la teoría de la relatividad de Einstein, de 1905. Fue el siglo de la explosión demográfica y del hundimiento, en 1912, de la dinastía Qing en China y del transatlántico más grande del mundo, el *Titanic*. El de la Primera Guerra Mundial, la revolución bolchevique y el asesinato de los Romanov; el del nacimiento de la Unión Soviética y la desintegración del Imperio otomano. El siglo de los locos años veinte y de las primeras retransmisiones televisivas de la BBC, en 1927; del esplendor del cine y la época dorada de Hollywood, con Rita Hayworth, Cary Grant, James Stewart, Ingrid Bergman, Humphrey Bogart… El siglo de la Gran Depresión y la quiebra de la bolsa de Nueva York, que dejó a millones de personas en la pobreza; de la guerra civil española, la Segunda Guerra Mundial, el nacimiento del Estado de Israel y de los organismos internacionales; de la independencia de la India y del fin del colonialismo. El siglo de la guerra de Corea, la Guerra Fría y la amenaza nuclear, la llegada a la luna, la guerra de Vietnam, el *flower power* y las manifestaciones por la paz; la revolución de los claveles en Portugal, la llegada de la democracia a nuestro país, la caída del muro de Berlín y el fin de las dos Alemanias, así como la guerra fratricida que desmembró Yugoslavia. El siglo que supuso el fin del *apartheid* en Sudáfrica y la liberación de Nelson Mandela. En Latinoamérica, fue el siglo de las

dictaduras y la revolución: la mexicana, la cubana, el sandinismo nicaragüense, la dictadura de Videla en Argentina, y de Pinochet y el triunvirato en Chile. La formación de la Unión Europea. Fue el siglo de las innovaciones, de la radio, del uso del teléfono (que no el de su invención), la televisión en blanco y negro y, después, en color, el ordenador y, finalmente, la red de redes: Internet.

Después de cenar cordero al horno, esperábamos mi madre y yo la medianoche sentadas en el sofá de dos plazas mientras veíamos el especial de Fin de Año. A mi lado, mi madre comentaba los recuerdos de su infancia y juventud que despertaba el discurso del presentador, y que yo escuchaba solo a medias, concentrada en las imágenes que se sucedían en la pantalla del televisor.

Rosa tenía ya preparado el champán en una cubitera de metal sobre la mesa baja, unas velas encendidas y los cristales que usaba para espantar a los malos espíritus, así como los dos cuencos con las doce uvas, que eran ridículamente pequeñas y que cabían en un bocado. Al verlas, no sé por qué, me dieron ganas de llorar: eran tan patéticas como yo.

Mi madre, intuyendo mis pensamientos, comentó:

—Hay que cambiarte la suerte. Tengo que asegurarme de que te las comas todas antes de la última campanada.

Suspiré. Sabía que lo decía por mi bien, y, total, era una creencia extendida. Había que meterse la última uva antes de la última campanada porque, si no, el año empezaba mal.

Mientras las imágenes de todo lo acontecido a lo largo de esos cien años de historia se sucedían unas detrás de otras, no pude evitar hacer recuento de mi propia existencia e, incluso, plantearme si mi situación no se debería a que el año anterior no me había comido las uvas porque me había quedado dormida en mi sofá, en mi casa, felizmente agotada después de una semana de intenso trabajo poniendo a punto mi propio negocio.

Igual que el siglo veinte, mi vida, hasta ese momento, había tenido de todo. Había sido muy feliz en aquel chiringuito humilde, bañándome en el mar cada día de calor (que eran muchos), y quedándome dormida cada noche con el ronroneo de las olas cercanas. Era una rutina apacible, sencilla pero sin estrecheces, en

la que tenía lo que necesitaba: a mi abuela pendiente de mí y el alboroto que aportaba una madre muy joven. Unos veranos intensos y divertidos, y unos inviernos amables y serenos, en un pueblo pacífico, donde todos nos conocíamos.

Al poco tiempo de que me bajara el periodo, con trece años, empecé a tener pesadillas que derivaron en un acusado vértigo. En verdad, no eran pesadillas en plural, sino solo una que se repetía de vez en cuando. En ella, yo me encontraba al filo de un acantilado y un miedo atroz me estrujaba el estómago; me inclinaba, y unas veces saltaba por el precipicio, como si una fuerza invisible me empujara, y otras el suelo cedía bajo mis pies. En cualquiera de los casos, caía al vacío. Mis propios gritos me sacaban del sueño.

Las primeras veces, al despertar, no recordaba nada, pero el vértigo y el miedo persistían durante un rato, hasta que conseguía dormirme de nuevo, arrullada con la tonada de mi abuela y con las caricias que me prodigaba. Ella lo achacó al cambio hormonal y me preparaba tisanas e infusiones de hierba luisa para dormir, las cuales, muchas noches, me sumían en una densa negrura sin recuerdos. Mi madre empezó a investigar por su cuenta las razones de que su hija presentase terrores nocturnos a una edad en la que no eran frecuentes. Lo habló con la psicóloga del colegio, pero esta le restó importancia porque me conocía bien y mi desarrollo había sido el de una niña completamente normal. Y, cuando las explicaciones convencionales de la ciencia médica no la satisficieron, Rosa empezó a interesarse por posibilidades más místicas.

Pocos meses después de que mi abuela falleciera, a mis quince años, las pesadillas se volvieron más asiduas, más vivas e intensas, y empecé a sufrir episodios de sonambulismo. Pero nunca pude hablar con mi madre abiertamente de lo que sentía o percibía en esas visiones, pues, según ella, expresarlo en voz alta podría hacer que sucediera. Creo que fue por ese entonces cuando empezamos a alejarnos, y también fue cuando la afición de mi madre por las ciencias ocultas se tornó casi una obsesión, aunque quiero creer que su motivación era ayudarme.

El último verano en el que nos hicimos cargo del chiringuito, entre los veraneantes apareció un psicólogo que vivía en la capital.

Mi madre, que hablaba de nuestra vida sin reparos y con todo el mundo, le confió lo que me pasaba y él le aclaró que, para tratarme, tendría que evaluarme en su consulta en la ciudad, a la vuelta de las vacaciones. Así que, una semana antes de que empezara el colegio, viajamos a la capital para que me atendiera. Después de eso, todo sucedió muy rápido: mi madre vendió el chiringuito y nos trasladamos definitivamente a la ciudad, donde, según ella, recibiría mejor atención psicológica. Yo no estaba de acuerdo, ya que necesitaba la tranquilidad del mar y la naturaleza, así como vivir rodeada de los recuerdos de mi abuela, pero Rosa me inscribió en el colegio del barrio y ella misma consiguió colocación en una peluquería.

Una noche, a mi madre la despertó un silencio penetrante. Vino a mi habitación y me encontró asomada a la ventana; yo solo quería ver el mar, olerlo; lloraba y le decía que me dejara bañarme, que lo extrañaba mucho. Ella pensó que me iba a tirar por la ventana.

Me encerraron durante dos eternas semanas en un psiquiátrico, hasta que la directora se convenció de que yo no suponía un peligro para mí misma y que, tal vez, lo que había visto mi madre había sido malinterpretado. Creo que eso fue lo que abrió el abismo definitivo entre nosotras, y en 1999, a punto de acabar el siglo, y mientras reflexionaba sobre mi vida, me di cuenta de que aún, tanto tiempo después, no la había perdonado.

Tras unos años viviendo en la ciudad, lejos de la costa, olvidé que me hubiera gustado estudiar Ciencias del Mar y trabajar como bióloga marina, o montar mi propia agencia de submarinismo en el pueblo donde crecí. Enfoqué todas mis fuerzas, cada pensamiento, en mi estabilidad mental y emocional. Dormía con un esparadrapo en los labios, para que mi madre no me oyera gritar si me asaltaban las pesadillas; no iba a permitir que me encerraran de nuevo. Hasta que dejé de tenerlas. Mi esfuerzo mental consciente borró el subconsciente, y los malos sueños terminaron por desaparecer, mientras la química aportaba nuevas respuestas y yo me convertía en una mujer independiente, tanto profesional como económicamente.

Hasta la hecatombe.

—Queda media hora para que acabe el año. Te pinto las uñas —ofreció mi madre.

Me encogí de hombros. No tenía fuerzas para seguir oponiéndose a sus intentos por sacarme de mi miseria.

Con las uñas de un blanco nacarado, agarré el bol de uvas mientras los presentadores de La 1 nos advertían de lo que iba a pasar a continuación. Primero, el carillón, ting, ting…, ting, ting. Luego, los cuartos, tong, tong… Y empezaron las campanadas. Uva, uva, uva, uva… Cuando estaba metiéndome la última en la boca, escuché un sonido hueco, me giré hacia mi madre para felicitarle el año y ella me enchufó la botella de champán en plena cara. Las burbujas se me metieron en la nariz y empecé a boquear como un pez fuera del agua.

—¡Feliz año, Tasi!

—Pero ¿qué coño…

—Es para la suerte.

—¡La suerte no existe! Todo lo que nos pasa es consecuencia directa de nuestros actos. Punto final.

—Vale, pues para que actúes mejor a partir de ahora.

—Lo que yo quiero es regresar a hace seis meses, cuando todo iba bien —dije, secándome con una servilleta de tela.

—No iba bien, cariño, lo que ocurre es que no lo querías ver. No tenías tiempo para nada: trabajabas catorce horas al día, muchas de las cuales te las pasabas en el coche, haciendo kilómetros, y aún no habías recuperado la inversión, ni la ibas a recuperar, solo te endeudabas más. Eras la única que no veía lo que se te venía encima.

—Trae para aquí. —Le arrebaté la botella—. Te has quedado sin probarlo. Lo que queda de champán es para mí; tú has malgastado tu parte —dije, y le di un largo sorbo al espumoso, a morro.

—No te preocupes, tengo dos más. Obsequio de las chicas.

Se refería a las clientas a las que les leía la suerte, y que de chicas no tenían nada, a no ser que se refiriera a *Las Chicas de Oro*, esa serie sobre cuatro amigas jubiladas que la hacía reír tanto, y a la que yo no encontraba la gracia.

Me quitó la botella y sirvió, ahora sí, las copas. Me entregó una.

—¡Brindemos! Por la vida que estás llamada a vivir.

Chocó mi copa con la suya y yo me la bebí de un trago, esa y todas las demás. Lo mejor era olvidar, aunque fuera por unas horas.

CAPÍTULO 4

Me despertó el ruido de la aspiradora. ¿Por qué le daba a mi madre por limpiar durante el primer día del año? Yo estaba aún en el sofá, hecha un ovillo bajo la manta de retales de mi abuela, la mejilla marcada con las rayas del tapizado. Había tenido sueños extraños; creo que incluso lloré, pero las imágenes se desvanecieron en cuanto abrí los ojos, llenos de legañas espesas. Sin embargo, una imagen flotaba persistente. Era un papel amarillo mecido por el viento, a semejanza de la hoja caduca de un chopo. Espanté el recuerdo agitando la cabeza con contundencia de un lado al otro, como si se me hubiera metido agua en los oídos. Me sentía extraña, con el estómago hecho un nudo de nervios, algo que achaqué al champán: entre la canción de Bertín Osborne y la de Los del Río, las copas entraron sin sentir, hasta que perdí el sentido. Bochornoso final de siglo, de década y de año. Todo en uno. Como mi desgracia.

Pero era un año nuevo, en todos los sentidos, así que me obligué a ponerme en movimiento.

Me preparé un café cargado y salí a la terraza a observar el tráfico. La ciudad que yo había odiado con ardor los primeros años de estancia en ella ahora me brindaba cierto consuelo. Tanta gente apresurándose hacia algún lugar, empeñada en progresar… Me admiraba la energía y la brusquedad de los capitalinos. El caminar deprisa, como si no pudiesen desperdiciar ni un segundo de existencia en banalidades, pero también la vida en las terrazas en

primavera y verano, los pinchos de tortilla y las cañas, los almuerzos de dos horas y la siesta bendita… Todo el tiempo del mundo para lo verdaderamente importante.

—Feliz cumpleaños, cariño. ¿Qué tal si celebramos tus treinta a lo grande?

Rosa salió a la terraza, se apoyó en el muro y me empujó con el hombro.

—¿Qué dices, Tasi, cariño? ¿A dónde te apetece ir?

—No tengo nada que celebrar.

—Claro que sí. Toma.

Me giré hacia ella y me ofreció un paquete que tenía escondido detrás de la espalda. Lo abrí y me quedé mirándolo.

—En Nokia me aseguraron que tiene muy buena recepción. ¿Te gusta?

Era como un ladrillo rojo, pero bonito.

—Ahora no tengo dinero para pagar el saldo de un móvil, mamá. Me lo hubiera comprado yo, de haber podido permitírmelo.

—Lo sé, por eso te he hecho una recarga de mil pesetas. Estoy convencida de que antes de que termines el saldo habrás encontrado trabajo. Ya está sucediendo.

—¿Qué está sucediendo?

—Tú déjate llevar, ¿vale?

Se estaba poniendo misteriosa, y eso solo tenía una explicación. Reflexioné un instante. ¿Qué era lo último que yo había hecho después de las uvas y el champán? No me vino nada, mente en blanco. Recordaba haber cantado a voz en grito subida al sofá, muy perjudicada ya, la canción de Raphael, esa que dice: «Yo soy aquel que cada noche te persigue. Yo soy aquel que por quererte ya no vive. El que te espera, el que te sueña. El que quisiera ser dueño de tu amor…». ¿Qué había hecho mi madre, aparte de regarme con champán como si su única hija fuera un barco recién salido de los astilleros? Alguno de sus sortilegios, seguro. ¿Tenía el estómago revuelto porque me había dado de beber algo *más* que champán? Preferí no pensarlo; al fin y al cabo, no iba a cambiar nada, yo no creía en esas cosas. Lo que necesitaba era encontrar trabajo con

urgencia. Debía rebajar mis expectativas y aceptar lo primero que me saliese.

Nos quedamos en silencio contemplando el ir y venir de los coches en la avenida, ese ruido que, de adolescente, recién llegada a la ciudad, intentaba transformar en mi mente en el romper de las olas contra las rocas.

—Cuéntame qué has soñado, cariño.

Las conversaciones matutinas con mi madre siempre empezaban igual: ella, haciendo el papel de Freud, y yo, inventándome lo primero que se me pasaba por la cabeza. Nada sutilmente, Rosa confirmaba que yo seguía cuerda y que había dejado atrás mis terrores nocturnos y mi inestabilidad mental.

Permanecí unos segundos en silencio, y el papel amarillo de mi sueño volvió a aparecer en mi mente. Estaba demasiado cansada para pensar o imaginar algo más.

—No… no lo recuerdo.

Esa pausa fue suficiente para que mi madre dedujese que mentía.

—Venga, cuéntamelo.

Suspiré. ¿Qué más daba? Era un sueño totalmente inocuo.

—Solo recuerdo un papel amarillo.

—¿Un papel amarillo?

—Sí, no sé, no lo recuerdo bien. Sobresalía entre otros papeles, y luego se desprendía y echaba a volar… En el sueño parecía llamarme la atención, pero el ruido de la aspiradora me despertó antes de que pudiera ver de qué se trataba. Culpa tuya.

—Es una señal, Tasi —dijo, poniendo esa mirada extasiada que me sacaba de quicio.

—Señal de que no tienes ningún respeto por el descanso ajeno.

—Eran las doce del mediodía, no iba a permitir que pases tu primer día de una nueva década babeándome el sofá —se excusó—. El papel amarillo es una señal. Lo sé, la sensación es fuerte. —Se tocó el estómago—. Créeme. Tienes que ir a buscarlo.

—¿Dónde voy a ir a buscar un papel amarillo que aparece en un sueño? Sé que lo haces por mí, pero necesito tener los pies en la tierra. Solo yo conseguiré solucionar mis problemas.

Pero, como siempre, mi madre me ignoró.

—Intenta recordar. Algún detalle del sueño tiene que darte la pista de dónde encontrar ese papel.

—Me estás dando dolor de cabeza; voy a ducharme. Gracias por el móvil, pero no tenías por qué. —Le di un beso en la mejilla para suavizar lo desagradecida que me estaba mostrando con ella.

A pesar de nuestras diferencias, era la única persona que estaba a mi lado en las buenas y en las malas, y siempre ponía todo lo que tenía a mi disposición. Mi madre era un lugar seguro a donde regresar cuando todo a mi alrededor se embarullaba, pero, aunque mi mente lo reconocía, mi corazón no podía albergar esa gratitud hacia ella. Tenía atascado el resentimiento por arrancarme de mi vida junto al mar y de la memoria de mi abuela Dalia.

Cuando pasé por el salón de camino al baño, el teléfono empezó a sonar. Descolgué.

—¿Por qué no contestabas? Llevo diez minutos marcando sin parar.

Era Laura.

—Estábamos en la terraza, el ruido del tráfico… ya sabes. Y tú estás en una fiesta.

Oía música de fondo y bullicio de voces.

—¡Feliz año, Tasi, y feliz cumple! Siento no estar ahí para abrazarte.

Laura se puso a cantarme el cumpleaños feliz a gritos. Me estaba dejando sorda.

—¡No se cayó el avión! —grité a mi vez.

—¡Nooo! Pero pasamos miedito. Por un momento, se apagaron todas las luces… y no sabes el susto, pero fue solo un par de segundos y no pasó nada más. Imagínate si los paneles de vuelo se hubieran vuelto locos.

—¡¿Dónde estás?!

—En el hotel, en *New York, New York*, *darling*. Hemos llegado sobre las dos de la madrugada y la juerga estaba en pleno apogeo. Mañana por la noche salim…

—¡Habla más alto, que no te oigo!

—¡Digo que mañana nos vamos a Londres! Estos primeros diez días de año me tendrán dando saltos por Europa, pero en cuanto aterrice en España, nos vemos. ¡Además, tengo una oferta de trabajo para ti… una amiga…

—¡No te oigo nada! ¿No puedes llamar desde un lugar más tranquilo?

—Te llamo mañana y te cuento. Bueno, mañana ya es hoy; o sea, te llamo más tarde, cuando llegue a la habitación.

Colgó y yo me metí en el baño. Al salir, mi madre volvió a la carga.

—Vayamos a algún museo y a comer un bocadillo de calamares a la Plaza Mayor.

—He quedado con… con… —«improvisa, Tasi, improvisa»— unas compañeras de la facultad. Tengo que empezar a moverme si quiero encontrar trabajo antes de que se me acabe el saldo de mi nuevo móvil. —Esbocé mi mejor sonrisa, la primera sonrisa falsa del año.

—¿El uno de enero vas a quedar con tus compañeras? Pero si todo el mundo está de resaca.

—No todo el mundo bebe hasta la inconsciencia…

Mi madre carraspeó y se cruzó de brazos.

—Una vez no cuenta. Algo le echaste al champán —me defendí.

Rosa sonrió abiertamente.

—Me alegro de que empieces a notarlo.

—Muy graciosa. Hoy en verdad es un día como cualquier otro.

—Bueno, cariño, es tu cumpleaños, celébralo como quieras —dijo, intentando ocultar la desilusión.

—Te prometo regresar pronto, y vamos a merendar a alguna cafetería de esas que te gustan a ti. —Me mordí la lengua para no decir «una cafetería de viejas ricachonas del barrio de Salamanca», que era donde Rosa encontraba a muchas de sus clientas.

Terminé de arreglarme, cogí el bolso, mi nuevo móvil y salí. Puede que fuera por haberme acordado de mis antiguas compañeras de carrera, con las que, obviamente, no había quedado, pero en mi deambular sin rumbo terminé en el metro, del que salí por la boca de Ciudad Universitaria.

Hacía siete años que no pisaba el campus, exactamente desde el día de mi graduación. Sonreí al recordar el recital que dio la tuna de Farmacia, compuesta por un total de treinta integrantes. Era la mejor tuna de toda la Complutense, y no lo decía porque fuera la de mi facultad. Echando la vista atrás, esos años de estudio habían sido los mejores de mi vida, y eso que por entonces pensaba que mi vida solo empezaría de verdad al graduarme y cuando tuviera absoluta independencia económica. Por lo menos, me quedaba el consuelo de saber que esos años los había exprimido a tope: me pasaba el día entero allí, participando en cuanta actividad proponían, en laboratorios, asociaciones; incluso fui delegada de curso varias veces.

Como era lógico en esas fechas, el campus estaba vacío. Además, hacía un día muy desapacible, frío y encapotado; amenazaba lluvia, y el intenso viento ululaba y balanceaba los altos pinos. Caminé despacio. Sonreí al ver el tótem de piedra con el nombre de la facultad y la zona de césped donde me había sentado en infinidad de ocasiones durante los meses cálidos de otoño y primavera. Me acerqué hasta la entrada principal y probé con las cinco puertas dobles. Estaban todas cerradas. No tenía nada que hacer allí, de modo que rodeé todo el perímetro y, para mi sorpresa, una puerta lateral estaba abierta: del otro lado, unos obreros picaban las baldosas del suelo. «Los que no tienen elección siempre trabajan cuando los demás descansan», me dije.

Como una sombra, me colé en el interior y vagué un rato por los pasillos vacíos, subiendo y bajando de un piso a otro. Me acerqué a las puertas de los laboratorios, y de las aulas donde se impartían las materias que más me habían gustado durante la carrera. Después bajé al *hall* principal. Una absurda idea empezaba a perfilarse en mi mente. Al lado de las puertas, en el lado derecho, estaba el tablón de anuncios. ¿Y si…? Antes de que pudiera completar el pensamiento, el corazón me dio un vuelco. Un papel amarillo, de un tono huevo intenso, llamaba la atención desde la distancia. Miré a mi alrededor: estaba sola, pero a lo lejos se oían los martillazos de los obreros.

Me acerqué al tablón. Al cartel amarillo. Y leí.

Espléndida oportunidad de trabajo, para más información llamar a:

Me quedé mirando los papelitos que colgaban de él, y donde estaba anotado el número de teléfono.

Con la mala suerte que tenía, seguro que el anuncio estaba desfasado y el puesto ya no estaba vacante. Pero me pareció una buena forma de estrenar el saldo de mi nuevo móvil el día de mi cumpleaños. Y, si salía bien y por pura coincidencia el papel amarillo me facilitaba un trabajo, me obligaría a contárselo a mi madre, como penitencia por tratarla de un modo tan condescendiente. Por primera vez en mi vida como adulta, le daría la razón.

Acaricié la carcasa roja del móvil; era bonito. Acto seguido, marqué el teléfono. El pulso en mis venas latió desbocado a causa de los nervios. Sonó dos veces, tres; estaba a punto de colgar cuando, del otro lado, se oyó la voz de una mujer.

—¿Dígame?

—Hola, buenos días… y… feliz año. Llamo por el anuncio amarillo.

—¿El anuncio amarillo? ¿Es una broma? ¿Quién es usted?

Me quedé completamente cortada, la vergüenza atascada en la garganta. Carraspeé.

—Perdone las molest…

—Ah, ya me acuerdo. —La mujer se echó a reír—. ¡Qué despiste! Sí, sí, los pasquines amarillos que mandé imprimir. Pagué sus buenas pesetas para que me repartieran las cuartillas, pero eres la primera en llamar. Se me había olvidado por completo.

—Entonces, ¿el trabajo está todavía disponible?

—Lo está.

—¿En qué consiste?

—Ah, cierto, no di ningún detalle en el anuncio… Se trata de hacerme compañía y ayudarme en todo lo que necesite. Vivo sola y…

—Perdone, señora, pero yo soy farmacéutica; he encontrado su anuncio en la facultad de Farmacia, por lo que he supuesto que el trabajo estaba relacionado con mi carrera.

—No sé dónde los pegaron, pero pago bien y solo serán unas semanas…

—No sé… No es lo que estoy buscando.

—Piénsalo, es una buena oportunidad, y si has llamado es porque necesitas el empleo.

—Yo… lo pensaré, y si me interesa, la vuelvo a llamar.

—Como quieras.

—Gracias, y lamento las molestias —me despedí.

Colgué. Estaba lo bastante desesperada para aceptar cualquier trabajo, pero cualquiera que tuviera que ver con mi profesión. No me interesaba hacer de cuidadora o de sirvienta de una vieja rica, o, al menos, no estaba tan desesperada aún como para no seguir buscando.

El papel amarillo había resultado, como bien sabía yo, una coincidencia sin ningún fundamento. Creía firmemente que la percepción distorsionaba la realidad: queremos creer en lo que no existe, ver señales donde no las hay, aferrarnos a imposibles para no tener que esforzarnos en lo posible.

De camino a casa, vi papeles amarillos por todas partes: el anuncio de una agencia de viajes en el metro, unas cuartillas pegadas a los postes de la luz en las que ofrecían clases de guitarra. Copié el número; al fin y al cabo, tal vez mi sueño pretendía decirme que debía ampliar mi horizonte intelectual y cultivar mi faceta creativa. ¿Y si aprendía a tocar y eso me daba para ganar unos duros en el metro?

Con el estado de ánimo tan tormentoso como ese primer día del año, regresé a casa de mi madre.

CAPÍTULO 5

Llevaba dos semanas recluida en el bar de la esquina, leyendo, letra por letra, la sección de anuncios del periódico en busca de algún puesto de trabajo, el que fuera, dentro de mi área de conocimiento, pero, salvo clases particulares, tareas de limpieza o trabajos temporales como recepcionista o modelo para eventos, no había encontrado nada. Me había dado de plazo hasta finales de esa semana para dejar a un lado mis escrúpulos, reconocer mi fracaso y aceptar cualquier cosa con tal de salir de casa de mi madre, mi prioridad número uno. Rehacer mi vida y mi carrera habían pasado a ser secundarias.

Esa mañana bajé al bar más temprano que de costumbre. Me había despertado cayendo al vacío y, en vez de aterrarme, me levanté con la resolución tomada. Aceptaba que mis planes se habían derrumbado igual que lo hacía la tierra bajo mis pies en el acantilado de mis terrores nocturnos, pero ese mismo día iba a encontrar trabajo, el que fuera, incluso en ese mismo bar.

Me acerqué a la barra, donde el dueño me saludó y, sin decirle nada, me puso el café, corto y con mucha leche, que tomaba cada mañana. Le pedí prestados el bolígrafo y el periódico.

—¿Aún nada?

—De hoy no pasa. Por cierto, ¿no necesitarás ayuda, aunque sea a media jornada?

—Si te digo la verdad, estoy pensando en traspasar el negocio. Mi padre empieza a estar mayor y quiero volver al pueblo. ¿No querrías

comprarlo?

—No tengo ni un duro, pero si me entero de alguien que esté buscando un local, te aviso.

Me dirigí a mi mesa-refugio junto a la ventana. Empecé con los anuncios que parecían aportar más dinero, que, al fin y al cabo, era lo único que yo necesitaba. Y en ello estaba cuando sonó el móvil dentro de mi bolso. Cuando fui a echar mano, salió el papelito amarillo que había cogido del tablón de anuncios en la facultad; me quedé un instante observándolo y lo guardé de nuevo en el bolso. Como aún no tenía contactos grabados en la agenda del móvil, a excepción del teléfono de mi madre, no reconocí el número.

—¡Tasi! —Escuché la voz de mi amiga.

—Laura.

—¡Por fin te pillo!

Me había dejado varios mensajes en casa, pero yo salía temprano y regresaba tarde, y, desacostumbrada a usar móvil, no era raro que me quedara sin batería o lo olvidara en casa. Durante unos minutos, Laura me puso al día de sus últimos viajes, y yo a ella, de mi aburrida rutina.

—Me alegra que estés abierta a más opciones de trabajo porque tengo una oferta, y si aceptas, además, me estarías haciendo un inmenso favor. ¿Recuerdas a mi madrina? Te he hablado miles de veces de ella: la sobrecargo de la aerolínea, que me entrenó y con la que volé durante muchos años.

—Vagamente. Si no recuerdo mal, me suena que se había jubilado y te ayudó con tu promoción a sobrecargo.

—Exacto. Bueno, pues la pobre se ha roto una pierna, y el mamón de su hijastro la ha mandado a una residencia de ancianos. ¡Ancianos! A mi amiga, que es una mujer supervital y para nada aparenta los setenta años que tiene. Ella quería quedarse en su casa, pero el hijastro es bastante exigente y probó con varias enfermeras, a las que despidió a los pocos días. Tampoco lo convencieron las chicas latinoamericanas que le mandaron de una agencia, y que podían quedarse internas. Como no consiguió a nadie, el mal bicho ese la persuadió para quedarse en una residencia hasta que se recupere. Está amargada, la verdad, y empieza a

deprimirse; quiere volver a su casa. Tasi, tú eres perfecta para el puest…

—Acepto —la interrumpí—. Debo de estar tan desesperada como ella o más, así que somos tal para cual. ¿Cuándo empiezo?

—Sería algo temporal, hasta que se recupere y le quiten la escayola. Esa mujer es un torbellino, pero, debido a la pierna rota, se ha caído un par de veces por forzar demasiado. Y en su casa no podía estar sola, debido a las escaleras.

—Mejor me lo pones. Solo necesito dinero para remontar; no pienso renunciar a mi carrera así como así, pero de verdad que tengo que poner distancia con mi madre, porque ella es como es y yo estoy en un momento en que solo me salen sapos y culebras por la boca.

—Rosa es un pedazo de pan y es superempática, seguro que no te lo tiene en cuenta.

—Dime que tu amiga no paga una miseria.

—Eso es lo mejor: paga muy bien. Aunque tiene alguna manía rarilla.

—Todos los viejos tienen sus rarezas.

—Esta colecciona.

—Eso es muy normal, ya estoy curada de espanto; recuerda que recorrí cientos de residencias de ancianos. Dame la dirección, que estoy ya saliendo para allá.

Laura se echó a reír. El dueño del bar, cotilla como él solo, me deseó suerte desde la barra, y yo salí a la carrera.

La residencia se ubicaba en una zona muy pija; sin duda era de nivel. Aun así, al entrar me asaltó el olor a desinfectante y a tristeza. Laura me había recomendado que dijese en recepción que iba de visita, para que me dejaran pasar sin hacer muchas preguntas. Me

presenté y la señorita de bata azul me indicó cómo llegar a uno de los salones, cuyos ventanales daban al jardín; según ella, a «mi amiga» le gustaba ese lugar y se pasaba las horas leyendo.

Me guie por las descripciones que Laura me había dado de su mentora, pero no la identifiqué. Pregunté a una enfermera que pasaba con un carrito de medicinas y ella me condujo hasta la habitación correspondiente, en la segunda planta, en ascensor.

Recorrimos el pasillo acompañadas del chirrido de las ruedas del carrito. La puerta estaba abierta, pero la enfermera golpeó con los nudillos en el marco para alertar de nuestra presencia, y a continuación se asomó al interior.

—Doña Inés, tiene una visita.

—Ni que fuera condesa, muchacha. Y no me trates de usted, que me haces sentir vieja.

—Pase. No está de buen humor —me susurró la enfermera, y se marchó a hacer la ronda. Me quedé mirándola alejarse. Podría haber sido una de mis empleadas.

Entré, un poco nerviosa.

—Hola, Inés. Soy Tasi.

La mujer se me quedó mirando fijamente, y detecté un cambio en su expresión que no entendí hasta unos instantes después.

—Llegas tarde. Tendrías que haber aceptado hace dos semanas.

—No entiendo. He hablado con Laura hace un rato. —Miré el reloj en un acto reflejo.

—¿Tú no llamaste a mi casa por lo del anuncio amarillo?

Sentí que las baldosas del suelo se movían. El papel amarillo. Mi sueño. No podía ser… Lo estaba flipando.

—El anuncio… Oh, sí, fui yo… ¿Era usted? ¿Cómo me ha reconocido?

—Tengo buen oído. Y ¿dices que te manda Laura? Pues sí que es una coincidencia.

—Sí, una coincidencia.

Una explicación racional y posible, ¿no?

—Nos podíamos haber ahorrado este momento si hubieras aceptado cuando llamaste. Deduzco que no has encontrado trabajo de lo tuyo.

—Di por supuesto que su anuncio era algo relacionado con la farmacia y me pilló mal de ánimo. Hace dos semanas aún conservaba esperanza, pero no puedo esperar más. Llevo meses buscando, necesito el dinero.

—Pues, como te digo, llegas tarde. Mi hijastro se encargó de embaucarme para venir a la residencia hasta que me recupere. Así que, como ves, ahora no te necesito. Tengo un ejército de enfermeras a mi disposición.

—Si me paga la mitad, vendré a hacerle compañía a diario. No me parece que lo que necesite sean enfermeras; salvo por la pierna rota, se la ve muy bien. Por experiencia le digo que estos sitios mustian a cualquiera, aunque vaya a permanecer aquí poco tiempo.

Inés reflexionó un instante mientras me inspeccionaba con sus ojos azules.

—Tienes razón, estoy muy aburrida, y ver a tanto viejo junto me deprime. Hay que codearse con la juventud para sentirse joven.

Durante meses, recorrí muchas de las provincias de España proponiendo mis servicios de preparación y entrega de medicamentos, así que conocía de cerca los efectos de vivir rodeado de ancianos. La vitalidad había que alimentarla, y la relación intergeneracional era importante tanto para los mayores como para los más jóvenes.

—Por la cara que pones, la residencia te gusta tanto como a mí —comentó Inés.

—Si creyera en esas cosas, diría que sabe leer la mente. Tiene razón, no me gustan, aunque durante un periodo fueron mi principal fuente de ingresos. Abandonar a una persona mayor, vulnerable y desvalida, en un centro de este tipo es una más de las aberraciones de esta sociedad de mierda en la que vivimos. Los hijos son unos egoístas, desagradecidos y miserables; eso es lo que son, su hijo y todos los demás. Yo viví con mi abuela hasta que falleció y es la persona que más ha marcado mi existencia.

Miré hacia la ventana para controlar la descomunal ola de pena que me inundó al pensar en ella.

—Y tú te llevas bien con tu madre y nunca le harías algo así.

—No me llevo bien con mi madre; de hecho, ahora creo que me llevo peor que nunca, porque estoy en paro y he tenido que regresar a vivir con ella, pero la decencia no tiene nada que ver con llevarse bien o mal. Sé cuáles son mis responsabilidades como hija y, cuando llegue el momento, cumpliré con ellas. Y tendré que limpiarle el culo, igual que ella me lo limpió a mí. Pero aún quedan unos cuantos años para eso. Ahora lo que me urge es recuperar mi independencia, por lo que necesito el dinero con desesperación.

Inés se apiadó de mí.

—Si te manda Laurita, entonces tienes que ser buena compañía. Estás contratada —dijo con una sonrisa espléndida. Era una mujer atractiva—. Tengo que salir de aquí, y cuanto antes, mejor, pero debemos ser discretas porque mi hijastro es muy pesado y querrá hacerte un interrogatorio y que saques hasta el certificado de penales, todo para mantenerme aquí encerrada y librarse de mí de una vez por todas. Pero no le vamos a dar el gusto —soltó de carrerilla—. ¿Tienes coche?

—Me temo que no.

—Yo sí, pero está aparcado en mi casa. Así que nos vamos en taxi. Tasi, ¿verdad?

—Eso es.

—Tu nombre es un poco raro, no lo había oído nunca. ¿Qué significa?

—No significa nada. Es un invento de mi madre.

La anciana se encogió de hombros.

—Venga, recoge mis cosas. No necesito quedarme aquí si aceptas el trabajo, aunque no puedes dejarme tirada en unos días, que no quiero tener que regresar.

—La ayudaré todo el tiempo que necesite.

—Creo que nos vamos a llevar bien, Tasi. Y tutéame.

CAPÍTULO 6

La salida de la residencia fue como una fuga. Inés tenía miedo de que su hijastro hubiese dado orden de que no la dejaran marcharse sin avisarlo, y no quería tener que lidiar con él.

Primero me hizo bajar a mí y llevar la maleta hasta el vial de entrada; si me preguntaban qué hacía, debía decir que la maleta se la había preparado su hijo y que se había olvidado de incluir unas cuantas cosas. Por suerte, nadie me prestó atención. Luego, regresé a por Inés. Dejó en la habitación varias pertenencias que había decidido no llevarse, para que no fuera tan obvia su partida. Salimos, ella en silla de ruedas y yo, cargando su bolso y las muletas. Bajamos en el ascensor. A la recepcionista le dije que íbamos a dar un paseo para que se aireara un poco, y, sin perder tiempo, enfilamos hacia las puertas automáticas, desde donde la empujé por el vial de cemento hasta la avenida. Recogimos la maleta de ruedas e Inés la ancló al lateral de la silla.

Como era una zona residencial, ella me guio hasta donde había algunas tiendas y restaurantes, y donde sería más fácil encontrar un taxi. No tuvimos que esperar mucho porque cerca había una parada. Ayudé a Inés a meterse en el coche y abandonamos la silla de ruedas en la calle. Me quedé mirándola mientras nos alejábamos, pensando que tendríamos que habérnosla llevado en el maletero.

—No es mía, así que ahí se queda. A ver si me quieren cobrar más de la cuenta.

Sentí un revoltijo de nervios en el estómago. Era una situación un tanto ridícula. Esperaba que Inés llamara a su hijastro desde casa y le aclarara que había dejado la residencia.

En el trayecto en taxi, que duró una media hora, Inés me hizo un resumen de su vida. Se notaba que había sufrido sin poder explayarse hablando y siendo ella misma durante las semanas que había estado en la residencia. Por el comentario de la recepcionista a mi llegada, me imaginaba que había pasado los días leyendo junto al ventanal y que ni siquiera había intentado trabar amistad con las ancianas internas. No la culpaba; seguro que no quería que se le pegara el desgaste de la edad y la inactividad.

Inés empezó hablándome de su hermana. Eran hermanas gemelas, almas gemelas. Me habló de su infancia. Mientras estuvo con Carolina, se pertenecían la una a la otra; donde estuvieran juntas, aquel era su hogar. Sus padres habían fallecido en un accidente de tráfico, y entre sus seis tíos paternos se habían repartido el cuidado de las gemelas, así que cada dos meses cambiaban de lugar y de entorno, ya que cada uno vivía en ciudades diferentes. Al menos, todos estaban casados y tenían hijos, sus primos, de manera que, entre las responsabilidades diarias y el trabajo, no gozaban de mucho tiempo para sentir la molestia de las dos niñas, aunque sí el coste que suponía alimentarlas, y por eso dos meses al año era lo máximo que las apoyaba cada uno. Por suerte, se sostuvieron la una a la otra, hasta que Carolina, con diecisiete años, consiguió una beca para marcharse a estudiar a Estados Unidos, de donde nunca regresó. Lo que más le había dolido a Inés fue que lo decidiera a sus espaldas. Carolina intentó explicarle que, aunque conectadas, eran personas diferentes y ella necesitaba encontrar su propio camino. Además, las dos sabían que el tiempo con sus tíos se agotaba. Desde los quince habían trabajado los fines de semana, en una heladería, ejerciendo de niñeras o en lo que fuera, para aportar un poco de dinero. Poco quedaba para la mayoría de edad, y Carolina, siempre más previsora que Inés, tenía su plan armado, mientras que ella vivía el día a día sin plantearse lo que depararía el futuro.

Inés no quiso ir al aeropuerto a despedir a su hermana. Estaba muy resentida, y la rabia de su abandono le duró una década. Mientras Carolina construía su vida y su propia familia, Inés rebotaba de empleo en empleo. No disponía de ahorros ni había estudiado, por lo que las posibilidades que tenía a su alcance no eran muchas.

—Hasta que una mañana, de camino al trabajo, un repartidor de propaganda me dio el folleto de una academia de azafatas de aerolínea. El precio era bastante asequible y se podía pagar a plazos; además, prometían que, tras terminar el curso, se tenía trabajo asegurado. De pronto, me pareció el mejor plan del mundo. Así empecé en la compañía, y trabajé en ella cuarenta y cinco años. A Laurita la entrené yo, ¿sabes?

—Sí, me lo ha contado muchas veces. Le tiene mucho aprecio.

—Y yo a ella.

—¿Ya se lleva bien con su hermana?

—Tasi, te he dicho que me tutees.

—Vale, perdón.

—Ahora es difícil porque Carolina falleció hace tres años. Cuando nació mi sobrino Nicolás, nos reconciliamos, y yo viajaba a verlos siempre que podía. Él es marine y, al igual que su tía favorita, viaja por el mundo, solo que en barco en vez de en avión. Mira, —dijo apuntando al exterior— ya casi hemos llegado.

Entramos a la urbanización cercada y el taxi circuló por una calle flanqueada por árboles. En pocos minutos, estábamos en el portón de entrada. Ayudé a Inés a salir del vehículo y a sujetarse con las muletas mientras yo sacaba su maleta de ruedas. Ella pulsó el mando y el portón se abrió. Era una casa muy moderna y lujosa, con un bonito jardín delantero en el que había un cartel. A saltitos, Inés se acercó y lo golpeó con la muleta hasta que lo derribó. En letras rojas, en el cartel se leía: vendida.

—Poco ha tardado el miserable. Debí haberlo previsto. Sacarme de mi casa con engaños…

—¿Ha vendido tu casa?

—No es mi casa en sentido estricto, era de mi marido, pero él me dejó el usufructo vitalicio para evitar que el desgraciado de su hijo me echara a la calle. Solo pierdo el usufructo si me muero o me

mudo. Y, por supuesto, él no puede disponer de la propiedad si no sucede una de esas dos cosas.

—Pero usted no se ha mudado. Ha pasado muy poco tiempo en la residencia.

—Ya, pero tendré que ir a juicio y demostrarlo. Lleva varios años pidiéndome que le deje venderla, y yo siempre le digo lo mismo: es el único lugar donde puedo recordar a mi marido. El miserable lo tenía todo planeado, solo estaba esperando el momento justo. Si no me hubiera roto la pierna, seguramente habría esperado a que me fuera de vacaciones, o a visitar a Nick, para hacerme la canallada —dijo, sofocada por la rabia—. Venga, entremos, a ver si no me ha liquidado también todos los muebles. Raúl siempre fue un mamón egoísta.

La casa seguía amueblada, pero había cajas de embalaje apiladas en el *hall*.

—Ayúdame a abrirlas.

Busqué un bolígrafo en mi bolso y, con la punta, rasgué la cinta adhesiva que aseguraba el cierre de las cajas. Inés trasteó un rato en el interior de cada una, descartando lo que no tenía interés para ella y poniendo aparte fotografías y algún objeto de decoración, recuerdo de sus muchos viajes.

Cuando pronunció la palabra «viaje», se quedó lívida.

—Mis fotos… Como haya tocado mi dormitorio, lo voy a despellejar.

Salió a toda prisa, saltando con la muleta hacia las escaleras.

—Inés, espere… espera, que te vas a hacer daño.

Llegué hasta ella, apoyó una mano en mí y la otra en la barandilla y, como pudo, subió los escalones hasta el rellano de la planta de arriba. Se apresuró por un pasillo que estaba sumido en la oscuridad, ya que las puertas de las estancias que daban a él estaban cerradas. Yo palpé la pared hasta que di con el interruptor de la luz justo cuando Inés entraba a su habitación.

—¡Aquí están todas! —exclamó. Se sentó en la cama, con la vista clavada en la pared.

Desde la puerta, yo no veía a lo que se refería, así que entré y me senté a su lado.

—¡Joder! —exclamé. Me había quedado de piedra.

Inés se rio de mi asombro.

Toda la pared estaba cubierta por fotografías, postales y recortes. No quedaba un hueco libre. Laura me había dicho que Inés tenía la manía de coleccionar, y era normal, lo que no era normal es que la mujer coleccionara acantilados. Sí, acantilados.

—¿Qué te parece mi colección? Por las noches, me siento aquí y las contemplo antes de apagar la luz.

—Es impresionante. Pero ¿puedo preguntar por qué acantilados?

—Estoy buscando un lugar en concreto, y aún no lo he encontrado.

—No me diga que lo soñó.

Inés rompió a reír.

—No pongas esa cara de susto, joven. No lo soñé, pero la imagen vino a mí, por así decirlo.

—Eso suena muy raro.

—No es fácil de explicar. ¿Sabes cuando a veces te quedas absorta mirando a un punto en el vacío, pero tu mente está pensando en otra cosa?

—Sí, me pasa a menudo.

—Te quedas abstraída, como en trance. La gente suele agitar la mano delante de ti para que reacciones, como si así te despertaran, aunque ya estás despierta.

Asentí de nuevo.

—Bueno, pues fue algo así. Cuando Carolina se marchó a Estados Unidos y, poco después, mis tíos me anunciaron que era hora de que me valiese por mí misma y, amablemente, me pidieron que me mudara, me quedé muy sola. No sabía qué hacer con mi vida; me sentía perdida, desorientada. Por las noches, después de salir del trabajo, caminaba sin rumbo, mirando sin ver. Y, de pronto, me topé con un enorme póster, una foto de un acantilado. Me quedé mirándolo plantada en medio de la calle, ensimismada, como si estuviera en aquel lugar; incluso podía oler el océano y la humedad de la vegetación salvaje. El póster estaba en el escaparate de una vieja agencia de viajes que había dejado de operar; el local estaba en venta. Cada día, después del trabajo, yo pasaba por allí y me

quedaba un rato contemplándolo; no sé por qué me llamaba tanto la atención. Me producía un cosquilleo extraño, una sensación de paz misteriosa, y aplacaba mi soledad. En esa misma calle fue donde una mañana, de camino al trabajo, me dieron la propaganda de la academia de azafatas, y me motivó a empezar una profesión que me llevaría a recorrer el mundo en busca de ese lugar. Creo que en verdad Dios se apiadó de mí y quiso entretener mi pena, y por eso me ha tenido varias décadas buscando el acantilado, aunque comienzo a creer que no existe. Hace años que la vieja agencia se transformó en una sucursal bancaria y el póster desapareció del escaparate.

»Por cierto, las postales son de mi sobrino Nick; le hace gracia mi obsesión y me manda una cada vez que recala en algún puerto.

—Yo crecí en un pueblito playero. El mar tiene algo mágico —comenté, nostálgica.

—Venga, ayúdame a descolgarlos todos, que nos los llevamos.

—¿A dónde vamos?

—¿No querrás que me quede aquí y espere a que me echen? Raúl se mueve rápido: trabaja para una multinacional americana, uno de esos monstruos inmobiliarios que van destrozándolo todo con sus megacomplejos. Tiene muchos contactos, y no le voy a dar el gusto de que me ponga de patitas en la calle; además, la justicia en España es lenta. Tengo una llave del piso de Laurita, ya que le cuido las plantas cuando está volando, aunque, desde que me rompí la pierna, no he ido por allí y deben de estar todas secas. De momento, nos vamos a su casa y allí pienso qué hacer.

Una hora después, teníamos las pertenencias más importantes de Inés empacadas y metidas en el maletero de su Audi, así como la caja fuerte de la mansión vacía de joyas y dinero. Cuando estábamos cruzando el umbral de la casa, la mujer se detuvo.

—El buzón. Se me ha olvidado comprobar si hay cartas. Nick puede haber escrito.

Me tendió las llaves y fui a abrir el buzón, el cual estaba junto al portón exterior. Había varias facturas y una carta del sobrino, que le entregué. La ayudé a acomodarse en el coche y, luego, me senté al volante. Volvía a conducir, y no pude evitar sonreír de oreja a oreja.

Pisé el acelerador y emprendimos la marcha.

CAPÍTULO 7

Dejé a Inés en la casa de Laura y me dirigí a la de mi madre a empaquetar mis cosas.

Conducir, después de varios meses desplazándome en metro, me hizo experimentar un pellizco de auténtica alegría en el corazón. Había tenido que vender mi coche para hacer frente a las deudas, y me había resultado una de las decisiones más dolorosas. En mi mente, conducir mi propio vehículo iba ligado a estatus, a independencia y libertad. Podía ir a donde quisiese sin tener que depender de nadie. Por eso, atravesar la ciudad al volante del Audi de Inés me produjo una sensación de esperanza; empezaba a ver luz al final del túnel. Aunque fuera un trabajo temporal y solo llevara una hora al servicio de la amiga de Laura, empezaba a sentirme un poquito mejor conmigo misma. ¿Tan fácil era sentirse mejor? Llevaba meses lamiéndome las heridas, en una inacción frustrante. En mi fuero interno, le reconocí otro punto a mi madre en su cuenta de aciertos: desde que me había mudado con ella no había parado de sugerirme que la ayudara en la peluquería, o que me ofreciera voluntaria en alguna causa social, cualquier cosa con tal de salir de mi parálisis. Tal vez si le hubiera hecho caso antes…

Tuve que dar varias vueltas a la manzana para encontrar aparcamiento. Al entrar en casa, mi madre, vestida con una túnica naranja y un turbante morado, le echaba las cartas a una de sus clientas. La peluquería era el lugar ideal para que Rosa diera rienda suelta a su pasión esotérica, ya que se le daba muy bien entretener

mientras arreglaba uñas o ponía mechas; muchas veces, esas mismas mujeres le pedían consejos para enderezar sus vidas o descubrir que escondía el futuro, y ella las citaba más tarde en su piso. Saludé con una sonrisa y me metí en mi habitación a hacer las maletas. Recogí lo poco que había llevado conmigo, y que había sobrevivido a la venta que había hecho en mi apartamento, antes de abandonarlo, entre amigos y conocidos, para sacar un poco de dinero. También cogí mis documentos y volví al salón.

Al verme, la pitonisa Rosalía interrumpió su lectura y se acercó.

—¿A dónde vas?

—He encontrado trabajo. Una amiga de Laura necesita ayuda. Serán unas semanas.

—¿Y tienes que marcharte?

—El trabajo es en su casa; se ha roto una pierna y no puede hacer nada por sí misma. —Preferí no explicar toda la situación. En verdad, Inés ya no tenía casa, y la estancia en el apartamento de Laura sería transitoria. Tal vez, en ese rato, Inés ya se había ocupado de alquilar una vivienda nueva.

—¡Qué bien, cariño! ¿Estás contenta?

—Es mejor que nada. Al menos, el salario es bueno.

—Me alegro tanto, hija. Por algo se empieza.

—Sí, por algo se empieza.

—La semana próxima podríamos almorzar juntas —propuso mi madre ilusionada.

—No sé si podré. Te aviso. Si me necesitas, llámame al móvil —dije, guiñándole un ojo. Ella me abrazó fuerte y yo cerré los ojos y recibí su afecto. Hacía mucho que no la dejaba acercarse así, y me entraron ganas de llorar. Rompí el contacto.

—Aunque las circunstancias no hayan sido las mejores, me ha gustado mucho tenerte conmigo —dijo Rosa, emocionada.

—Gracias, mamá. Tengo que irme. Perdona la interrupción, Elena —me despedí de la clienta.

Salí y, en el descansillo, permití que la congoja escurriera por mis mejillas. Quería a mi madre, era lo único que tenía en la vida, pero mi corazón estaba cerrado a cal y canto, y, aunque me dolía no

poder devolverle el mismo cariño, necesitaba mantener a raya las emociones, por mi cordura.



Cuando entré en casa de Laura, Inés estaba sentada en el salón, en la misma posición en que yo la había dejado: con la pierna reposada en el puf y las cartas que había recogido del buzón esparcidas sobre el sofá. Leía una de ellas, supuse que la de su sobrino.

—Ya estás de vuelta. —Escaneó mis bártulos—. Ahora entiendo lo que decías de no llevarte bien con tu madre. Te lo has traído todo.

—Lo que ves es lo poco que tengo… Lo sé, a mi edad, resulta muy patético.

—Yo no he dicho eso. Las cosas materiales no son importantes. Me preocupa más la visión que tienes de ti misma.

Me encogí de hombros.

—¿Estás cómoda? ¿Necesitas algo? —dije, esquivando el tema.

—Podrías preparar un café y te cuento.

Dejé mis cosas en la entrada y me encaminé a la cocina. Laura tenía una de esas cafeteras italianas de metal, que, aunque hacen buen café, tardan un poco, así que lo dejé haciéndose, regresé al salón y me senté en su orejero turquesa, mi favorito.

—He hablado con Laurita y le he contado lo que ha pasado —me informó Inés—. Está encantada con que nos quedemos en su casa el tiempo que queramos. También he hablado con mi abogado y se va a encargar de parar la venta. Me ha dicho claramente que Raúl no puede vender la casa, aunque sea suya, sin mi firma. El usufructo solo cesa con mi muerte, no con mi ausencia. El abogado ha sugerido que podría venderle el usufructo a Raúl o renunciar a él, pero no pienso hacer ninguna de las dos cosas, por tramposo y mala

persona. No sé cómo se le ha ocurrido que se iba a salir con la suya tan fácilmente. Ni que yo fuera una ancianita desvalida e ignorante.

—Entonces, podríamos regresar a tu casa tranquilas.

—¿Y arriesgarme a que me mate?

Puse los ojos como platos. Pensé que tenía que estar exagerando.

—Me estás tomando el pelo —reí, nerviosa.

—Lo digo muy en serio. Ese hombre es capaz de cualquier cosa. Con los ingresos que debe de tener, no tendría por qué vender el hogar donde creció. Si está tan desesperado por dinero es que anda en algo raro. Yo se lo dije a mi marido en varias ocasiones, porque Raúl le pedía dinero prestado continuamente, pero Daniel lo excusaba con pretextos. O está en drogas o en apuestas, o algo así. Debe de tener deudas con la mafia; vete tú a saber en qué lío se ha metido. Lo mejor es que mi abogado se encargue de informarlo de mi postura y, mientras, yo me recupero de mi pierna rota. Ahora me siento demasiado vulnerable para enfrentarme a ese energúmeno.

—¿No tuviste hijos propios, Inés?

—No, se me pasó el arroz por no dar oportunidades. Me casé tarde. Yo tenía cuarenta y cinco, y Daniel, diez años más. Raúl, mi hijastro, tenía entonces catorce, y me odió desde el primer día por ocupar el lugar de su madre. Había estado con su padre él solo desde los ocho años y se había acostumbrado a tenerlo todo.

»Mi llegada fue súbita e inesperada. Conocí a Daniel en un vuelo a Ciudad de México y la química fue instantánea. Coincidimos en el hotel y una cosa llevó a la otra. Para mí, al principio era un romance más; yo era del lema «un novio en cada aeropuerto» —rio—, pero él se empeñó y consiguió enamorarme, así que, al mes, me mudé a su casa. Por la memoria de mi esposo, he intentado mantener una buena relación con Raúl; tal vez por eso me he empeñado en seguir en esa casa.

»Los últimos años fueron los más serenos, junto a Daniel. Mi marido me dio el hogar que siempre me había faltado desde que Carolina se marchó. Hasta que lo conocí a él, mi vida consistía en viajar de un lado para el otro, explorar, indagar, aprender. Sin raíces, sin ataduras. En el fondo, buscaba llenar, con una actividad frenética

y muchas amistades, el vacío por no tener una familia. Él me dio una base de operaciones definitiva, al menos hasta que se murió.

—¿No te asusta volver a sentirte desarraigada? —Mi pregunta tenía mucho que ver con mi situación. Yo sí tenía miedo a encontrarme de nuevo desestabilizada y sin rumbo. Suponía que mis raíces, en cierta forma, estaban donde estuviese mi madre, pero una parte de mí sabía que se habían quedado en mi pueblo playero.

—Con los años, he aprendido que podemos replantarnos donde queramos, Tasi. —Sonrió—. Además, antes de conocer a Daniel, sí tenía familia: Carolina y Nick, aunque vivía como si no la tuviera. Ahora solo me queda mi sobrino. Para mí, las raíces están con las personas a las que amas y te aman, no en un lugar en particular. ¿No crees?

—No lo sé. A veces estar lejos de un lugar especial produce un vacío difícil de llenar. Es como si el entorno nos facilitara ser quienes realmente somos. Una palmera del trópico se muere en la estepa siberiana.

—Supongo, aunque, hasta en Rusia, el invierno pasa.

Asentí, pensativa.

—¿Es esa la carta de su sobrino? —Señalé el sobre abierto y los folios de apretada letra.

—Sí, me cuenta sus últimas peripecias; es muy gracioso. También… —echó mano del sobre— me ha mandado esta postal. Un nuevo acantilado para mi colección.

Me la ofreció y yo la tomé. A causa de la impresión, me puse en pie de un salto. El suelo empezó a moverse, mi cuerpo se estremeció, el miedo me avisó de lo que iba a suceder. Entonces, en mi mente… salté al vacío.

Y me desplomé sobre el sofá.

Abrí los ojos y vi a Inés sobre mí.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Eso querría saber yo. Te has desmayado. Solo me dio tiempo a empujarte hacia atrás, o te hubieras partido la cara contra la mesa baja. ¡Qué susto me has dado!

Me incorporé despacio para sentarme, la sangre bombeando con intensidad en las sienes y la imagen del precipicio anclada a la memoria. Por un momento, pensé que lo había imaginado, pero no, ahí estaba la postal, sobre la mesa. Mi precipicio no podía ser un lugar real, me negaba a aceptarlo. Tres meses viviendo con mi madre, escuchando los discursos que les daba a sus clientas, me habían trastornado.

La cogí de nuevo y la observé intentando controlar la angustia que me producía encarar mis terrores. La postal incluía cuatro fotos, sacadas desde distintos ángulos, del mismo paisaje. Una estaba tomada desde el mar, y otras dos, en tierra, desde puntos diferentes. La que había despertado mis demonios era una toma aérea.

Mi practicidad y mi sentido común acudieron al rescate para dar sentido a lo inexplicable. Era un acantilado similar, como habría tantos alrededor del mundo; no tenía nada que ver con el de mis pesadillas, que eran fruto de mi imaginación. Una explicación racional y plausible. «Tranquila, Tasi. Respira, que está todo bajo control».

Inés me observaba con extrañeza. Esbocé una sonrisa forzada y le devolví la postal.

—Muy bonito el lugar.

—Sí, lo parece. Pero tú estás muy pálida. Creo que mejor vas a descansar un rato, y mientras tú te recuperas de tu «bajada de tensión» —su tono desprendía un matiz que no supe descifrar hasta horas después—, yo voy a escribir un *e-mail* a Nick. Lo de escribirnos cartas es un pasatiempo, y me encanta recibirlas en el buzón, pero el correo electrónico es más útil en este caso. Tengo que avisarlo de lo que ha pasado para que no me escriba más a casa.

—Vale, pero te acompaño al estudio de Laura, por si acaso. No quiero que te caigas.

Trastabillamos por el pasillo, ella con sus muletas y yo, con un mareo monumental. Se sentó al ordenador y yo me dejé caer en la cama de la habitación de invitados, donde dormía cuando salía de marcha con Laura. Me di cuenta de que de eso hacía más de un año.

Los nervios en el estómago me decían que iba a terminar arrepintiéndome de haber aceptado ese trabajo, pero cerré los ojos y me abandoné al sueño.

CAPÍTULO 8

Siempre me ha resultado curioso ver cómo generamos rutinas, cómo creamos patrones de comportamiento en cuanto tenemos ocasión, como si la incertidumbre constante de no saber qué hacer con nosotros mismos o con nuestro tiempo resultara tan insoportable que nuestro subconsciente la evitara por todos los medios. Y, así, a las pocas horas de haber llegado a casa de Laura, Inés y yo establecimos nuestra rutina de convivencia.

De eso hacía cuatro días. Y ese escaso tiempo que llevábamos juntas, compartiendo comidas a domicilio, charlando acerca de nuestros respectivos pasados, nuestros pesares presentes y nuestros deseos para el futuro, había marcado un ritmo. Por la tarde, yo salía a airearme un rato y a comprar algún capricho a mi nueva jefa, y dejaba a Inés en el ordenador de Laura, escribiendo *e-mails*.

Durante esos días, Inés me contó un poco más de la relación con su hermana Carolina y de su sobrino. Me hubiera gustado tener hermanos; tal vez por eso quería tanto a Laura, quien era lo más parecido a una hermana: alguien que estaba ahí para apoyarme, sobre todo en los momentos difíciles; alguien que me conocía mejor que yo y que quería lo mejor para mí. Sin embargo, la conexión que Inés había tenido con Carolina era algo extraordinario, y eso me costaba mucho imaginármelo, o incluso aceptarlo. Hablaba de cosas impensables para mí: percepciones sensoriales fuera de lo común, incluso telepatía; decía que le habían llegado pensamientos que, estaba segura, le mandaba Carolina, pese a estar cada una en una

punta del planeta. Sentía ardor en el estómago cuando su hermana se enfermaba, y podía pasar la noche en vela si su gemela se sentía emocionada por algo. Carolina había fallecido de cáncer tres años atrás, e Inés la extrañaba terriblemente.

La lesión en la pierna se la había hecho por subirse a una silla para intentar alcanzar uno de los álbumes de fotos de las múltiples visitas que había hecho a Estados Unidos, y que estaba en lo alto de una repisa del mueble del televisor; se inclinó demasiado hacia delante, perdió el equilibrio y se cayó. Es curioso también cómo nuestros dolores emocionales suelen manifestarse en dolores físicos. De una forma u otra, mente, corazón y cuerpo terminan por armonizarse, y en ese momento, con la pierna rota, Inés parecía sobrellevar la pérdida de su hermana con una tristeza más serena.

Durante tantas horas metidas las dos en el apartamento, solas, tuvimos tiempo de revisar todos los álbumes de fotos, así como de que Inés me relatara una y mil anécdotas de Carolina, su cuñado Charles (con quien Inés nunca se llevó bien) y su sobrino. Yo sentía cierto pudor al contemplar, con el paso de las páginas, cómo Nicolás, Nick, se había ido convirtiendo en un hombre.

Empezaba a sentirme cómoda en mi nueva rutina, y hasta la preocupación por encontrar un trabajo estable de lo mío había pasado a un segundo plano. En esos cuatro días no tuve pesadillas, o, al menos, no recordaba haberlas tenido, y el susto que me había ocasionado la imagen aérea de la postal se había disipado. Todos los días recibía la llamada de mi madre y, cosa rara, no me entraban ganas de cortar a los pocos minutos. Algo, casi imperceptible aún, estaba empezando a cambiar dentro de mí.

Sin embargo, al quinto día la rutina iba a saltar por los aires.

Había hecho un tiempo horrible, lluvioso y frío, y yo me había quedado traspuesta viendo una película de Lina Morgan en la tele. El olor a comida me sacó del letargo y, por un momento, no reconocí dónde estaba. Me llegó la voz de Inés tarareando una canción, y ruido de cacharros. Las nubes se habían despejado y la luz naranja del atardecer que entraba por los ventanales del salón me deslumbró.

Inés saltaba a la pata coja mientras colocaba los platos en la mesa del comedor.

—Huele delicioso.

—¡Qué buen olfato tienes! Acaba de llegar la comida que he pedido al chino de la esquina, estaba a punto de despertarte. Te has quedado frita.

—Me encanta ese restaurante. Preparan los mejores tallarines salteados de la ciudad.

—He comprado de todo. Es muy mala idea pedir comida con el estómago vacío. Sírvete, que después de comer tengo un plan para salir de la modorra en la que estamos atrapadas. Estamos más paradas que la pobre Juani en su silla de ruedas —dijo, acordándose de una de sus compañeras de la residencia—. Tengo que sacudirme de una vez por todas la vejez, y tú me vas a ayudar.

De postre, teníamos galletas de la suerte con mensajes de algún poeta chino, seguramente uno que trabajaba catorce horas en alguna fábrica remota del país asiático, aunque lo curioso era que las notas estaban en español, así que tal vez la fábrica de galletas se ubicaba en algún polígono industrial de nuestro país y no en China. Rompimos una y compartimos mi predicción: *Las cosas no son tan malas como parece*. La de Inés decía: *Escucha la sabiduría de los ancianos*. Las dos nos echamos a reír. Los mensajes eran como los horóscopos: encajaban con cualquiera en cualquier circunstancia, bastaba con que la persona encontrase las conexiones.

Nos intercambiamos los mensajes porque a Inés le gustaba más el mío. Después, dejamos todo recogido, y fue entonces cuando mi jefa empezó a tejer su tela de araña.

—Por favor, coge la maleta de mi habitación y todas tus cosas, que nos vamos.

—¿Has alquilado una casa?

—Sí, algo así. Pero primero vamos al aeropuerto. Laurita llamó mientras dormías; tiene unas horas de escala, pero no puede salir del aeropuerto, así que vamos a verla nosotras. No olvides tu pasaporte, que si no, no te dejan pasar el control a la zona de tránsito internacional.

Veinte minutos después, yo conducía el Audi en dirección a Barajas. Inés me guio hasta el aparcamiento de personal, donde mostró su pase al guardia de la garita. Traspasamos la barrera y me llevó a la zona más próxima a la parada del minibús que trasladaba a los empleados hasta la terminal. Me hizo sacar las maletas, aduciendo que no podía quedar nada en los maleteros, por cuestión de seguridad. No la cuestioné, ya que tenía cierto sentido.

Cuando llegamos a la terminal, Inés me condujo hasta la puerta de acceso para empleados. Íbamos despacio: ella, a saltos con las muletas y yo, cargando su maleta y la mía, además de los bolsos. Igual que en el aparcamiento, nos dejaron entrar sin problemas. Inés pasó su tarjeta por un lector automático y unas segundas puertas se abrieron. Dentro, el espacio era reducido, con pasillos, despachos y mucho movimiento de azafatas y pilotos. Algunos charlaban, fumaban y tomaban café; a otros se los veía atareados con papeleo. Inés llamó a Laura al móvil y ella apareció por uno de los pasillos, empujando una silla de ruedas.

—¡Qué alegría veros a las dos! —Nos dimos unos abrazos—. Vamos a tomar un café a la terminal; el de la máquina es horrible —dijo.

Inés se acomodó en la silla de ruedas y salimos por otro acceso que daba al interior de la terminal, Laura empujando a Inés, que llevaba las muletas sobre las piernas, y yo arrastrando los dos *trolleys*. Enseguida conseguimos un carrito portaequipajes para mi mayor comodidad. Yo solo había estado en la terminal de vuelos internacionales el verano que pasé en Inglaterra ejerciendo de *au-pair*, antes de empezar la carrera; fue en esa época cuando conocí a Laura.

Inés le preguntaba a mi amiga por algunos de sus antiguos compañeros, y ambas se reían de las últimas anécdotas o meteduras de pata. Se notaba que la mujer echaba mucho de menos su trabajo. Me había comentado, durante esos días, que ella no se habría retirado, de no haberle planteado la empresa un paquete de jubilación que era imposible de rechazar.

Nos sentamos en una cafetería. Dejamos a Inés vigilando las maletas y Laura y yo nos acercamos a pedir.

—¿Qué te parece Inés?

—Es maja, pero llevabas razón: tiene alguna rareza. —Miré hacia atrás: Inés ya estaba charlando con dos mujeres sentadas en la mesa contigua.

—Ajá. Veo que ya has descubierto su afición por los acantilados.

—Sí, impresiona verlos todos juntos, pero no es solo eso. No sé, tiene algo diferente; no sé cómo explicarlo, es solo una intuición.

—¡Dios mío, Tasi! Tú hablando de intuiciones. A tu madre le daría un soponcio si te oyera.

—Tú me entiendes. Simplemente, aún no sé cómo explicarlo.

—Me estás haciendo un superfavor. No podía no ayudarla en estas circunstancias.

—El favor me lo has hecho tú a mí. Me siento más tranquila. Necesitaba salir de casa de la pitonisa. Me tenía loca con sus acertijos.

Regresamos con los cafés y nos sentamos. Por un momento, Inés y Laura me miraron sin articular palabra.

—¿Tengo algo en la cara?

—¿Se lo dices tú o se lo digo yo? —le preguntó mi amiga a Inés.

—¿Decirme qué? Estáis muy misteriosas.

—Nos vamos de viaje —soltó Inés.

—¿Cómo que de viaje?

—Lo he estado pensando y creo que lo mejor es poner pies en polvorosa hasta que el asunto de la casa se solucione y yo pueda regresar sin temor a que Raúl la líe. ¿Para qué nos vamos a quedar en Madrid? ¡Nos vamos a visitar a Nick!

—Pero yo no me puedo ir así… tan de repente.

—Era una sorpresa. Por definición, debe ser algo inesperado —dijo Inés.

—Siempre has querido viajar, y esta es una oportunidad ideal: a gastos pagados por tu nueva empleadora —intervino Laura.

—Con la pierna rota, no puedo hacerlo sola, pero tú y yo juntas es otro cantar. Y lo vamos a pasar genial. Además, después de oírme hablar tanto de mi sobrino, al fin tendrás la oportunidad de conocerlo. Es un gran muchacho, y muy guapo. Y no porque lo diga su tía.

—¿Y puedo preguntar a dónde vamos y cuándo?

—Vamos a Estados Unidos. El vuelo sale en una hora; Laurita ya nos ha facturado.

—¿No se necesita visa?

Las dos liantas se miraron y sonrieron.

—Me tomé la libertad de hurgar entre tus cosas. Envié tu pasaporte al consulado; los tripulantes de líneas aéreas tenemos trámite preferente.

—Aquí tenéis los billetes, las tarjetas de embarque para los dos vuelos y los pasaportes —dijo Laura.

—Lo teníais todo planeado —mascullé con el ceño fruncido.

—Gajes del oficio —rio Inés—. No te estoy poniendo una pistola en el pecho. Si no quieres venir, pues, nada, iré sola… —Sonrió—. ¿Qué dices? ¿Nos vamos de viaje, Tasi? Te va a hacer bien. Y ya sabes: hazle caso a tu galleta y escucha la sabiduría de los ancianos.

—Ese mensaje era el tuyo.

—Me lo cambiaste.

Mi resistencia era ridícula, y me dio vergüenza seguir protestando cuando no tenía nada mejor que hacer y, además, me había comprometido a ayudar a Inés. Si ella quería que cruzáramos medio planeta para visitar a su sobrino, no iba a ser yo la que aguara la fiesta. Pero, aunque mi razonamiento era lógico, sentí un vértigo en el estómago difícil de explicar. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. De la total inactividad de los últimos meses a un torbellino de cambios en apenas cuatro días.

—Vale, pero a gastos pagados, porque no tengo un duro, y con billete de vuelta. Y no me vayas a dejar colgada por ahí. ¿Se puede saber a dónde vamos exactamente?

—Nick está en la base naval de Guam.

—¿Guam? —me extrañé—. La primera vez que lo oigo.

—Va a ser una aventura. Qué envidia me dais —comentó Laura.

A mí no me gustaban las aventuras. Yo prefería los planes bien estructurados y pensados de la A a la Z. Miles de preguntas bullían en mi mente, y el vértigo se me agarró al estómago. Laura debió de leer en mi cara lo que yo sentía, porque me apretó la mano.

—Todo va a ir bien, ya verás —aseguró con una sonrisa.

Yo, en cambio, estaba convencida de que todo iba a salir mal.

CAPÍTULO 9

Reconozco que recorrer el aeropuerto como si fuera mi propia casa resultó una experiencia nueva para mí, y la disfruté. Después de cuarenta y seis años trabajando en la aerolínea, a Inés la conocía todo el mundo: el personal de tierra, como llamaba ella a las azafatas que se encargaban de las tareas en el aeropuerto, y el de vuelo. Al entrar al avión, se presentó y pidió saludar al comandante. ¿Eso era posible? Enseguida nos hicieron pasar a la cabina. Solo en las películas había visto yo algo así. Me maravilló la cantidad de botones y luces, y la amplitud de la mampara, que brindaba una panorámica de ciento ochenta grados. El piloto, sentado a la izquierda, un hombre de unos cincuenta años con la piel bronceada, me explicó algunas de las funciones de los mandos, y el copiloto, mucho más joven, iba siguiendo las instrucciones, encendiendo y apagando. La sobrecargo se asomó para informar al comandante de que todo el pasaje estaba a bordo, y el piloto le encomendó nuestro cuidado.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando Inés se sentó en el asiento asignado.

—¡En primera clase! Yo nunca he podido permitírmelo. —confesé. No cabía en mí del asombro.

—Son los beneficios de mi paquete de jubilación: disfruto de diez viajes al año en primera clase y puedo invitar a algún familiar a venir conmigo.

—Es fantástico…, pero yo no soy un familiar.

—Laurita se ha encargado del tema; tiene sus contactos en Billetes. Hemos dicho que eres mi sobrina —susurró—. Así que como si lo fueras.

Acomodadas en las confortables butacas, y después de que yo probara todos los botones, la azafata nos sirvió unas copas de champán y unas toallas calientes para limpiarnos las manos y quitarnos el frío. Aquello era otro nivel, uno al que yo nunca había tenido acceso. Despegamos con la música de Indiana Jones sonando por los altavoces: *tantarantan tantatán tantatatan tanta tan tan…* Sentí un cosquilleo burbujeando en la boca del estómago, ya no tanto de nervios, que también, muchos, sino de emoción, casi de alegría. Menos de una hora después, nos sirvieron la cena, solomillo o lubina, a elegir. ¡Madre mía, qué lujo! La comida de avión tenía fama de ser asquerosa, pero, aunque yo no gozaba de mucha experiencia, estaba segura de que no tenía nada que ver con la de primera clase, que era de estrella Michelin: deliciosa y acompañada de vino rioja. Mis nervios se disolvieron totalmente.

Con el estómago lleno y el tinto corriendo por las venas, Inés me lanzó una pregunta con trampa:

—¿De dónde viene tu nombre, Tasi?

—Creo que ya te lo mencioné el primer día: es un invento de mi madre. Ella cree que lo escuchó.

—Si lo escuchó, no lo inventó.

Bebí de mi copa. En verdad me daba igual; era un nombre raro y sin gracia, que nunca me había gustado, pero uno no elige su propio nombre, así que nada se podía hacer.

—¿Qué diferencia hay?

—Mucha. Si lo escuchó, la información llegó de algún lugar.

—¿De qué lugar va a venir? —reí por efecto del vino.

—Qué sé yo. Del magma universal, del más allá…

—Ya, bueno… No creo en esas cosas así que… da igual.

—He buscado el significado de tu nombre, espero que no te importe —afirmó Inés con una sonrisa taimada.

Me incorporé un poco en la butaca y le di otro sorbo al vino.

—Yo también lo hice en su día. No encontré nada interesante. «Tasi» es solo un hierbajo venenoso.

—No, no es solo el nombre de una planta. Eso es lo que aparece si lo buscas en español, pero en inglés la respuesta es diferente. Los buscadores de internet pertenecen a empresas americanas, así que es razonable que arrojen resultados más precisos si realizas la búsqueda en inglés.

La mujer sabía cómo picar la curiosidad.

—¿Y… qué sale?

Me miró a los ojos; los suyos sonreían, casi desafiantes. Se acercó un poco, y yo me incliné como si fuera a recibir un secreto.

—«Tasi» significa… 'mar' en chamorro.

—¡¿En qué?!

—Cha-mo-rro.

—Suena feo. Es la primera vez que oigo esa palabra.

—Es la lengua nativa de las Islas Marianas, que fueron colonia española.

Intenté procesar lo que me estaba diciendo. Mi nombre significaba «mar»; era una versión mejor que la del hierbajo argentino. A mí me encantaba el mar, pero cómo había dado mi madre con un nombre en chamorro, o como se dijese, era un misterio.

Y, entonces, Inés lanzó su segunda pregunta trampa.

—¿No te parece una coincidencia que nos hayamos encontrado? Primero, el papel amarillo, y luego, que Laura sea tu amiga y te recomiende para el trabajo que habías rechazado.

—Sí, un poco. Esas cosas pasan, ¿no? El mundo es un pañuelo, como se dice.

—Sí, puede ser. Podría ser solo una coincidencia.

Se quedó pensativa un momento.

—A mí lo que me resulta más curioso es que tu nombre tenga un significado que, de alguna manera, está conectado con las dos: contigo, a través de tu pueblito en la costa, y conmigo, con mi póster mágico. Además…

Justo pasó una azafata sirviendo capuchinos, e Inés hizo los honores y me ofreció uno.

—Decía que además, y esto supone algo más que otra gran coincidencia, está la postal de Nick.

—¿La postal? —Tragué saliva.

—Ese acantilado, su último destino en la Marina, está en Guam.

—Ahí es a donde vamos, ¿no? Hasta que lo has mencionado en el aeropuerto, yo tampoco lo había oído nunca. Y me has explicado que es territorio de los Estados Unidos.

—Sí, desde 1898, cuando España perdió sus últimas colonias. Guam pertenece al archipiélago conocido por los españoles como… tatatachán… Islas Marianas. Era Guaján para los conquistadores. Tierra de… chamorros.

—¡No!

—¡Sí!

Me dio la risa floja. Todo era absurdo, muy absurdo.

—Reconoce que es mucho más que una enorme coincidencia —dijo risueña.

—Es lo más ridículo que he oído nunca.

—Si a eso le sumamos que yo no tengo casa, y tú tampoco, pues estamos en el momento ideal para cometer esta locura y, aparte de visitar a Nick, buscar mi acantilado y descubrir más sobre el origen de tu nombre y por qué o cómo llegó hasta tu madre.

Y ahí, justo en ese momento, Inés me reveló las verdaderas razones detrás de ese viaje imprevisto. Ya me había parecido a mí que esa mujer no podía tener miedo a la ambición de su hijastro, pues intuía que era de armas tomar. Y cuando yo pensaba que la conversación había terminado…

—Aún me tienes que explicar por qué te desmayaste al ver la postal de Nick.

—Bajada de tensión.

—*Whatever*.

—¿Qué significa eso?

—Que si tú lo dices…

No estaba preparada para hablar de mis pesadillas, me infundían demasiado miedo. Y lo estaba pasando tan bien… Por primera vez en mucho tiempo, sentía el ánimo ligero, y me importaba un pepino el futuro. Estaba volando en primera, a gastos pagados. ¿Qué más podía pedir?

—Laurita es muy apañada y tiene impresora en casa, así que he impreso la información sobre la isla de Guam y su historia. Magallanes la bautizó como «la isla de los Ladrones». Toma, lee. El alcohol me ha dado modorra, voy a echarme un sueñecito —dijo, acomodándose la almohada—. Tasi, «mar» en chamorro, vamos a desvelar el misterio —musitó, y, colocándome los papeles en el regazo, salió de escena durante unas horas. Las mismas que yo pasé intentando encajar el torbellino de sensaciones que tantas coincidencias, una tras otra, habían causado en lo más hondo de mi ser.

CAPÍTULO 10

El viaje fue largo, un poco más de catorce horas desde el despegue hasta que aterrizamos en el aeropuerto de Seúl, en Corea del Sur. Sin embargo, a mí el tiempo se me pasó sin darme cuenta, inmersa en la lectura de las más de treinta páginas que Inés había impreso. Aunque mucha de la información era la típica que consta en folletos turísticos y páginas de curiosidades, había también varios artículos académicos, mucho más profundos, que recogían infinidad de datos históricos, incluso párrafos enteros extraídos de las crónicas de los conquistadores y los gobernadores que rigieron las islas, así como de otros testigos directos, como religiosos y capitanes de la Flota de Indias.

Algunas narraciones eran muy vívidas, con todo lujo de detalles; entonces, yo paraba de leer y miraba al infinito cielo blanquecino por la ventanilla ovalada, intentando imaginarme cómo había sido esa época, las costumbres, el choque de culturas entre ambos pueblos y la convivencia, el mestizaje… No era muy diferente a otros relatos sobre la conquista de América y, sin embargo, tenía algo, un halo especial, o tal vez era mi imaginación y la relevancia que yo empezaba a otorgarle tímidamente a ese viaje y a lo que iba a significar en mi vida.

Después de siglos habitadas por el pueblo chamorro, aquellas islas habían sido reclamadas por los españoles. Eso marcó el comienzo de un período de colonización de más de trescientos años, que llevó a la población indígena el cristianismo, un nuevo orden

social y cambios culturales significativos. Y Guam, ubicada estratégicamente en el corazón de las Marianas, se convirtió en el centro administrativo del gobierno colonial español en el Pacífico.

El explorador portugués Fernando de Magallanes, financiado por los reyes de España, fue el primero en poner un pie en Guam, la isla más grande de las Marianas. Durante los primeros cuarenta años, fueron las islas de los Ladrones, ya que los indígenas chamorros, acostumbrados a compartir dentro de su comunidad, tomaron algunos artículos del barco de Magallanes, probablemente considerándolos regalos u ofrendas. Mis compatriotas interpretaron ese hecho como un robo, lo que derivó en el despectivo nombre. Como ya le había pasado a Cristóbal Colón, Magallanes no buscaba las Marianas: su objetivo era encontrar una ruta hacia las islas de las Especias, eterno objetivo de los exploradores. Sin embargo, su flota se topó con Guam y, aunque su estancia fue breve y estuvo marcada por la desconfianza hacia los nativos, supuso el primer contacto europeo registrado con las Islas Marianas. No fue sino hasta las expediciones españolas posteriores, dirigidas por el Adelantado Miguel López de Legazpi en 1565, cuando los españoles establecieron una presencia más formal en el archipiélago, periodo que coincide con el comienzo de la conquista de Filipinas. Legazpi, al que se conocía como «el Viejo», rebautizó las islas como «las Marianas» en honor a Mariana de Austria, la reina regente en España en ese momento.

Ellos, en enormes naves, surcaron los mares; nosotras, cómodamente sentadas en primera clase, lo hacíamos en un gigantesco pájaro de acero. ¿Cómo manejaron esos hombres aguerridos el miedo a lo desconocido y la certeza de saber que les esperaban peligros inimaginables? Nuestra situación era totalmente diferente: vivíamos en el recién estrenado siglo veintiuno, teníamos un mundo de recursos y conocimientos a nuestro alcance, y, aun así, yo me sentía nerviosa, intranquila. No tenía ni idea de qué me deparaba el futuro, qué diablos hacía rumbo a una isla en el Pacífico. Inés lo había planteado como una oportunidad que encajaba en nuestras circunstancias, pero, para mí, era algo más. Aún no me atrevía a aceptarlo, a ponerle nombre, pero un presentimiento muy

fuerte me decía que iba a tener que enfrentarme al origen de mis pesadillas.



Después de dos horas de escala en Seúl, tomamos el último vuelo, directo a Guam. Solo cinco horas nos separaban de nuestro destino, de conocer a Nick —cosa que me tenía un poco inquieta— y de ver con mis propios ojos todo aquello sobre lo que había leído. Un lugar que me era completamente ajeno cuando embarcamos y que, no obstante, había despertado en mí algo más que curiosidad durante las horas que había pasado conociendo parte de su historia. No había dormido nada, entretenida en la lectura y en los pensamientos y reflexiones que esta había desencadenado.

Había estudiado en el colegio las glorias de nuestro Imperio y también su decadencia, la misma que supieron aprovechar los americanos cuando volaron por los aires su propio acorazado, el Maine, y nos declararon la guerra. Pero nada se enseñaba acerca de Guam ni de las otras islas del archipiélago, las cuales se obviaban cuando nos explicaban cómo habíamos perdido Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Sin embargo, en 1898 también llegó a su fin el dominio español sobre las Marianas. En el Tratado de París, que ponía fin a la guerra y a nuestra gloria exploradora, se cedía Guam a Estados Unidos. Por lo que yo había leído en las páginas impresas, nosotros no le sacábamos mucho jugo, aunque fue parada del Galeón de Manila hasta la independencia de México, y, con posterioridad a esto, nuestros miopes políticos no supieron ver su valor estratégico. Cuando invadieron la isla los americanos, era un territorio prácticamente olvidado, sin apenas recursos ni apoyo del gobierno de la metrópoli; tan olvidados que nuestro minúsculo contingente de soldados ni siquiera sabía que estábamos en guerra, e invitaron amablemente a los invasores a un cafecito.

Sin embargo, la Marina americana enseguida vio el enorme potencial y estableció allí una base naval en 1899, la cual resultó fundamental durante la Segunda Guerra Mundial para plantar cara al Imperio nipón, y también durante la Guerra Fría como fuerza disuasoria contra los rusos y la expansión de su ideología. Era a esa base naval donde Nick, el sobrino de Inés, estaba destinado, y donde los Estados Unidos albergaban infraestructuras de defensa avanzadas, como una base de submarinos, una estación aérea y un sector de la Guardia Costera. Servía como punto de despliegue de fuerzas y también de apoyo a la seguridad en la región de Asia Pacífico, así como para misiones humanitarias.

Según la información que había leído, si bien la base naval proporcionaba a Guam un impulso económico notable a través de empleos e ingresos, también había surgido una oposición de los chamorros con respecto al impacto ambiental, la disrupción cultural y los posibles riesgos para la seguridad. Yo estaba deseando ver con mis propios ojos cómo convivían las distintas culturas, y si realmente quedaba allí algo de nuestra herencia española.

En el segundo vuelo, el servicio a bordo siguió siendo exquisito, y, a escasos minutos de aterrizar, yo ni siquiera sentía el cansancio tras tantas horas en el aire. Miré por la ventanilla, maravillada por el color azul profundo del océano y el verde intenso de las islas.

Descendimos, y las casitas dejaron de parecer de juguete. Bajaron el tren de aterrizaje, e Inés apretó mi mano justo cuando tomamos tierra y el piloto tiró de la palanca de los frenos.

¡Estábamos en Guam!



A la salida del avión, una azafata aguardaba con una silla de ruedas para mi compañera. El control de pasaportes fue rápido: Inés me susurró al oído que no era nada comparado con aterrizar en Los

Ángeles o Miami, donde las autoridades migratorias miraban con lupa a los viajeros en busca de aquellos que pretendían quedarse en el país de manera ilegal.

El aeropuerto era pequeño, con instalaciones bastante anticuadas. La amable azafata nos acompañó hasta las puertas automáticas. Inés escudriñaba las caras de los que esperaban la salida de los pasajeros, en busca de Nick, pero él no estaba. En su lugar, un señor grueso, de rostro moreno y frondoso bigote canoso, nos esperaba con un cartel. Me pregunté si sería chamorro, pero, antes de poder preguntar, Inés se me adelantó.

—Sí, señora —respondió él—. Chamorro de Guam. Conozco a su sobrino desde que llegó a la isla. Me ha encargado que las lleve al hotel que ha reservado para ustedes y, luego, a donde deseen ir. Estará con ustedes a la caída de la tarde.

—Qué ganas tengo de verlo —comentó Inés.

El chófer se incorporó a la carretera local, que fluía entre grandes extensiones de terreno silvestre, sin edificar, hasta que, a pocos kilómetros, entramos en lo que, se suponía, era la ciudad.

—Si no fuera por la vegetación, el clima y las playas espectaculares, podríamos estar en cualquier lugar de los Estados Unidos —comentó Inés, sentada en el asiento del copiloto para disponer de más espacio para estirar la pierna rota—. Todo es igual: los edificios chatos, los centros comerciales como cajas de cerillas con grandes aparcamientos… Me imagino que, sin coche, no se va a ningún sitio. No sé qué problema tienen los americanos con el transporte público.

Yo iba con la ventanilla bajada por completo, sintiendo el viento revolverme el alma. Olía a flores y el aire sabía a sal y a algas, aunque aún no habíamos divisado el océano. La humedad del ambiente me cosquilleaba en la piel. El cielo era de un azul intenso, y no había ni una sola nube. Escuchaba la cháchara en inglés entre Inés y Carlos, que así se llamaba el hombre. Yo tenía el idioma un poco oxidado desde aquel verano en Inglaterra, hacía ya unos cuantos años, pero lo entendía todo más o menos, aunque me daba un poco de vergüenza hablarlo, porque, como buena española, tenía un acentazo.

A unos veinticinco minutos del aeropuerto, el chófer nos anunció que estábamos llegando a la zona turística de Tumon, donde se localizaban los hoteles de cinco estrellas. Poco después, descendió una cuesta y frenó a las puertas del hotel Westin Resort Guam, inaugurado cuatro años antes, según explicó.

Carlos se apeó, sacó las maletas y una silla de ruedas plegada, que abrió antes de ayudar a Inés a salir del coche. Nick había pensado en todo. Empezaba a caerme bien.

Antes de despedirse, Carlos nos entregó su tarjeta y nos dijo que estaría por la zona, por si nos apetecía hacer un poco de turismo. Aún no habían dado las once de la mañana y yo me sentía llena de energía, pero estaba ahí para supervisar el bienestar de Inés, y la mujer ya tenía una edad.

Un botones se hizo cargo de las maletas y yo guie a Inés a través del enorme vestíbulo de mármol amarillo y gris, con grandes columnas mostaza y unas palmeras que se alzaban paralelas a los dos ascensores acristalados, y que alcanzaban el cuarto piso. En la recepción, una amable mujer, vestida con un uniforme en tonos azules y verdes y estilo isleño, nos ayudó con el *check-in* y nos hizo entrega de las llaves de nuestras habitaciones, ambas con vistas al océano, y contiguas, explicó con una sonrisa.

—¿Cuál es el acantilado más famoso por aquí? —preguntó Inés, disipando mis dudas acerca de su vitalidad. Tenía tantas ganas como yo, o más, de visitar la isla.

—Supongo que se refiere al de Puntan Dos Amantes.

—Sí, podría ser ese; tiene un nombre muy inspirador. ¿Y si detrás de tu nombre se oculta una gran historia de amor? —me dijo, con un guiño de ojos.

—Seguro que es la típica historia que se han inventado para entretener a los turistas.

—No perdemos nada por echarle un vistazo. Pero primero vayamos a darnos una duchita y quitarnos el olor a avión.

—Va a estar complicado, con tu pierna.

—Pasé muchos días en la residencia y me negué en redondo a que una de las enfermeras me estuviera vigilando mientras me bañaba. Así que no te preocupes, que me apaño.

Nuestras habitaciones se encontraban en una de las zonas para no fumadores, y a ellas se accedía desde un ascensor independiente que se elevaba en el extremo sur del edificio, y cuyas cristaleras daban al océano. Dentro del ascensor, al alzarnos sobre el *lobby*, la pared que bloqueaba la vista desapareció, y ante nosotras se abrieron las aguas infinitas del océano. Yo no estaba preparada para semejante espectáculo, y el vértigo hizo que el estómago se me subiera a la garganta.

—Mira qué panorámica tan preciosa —comentó Inés, maravillada.

—Ya la he visto —dije, apretada contra el lado contrario, las piernas despatarradas, las manos temblando, mientras me aferraba a la barandilla.

—Estás pálida, Tasi.

—Sufro de vértigo.

—¿Desde cuándo?

—No sé, desde siempre, supongo. —Aunque sabía exactamente desde cuándo.

Las puertas interiores se abrieron y yo caí hacia atrás por la inercia. A Inés le dio un ataque de risa.

—Este viaje va a ser más divertido de lo que me había imaginado.

—No tiene gracia. Me dan mucho miedo las alturas.

—Sabrás que todos los miedos tienen algún origen, y que pueden superarse.

—Ya.

Enfilamos el pasillo enmoquetado. Me costaba empujar la silla dada la rugosidad del suelo, pero agradecí el esfuerzo físico. A las puertas de las habitaciones esperaban ya nuestras maletas. Entramos en la de Inés, pues, desde la suya, por la puerta conectora, podíamos acceder a la mía.

La alfombra de la habitación también dificultaba el tránsito de la silla de ruedas.

—Llévame a la terraza, por favor. Mientras tú te duchas, yo quiero contemplar el océano tan hermoso —dijo.

Hice lo que me pidió. Abrí las puertas de par en par y, de un último empellón, la silla de ruedas superó la alfombra y se deslizó

sobre las baldosas de terrazo del balcón.

—¿Has visto qué color tan bonito? Es turquesa. Hacía mucho que no veía un agua tan espectacular —dijo Inés, girándose hacia mí—. Ven, acércate.

—Desde aquí lo veo bien. —Intenté controlar el miedo—. ¿Necesitas algo más?

Negó, absorta en las vistas. Yo crucé su habitación en dirección a la mía; solo quería quitarme la impresión bajo el agua caliente de la ducha, pero, al traspasar el umbral de mi estancia, no pude evitar mirar hacia el gran ventanal, hacia el océano inmenso, y entonces lo escuché.

Era un susurro ronco y claro, que decía:

«Tasi».

CAPÍTULO 11

Una hora después, Carlos zigzagueaba por la carretera que ascendía hasta Puntan Dos Amantes. Viajábamos con las ventanillas bajadas; me gustó comprobar que Inés prefería la brisa natural al aire acondicionado, para extrañeza de nuestro conductor, que iba sudando y resoplaba incómodo.

A medida que ascendíamos por el sinuoso camino hacia la cima, una sinfonía de aromas y colores nos envolvía. Las fragantes flores de plumeria salpicaban el paisaje, y su dulce perfume se mezclaba con el aire salado del mar. Delicadas orquídeas se aferraban a las grietas rocosas de piedra caliza, cuya superficie brillaba al sol, y sus vibrantes flores añadían toques de color a la exuberante vegetación que cubría los acantilados. A lo lejos, se podía oír el intenso rumor del chapoteo de las olas contra las rocas, que me proporcionaba una relajante sensación de serenidad, como si estuviera en un lugar sagrado. El último tramo de carretera estaba enmarcado por cocoteros, enredaderas de buganvillas y unos imponentes banianos, con sus ramas nudosas y colgantes que sombreaban, refrescando el ambiente y dando un respiro al sofocante sol tropical.

Al llegar a la cima, el espacio se abrió en una explanada donde se erigía una imponente estatua de bronce de dos cuerpos unidos en un abrazo desesperado, los cabellos anudados y los brazos en alto, como si quisieran alcanzar el firmamento.

—Ahí están los dos amantes —exclamó Inés.

—Es la leyenda más famosa de la isla —comentó Carlos.

Aparcó a la sombra de un enorme magnolio y ayudó a recolocar a Inés en su silla de ruedas.

—Tómense su tiempo, yo las espero aquí.

Empujé a Inés hasta la estatua y las dos nos quedamos ensimismadas con la fuerza expresiva del abrazo. El cartel informaba de que la escultura tenía veinticinco pies de altura, unos ocho metros, calculé, y había sido creada en 1984 por un escultor filipino llamado Eduardo Castrillo. Recordé la información que había leído en el viaje acerca de que los españoles habían llevado numerosos filipinos consigo durante los varios cientos de años de colonización. También había sangre filipina en las Islas Marianas.

Después, por el camino de cemento que serpenteaba entre rectángulos de césped, de los que emanaba un olor a hierba recién cortada, nos acercamos a un puesto que vendía helados y granizados bajo una sombrilla de Coca-Cola, y compré dos botellas de agua. No habían pasado ni diez minutos y ya estábamos las dos sudando, pues, aunque la brisa soplaba con más intensidad a esa altura, el sol abrasaba.

La explanada estaba rodeada por altos setos de vegetación, por lo que desde donde nos encontrábamos no se veía el océano, aunque se escuchaba su respiración acompasada. Seguimos hasta el acceso al mirador, donde una enorme placa de bronce con letras talladas narraba la leyenda. Permanecimos en silencio, leyéndola. A medida que mis ojos se deslizaban por encima de cada palabra, me pareció escuchar murmullos. Me giré un par de veces, pero frente a la placa estábamos solo nosotras; los demás turistas se arremolinaban junto al puesto de los helados y a la entrada de la tienda de suvenires, donde debía de soplar el aire acondicionado. Devolví la mirada a la leyenda y, de nuevo, escuché voces arrastradas por el viento hasta mí, como si llegasen de un lugar lejano; términos extraños, en una lengua desconocida, aunque me pareció captar alguna palabra suelta en castellano. Seguí leyendo y, cuando llegué al final del relato, un nudo se me formó en la garganta y me entraron ganas de llorar. Sentí una extraña nostalgia, un sentimiento profundo, casi intuitivo. Alcé la vista y vi que Inés no

leía; había terminado antes que yo y me observaba con una expresión divertida.

—La silla no pasa por ahí; además, hay escaleras. Vas a tener que ir sola —dijo.

Miré hacia la taquilla donde se compraban las entradas, que cubría solo parcialmente la vista del acceso al mirador, y, en efecto, comprobé que había tres tramos de escaleras que se superponían en tres anillos concéntricos, uno sobre otro, hasta alcanzar el más estrecho y elevado y, supuse, con las mejores vistas sobre el acantilado.

—No puedo, de verdad. Tengo mucho vértigo.

—Es una ocasión única para superarlo.

—No lo entiendes, no lo puedo controlar. Nadie puede controlar el miedo a las alturas. Solo sucede y ya.

—Vamos, Tasi, este viaje va a cambiarte la vida, por las buenas o por las malas, lo sabes tan bien como yo.

—No sé de qué hablas.

—Claro que lo sabes. —Sus ojos azules me observaron con calidez y, durante unos instantes, no habló. Yo me crucé de brazos, a la defensiva—. Laura me lo ha contado, lo de tus pesadillas. Dice que lo has superado, que sucedió hace mucho, pero yo intuyo que el miedo ha estado adormecido, tapado con la densa capa de falsa seguridad que te proporcionaban tu vida ordenada y tu trabajo, y ahora que lo has perdido todo, ha vuelto a aflorar. Lo puedo leer en tus ojos. Y no va a desaparecer hasta que no llegues a su origen y te enfrentes a él.

Las lágrimas se condensaron en mis párpados, sin mi permiso. Y aunque me fue imposible pronunciar palabra, sabía que Inés tenía razón. Me di la vuelta para ocultar las emociones, muy afectada por su comentario, y me alejé en dirección al dichoso acantilado, con la mandíbula apretada a causa de la rabia, y también de la angustia. En ese momento, no me quedó duda de que Inés había sospechado de mi desmayo al ver la postal de Nick, y que había estado interrogando a Laura sobre ello hasta sacar sus propias conclusiones. Quería empujarme a confesar, pero yo no pensaba hacerlo. Ignorarlo había sido mi estrategia para controlar el miedo, y

lo había conseguido; no iba a permitir que un vacío en el estómago volviese a convertirse en un monstruo que me devorara la cordura a dentelladas. «Aférrate a la rabia, Tasi. No te dejes vencer».

Pagué la entrada, que costaba un dólar, y, con decisión, encaré los escalones que me elevaban sobre la cima del precipicio. Alrededor, todo eran escarpados despeñaderos con afiladas rocas salientes. El azul turquesa ocupaba la mitad del horizonte, y hacia el otro lado se extendía la jungla verde y frondosa. Me aferré a la barandilla y subí el primer tramo con los ojos entrecerrados. Cuando alcancé la primera plataforma, abrí los ojos y miré al océano. El vacío en el estómago pareció ceder un poco y me atreví a bordear todo el perímetro del primer círculo por el lado interior. Los turistas se apiñaban en el extremo norte, sobre el acantilado, intentando sacarse fotos entre las cabezas que se embelesaban con el paisaje. Las vistas eran tan impresionantes que una irrefrenable atracción me instó a mirar hacia abajo. Era extraño: sentía miedo, pero, a la vez, una morbosa necesidad de inclinarme sobre la barandilla y contemplar las olas romper contra las puntiagudas rocas. Decidí subir al siguiente círculo.

Me fijé en un hombre que llevaba a una bebé sobre los hombros, y que se alzaba sobre una elevación en uno de los salientes del mirador. La niña sonreía con sus encías sin dientes y pataleaba, y él le sujetaba las piernas con una mano mientras, con la otra, hacía el signo de victoria. Contuve el aliento. Nadie parecía percatarse del peligro. La madre tomaba la foto tan tranquila. Yo podía ver a la bebé cayendo hacia atrás en un descuido del hombre. Sin embargo, el momento pasó, la foto fue tomada, el padre entregó la niña a la madre y los tres siguieron su periplo. Su inconsciencia, en cierta forma, me hizo sentir un poco ridícula en mi miedo, y, tras tomar aire, ascendí a la última plataforma, más estrecha. Apoyada contra la barandilla de hierro del interior, cerré los ojos. El viento era intenso y me revolvió el cabello. El penetrante olor a mar se me coló por cada poro de la piel. Respiré hondo varias veces. Y, entonces…, lo escuché de nuevo. El susurro ronco. Abrí los ojos y me acerqué a la barandilla exterior. «Tasi. Tasi». Lo oía con claridad. Había alguien bajo la plataforma, llamándome. Me incliné; las olas se rizaban

poderosas y estallaban en espuma. Creí sentir las salpicaduras de agua salada en la cara; no había alcanzado a procesar que, ensimismada con la panorámica, el miedo había desaparecido, o, mejor dicho, la vista no había despertado las sensaciones de mi pesadilla, cuando alguien me agarró por la cintura y tiró de mí. Yo pegué un grito y la voz dejó de llamarme.

—Es peligroso asomarse tanto.

Un hombre con el pelo corto casi al ras, bronceado y con unos impresionantes ojos azules, me observaba divertido, sus manos aún en mi cintura. Me quedé mirándolo con el mismo ensimismamiento que me había ocasionado el acantilado de la leyenda. Era guapo, pero no era una belleza obvia, sino más bien el magnetismo de su mirada y esa sonrisa de medio lado que acentuaba unos hoyuelos en las mejillas. Di un paso atrás, aturdida por su cercanía y para librarme de su contacto.

—Mi tía me ha mandado a buscarte. Me ha dicho que sufres de vértigo, pero a mí no me lo parece. Soy Nick.

Extendió su mano. Se la estreché y sentí un escalofrío.

—Tasi.

—Bonito nombre. ¿Tienes sangre chamorra? —Era la primera vez que alguien me decía algo así, y me sorprendió. Nick debía de conocer el significado.

—No…, que yo sepa. Y hablando de tu tía, estoy segura de que le encantará ponerte al corriente del origen de mi nombre.

Frunció el ceño, extrañado ante mi respuesta.

—Gracias por darme el susto de mi vida y por salvarme de acabar destrozada contra las rocas de ahí abajo. He oído algo…

—Lo que has hecho es peligroso. Si te hubiera dado un mareo así asomada, te habrías precipitado al vacío. Es raro que no sintieras vértigo.

—Había alguien abajo… —Nick me observaba desconcertado. Mi explicación no tenía ningún sentido. ¿Quién iba a llamarme desde los acantilados, y por mi nombre?—. Da igual, fue una tontería.

—¿Qué te parece nuestra isla?

—Es impresionante…

Al menos, había conseguido ver lo que necesitaba confirmar, y no era lo que esperaba.

—Pero…

—¿Cómo que pero? —pregunté.

—Ha sonado a «decepcionante», en vez de a «impresionante».

Reí. Era listo, el marine, y yo, demasiado transparente. Preferí cambiar de tema.

—Ya he visto lo que tenía que ver, y no pienso acercarme más al mirador. Inés debe de estar aburrida. ¿Vamos?

—La he dejado en la tienda de suvenires.

Nick me ofreció la mano, y yo la tomé. Su agarre era firme y su piel estaba caliente. Otra vez me sacudió la corriente de electricidad que me provocaba su contacto. Bajamos de la plataforma esquivando turistas y pasamos por un pequeño torno de metal al final de un estrecho pasillo donde se exhibían gorras, postales e imanes para el frigorífico. Finalmente, me soltó. Me moría de sed, una sed diferente a la que despertaba la temperatura de la isla. Ese hombre era capaz de secarle la garganta a la más indiferente, me dije.

—Carlos comentó que te veríamos a la caída de la tarde. ¿Cómo has sabido dónde encontrarnos?

—He pedido permiso. Tenía muchas ganas de ver a mi tía… y conocer a su nueva amiga. Mi informante me ha mantenido al tanto desde vuestra llegada.

—Carlos.

—Sí. Es un buen amigo, con él estáis seguras.

—¿Acaso no es segura la isla?

—Cosas normales: hurtos, peleas de borrachos, y algún tirón de bolso. Pero no suelen meterse con los turistas. No tienes de qué preocuparte.

Pasamos por delante de la estatua de los dos amantes entrelazados en un abrazo eterno y me detuve un momento a contemplarlos de nuevo. Volvió a impresionarme su tamaño y expresividad.

—¿Conoces al escultor? —pregunté.

—Sí, es bastante famoso. Pero creo que esta es su obra más renombrada. Debe de ser por la temática; a la gente le encantan las historias de amor trágico.

—Puede que la verdadera historia no terminara así y que se haya tergiversado con el tiempo.

—La muerte suele ser el destino de los amores imposibles. En mis viajes con la Marina me he encontrado la misma leyenda, con distintos tintes culturales, en numerosos sitios; de hecho, hay varios picos con el mismo nombre, y la historia, en todas sus versiones, siempre termina igual. Es como *Romeo y Julieta*, pero de la época de las colonias.

Me quedé mirando cómo los brazos robustos del gigante envolvían a su amada, dispuesto a no dejarla marchar nunca.

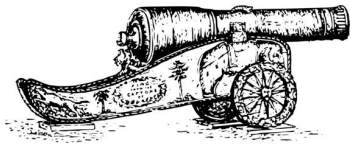
—¿Vamos?

Asentí y seguí a Nick, echando ojeadas hacia la enorme escultura. Inés nos esperaba con un libro en la mano, bajo el toldo de la tienda de suvenires.

Miré un instante hacia atrás, al mirador. Al asomarme al precipicio, había obtenido una vista completa de los acantilados, y ahora estaba segura de que no era el de mis pesadillas, pero, como Inés, empezaba a intuir que el origen de mis terrores nocturnos estaba ligado de alguna misteriosa manera a esa isla, y que en algún lugar se encontraba mi precipicio, el de verdad, el que albergaba la clave de mi historia.

En ese momento tomé una decisión: iba a encontrarlo y a descubrir el secreto detrás de mi nombre y de mis miedos.

CAPÍTULO 12



San Ignacio de Agaña, Guaján,
año de Nuestro Señor de 1690

Aurora salió de puntillas de la estancia, con cuidado de no hacer ruido para evitar que su dueña se despertara. Por las tardes, mientras sus hermanas pequeñas dormían la siesta, Aurora debía leer en voz alta alguna obra piadosa mientras doña Sagrario, su ama, bordaba. Con el calor de la tarde y la voz monótona de la muchacha, la mujer solía quedarse dormida a los pocos minutos. Ese día, sin embargo, Aurora estuvo más de una hora leyendo un libro de poesía que había llegado con la carta de su padre, recibida esa misma mañana y fechada más de tres meses atrás en Acapulco. El libro se titulaba *Inundación castálida*, y era de una monja, sor Juana Inés de la Cruz, que, según contaba su progenitor en la misiva, era muy querida en la Nueva España. Cuando los párpados de doña Sagrario por fin cedieron, Aurora soltó un suspiro de alivio, dejó el libro sobre su butaca y se apresuró a su encuentro clandestino.

Cerró la pesada puerta de la alcoba conteniendo la respiración, como si así pudiera evitar que los goznes chirriasen, y cruzó la galería a la carrera, asomándose a la balconada interior para comprobar que no había a la vista ningún criado que pudiera

descubrirla. Bajó los escalones que conducían al patio central y, de ahí, corrió al extenso jardín. Iba descalza: en una mano cargaba los chapines de seda, para que el taconeo no la delatara, y con la otra se sujetaba la falda. Las baldosas de barro cocido ardían bajo el sol intenso, pero Aurora aguantó el calor en la planta de sus pies hasta que alcanzó la hierba.

Sobre el escritorio quedó la carta donde su padre, don Álvaro Aguilar y Manrique, le anunciaba que embarcaban en el galeón *Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, que iba a realizar el tornaviaje hasta Filipinas y transportaba el situado para la administración de las Islas Marianas, además de al gobernador general, Fausto Cruzat y Góngora, a su nuevo cargo en Manila; su padre había tenido ocasión de conversar con él y ponerlo al corriente de los asuntos de la hacienda en Agaña. Contaba también que otro galeón, el *Santo Niño*, les haría de escolta durante los meses que pasarían en alta mar. En él viajaban varios misioneros franciscanos, comerciantes y un nutrido contingente de soldados, así como numerosos presos, asignados, lo más seguro, a Cavite, los astilleros en Manila, que requerían gran cantidad de mano de obra, comentaba su padre. También había escuchado que el *Niño* iba cargado de cofres llenos de monedas, riqueza procedente de los exitosos negocios que se realizaban en la Nueva España, y que iban destinados a financiar nuevas remesas de productos y la compra de tierras en las Filipinas.

Hacía casi dos años que Aurora no veía a don Álvaro, y aunque lo extrañaba mucho, su vida en ese tiempo había sido dichosa, por lo que temía el momento del reencuentro; sobre todo, porque su abuela paterna, doña Agustina, llegaría para hacerse cargo de su crianza y la de sus dos hermanas menores: Juana, que contaba doce años, y Elvira, que tenía dos.

Su madre, la bella Latasi, bautizada como Leonor el día en que contrajo nupcias con su padre, había fallecido durante el parto de Elvira, y, tras unos meses de luto, don Álvaro había partido a Nueva España. En un principio, se había resistido a tomar aquella decisión, pero la insistencia de su madre, la abuela de las niñas, había terminado por decidirlo, ya que la mujer amenazaba con emprender viaje ella sola, si hacía falta, con tal de asegurarse de que su

descendencia se educase en las costumbres y valores de cristianos viejos españoles, especialmente sus nietas mayores, que crecían, a su entender, como la mala hierba: sin reglas ni disciplina. La carta de su padre adjuntaba otra de su abuela paterna jalonada de órdenes y normas de conducta que las hermanas debían cumplir de inmediato, contenido que Aurora olvidó en cuanto sonaron las campanas de la iglesia dando las tres de la tarde, hora en la que se encontraba en secreto con Hanom en la cala de los corales.

Llegaba tarde.

Cuando se hubo alejado lo suficiente de la casona y no corría el riesgo de que alguien la viera por una ventana, Aurora se sacudió la arenilla de la planta de los pies y se calzó los chapines de nuevo para no pincharse con las agujas que soltaban los altos pinos en esa época del año. Se alzó la falda un poco más, dejando al aire las pantorrillas, que habían adquirido un ligero tono rosado por las horas al sol, para correr más rápido, serpenteando entre los matorrales de brezo y las bayas.

Aunque aún era joven, Aurora esperaba que su padre entendiera lo que la unía a Hanom y aceptara su enlace. No solo la haría la joven más feliz de la isla, sino que estrecharía todavía más los lazos entre las dos culturas, la española y la nativa. Al fin y al cabo, la mitad de la sangre de Aurora era de origen chamorro, como lo había sido Latasi. Y su padre, más que nadie, debía entender su fascinación por el muchacho y por su gente, pues él mismo se había enamorado de su madre con ardor y, según decía don Álvaro, a primera vista.

Hanom aún no había confesado con palabras lo que sentía por ella, pero Aurora estaba segura de que compartía sus sentimientos. La intensidad de su mirada, los roces en el agua, el calor de su mano cuando sostenía la suya… todo en él le decía que sus corazones latían a un mismo ritmo, que estaban hechos para ser bendecidos en santo matrimonio.

Aurora llegó a la cala esperando ver a Hanom, pero no había rastro del muchacho. Se descalzó y metió los pies en la espuma blanca que se arremolinaba en la orilla. Las olas lamían con suavidad la finísima arena del color de las almendras crudas. Cuando se hubo

refrescado la nuca y las muñecas, se dejó caer a la sombra de las plumas de una palmera y esperó.

Hacía varios meses que Aurora había conocido al joven chamorro. Había sido en esa misma cala, la primera vez que se atrevió a escabullirse de la casa durante la siesta de doña Sagrario. Se llevó un libro y se sentó a leer bajo la frondosa vegetación.

Pronto la lectura la aburrió y se puso a contemplar el vaivén de las olas y cómo el sol resplandecía sobre la superficie del océano; se imaginó los lugares en los que su padre habría recalado en su viaje hasta Nueva España, pensando en los peligros, en las tormentas y en los monstruos marinos, y sintiendo su corazón latir con un intenso anhelo de aventura.

Hasta ese día, su vida había sido monótona y sumamente aburrida. Ya había pasado la época en la que se entretenía jugando con su muñeca de trapo, bordando o tocando el clavicordio. Doña Sagrario no la dejaba montar a caballo, pues tenía miedo de que, en ausencia del señor, se fuera a partir el cuello; tampoco salir a pasear por la Alameda. La mujer se había vuelto temerosa debido al peso de la responsabilidad de criar a tres niñas en esa tierra de salvajes, como solía afirmar. Aunque Agaña era segura, los indios seguían sublevándose en algunas regiones e islas del archipiélago, e incluso asesinaban a los religiosos que intentaban cristianizarlos. Tras cada incidente, el sargento mayor realizaba incursiones de castigo que tenían como propósito demostrar el poder militar superior de los españoles e imponer los valores cristianos y la pleitesía al rey. El miedo a que algo les pasara a ellas hacía que doña Sagrario solo les permitiese salir para escuchar misa o recitar el rosario en casa de algunas de las mujeres notables de la villa.

Aquel primer día de imprudente aventura, ya lejano, Aurora estaba mirando el océano, cuando vio aproximarse una embarcación de una sola vela. Se escondió detrás de unos matorrales. En cuanto la pequeña barca tocó la orilla, Aurora vio al muchacho; su torso desnudo y fibroso la hizo sonrojarse hasta los dedos de los pies. Él saltó al agua y se sumergió completamente. Los segundos pasaban y no salía. Asustada, ella corrió hasta la orilla, y fue entonces cuando él reapareció, con una espléndida sonrisa en los labios y el agua

resbalando por su piel canela. La había visto desde la distancia y quería sacarla de su escondrijo, dijo. Aurora se dio la vuelta y echó a correr hacia la casa, con la firme intención de no regresar jamás a ese lugar. Sin embargo, el tedio y la curiosidad, mezclada con una extraña sensación que le cosquilleaba en la piel cada vez que recordaba el encuentro, fueron más fuertes que su voluntad y retornó.

Con el pasar de los días y las semanas, los encuentros entre ellos se hicieron menos casuales y más constantes, y así se fue forjando una relación de amistad que cualquiera de los miembros de las dos comunidades, de haber sabido de ella, hubiera calificado como infinitamente inapropiada.

Hanom le había contado muchas cosas sobre el pueblo chamorro. Además, le había enseñado a nadar, y desde entonces sus tardes se habían llenado de aventura y diversión.

Ese día, el muchacho había prometido enseñarle a navegar, pero Aurora empezaba a pensar que se había arrepentido de la idea, o que su tío lo había retenido con alguna tarea. Contemplaba la superficie cristalina del agua cuando Hanom emergió de golpe, sosteniendo un pez clavado en su vara, y dándole un susto que le hizo proferir un grito.

Los dos rompieron a reír.

—Pensé que te habías echado atrás, Ataga —dijo él, haciendo referencia a las rojeces de sus mejillas.

—¡No te burles! Es culpa tuya. Llevo un rato aquí sentada; además, tuve que correr desde la casa. Recibimos carta de padre y un libro nuevo de poesía que deleitó a doña Sagrario, de modo que le costó coger el sueño. Me temo que… —tragó saliva para contener la tristeza— que no nos queda mucho tiempo. Los galeones debieron de zarpar hace más de tres meses. La flotilla no tardará en llegar. Será imposible vernos…

Hanom la contempló con aquellos ojos oscuros que Aurora tanto amaba, pozos insondables. ¿Sentiría el mismo temor que ella a lo que la llegada de su abuela y su padre podría acarrear? Al final, el muchacho sonrió.

—Así vestida no vas a poder nadar ni, mucho menos, navegar.

Aurora suspiró. Era mejor no preocuparse antes de tiempo. Todo podía pasar, hasta que el barco se hundiese. Nada más pensarlo, le entraron remordimientos: por nada del mundo quería que le sucediese algo malo a su padre, pero doña Agustina era otro cantar. La mujer amenazaba con las penas del infierno ante cada infracción de sus reglas, y eso solo por carta; no quería ni imaginar lo que sería en carne y hueso. ¿Y si se caía por la borda durante una tormenta? ¿O enfermaba de una dolencia terrible y fulminante que no la hiciera sufrir mucho? Definitivamente, sus pensamientos eran pecado mortal. Tendría que confesarse con fray Ezequiel antes de comulgar.

—Vas a tener que ayudarme a desanudar el corsé. La carta ha puesto nerviosa a mi dueña y me lo ha apretado más que de costumbre. Teme las críticas cuando llegue mi abuela y nos encuentre en el estado salvaje de algunos chamorros rebeldes, que no atienden a las reglas de conducta de buenos cristianos —dijo, hundiendo la mano en el agua y salpicando a Hanom.

El muchacho arrojó el pez sobre la ardiente arena y respondió a la provocación. Aurora echó a correr para no acabar empapada, mientras reía y gritaba al tiempo que Hanom la perseguía. El muchacho no tuvo ninguna dificultad para atraparla, y los dos rodaron por las suaves dunas.

—Mira lo que has hecho: me has manchado el vestido. ¿Qué le voy a decir a doña Sagrario?

—Dile que un chamorro rebelde te atacó en tu paseo.

—Se supone que no puedo salir de casa bajo ningún concepto, y mucho menos sin ella.

—Esa mujer no es tan ciega ni tan despistada como tú te crees.

—Ya, pero está vieja, y tiene bastante con cuidar de mis hermanas.

Hanom se puso en pie y ayudó a Aurora a enderezarse, enredada como estaba entre las capas de su falda. Después, con agilidad, la ayudó a desprenderse de su pesado vestido y del corsé, prendas que lanzó sobre el tronco inclinado de un niyok.

La primera vez que Aurora había sentido los dedos de Hanom sobre su camisola, se había paralizado de la vergüenza; sin

embargo, ahora le resultaba natural que su mejor amigo la ayudase a librarse de semejante peso e incomodidad. A continuación, Hanom le entregó una de las varas de bambú que llevaba asidas con una cuerda en torno a la cintura. Se contemplaron con ojos sonrientes un instante. Aurora le dio un empujón y se tiró al agua para sacarle ventaja. Hanom se apresuró tras ella. Los chapoteos se mezclaron con el sonido estridente de los chorlitos, que se agitaron en las ramas.

Juana, la hermana mediana, se abanicaba sentada sobre las rocas. Desde esa altura, tenía una excelente panorámica de la cala y del océano, y también del comportamiento irresponsable y salvaje de su hermana mayor, el ojito derecho de su padre. ¿Qué diría él si la viera en ese instante? Dejaría de ser su favorita; sonrió. Cuando los vio alejarse nadando, decidió que hacía demasiado calor para seguirlos a pie, pues ella no sabía nadar y el océano le daba pavor. Además, ya había visto bastante.

¿Qué estaría dispuesta a hacer Aurora a cambio de que le guardara el secreto?

CAPÍTULO 13

A Aurora le maravillaba estar completamente sumergida en las aguas cristalinas y descubrir los cientos de peces de colores, las enormes tortugas y las mantarrayas que se deslizaban de forma plácida a su lado. El tubo de bambú le permitía respirar sin necesidad de sacar la cabeza del agua, cosa que solo hacía cuando empezaban a picarle los ojos debido a la salinidad.

Un enorme arrecife de coral protegía la playa del potente oleaje, creando una planicie de ondulaciones serenas que se extendía muchas varas a lo largo de la costa, y que adquiría un color a caballo entre el azul del cielo y el verde de la jungla, y que ella no había visto nunca en ningún vestido o accesorio. Nadar entre esas aguas se había convertido en lo que Aurora más amaba hacer.

Hasta que conoció a Hanom, el océano había sido para ella una mancha infinita que, según don Álvaro, albergaba una furia capaz de devorar un galeón en segundos. En el pasado, cuando su padre estaba a punto de recibir algún cargamento, recorrían el camino hasta la bahía de Umatac y, después, se sentaban sobre los acantilados a contemplar el horizonte, a la espera de distinguir la silueta de la flota que hacía la aguada y descargaba el situado en su paso hasta Manila. Para entretener a las dos niñas, don Álvaro las hacía imaginar a qué se parecían las nubes. Aurora se preguntó si aceptaría que ella siguiera nadando o si también tendría que renunciar a eso tras su llegada, además de a verse con Hanom. Las mujeres cristianas y de buena familia no nadaban, y lo más seguro

era que doña Agustina pusiera el grito en el cielo, se dijo. Tendría que hallar la forma de seguir escapándose, aunque, ¿cómo iba a ser capaz de guardar tantos secretos?, pensó con preocupación.

Hanom le hizo una seña para que lo siguiera hacia la entrada de una de las muchas cuevas que horadaban las entrañas del litoral. El oleaje era un tanto más intenso en esa zona, y Aurora tuvo que bracear con fuerza hasta que traspasaron la apertura y accedieron al remanso del interior. Emergieron a la superficie y nadaron hasta la arena oscura.

Una vez que salieron del agua, Hanom se aproximó a la pared rocosa y, de una ranura entre dos piedras, extrajo unos trozos de tela. Le entregó uno a ella y ambos se secaron. La camisola de Aurora chorreaba, pegada a su cuerpo. Los ojos del muchacho se pasearon por sus curvas un instante; ella bajó la cabeza, abochornada, concentrándose en secarse las piernas.

El interior de la cueva estaba fresco y, debido al contraste con el intenso calor del exterior, un escalofrío corrió por la espalda de Aurora, erizándole la piel.

Hanom le tomó la mano.

—Está oscuro hasta que salgamos del otro lado. No temas, no voy a dejarte caer. Sigue mis pasos.

Ella asintió.

Aurora percibió la superficie resbaladiza de las rocas cubiertas de líquenes bajo sus pies; un poco más allá, el terreno se volvía sólido y lleno de arena. Avanzó de puntillas, quejándose cada vez que se clavaba un guijarro en la planta. Hanom estaba acostumbrado a andar descalzo e iba un paso por delante de ella, como si nada. Caminaron en absoluta oscuridad durante varios minutos, que se le hicieron eternos. Poco a poco, la penumbra fue disolviéndose a medida que el túnel cavernoso se ampliaba, hasta que la pared rocosa se ensanchó en una gran abertura que atravesaron para salir, del otro lado de la cueva, a una laguna escondida entre moles de piedra y vegetación que había crecido al resguardo de las olas y los vientos, y en la que la luz incidía desde lo alto.

Ahí flotaba el *galaide* de Hanom, la canoa que él mismo había construido, y Aurora se maravilló de lo bonita que era.

La madera de dokdok había servido para el doble casco, y con la corteza de hibisco silvestre había confeccionado los cabos fuertes que mantenían unidas las tablas, y que eran resistentes al agua salada. La única vela que ondulaba sobre el casco era un enorme triángulo que habían cosido las mujeres del poblado, usando para ello secciones tejidas de esteras de akgak, al que los españoles llamaban «pandanus», y que ahora estaba fijada al único mástil de la canoa, el *palu*. Hanom le había explicado que la silueta triangular mejoraba la velocidad y, sobre todo, aprovechaba la brisa más tenue. Además, la canoa tenía en un lateral un armazón de madera, donde estaba asida una red de pesca que, por efecto de las olas, hacía volar la embarcación.

Aurora había sido testigo de cómo iba cobrando forma a lo largo de los meses. Ella misma había ayudado a trenzar varios cabos. Le embargó una inmensa emoción al verla acabada y flotando apacible en aquel escondite. Aunque era más pequeña que las que solían usar los pescadores, era idéntica a las que empleaban los nativos que encontraron los primeros españoles cuando arribaron por primera vez al archipiélago. Su padre le había contado que el Adelantado don Miguel López de Legazpi las había bautizado como «las islas de Velas Latinas» justamente por ello. Los hijos de los pescadores aprendían a navegar en una parecida, aunque no a la edad de Aurora, sino cuando eran unos infantes y apenas se sostenían sobre sus dos piernas regordetas.

Hanom la observaba expectante. Ella se volvió hacia él y sus brillantes ojos lo dijeron todo; el pecho del muchacho se infló de orgullo.

Se metieron en el agua y caminaron por la arena hasta alcanzar la embarcación. El agua les llegaba un poco más arriba de la cintura.

Hanom trepó, aupándose con las piernas al armazón, y después ayudó a Aurora.

—Mi tío me ha nombrado *agad-gna.*

—¿Qué quiere decir?

—Que soy hábil manejando la canoa y puedo enseñar a otros, así que oficialmente, señorita, va a recibir instrucción de un experto navegante.

—¡Qué honor!

Aurora miró en derredor.

—No hay muchas olas, tal vez no consiga moverla.

Hanom rio.

—Tenemos que salir a mar abierto.

—¿Y si nos ve alguien?

—He elegido el lugar pensando en ello. Pero, aun si hubiera alguien por los alrededores o nos cruzásemos con otra barca, desde la distancia, y así vestida, nadie te asociará con la hija del señor Aguilar y Manrique.

—Mi pelo me delata.

Hanom se fijó en su cabello, hecho de rayos de sol.

—Tienes razón. Ya pensaré en algo para la próxima vez.

El *galaide* se deslizó con suavidad sobre las mansas olas. Sin embargo, a medida que avanzaban en dirección a otra boca de la cueva, opuesta a aquella por la que habían accedido, el oleaje se volvió más intenso hasta que salieron al océano y la barca se balanceó con fuerza. En esa parte no había barrera de coral, y Aurora se aferró al brazo de Hanom, aterrada. Con cada salto que daba la ligera embarcación, Aurora soltaba un grito que hacía reír a su maestro.

—Así no vas a aprender —gritó él, por encima del rugir de las olas.

—Ha sido una mala idea, tengo mucho miedo.

—Estás conmigo, no voy a dejar que te ahogues. Lo haremos juntos.

Ella asintió con los ojos inundados de temor.

Con firmeza, Hanom la ayudó a colocarse entre sus nervudos brazos, la hizo aferrarse al mástil y él se inclinó hacia fuera, asido a uno de los cabos que hacía virar la vela en función del viento. De ese modo, controló la inercia del *galaide* en la dirección deseada.

Cuando Aurora perdió el miedo, se atrevió a manejar el *galaide* ella sola mientras Hanom yacía sobre la red; sus ojos negros no perdían detalle de las expresiones de alegría de su amiga. Nunca había experimentado la joven semejante sensación de libertad, de unión con la naturaleza; tenía el corazón henchido de dicha y

navegó sin descanso hasta que el horizonte se tiñó de tonalidades anaranjadas.

Cuando el sol empezó a caer, Aurora se percató de lo tarde que era. Calculó que doña Sagrario se habría despertado ya y estaría preocupada por no encontrarla en la casa. No podía presentarse sin una buena excusa. Pensó en su abuela materna, Ina (doña Ignacia desde su bautizo), a la que hacía muchos días que no veía, puesto que su aya era reticente a esas visitas que no consideraba apropiadas porque la acercaban a sus raíces chamorras. Aun así, de vez en cuando doña Sagrario cedía y permitía que las nietas visitaran a su abuela porque fray Ezequiel y el resto de los religiosos jesuitas, que se encargaban de la evangelización, estaban a favor de la convivencia con los chamorros, «solo así se afianza la fe de los neófitos», afirmaban. Ina y las otras mujeres chamorro rezaban el rosario cada tarde con los padres jesuitas, por lo que tal vez la encontraría en la iglesia.

Regresaron a la cala de los corales y Aurora se embutió en sus pesados ropajes, un tanto sucios y arrugados. El rodete del pelo se había soltado horas atrás y sus cabellos eran una maraña enredada y pegajosa por efecto de la sal del mar y el sudor. Intentó sujetárselos como pudo.

—De esta no te vas a librar tan fácilmente. Parece que te hubieran atacado piratas —se burló Hanom.

—La culpa es tuya.

—Te insistí en regresar.

—Cuando por fin me había hecho con el *galaide*. Lo de los piratas es una idea —afirmó Aurora. La excusa tenía lógica en su mente.

—No lo decía en serio —rio su amigo.

—Vamos a la villa. Tengo que encontrar a mi abuela Ina, o algo se me ocurrirá de camino.

—¿Cómo piensas salvarte de la ira de tu dueña? Te va a dejar encerrada bajo siete llaves, y más si sabe que has pasado la tarde con la *maga'haga* —dijo, refiriéndose a su abuela Ina, a la que llamaban así por ser la curandera de su clan—. No le gusta la influencia que ejerce sobre ti.

—Deja de hablar y corre antes de que manden a los soldados a buscarme y te apresen por secuestro de una noble española.



Aurora entró a la iglesia seguida por Hanom y exhaló un sonoro suspiro de alivio al ver la imagen de santa Rosa. Durante el trayecto, había estado tramando una buena excusa para justificar su escapada en caso de no encontrar a su abuela materna, y solo le vino a la mente fray Ezequiel.

El joven jesuita había llegado a Agaña dos años atrás y enseguida se había interesado por las jóvenes hermanas, solas en la vasta hacienda en ausencia de don Álvaro, con una anciana y un bebé como única compañía, pues los sirvientes nativos no contaban para dicho propósito. El jesuita sentía afecto por ella, y era muy respetado en la comunidad; además, su aya le estaba muy agradecida por sus frecuentes visitas y su compañía. Aurora rumiaba cómo explicarle su estado desarreglado, y cómo podría hacer para que fray Ezequiel accediera a cubrirla en su última andanza, cuando se fijó en los arreglos de flores que confeccionaba un grupo de mujeres, mientras otras cosían la sayas para la santa.

—¡La fiesta de Santa Rosa! ¡Están con los preparativos!

—Esto sí que es un auténtico milagro. —Hanom sonrió—. Mejor me voy; mi presencia te delata. Nos vemos mañana a la misma hora, en la cala —susurró.

Aurora asintió con los ojos sonrientes.

En los días previos a la festividad de Santa Rosa en Agaña, que se celebraría con gran pompa y devoción el veinticuatro de septiembre, y que ese año podría incluso coincidir, por la gracia del Señor, con la llegada de la flota y de su amado padre y su temida abuela, la pequeña comunidad religiosa se sumía en una vorágine de preparativos, donde cada rincón de la iglesia se veía transformado

por un frenesí de manos que colocaban flores frescas y velas que iluminarían el templo con una luz suave y reverente. Las calles se adornaban con arcos triunfales de palmas y guirnaldas que elaboraban las mujeres en la iglesia. Los años anteriores, Aurora había participado en los preparativos, pero ese lo había olvidado por completo.

Paseó por entre los corrillos de mujeres, pero su abuela Ina no estaba en ninguno de ellos. Al fondo, en el púlpito, localizó a fray Ezequiel: la voz del sacerdote se entrelazaba con los murmullos de las mujeres acerca de la planificación de las procesiones, largas caminatas que recorrerían las rojizas calles de la villa, portando la imagen de la santa al ritmo de cánticos devotos que resonarían hasta el ocaso.

Aurora recordaba, de años previos, los múltiples ensayos que realizaban los jesuitas de las misas especiales que honrarían la vida de santa Rosa, y cuyos sermones, impregnados de fervor, harían eco de sus virtudes y de su relevancia para los fieles.

Los religiosos siempre convocaban a la comunidad a participar de los preparativos, discutiendo los detalles con la esperanza de que cada miembro, desde el más anciano hasta el más joven, pero especialmente los conversos, se sintiera parte de la celebración, pues en su esfuerzo por embellecer la iglesia, coordinar procesiones y atender a los necesitados reflejaban no solo su devoción hacia la santa, sino también el deseo de fortalecer los lazos que unían a la comunidad bajo el manto protector de esta, en un tiempo donde la incertidumbre sobre el futuro de las islas y los peligros del entorno eran combatidos con una profunda fe compartida por españoles y chamorros. La fiesta, por tanto, tenía también una gran importancia social y política, por lo que contaba con la presencia de figuras prominentes, incluyendo al gobernador y al sargento mayor.

Aurora se alisó el vestido y se atusó el pelo con manos nerviosas antes de acercarse al altar.

—Padre Ezequiel.

El fraile alzó la cabeza y miró detrás de ella, esperando encontrar a su compañía.

—Venía a ofrecerme para colaborar con los preparativos, pero veo que ya tiene suficiente ayuda.

—Doña Aurora, ¿ha venido sola?

—Mi aya se encontraba indispuesta y se ha quedado dormida. He esperado largo rato a que despertara, pero al final me he decidido a venir porque no quería que usted pensase que no siento una ardiente devoción por santa Rosa.

Fray Ezequiel la observó largamente. A Aurora le dio la impresión de que era capaz de leer la mentira en su rostro y se sintió incómoda; no había sido tan buena idea. Tragó saliva.

—No debería haber venido. Me marcho.

En cuanto echó a andar, escuchó a su espalda:

—Espere, la acompaño. Está anocheciendo.

Contuvo la sonrisa y se giró hacia el religioso.

—Se lo agradezco. Espero que perdone mi imprudencia; ha sido fruto de mi ardor religioso. A cambio, mañana prometo venir temprano con mi aya para bordar el manto de la santa. Espero que pueda usted ayudarme a explicarle a mi dueña mi pequeño desliz, motivado por mi impaciencia por venir cuanto antes.

—No se preocupe. Doña Sagrario es una mujer fervorosa y estoy seguro de que la reprimenda será suave, dada su devoción a la santa.

Aurora asintió con una sonrisa. Por esa vez, se había librado de las consecuencias de su imprudente encuentro con Hanom.

¿Cómo iba a hacer para avisarlo de que no podría bajar a la cala al día siguiente?

CAPÍTULO 14

Los haces de la luna atravesaron las densas nubes y brillaron sobre la figura de madera que Hanom acababa de tallar. La contempló satisfecho. Aunque estaban a mitad de la estación de Fanuchånan, la de las lluvias, el astro sol había impuesto su presencia en el firmamento, permitiéndole gozar de unos luminosos días junto a Aurora. Pensar en ella hizo que su corazón tronara como los tambores de su clan durante las festividades del Bailan, el festival de la fecundidad y las cosechas.

Al anochecer, el cielo se había encapotado y ahora el aire olía a lluvia; pronto descargaría la tormenta, pues el ambiente era fresco y el viento soplaba con fuerza. Sin embargo, su piel estaba febril; su cuerpo, lleno de sol, y su espíritu era el del guerrero antes de la batalla. Sus ganas de ver a Aurora se habían vuelto imperiosas. Además, quería llevarle la tortuga que había tallado para ella. Aunque le encantaba el destello de sus ojos verdes cuando la sorprendía con algo, imaginar su cara al despertarse y ver la figurita junto a su almohada le hacía sonreír el corazón.

Por ella, había dejado de cazar tortugas. Su concha era uno de los regalos más preciados para los suyos, sobre todo, durante el cortejo, y él había querido hacerle entender a Aurora mediante gestos que ella, tan delicada como una flor recién brotada, había cazado su alma de guerrero con su risa fresca y sus cabellos de oro. Había tardado días en localizar la tortuga a la que quería atrapar: era grande y su caparazón presentaba unos dibujos simétricos de

distintas tonalidades que, estaba seguro, Aurora adoraría, pero, cuando le mostró el regalo, ella soltó un alarido de espanto y le dedicó todo tipo de insultos, «bruto» y «asesino» entre ellos. Desde ese día, Hanom no había vuelto a cazar ninguna tortuga, así que había decidido decirle lo que sentía tallando una figurita que representara el valor de sus sentimientos, esperando que ella lo comprendiera.

La luz del atardecer se había ido apagando a su alrededor sin que se apercibiera, concentrado como estaba en la talla, y ya solo quedaba el resplandor de la luna pugnando por abrirse paso entre los densos nubarrones. Si quería evitar el chaparrón, tendría que apresurarse. Se aseguró el machete por dentro del pantalón y, con pasos sigilosos, se alejó de las cabañas y se adentró en el bosque de saucos.

Pronto, el rumor de los árboles lo envolvió. Avanzó a media carrera, saltando sobre los bajos arbustos de las bayas, los troncos vencidos y podridos por la humedad, y las rocas camufladas entre raíces y ramas caídas. La alfombra de hojas húmedas amortiguaba el ruido de sus zancadas, aunque el viento esa noche era tan intenso que apenas escuchaba su propia respiración agitada por el esfuerzo. Los animales nocturnos, como los cangrejos del coco y las lagartijas hilitai, reptaban en dirección a sus escondrijos a su paso. Un búho ululó sobre su cabeza y, con un susurro, Hanom le pidió disculpas por inmiscuirse en su territorio y espantar a sus presas.

Cuando llegó al cercado que delimitaba las tierras de don Álvaro, lo saltó y se adentró en los prados perlados de gotas de rocío dormido.

Era un camino que había recorrido innumerables veces desde que vio a Aurora por primera vez. Aquel día, hacía cinco lunas, él regresaba a Agaña para visitar al clan de su padre; no lo hacía desde que se había mudado al *guma'uritao* de su tío, el hermano mayor de su madre, para recibir su instrucción de hombre. El día era claro, y la corriente de aire, tranquila y juguetona, empujaba su barca sin prisa. Algo a lo lejos resplandeció con una intensidad inusitada y, por un momento, Hanom pensó que un rayo del sol se había desprendido y caído sobre la playa. Al acercarse con el *galaide* de su

tío, descubrió maravillado que era una muchacha con el cabello hecho de luz, y la cual, al verlo, salió despavorida como si escapara de uno de esos seres malvados de los que hablaba el padrecito en la catequesis; «demonios», los llamaba. Hanom había saltado de la barca para seguirla veloz, a la par que sigiloso, y descubrió dónde vivía.

Luego, regresó día tras día al lugar, a ver si podía apresar alguna de las centellas que despredía su cabello. A Hanom le costó acercarse a la muchacha porque, en cuanto lo veía aparecer en su embarcación, surcando las olas, ella huía dunas arriba, con los zapatos en la mano y lanzando gemidos al pincharse las plantas de los pies con las semillas picudas de los agohos que hundían sus raíces en terreno arenoso, junto a la costa.

A él no le importaba; se conformaba con esos momentos robados desde la distancia. No esperaba que ella se atreviera a hablarle, ni mucho menos que, con el pasar de las mareas y su amistad, el océano empezara a tronarle dentro del pecho.

Al unísono con el de su interior, un trueno bramó en el cielo y el relámpago iluminó la negrura; unos instantes después, se descargó el mar contenido en las nubes. Hanom corrió hasta alcanzar el pórtico de la casa principal y se resguardó un momento bajo el árbol ifit que velaba el balcón de Aurora con su amplia copa y sus flores rojas, pequeñas y fragantes. Nunca se había atrevido a tanto, pero sentía la sangre burbujeándole en el cuello y haciendo que todo su ser vibrara con la fuerza de la tempestad. Necesitaba verla. Un instante. Mirarla dormir, solo eso.

Hanom examinó los nudosos brazos del árbol, comprobó que aguantarían su peso y se alzó sobre la primera rama. Con agilidad, superó la distancia y alcanzó el suelo de terrazo del balcón.

Las puertas estaban ligeramente abiertas, y la vaporosa cortina se colaba por la rendija con las ráfagas del viento, intentando saborear los aromas de la noche. Hanom empujó una de las hojas de cristal, que chirrió en susurros, y entró, cerrando después para que el estruendo de la tormenta no retumbara dentro.

La alcoba disponía de dos camas. Aurora le había hablado de sus hermanas pequeñas, pero Hanom solo las había visto en misa y de

lejos. Se acercó al lecho que quedaba a la izquierda y observó a la joven bajo las frazadas. Debía de ser Juana, se dijo. La contempló un instante. En la oscuridad de la estancia se adivinaba que tenía el cabello más oscuro que Aurora y un cuerpecito delgado que pronto florecería bajo el liviano camisón de lino blanco. Su respiración era como el suave ronroneo del gato al que el padre Ezequiel hospedaba en la iglesia para mantener a las ratas alejadas.

La cama de Aurora quedaba en el lado contrario y era más grande, parecía una embarcación con sus pilares de madera y su baldaquino de transparente tela. Dormida, la joven se asemejaba a un ángel de los que estaban pintados en la cúpula de la iglesia, y que él miraba arredrado mientras el padre jesuita los instruía en su nueva fe. Su cabeza redonda y perfecta resultaba una mágica combinación que aunaba a los reyes del cielo: el rostro, nacarado como la madre de la noche, y el cabello, dominio del astro brillante, cuyos rayos se esparcían sobre la almohada. Su cuerpo era un paraíso de colinas y valles, y Hanom deseó yacer con ella y hundirse en su carne blanca y trémula, enredar sus manos en los hilos de oro, oír su risa fresca y aspirar su aliento caliente, prendido de deseo, contra su boca.

No había vuelto a poseer a una mujer desde que recibió su instrucción sexual durante el periodo que vivió con su tío materno. Se trataba de una práctica que su pueblo ahora mantenía en secreto, ya que era reprobada por los religiosos, pero que seguía muy arraigada en algunos poblados.

Cuando Hanom alcanzó la edad púber, se había convertido en *uritao*, que para los españoles significaba «soltero». Su tío, el hermano mayor de su madre, se había encargado entonces de su supervisión, de convertirlo en un hombre. Lo había hospedado en el *guma'uritao*, o «casa de hombres» del clan, que le sirvió de hogar hasta que decidió permanecer en Agaña aquel venturoso día. Allí, había aprendido habilidades para la vida y cómo interactuar con las mujeres. Como todos los *uritao*, Hanom tuvo que tallar su *tuna*, el bastón que simbolizaba su hombría, demostrando así sus habilidades y su creatividad, y, una vez tallado, lo coloreó con la raíz del mangu, «cúrcuma» para los españoles. Y, como marcaba la tradición, en la

cabeza de la *tuna*, tallada con filigranas e imágenes, fijó a través de un agujero tres serpentinas de media yarda de largo, hechas de la corteza blanda de los álamos y coronadas con borlas.

Los *uritao* competían por la atención de las mujeres. Eran ellas las que elegían la *tuna* mejor tallada y decorada, símbolo de la destreza del amante, por lo que los solteros tenían que asegurarse de que la chica de su preferencia viera las tallas distintivas de su *tuna*, y para ello clavaban el bastón en la pared vegetal de la habitación donde ella dormía. Si la agasajada no estaba interesada en el dueño, empujaba la *tuna* hacia fuera. Si quería yacer con él, salía a recibirlo o retiraba el palo hacia dentro para indicarle que debía unirse a ella.

Hanom lo tuvo más fácil que el resto de los solteros porque su tío se encargó de negociar con una familia del poblado para que una de las hijas mayores le sirviera en su formación de hombre y se convirtiera en su *ma uritao*. Con ella aprendió lo que sucedía entre un hombre y una mujer, e hizo que su cuerpo y su mente despertaran a los placeres de la carne. En ese periodo, cazó numerosas tortugas para regalarle el caparazón a la joven; sin embargo, cuando terminó el periodo de instrucción, ella regresó a su familia, lista para contraer matrimonio. Él permaneció un tiempo más en el *guma' uritao* de su tío y yacía de vez en cuando con otras *ma uritao* cuando estas aceptaban su *tuna*, hasta que vio a Aurora y su ser se colmó de un anhelo desconocido.

Por los jesuitas, sabía Hanom lo que creían los españoles sobre la unión entre un hombre y una mujer, ya que era un tema recurrente en las catequesis que recibían los chamorros. Les repugnaban las prácticas de su pueblo. Los religiosos hablaban de cosas extrañas, como la vocación y la voluntad de Dios. Él no entendía nada de eso; lo único que su corazón había reconocido como cierto era que, desde que vio a Aurora, no había deseado yacer con ninguna otra, y no consentiría jamás que ella se uniera a otro hombre. Era suya. Solo suya. Habían sido creados por la Madre Naturaleza, por su fuerza única e infinita, para formar un todo indisoluble hasta el final de los tiempos.

Hanom acercó la nariz al pelo de la joven y aspiró hondo el aroma a sal y sol que desprendía. Sacó la figurita, que llevaba envuelta en una hoja de baniano para que no se hinchara con el agua de lluvia, y la depositó con cuidado sobre la almohada.

Instantes después, se deslizó por el balcón y se fundió en la negrura.



En vez de regresar a su covacha, Hanom decidió visitar el paraje sagrado de sus ancestros, los *taotaomo'na*, escondido en la espesura de la jungla para que los buenos religiosos no encontrasen los huesos colgados de los árboles y las ofrendas. La tierra perteneciente a su clan había pasado de generación en generación desde el comienzo de los tiempos. Era un lugar de paz y sabiduría. Los espíritus de sus antepasados residían en los enormes y ancianos banianos o higueras gigantes, con sus ramas colgantes que se confundían con las raíces trepadoras. Hacía tiempo que Hanom no los visitaba. Los miembros de su clan lo hacían discretamente al comienzo de cada estación, pues prometían salud, lluvia y pesca abundante. Esta vez, el muchacho iba a pedirles algo muy especial.

La lluvia caía ahora fina, cansada del arrebato. El lecho era un auténtico barrizal, y Hanom chapoteaba contento, con el alma henchida por haber presenciado el sueño de la joven.

Llegó al claro donde habían vivido los suyos durante generaciones. Nada quedaba de las casas tribales construidas sobre altas columnas de piedra caliza, con capiteles de coral, que constituyeron el poblado de su clan, y que fueron destruidas con la llegada de los españoles. Tan solo algún solitario *lattes* daba testimonio del lugar donde antes habían residido los suyos. Desde la pacificación de la isla, a los *chamoru* solo se les permitía vivir en los cinco pueblos y las dos villas que habían fundado los conquistadores.

Ahora, sus casas eran covachas sencillas con mampostería y techado de teja roja, todas iguales.

Hanom se paró un momento en medio de la explanada, la lluvia chorreándole por el pelo, e intentó apresar en su memoria algún recuerdo ajeno de los muchos que susurraban los árboles. En su mente vio niños correteando y a las mujeres, con sus cabellos teñidos de blanco y sus abalorios, sentadas en un corrillo, cantando las proezas de otras épocas. Él nunca había vivido allí, pero, a través de las historias que se narraban con las antorchas apagadas y en murmullos quedos, sentía que también pertenecía a esa otra época no tan lejana, apenas dos décadas atrás, unos pocos años antes de su nacimiento.

Después, se internó de nuevo en la espesa jungla y se abrió paso con el machete, con cuidado de no cercenar la rama de ningún baniano. Debajo de la densa techumbre vegetal el terreno estaba seco, pues la tormenta, mansa ahora, no era capaz de colarse entre las descomunales hojas de los árboles. Hanom se aproximaba al lugar del descanso eterno de su estirpe cuando entre los troncos divisó luminarias. Pensó que serían enjambres de luciérnagas atrapadas en la selva, pero pronto escuchó susurros y no tuvo duda de que otros habían tenido su misma idea.

Sin embargo, en vez de acercarse y dejarse ver, prefirió esperar a que terminaran sus rezos, para no perturbarlos. No obstante, enseguida se dio cuenta de que había algo extraño: esos hombres no parecían seguir el ritual. Se aproximó con cautela. Era un grupo de varias decenas de chamorros de la casta matua, y entre las sombras que proyectaban las antorchas creyó distinguir los rostros de varios vecinos de Agaña; los demás le eran desconocidos, por lo que supuso que habrían llegados de los otros pueblos.

Hablaba uno de ellos en su lengua nativa, mezclando vocablos españoles. Su voz autoritaria y un tanto estridente le era familiar, aunque no estaba seguro porque el sonido quedaba distorsionado por el murmullo constante de los insectos y el crujir de las ramas. Además, desde la posición en la que se encontraba Hanom, el hombre quedaba de espaldas, así que, con sumo cuidado, se deslizó sigiloso para verle la cara.

Se tragó la sorpresa al reconocer a su primo Toca. Él iba a ser el próximo *maga'låhi*, ya que el actual jefe no tenía hermanos menores que pudieran heredar el cargo y, por lo tanto, sería el hijo mayor de su hermana, es decir, su sobrino de mayor edad, el que se convertiría en jefe de su clan. ¿Qué estaba urdiendo en medio de la jungla con un grupo tan numeroso de matua?

Aunque los jesuitas habían abolido de nombre la estructura de castas, los manachang, los agricultores, respetaban la superioridad de los matua y no se mezclaban con ellos. Los matua, a los que Hanom pertenecía, conformaban una clase superior, nobles guerreros, fabricantes de canoas, pescadores y comerciantes.

Entre las sombras, se acercó un poco más al círculo iluminado. Pisó una rama camuflada entre las hojas caídas y el crujido hizo que varias cabezas se volvieran hacia él, contuvo la respiración y permaneció inmóvil. Al cabo de unos segundos, Toca reclamó de nuevo la atención de los hombres, y Hanom respiró aliviado. Ahora, la voz de su primo le llegaba clara:

—Esta es nuestra oportunidad de recuperar el poder ancestral que hemos perdido con la invasión española. —A continuación, sacó un *sinahi* que despertó murmullos de sorpresa y aprobación. Desde esa distancia, Hanom pudo apreciar la riqueza de los corales y conchas con los que estaba elaborado el collar, el cual contaba con un tridacna gigante y múltiples piedras preciosas que lo embellecían y lo hacían tener un incalculable valor. Toca sonrió complacido—. He pasado meses tallándolo y, aquí, delante del espíritu de nuestros ancestros, os prometo que solo me lo pondré en la ceremonia de iniciación, para inaugurar la nueva era de nuestro pueblo cuando hayamos expulsado a los españoles de nuestras tierras.

Hubo murmullos de aprobación y sonrisas nerviosas.

A Hanom no le cupo duda de que estaba siendo testigo de una reunión secreta entre conspiradores. De ser descubiertos, todos serían ajusticiados, y puede que también sus familiares, o cualquier persona que resultara sospechosa. Además, una revuelta tiraría por tierra la posibilidad de su unión con la noble española: don Álvaro nunca lo aceptaría si sus parientes estaban involucrados en una

rebelión contra la Corona española, pensó Hanom. Tenía que hacer algo.

Con el mismo sigilo con el que se había acercado al grupo, se alejó, perseguido por el discurso grandilocuente de su primo. Pronto solo le llegaron algunas palabras sueltas, como «balandro», «presidio», «municiones». Cuando estaba a una distancia a la que no podrían verlo pero sí escucharlo, empezó a sacudir las ramas de un sauco y a saltar sobre la hojarasca, y siguió haciéndolo a medida que volvía a aproximarse a los conjurados.

—¿Que ha sido eso? —preguntó uno.

Entonces, intentando engrosar la voz para imitar la de un soldado español, Hanom gritó:

—¿Quién anda ahí?

Escuchó los murmullos agitados de los chamorros.

—¡Soldados!

En segundos, las antorchas se apagaron y los matua se dispersaron con cautela en todas direcciones.

Hanom quedó de nuevo solo en la jungla. Sonrió.

CAPÍTULO 15

Aurora se estiró conteniendo un bostezo. La luz se filtraba tímida a través de los visillos, acompañada del frescor del amanecer. El cielo era aún un velo añil cada vez más claro.

Se incorporó sobre un codo intentando no hacer ruido, con los ojos puestos en el pequeño bulto que sobresalía bajo la fina frazada de la cama vecina. Juana seguía dormida.

Sonrió, rememorando su tarde de navegación y lo bien parada que había salido gracias a las explicaciones del padre Ezequiel. Al moverse, su brazo rozó algo duro. Abrió los ojos a causa de la impresión y tomó con dedos ansiosos la figurita de madera. ¡Era una tortuga! De repente, se dio cuenta de lo que significaba. Hanom había estado allí, había entrado a su alcoba sin que ella lo sintiera. Su corazón se aceleró y el rubor le cubrió las mejillas. ¿Y si la había visto roncando o con la baba caída? O, peor aún, ¿y si algún criado lo hubiera descubierto? Le habría costado muy cara la osadía. Era un loco imprudente. Aurora tembló al pensar en las consecuencias, pero enseguida el sentimiento de embeleso opacó a la preocupación. Era una talla preciosa, llena de detalles, y muy suave al tacto. Se la acercó a la cara y se pasó la superficie pulida por la mejilla.

—Hanom —dijo, en un suspiro quedo.

Se alzó con sigilo y, de puntillas, caminó hacia las puertas acristaladas. Sobre el hombro, echó una última mirada a Juana y, sin apenas mover los visillos, para que el resplandor no despertara a su hermana, salió al balcón. Se asomó al jardín e inspeccionó la hierba

en busca de señales de la presencia del joven. Sobre el horizonte, los primeros rayos del sol colorearon de destellos las gotas de rocío que se condensaban sobre el césped, y el cielo se tiñó de tonalidades amarillas. Aurora creyó distinguir pisadas a lo lejos, pero se hallaba a demasiada distancia para estar segura; necesitaba verlas de cerca. Sentía una emoción palpitante en el estómago al pensar en que el muchacho había estado ahí mismo unas horas antes, en su casa, en su alcoba, junto a su cama.

Regresó al interior. Comprobó aliviada que Juana seguía cubierta y que no se movía y se apresuró a ponerse un vestido sobre la camisola de dormir. Ansiaba verlo, no podía esperar para encontrarse con él en la cala… De pronto, le vino a la mente la promesa que le había hecho al jesuita la víspera. Se la debía, por lo bien que supo apaciguar los nervios de su dueña, desquiciada al despertar de la siesta y no encontrarla en la casa. Decidió, en ese momento, que correría a la playa y le dejaría a Hanom un mensaje manuscrito bajo una piedra.

Tomó sus útiles de escritura y, tras cerrar la pesada puerta de la alcoba, bajó corriendo las escaleras. Cuando estaba a punto de alcanzar el patio, Juana apareció de sopetón y le dio un susto de muerte. Iba descalza y en camisón, con el cabello sobre el hombro, en una larga trenza. Aurora gritó y se le cayeron los útiles al suelo.

—No aparezcas así de repente, como un alma en pena. ¿Qué haces levantada? No te he visto salir —preguntó Aurora mientras recogía las plumillas, el tintero y las cartillas de papel.

—He ido a buscar agua, no quedaba en la jarra. ¿Y tú?

—Es temprano aún, así que quiero salir al jardín ahora que no hace tanto calor para escribir a padre.

—¿Para qué? Está a punto de arribar. Tu carta no llegará a tiempo.

—Da igual; le daré la carta cuando llegue y así sabrá que pienso en él cada día. Tú deberías hacer lo mismo y practicar tu ortografía.

—Es muy aburrido.

—Sube a cambiarte, antes de que alguien te vea medio desnuda, y deja de entretenerme.

—Espérame. Vuelvo en un momento y salgo contigo. —Juana corrió escaleras arriba, pero Aurora ya se apresuraba rumbo al jardín antes de que la metomentodo de su hermana menor la pillara buscando las huellas de Hanom. Tendría que esperar para bajar a la playa, porque estaba segura de que Juana no la dejaría en paz tan fácilmente.

A Aurora le encantaba el olor que desprendían las plantas tras la tormenta y la suavidad de la hierba blanda bajo sus pies. Primero, inspeccionó cómo podía haber trepado Hanom hasta su balcón, ya que era imposible que se hubiera atrevido a entrar en la casa por la puerta principal y recorrer el interior en busca de su alcoba. Junto al árbol de florecitas rojas que se ubicaba en el lado derecho, casi junto a las columnas, había pisadas que se habían encharcado con el agua de lluvia. Sobre el tronco, encontró restos de barro seco. Deslizó la mano por encima y su palma se tiñó de marrón.

—¿Qué haces?

Aurora saltó hacia atrás.

—¿Por qué me das estos sustos? ¿Qué te pasa hoy?

Juana rio divertida.

—¿Qué andabas haciendo? —repitió su hermana, con una sonrisa ladina.

—Nada… hummm… quiero describirle a padre el tacto de este árbol. Tú no te acuerdas, pero a madre le encantaban, y por eso mandó plantar uno en el jardín.

Juana se encogió de hombros y la siguió hasta la galería, donde Aurora se sentó a escribir la carta inexistente que se había inventado para justificar su escapada. Su hermana no le quitaba la vista de encima; estaba muy rara esa mañana. Aurora tendría que andarse con mucho cuidado: Juana era una chivata y le iba a doña Sagrario con el cuento de todo lo que hacía, por eso ella aprovechaba los ratos en que la obligaban a echarse la siesta para sus salidas. ¿La habría visto desde la ventana alguno de los días en que había bajado a la playa? Tal vez intuía que Aurora hacía algo que no debía pero no sabía exactamente el qué, porque, de lo contrario, doña Sagrario ya la tendría bajo llave para evitar que se fugase.

Al poco rato de estar sentadas, Juana se aburrió y se fue a cortar flores para armar un ramillo. El murmullo de las cigarras hizo que Aurora pronto se olvidara de las sospechas de su hermana y, mientras garabateaba en la hoja, distraída, rememoró el día anterior. Cada gesto, cada roce de los dedos de Hanom, su cuerpo musculoso nadando a su lado, su voz profunda cuando le daba las indicaciones para enderezar la barca. El hechizo del hermoso recuerdo se hizo añicos cuando escuchó a Juana afirmar a su espalda:

—Sé a dónde vas cada tarde.

Aurora se volvió hacia ella y la miró fijamente.

—Y, según tú, ¿a dónde voy?

—No pienso decírtelo. Pero hoy no vas a ir sola. Tienes que llevarme contigo si no quieres que se lo cuente a doña Sagrario.

—No sé a dónde crees que voy, pero, si tanta curiosidad tienes, eres bienvenida.

Entonces, se oyó el llanto de su hermana Elvirita, de dos años, e, instantes después, su dueña se asomó por una ventana y las llamó. Las dos hermanas se apresuraron a regresar al interior y se encaminaron al comedor para desayunar.



Aurora estaba segura de que su dueña prefería quedarse en la casa, pese a lo pía que era, antes que acompañarlas a colaborar con los preparativos de la fiesta de Santa Rosa. Doña Sagrario procedía del norte de España, de un lugar llamado Santander, y detestaba el calor. Ella misma solía decir que se extrañaba de que no se la hubieran llevado ya las fiebres en ese lugar infernal donde solo refrescaba cuando parecía que se aproximaba el fin del mundo en forma de olas gigantes y el diluvio bíblico. Llevaba tres años en las Marianas y aún no se había acostumbrado. Estaba visitando a una pariente en Manila cuando el confesor de su prima le hizo saber que

un noble hacendado español buscaba una dueña para sus hijas. Por aquel entonces, Latasi había quedado embarazada de su tercer hijo, y don Álvaro consideró necesario reforzar la educación y buenas maneras de las mayores, así como brindarle una dama de compañía a su esposa nativa. Doña Sagrario renegaba del bendito día en que aceptó la encomienda del agustino, y no veía el momento de que regresara don Álvaro con su santa madre para que ella pudiera, a su vez, volver a su tierra.

Ricardita, la chamorra que hacía las labores de la casa y dormía con Elvirita, las acompañaba por el camino de tierra que conectaba la hacienda con la villa, para que Aurora y Juana no fueran solas hasta la iglesia. El cielo estaba despejado y el calor apretaba, envolviéndolas en un capullo de vapor. La plaza estaba animada: era mañana de mercado y empezaban a montar los arcos florales. Aurora, seguida por Juana y Ricardita, divisó a fray Ezequiel a la distancia, hablando con varios hermanos jesuitas, y se aproximó.

—Buen día tenga, padre. Mi hermana Juana, aquí presente, me ha pedido encarecidamente acompañarme esta mañana. Estará encantada de ayudar recitando los cuatro salterios mientras las mujeres decoran la iglesia y confeccionan los arreglos de flores para la procesión. Es muy devota y ya tiene doce años, por lo que está deseosa de adquirir más responsabilidades. ¿A que sí, hermanita? —dijo Aurora, con un deje de ironía que pasó desapercibido al religioso.

Juana le dio un codazo en las costillas y compuso una sonrisa forzada.

—Eso habla mucho de su fe, Juanita. Esperemos que el Señor Nuestro Dios todopoderoso y eterno, que gobierna en los cielos, los haya descargado anoche de toda el agua que contenían y nos regale unos días de sol espléndido para las fiestas. Además, el gobernador me ha informado de que la flota no tardará en llegar: ha apostado vigías a lo largo de la costa en los montes, por lo que tenemos que dejar los preparativos listos lo antes posible, pues en cuanto suenen las salvas debemos emprender el camino hasta Umatac para recibir a los recién llegados. Estarán deseosas de ver a su señor padre de nuevo, muchachas.

—No vemos la hora, ¿verdad, Juana? —dijo Aurora.

—Deseosas de recibir a nuestro amado padre. Sobre todo tú, Aurora —contestó Juana, haciéndola entender que sabía más de lo que parecía.

—Bien, pues no hay tiempo que perder. Vamos, manos a la obra de Dios. Aurora, quédese en la plaza y ayude al grupo de mujeres liderado por la esposa del gobernador en la elaboración de los arreglos de flores para los arcos triunfales.

—Estupendo, allá voy. Juanita, nos vemos más tarde —dijo, jocosa, mientras se alejaba. Juana le sacó la lengua.

—Juanita, acompáñeme a la capilla con su criada; sin duda, subirá la moral de nuestras feligresas escucharla a usted rezar los salterios de la vida de Nuestro Señor Jesucristo —dijo, ufano, fray Ezequiel.

Aurora los vio marchar e inmediatamente inspeccionó la zona en busca del apuesto rostro de su amigo; sentía hormigas en el vientre al pensar en él. Pero Hanom no estaba por ninguna parte, y eso la desilusionó. Bajo un toldo, y entre las mujeres chamorras que estaban tejiendo esteras, localizó a su abuela Ina, la madre de Latasi, y experimentó un cálido consuelo; justo el día anterior había pensado en el tiempo que hacía que no la visitaba. La anciana levantó la mirada, como intuyéndola, y su expresión se iluminó al verla.

—¡Güela! —exclamó Aurora, usando el vocablo español pronunciado al estilo local.

—Hace mucho que no vienes a verme, Minagof. —Los ojillos de la anciana se achinaron conforme le escrutaba el rostro—. Ya veo que has estado muy entretenida.

La abuela de Aurora era la mujer de mayor rango en su pueblo de indios, como se llamaba al área de la villa donde se concentraban los nativos conversos. Los chamorros la llamaban la *maga'haga* y le consultaban con discreción, para no soliviantar a los religiosos, si bien también estos pedían su opinión en numerosas cuestiones, ya que su aceptación de los valores y rituales cristianos facilitaba la de la comunidad y, por eso, era muy respetada por los jesuitas. Su abuela había sabido mantener las tradiciones de su cultura sin

oponerse abiertamente a la nueva fe que inculcaban los religiosos católicos.

Tenía un rostro moreno y apergaminado, unos ojos bondadosos e inteligentes, y era capaz de leer los pensamientos. Sobre todo, los pensamientos de aquellos que llevaban su sangre, como la muchacha. Ella era como un libro abierto y recitado en voz alta para la anciana.

Aurora, que aún sentía las caricias del océano sobre la piel, sonrió con timidez.

—He aprendido a navegar —dijo en un susurro.

Ina, o doña Ignacia, hizo un leve gesto de asentimiento. Aurora pensó en que, después de tantas horas como pasaba nadando y bajo el sol, si no fuera por las friegas en leche de cabra y todo el vinagre que la hacía beber su dueña, estaría tan oscura como su abuela.

De nuevo, no necesitó expresar en voz alta lo que pensaba, porque su abuela dijo:

—Ah, esa mujer te quiere blanca como tu padre y su estirpe. —No pudo evitar una sonrisa—. Pero te diré algo, Minagof: el sol también lleva la fuerza de nuestros ancestros. Nunca olvides de dónde vienes.

Su abuela había sabido darle el nombre chamorro que mejor expresaba la esencia de su carácter: Minagof, que significaba «alegría».

Sonaron de pronto los cañonazos en la batería del presidio, y un bullicio ensordecedor llenó la plaza. Por un momento, Aurora no comprendió lo que ocurría, hasta que un grito se abrió paso entre la multitud:

—¡La Flota de Indias ha sido avistada! ¡Ya se acerca, ya llega!

La joven aprovechó el alboroto para, con disimulo, entregarle a su abuela la nota que había escrito para Hanom con la esperanza de escabullirse en algún momento de la mañana hasta la playa para dejarla, si no lo encontraba antes.

—¿Podrías dársela a Hanom? —susurró con suavidad, bajando los ojos un instante.

Ina dudó. Aurora alzó la mirada y creyó leer algo en sus iris oscuros, pero fue solo un destello fugaz antes de que la anciana aceptara el pliego de papel con un suspiro.

—Tengo que irme, Güela, mi padre…

—Ve, niña. Lo que tiene que ser es, y no hay cómo evitarlo —se despidió su abuela.

Aurora se quedó mirándola. ¿Qué habría querido decir? No obstante, la algarabía la hizo olvidarse del misterioso comentario casi inmediatamente. Se remangó los faldones y corrió hasta la casa.

Minutos después, irrumpía en el patio, gritando:

—¡Doña Sagrario! El galeón ha sido avistado. Prepare la bolsa de viaje. Partimos hacia Umatac.

La dueña soltó un grito de alegría y corrió a arrodillarse frente al altarcito instalado en su alcoba para dar fervorosas gracias a Dios todopoderoso por el milagro. Poco quedaba para que emprendiese ella misma su propio viaje a casa.

De boca en boca, de grito en grito, la villa entera recibió la noticia del avistamiento de los dos galeones y, unas horas después, los habitantes se congregaban a la salida de la ciudad, con el gobernador y parte de la milicia en cabeza y a caballo. Los vecinos de Agaña, con carretas, sobre mulos o a pie, se pusieron en marcha para ir a recibir a las ansiadas naos, que traían noticias, provisiones y el necesario situado.

CAPÍTULO 16

A bordo del galeón Nuestra Señora del Pilar*, 1690*

Don Álvaro se acodó en el maderamen de cubierta y contempló el intenso azul profundo de las aguas. Se sentía un tanto nostálgico y no pudo evitar recordar la última vez que estuvo en otra nao hipnotizado por el vaivén de esas mismas olas, en dirección a las Islas Marianas y a la mayor aventura de su vida.

Había nacido y prosperado en la Nueva España, y por aquella época, a sus veintitrés años, era ya un exitoso comerciante en la carrera de Manila a Acapulco. Había aceptado la petición de establecerse en el archipiélago mariano para fomentar la colonización de esas tierras e instituir una presencia civil y comercial, completando así la militar y eclesiástica, pues, aunque las Islas Marianas habían sido incorporadas al Imperio español en 1565, su colonización no tuvo lugar hasta cien años más tarde, cuando un grupo de misioneros jesuitas se asentó en ellas.

Con la real cédula de junio de 1665, la reina Mariana de Austria apoyó el proyecto del padre jesuita Diego Luis de San Vitores para evangelizar y colonizar el archipiélago, ordenando al gobernador de Filipinas, don Diego Salcedo, a dispensar todo lo necesario al religioso para que comenzase la obra misional. San Vitores arribó en la nao *San Damián* unos meses más tarde, listo para empezar la cristianización de los chamorros. Agaña, la capital administrativa del archipiélago, fue fundada tres años después, en 1668.

Desde entonces, los jesuitas se habían instalado en la isla y contaban con el respeto y afecto de una gran parte de la población local, aunque aún quedaban conatos de rebeldía. Las primeras dos décadas, se habían sucedido las revueltas a lo largo y ancho del archipiélago. En la época en la que él había llegado a la isla de Guaján, no habían sido muchos los españoles que habían aceptado dejar sus palacios en Manila y otras ciudades de la Nueva España y aventurarse en un territorio donde aún los nativos se alzaban contra la presencia de los conquistadores y, a traición, mataban a los religiosos que con paciencia y devoción les enseñaban la religión verdadera. De hecho, San Vitores y su sucesor, fray Francisco Solano, habían hallado la muerte unos años después de su desembarco y durante el periodo más sangriento. Que Dios todopoderoso los tuviese en la gloria, pensó don Álvaro, santiguándose.

A través de su confesor, don Álvaro había sabido de la necesidad de colonos y, dejando un albacea para sus negocios en Filipinas, se embarcó en el socorro al archipiélago de las Marianas, hambriento de nuevos horizontes.

Después de décadas de asentamiento, la falta de colonos seguía suponiendo un problema. Tan solo las islas principales, Guaján, Rota y Saipán, se hallaban pobladas, reflexionó don Álvaro, y, a pesar de lo mucho que él había alabado la región durante los numerosos meses de convivencia con otros comerciantes en la Nueva España, pocos eran los que viajaban en el galeón (amén de misioneros, soldados y presidiarios) dispuestos a asentarse en unas islas desconocidas, cuando las Filipinas ofrecían el mismo reclamo de aventura pero una mayor seguridad y recursos para que la inversión resultase exitosa.

Don Álvaro abrió el portarretratos que llevaba en el bolsillo del chaleco y contempló el exótico rostro de su amada Latasi, que él mismo había dibujado la primera vez que la vio. Suspiró apenado. Dos años después del trágico suceso, aún no se había repuesto de su desdichada muerte. Los meses de larguísimo viaje hasta Nueva España y el tornaviaje que estaba a punto de acabar habían sosegado en cierta forma su enorme vacío, y el parloteo constante

de su madre, doña Agustina, había hecho que la mente de don Álvaro se evadiese de los dolorosos recuerdos de felicidad conyugal. Sin embargo, ahora, estando tan cerca de las islas que habían cambiado su destino, la congoja bullía en su interior como un volcán que parecía dormido pero guardaba en las entrañas el fuego más ardiente.

El hacendado cerró los ojos para contener la aflicción y aspiró profundo. Ya podía oler la exuberante vegetación y el aroma de las lantanas. Guaján olía a cítricos y a savia. La fragancia flotaba en el ambiente y lo envolvía con ecos familiares, pues, a pesar de que aún no se había avistado tierra, él estaba seguro de que el vigía no tardaría en percibir las ondulaciones de las montañas entre la bruma del horizonte.

A su mente acudieron las imágenes del pasado. La primera ceremonia de bautismo a la que había asistido en el poblado de Latasi, y cómo sus miradas se habían cruzado fugazmente. Al padre Silvano no le pasó desapercibida la honda impresión que su belleza le había provocado, y fue él mismo quien bendijo su interés por la nativa. Las mujeres españolas escaseaban en las islas, y las casaderas de buena familia eran inexistentes; las únicas féminas eran las criadas y las esposas de las autoridades militares y administrativas. Los jesuitas promovían los matrimonios mixtos como una forma evangelizadora fundamental; el sacramento, decían, infundía fuerza en la fe neonata de las conversas *chamoru*.

—Aquí estás, hijo.

Don Álvaro se giró hacia la voz de su señora madre, que venía acompañada por el capitán Garrido, quien se había embarcado en el puerto novohispano y era una de las nuevas amistades que habían entablado durante la travesía.

—¿Hace siempre tanto calor? —inquirió doña Agustina, abanicándose con vigor el pecho, apretado en una gruesa tela negra.

—¡Pero si hace fresco, madre! Va a tener que acostumbrarse a los colores claros y las telas más ligeras. No quiero que le dé un soponcio.

—Eso está por verse, hijo. Soy más fuerte del crédito que me dais.

»Le decía al capitán Garrido que nuestra Aurora debe de estar hecha toda una mujer.

—Dos años es mucho tiempo, madre. Déjeme que disfrute de mis hijas un tiempo —protestó don Álvaro, entendiendo a la perfección por dónde iba el comentario de doña Agustina.

La buena mujer se había pasado el viaje y sus escalas como un halcón, estudiando a todos los pasajeros españoles ilustres, que no eran muchos, con los que pudiera casar a sus nietas. Al menos, don Álvaro sentía alivio de que los viajeros fueran en su mayoría religiosos, filipinos o mestizos, y, por lo tanto, ninguno respondiera a los estándares de su querida madre, ya que pocos criollos o jóvenes con una carrera prometedora por delante se embarcaban hasta la colonia más remota del Imperio. En el tiempo que había durado el trayecto, había tenido que aguantar las monsergas, en parte justificadas, de sus carencias como padre. Para doña Agustina, era un delito gravísimo que se hubiera casado con una india, pero estaba determinada a que a sus nietas no se les notara la mezcla de sangre, ya que, muerto el perro, se acabó la rabia, y el fallecimiento de su nuera, aunque la señora no lo afirmara abiertamente, había supuesto un alivio para ella. Sobre todo, debía corregir semejante dislate uniendo a las muchachas con cristianos viejos.

—Me pareció escucharle anoche, durante la cena, que los locales ocupan puestos destacados en la administración militar. El capitán tuvo a bien entretenerme con su conversación acerca de todos los miembros de su familia y no pude prestar la debida atención —mencionó Garrido.

—Así es. Es una práctica que se ha llevado a cabo casi desde el comienzo de la evangelización: premiar a los jefes chamorros leales a la labor y colaboradores con la cristianización y la administración de la Corona —comentó don Álvaro—. Hemos vivido años muy sangrientos y no hubiéramos podido pacificar las islas si no hubiésemos contado con la cooperación de las castas guerreras y los líderes nativos.

»El primero fue Quipuha, principal de Agaña, nuestra capital, quien cedió parte de sus tierras para construir la primera misión permanente. Fue bautizado como Juan, en honor a san Juan Bautista, patrono de la isla de Guaján. Juan Quipuha recibió el honor, reservado a los españoles, de ser enterrado en la iglesia. Por desgracia, murió seis meses después de la llegada del mártir San Vitores, sin llegar a vivir las revueltas y luchas que siguieron a su muerte. Sin embargo, su clan ha permanecido leal a los misioneros todos estos años. Y, en el 81, el capitán general don Antonio de Saravia convocó a todos los clanes chamorros de Guaján en Agaña e hizo jurar lealtad, a Dios y al rey de España, a los jefes y principales de las castas superiores. Después del juramento, se les otorgaron los cargos de maestres de campo, capitanes, tenientes segundos y bailías, alféreces y alguaciles. De esta manera, la jerarquía indígena de poder fue asimilada a nuestro sistema. Ha sido una estrategia muy inteligente y efectiva.

—Si me permite el comentario de militar experimentado en tratar con esas bestias, me parece de lo más arriesgado. —Garrido se acarició el bigote, ceñudo.

—Capitán, como bien sabrá, la historia de los muchos éxitos de nuestros conquistadores ha pasado por la colaboración de los nativos —recordó el hacendado.

—Y también la de las muertes de muchos de nuestros valerosos hombres a manos de los traidores —afirmó Garrido con tono serio.

—Eso no se puede negar, pero son más los que aceptan nuestra presencia y se aprovechan de los avances que traemos que los que pretenden seguir en el estado salvaje en el que los encontramos.

—Era de estricta justicia y caridad cristiana no dejar a aquellos infelices sumidos en su asilvestramiento —intervino doña Agustina—. Capitán, tendrá ocasión de ver con sus propios ojos lo que los españoles hemos conseguido en este tiempo. La hacienda de mi hijo es la más rica de la región.

El grito del vigía cortó el aire, interrumpiendo la cháchara:

—¡Tierra a la vista! ¡Tierra a la vista!

Don Álvaro se quedó en silencio. Sintió un nudo en el pecho al alzar la mirada hacia el horizonte, donde una delgada línea de tierra

asomaba tímidamente entre el azul del océano y el cielo.

—Al fin en casa —murmuró, con voz apenas audible, mientras sus pensamientos volaban hacia sus tres hijas. Imaginó sus risas y los abrazos que le aguardaban y, sin que nadie lo notara, cerró los ojos un instante y sonrió.



Tres días tardó la comitiva de bienvenida en llegar a Umatac y recorrer las más de tres leguas de camino real desde Agaña hasta el puerto sureño. El accidentado terreno era dificultoso, a pesar de que había tramos pavimentados con cascajo y parapetos de piedra que ayudaban a mitigar el vértigo de las escarpadas caídas al vacío en las crestas más elevadas. El trayecto atravesaba tierra agreste de senderos que serpenteaban por la isla, de desfiladeros que rozaban las montañas y de ríos que debían vadearse, y pasaba por los pueblos de Asan, Tepungan, Piti y Agat.

Aurora, Juana y doña Sagrario, junto con las damas principales, pudieron descansar en las dependencias con las que los religiosos contaban en los pueblos distribuidos a lo largo de la costa. Muchos durmieron al amparo de la noche, en la espesura de los árboles. La pequeña Elvira se había quedado en casa con Ricardita, dadas las incomodidades del viaje.

Lo más difícil había sido el paso por el pantano de Antantano, pues aún no se había completado el sistema de puentes y había que bordear los humedales, lo que conllevaba un retraso considerable. Sin embargo, la dificultad del terreno se compensaba con el entusiasmo y la alegría que destilaban todos. La llegada del galeón era, tal vez, uno de los momentos más dichosos del año. Para los religiosos, representaba no solo la provisión de bienes materiales, sino también la renovación de su misión espiritual en aquellas tierras remotas, gracias a la llegada de nuevos hermanos que traían frescas

las ganas de agrandar el reino de Dios en la tierra. Las cruces, que oscilaban al ritmo de la caminata; los cánticos bajos y profundos, que se elevaban con el viento, y la solemnidad de sus miradas le conferían a la travesía un aura casi mística. Por otro lado, los hombres de la villa, militares en su mayoría, curtidos por el sol y el mar, oteaban el horizonte con ansia, pensando en los recursos, las municiones y, sobre todo, las noticias del otro lado del océano. Ese barco era su único lazo con la patria lejana, de modo que el anhelo crecía con cada paso.

Aurora había tenido que reprimir el deseo de acercarse a Hanom debido a que estaba acompañada en todo momento y, además, Juana no perdía ojo de lo que ella hacía. Sin embargo, los dos cruzaban miradas desde la distancia, y cada una de esas ocasiones su corazón se azoraba. Ella jugueteaba con la tortuga mientras extrañaba los días de sol y playa, que tal vez se había acabado definitivamente con la llegada de su padre y su abuela. Y, aun así, la brisa que acariciaba su rostro estaba cargada de promesas, y el olor a sal y naturaleza salvaje invadía sus sentidos y le insuflaba una osadía desconocida. Don Álvaro siempre había sido un padre comprensivo; si Aurora le confiaba sus sentimientos por el muchacho chamorro, tal vez aceptase su cortejo, pensó, esperanzada.

El amanecer del tercer día, última jornada del viaje, presagió borrasca. El cielo se cubrió de nubes y el viento empezó a soplar con fuerza. Cuando por fin divisaron la villa de Umatac y el puerto, el estallido de la pólvora y el tañido arrebatado de las campanas de la iglesia anunciaron que algo no iba como debía. A lo lejos, el galeón más grande, el *Nuestra Señora del Pilar*, aparecía y desaparecía entre las altas olas, las velas henchidas como si estuvieran a punto de salir volando. El *Niño*, la nao capitana, se alzaba no muy distante, desafiando al potente océano.

Un soldado llegó a la carrera hasta la cabeza de la comitiva de bienvenida, donde se encontraban el gobernador, don Damián de Esplana, y el sargento mayor, don José de Quiroga.

—¡Gobernador! ¡Sargento!

—¿Qué está pasando? —preguntó Esplana.

—Las fuertes corrientes han hecho que el galeón se desviara de su rumbo y ha encallado en los arrecifes frente a la Isla del Coco. Se hunde, gobernador.

Los barcos debían sortear los peligrosos bajíos mientras avanzaban hacia la bahía de Umatac.

—¿El *Santo Niño* también?

—No, capitán, la nave ha sabido esquivarlos. Mire —dijo, entregándole un catalejo.

La noticia corrió veloz y enseguida estallaron los gritos de angustia y las órdenes. Los religiosos rápidamente congregaron a las mujeres y a los niños en la iglesia para rezar por la supervivencia de los naufragados, mientras el gobernador y los altos cargos militares organizaban el rescate.

Aurora se escabulló de la capilla y corrió al puerto, donde los esquifes se lanzaban ya sobre las encrespadas olas hacia la nao el *Niño*. Le escocían los ojos de contener las lágrimas que no quería derramar, ya que le emborronaban la vista y no quería perderse un solo detalle. Quedamente, pedía por su padre.

—No, por favor, Dios mío. No te lo lleves estando tan cerca.

Sintió el roce de unos dedos e identificó su aroma antes de volverse hacia él.

—Hanom —susurró.

Tuvo ganas de echarse en sus brazos fuertes y dejarse consolar, pero estaba rodeaba de gente. La mirada del muchacho era como una suave caricia para su alma. Y, sin embargo, su presencia exacerbaba la duda que la carcomía por dentro. Recordaba haber deseado la muerte de su abuela paterna; eso, unido a sus pensamientos pecaminosos hacia Hanom, tenía que haber provocado la desgracia. Dios la estaba castigando. Apartó la mirada del joven y la concentró de nuevo en el horizonte.

—Todo va a estar bien —lo escuchó decir antes de que se marchara.

Aurora dejó que las lágrimas se derramaran por sus mejillas. Tenía miedo de que su padre se ahogara, y también temía que el gozo y la libertad que había experimentado junto a Hanom se convirtieran en un pecado del que se tuviera que arrepentir.

El rescate duró dos días. Los fuertes vientos impedían el desembarco, y durante ese tiempo, las campanas de las iglesias repicaron sin cesar para interceder por los marineros del galeón. El vendaval arreciaba con tal intensidad que la nave *Santo Niño* acabó alejándose de las islas. Cundió el pesimismo, a pesar de las plegarias, misas y sermones.

Se decretó ayuno y oración.

Finalmente, el vendaval amainó y la nave pudo aproximarse a puerto. Desembarcaron los oficiales, la tripulación y, finalmente, los pasajeros, con rostros marcados por meses de travesía y ojos iluminados al pisar tierra firme después del terror de las últimas jornadas. El gobernador y el capitán general, flanqueados por frailes con las manos entrelazadas en oración y soldados con el pecho erguido, fueron los primeros en estrechar las manos de los recién llegados. Los vítores y aplausos de los residentes de Umatac y de los llegados desde Agaña se mezclaron con el sonido del oleaje.

Aurora se abrió pasó entre los abrazos y el júbilo de los vecinos, llamando a gritos a su padre hasta que por fin lo vio aparecer y corrió a sus brazos. Don Álvaro la estrechó con ímpetu y rompió a llorar sobre su pelo.

—¡Mi niña! ¡Mi Aurora!

Detrás de él apareció doña Agustina, con el rostro contraído por la angustia y el mareo, pero, al verla, se enderezó y apretó los labios un instante, como queriendo refrenar la lengua.

—Así que esta es mi nieta mayor y primogénita de los Aguilar y Manrique. —La observó de arriba abajo con ojos reprobatorios.

Aurora asintió con una media sonrisa. Se aferró a la cintura de su padre e intentó olvidarse de la presencia de su abuela.

—Quiero saberlo todo, padre.

Don Álvaro soltó una carcajada.

—Cuánto te he echado de menos, pequeña —dijo, echando a andar hacia Juana y la llorosa doña Sagrario.

Aunque no tuvieron que lamentar ningún ahogado por el encallamiento del galeón, del naufragio no se pudo rescatar un tercio de los caudales, una pérdida de unas quinientas mil monedas en plata y oro. Los cofres se almacenaban en la parte baja del *Pilar* y

se utilizaban como lastre para mantener estable el galeón mientras navegaba. Lo que no se pudo salvar fue el botín que viajaba en la cubierta más baja del barco, y que constituía buena parte del situado y el «socorro» de las Marianas, así como muchos víveres, excepto el vino y la harina para el Santo Oficio y algunos otros comestibles que transportaban los religiosos en la cubierta superior.

Desembarcaron cerca de doscientas personas, entre las cuales se encontraba un grupo de franciscanos al mando del comisario fray Miguel Sánchez y seis misioneros de la Compañía, que permanecieron en la isla mientras el resto proseguía su viaje a Manila en la nao capitana, el *Santo Niño*. Los pasajeros que continuaban hacia las Filipinas solían pasar unos días de desahogo en Umatac, dedicados al juego y otros pequeños pasatiempos; sin embargo, el capitán de la nao *Santo Niño*, don Juan Quintero, supersticioso, como buen marino, decidió partir inmediatamente para evitar mayores trances, sobre todo porque trasladaba al gobernador general, Fausto Cruzat y Góngora, a su nuevo cargo en Filipinas, además de a un gran contingente de soldados y a numerosos presos, y no quiso arriesgarse a que lo pillase una tormenta.

La fiesta de bienvenida se celebró con más entusiasmo si cabía, dadas las circunstancias, y participaron todas las almas presentes en Umatac. El populacho, en la explanada frente a la iglesia, y los altos cargos y principales, en la modesta casa de administración, que se había engalanado para el festejo.

—¿Se opondrían a comer en la misma mesa que mi personal? Son nativos designados por mí mismo, y leales a Dios y al rey —explicó Esplana a los recién llegados.

El capitán Garrido cruzó una mirada con don Álvaro, que ya tomaba asiento.

—Allá donde fueres, haz lo que vieras, gobernador —concluyó Garrido, quien buscaba ganarse la confianza del hacendado.

Esplana sonrió. El resto de los caballeros, religiosos y militares asintieron sin mayor alharaca.

Tras el banquete, se sucedieron la música y los bailes, elegantes y reposados los de dentro, y pura algarabía los de fuera.

Cuando cayó el sol, doña Agustina ordenó a la dueña y a las muchachas retirarse a descansar, pero Aurora imploró a su padre quedarse un poco más, y este, que estaba feliz y achispado por el vino, accedió. Sin embargo, la anciana no iba a permitir que su nieta permaneciese en la fiesta sin la debida vigilancia, por lo que, haciendo de tripas corazón, ella misma se sentó en una silla a observarla conversar con las pocas jovencitas de su edad, hijas de militares. Después, los hombres se retiraron a fumar y a jugar a los dados, y las señoras se apoltronaron con la costura, a chismorrear. Su abuela no tardó en quedarse dormida; habían sido días de intensas emociones, y Aurora salió a la plaza en busca de Hanom. Nada quedaba de las dudas y el remordimiento que había sentido frente al galeón encallado. Su padre estaba a salvo, y eso solo podía significar que Dios estaba de su lado y aceptaba su relación con el joven chamorro.

Desde que había despertado con la tortuga sobre la almohada, Aurora no había tenido ocasión de hablar con Hanom a solas, como antes, y le quemaba en las entrañas la esperanza de que él compartiera sus sentimientos. Necesitaba aclararlo, pues no aguantaba las ganas de confesarle todo a su padre y buscar su aprobación.

Bordeó la plaza estudiando los rostros alegres del pueblo en fiesta.

—Por fin sales. Llevo horas vigilando la puerta —la recibió Hanom, con una sonrisa teñida de alivio.

—Ven. —Aurora tiró de su mano para apartarlo del bullicio. Se internaron juntos por un sendero oscuro, donde solo las estrellas los observaban.

Aurora se detuvo de repente y se giró hacia él. Antes de que Hanom pudiera reaccionar, ella lo abrazó con un frenesí que lo dejó sin palabras.

—Te he extrañado mucho —confesó Aurora, separándose apenas lo suficiente para alzar la vista y encontrar sus ojos.

El aire entre ellos se volvió denso, cargado de silencios y emociones no confesadas. Las respiraciones agitadas reverberaron en la penumbra. Hanom, como si hubiera estado esperando ese

momento desde siempre, se inclinó despacio. Sus labios rozaron los de Aurora con una suavidad casi temerosa, hasta que ambos se rindieron al beso que habían contenido durante demasiado tiempo. Con ardor, con premura, con una insaciable hambre de sentirse unidos.

El mundo alrededor desapareció, dejándolos solos en esa oscuridad que ahora les parecía infinitamente luminosa.

El instante mágico quedó truncado de repente, como si una ráfaga helada se hubiese colado entre ellos. Una voz firme y autoritaria resonó en la distancia, deshaciendo el hechizo.

—¿Doña Aurora? ¿Dónde anda? La he visto salir —preguntó el capitán Garrido, con ese tono de suficiencia que empezaba a molestarla.

Aurora se separó de Hanom de golpe, sus mejillas ardiendo y el corazón latiéndole a toda prisa. Le hizo un gesto para que no se delatara y lo empujó aún más hacia la oscuridad. Miró a su alrededor, tratando de recuperar la compostura. Dio algunos pasos hacia la voz mientras su mente luchaba por pergeñar una respuesta adecuada.

—Capitán Garrido, me ha asustado —dijo al fin, esforzándose por sonar tranquila, aunque todavía sentía el calor del contacto con Hanom en su piel.

El capitán se acercó, su figura recortada por la tenue luz de la luna. Llevaba el uniforme impecable, y sus ojos oscuros escrutaban el entorno con una mezcla de dureza y curiosidad.

—No debería estar paseando sola a estas horas —comentó con un leve gesto de reproche, aunque su voz contenía un dejo de genuina preocupación.

—Necesitaba tomar el aire; han sido muchas emociones juntas. No debe temer por mi seguridad, capitán. Nuestra colonia es muy segura. Además, he nacido en esta tierra y la mitad de mi sangre es chamorra. —Aurora disimuló una sonrisa al comprobar el efecto que sus palabras surtían en el soldado.

—Pues, permítame decirle que no se le nota. Con esos cabellos rubios, tiene la apariencia de una dama castellana; una descendiente perdida de los Trastámara. La grandísima reina Isabel tenía el

cabello dorado como su merced —dijo, rozando con atrevimiento un mechón que se había soltado de su peinado.

Aurora se tensó ante su cercanía. Estaba segura de que Hanom los observaba, oculto.

—Me haría un gran honor si aceptase que la visitara en algún momento.

—Tendrá que hablar con mi padre. —Aurora dio un paso atrás.

—Ya lo he hecho. Hemos tenido largos meses para conversar y don Álvaro ve mis intenciones con buenos ojos. Doña Agustina solo ha tenido palabras de alabanza para su nieta mayor, por lo que tengo la impresión de que la conozco desde hace tiempo, aunque solo hayamos coincidido unas horas.

—Si ya tiene el permiso de mi padre, no necesita el mío —repuso ella, tomando distancia.

Garrido chasqueó la lengua y fue tras ella.

—Mucho más interesante de lo que pensaba —musitó bajo el bigote.

Hanom salió de entre la vegetación y los vio marcharse. Un nudo le apretaba el gaznate. Nunca podría competir con la gallardía del capitán español. Se alejó del ruido de la plaza, estridente y disonante después de horas de gozar del buen vino, y se encaminó a la playa. Hundió los pies desnudos en el agua oscura, incitadora.

Lo último que vio Hanom antes de zambullirse en las aguas de la bahía de Umatac fue la silueta del barco encallado recortada contra el negro horizonte tachonado de estrellas.

Ese fantasma a punto de hundirse constituía su única esperanza.

CAPÍTULO 17



Inés

Bahía de Tumón, Guam,
año 2000

Con setenta años, y después de haber viajado por el mundo entero, me resultaron estimulantes, y muy curiosos, los sentimientos que Guam despertó en mi interior. Desde el primer día pensé que te hubiera gustado mucho la isla, Carolina.

Hablar contigo siempre ha obrado el mismo efecto: una claridad mayor en mi proceso mental, y desde que puse un pie en las Marianas (el otro no lo podía apoyar en ese momento por culpa de la dichosa escayola), experimenté una acuciante verborrea mental; un barullo de ideas deslavazadas, de pensamientos inconexos, propios y ajenos, no sabía exactamente.

Tú eras la más espiritual de las dos, siempre buscabas señales del destino en todas partes. Yo era la terrenal, la que mantenía los pies en el suelo. Yo, las raíces y tú, las alas. Nosotras, juntas, un todo. Cuando te marchaste a Estados Unidos, tuve que convertirme en mi propio todo, aunque me faltara la mitad del alma, y creo que

ese ejercicio de antaño me sirvió después en el intrépido viaje lleno de incógnitas que me tocaba vivir sin ti, pero con parte de ti: la que vivía en mí y, sobre todo, en Nick.

Intenté recordar tus palabras exactas, segura de que tú hubieras sido capaz de entender mucho mejor que yo lo que nos estaba pasando. Cuando retomamos la relación de hermanas, después de tu traición de marcharte sin mí a los Estados Unidos, me contaste que siempre habías sentido una extraña llamada hacia ese país. Decías que era algo visceral, como si de alguna manera estuvieras ligada allí, como si tuvieras algo importante que descubrir sobre ti misma. No te lo dije en ese momento porque no quería que pensaras que había cambiado y ya no era la hermana que lo entendía todo de ti, pero creí firmemente que te faltaba un tornillo y que me había venido bien trazar mi propio camino lejos de tus misticismos.

Cuando aterricé en Guam y me encontré envuelta en sus fragancias y humedades, recordé esa conversación. Unido a lo que había descubierto acerca de mi joven compañera de viaje, empecé a intuir que lo que me contaste cobraba sentido, pero esta vez no en tu vida, sino en la mía, y que debía de haber poderosas razones por las que Nick había sido destinado a Guam, de entre todos los puertos de la Navy, y por las que yo había conocido a una chica retraída y en medio de una crisis existencial, cuyo nombre constituía un vínculo indiscutible con esta isla remota del Pacífico que había estado vinculada a España en el pasado.

Solo habían transcurrido dos días desde que aterrizamos, pero Tasi empezaba a florecer, como trasplantada en una nueva tierra. Solo así podía explicarse el brillo resuelto que adquirieron sus pupilas, antes bañadas en miedo y desconfianza. Lo que había empezado como un juego, una distracción para mí, una buena excusa para visitar a Nick y un acto de caridad para sacar a esa chiquilla de la parálisis en la que vivía, se empezaba a tornar, delante de mis propios ojos, en algo mucho más intenso y misterioso; algo místico e inexplicable.

Cuando le hablé a Tasi de por qué no había tenido hijos propios, le di la excusa habitual: que se me había pasado el arroz por no

haber agarrado al vuelo las oportunidades que se me presentaron. Sin embargo, esa noche extraña del recién estrenado año dos mil, sucedió algo que me hizo pensar en que, tal vez, la culpa no había sido del todo mía. Simplemente, en todos esos años, de idas y venidas, de un amante en cada aeropuerto, no había conocido al hombre a quien yo estaba destinada. No había sentido la necesidad física, el anhelo íntimo de pertenecer a alguien. Mi matrimonio con Daniel había sido cómodo, otoñal, igual que él. Yo, en aquel entonces, aún estaba en el verano de mi vida, pero me adentré en un terreno de hojas marrones y crujientes bajo mis pies cuando acepté ser su mujer y mudarme con él. No tiene sentido pensar ahora en lo que podría haber sucedido de no haberme dejado convencer, de haber seguido buscando el amor verdadero (sinceramente, no creía en él), porque las decisiones pasadas no se pueden cambiar. Es más, puede que todo ocurriera como tenía que ocurrir para que yo me encontrara, en un momento concreto de mi vida, con Tasi y en la necesidad de salir de Madrid.

La noche en que todo cambió era miércoles. ¿Quién celebra algo importante en el día bisagra de la semana? Los chamorros, la cultura nativa de las Islas Marianas, lo hacen. Es el día del gran mercado y la fiesta. Tasi y yo no sabíamos nada. Nick tan solo nos había dicho que pasaba a buscarnos a las siete, cuando saliese de la base naval, y que tenía una sorpresa.

Tasi había permanecido bastante callada todo el día. Las dos estábamos cansadas; seguíamos arrastrando el *jet lag*, y yo, la pata de palo, que, además, me incomodaba mucho para dormir, de modo que había pasado mala noche. No fui capaz de sacarle más que monosílabos y frases cortas. En la playa, ella miraba concentrada el horizonte. Parecía estar librando una batalla interna: se retorcía los dedos, musitaba entre dientes, entrecerraba los ojos.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta? —dije.

—No.

—Pues, que estamos en el año dos mil, yo acabo de cumplir setenta y tú, treinta. ¿No es fascinante?

—No entiendo.

—Que nací en mil novecientos treinta y tú tienes treinta, y tú naciste en mil novecientos setenta y yo tengo setenta. Y nos hemos conocido justo en este momento y estamos en las antípodas de España viviendo una gran aventura.

—Ya. Es a mi madre a quien le gusta buscar significados en los números. Yo no lo veo —comentó Tasi sin entusiasmo.

—No me puedes negar que es una extraña coincidencia. Otra más.

—No sé.

Devolví la mirada a la revista que estaba ojeando y le di un par de sorbos a mi zumo de piña.

—No me has dicho nada del acantilado de los amantes. ¿No te dio vértigo? —probé de nuevo.

—Bastante. Bueno…, al principio; luego, no sé, no tanto como esperaba.

—¿Se parecía al de tus pesadillas?

Negó con la cabeza.

Permanecimos en silencio, contemplando la gran laguna de agua turquesa que formaba la muralla de arrecifes que se extendía de una punta a la otra de la bahía de Tumon.

—Está aquí —susurró Tasi.

—¿Qué has dicho?

—Está aquí.

—¿Quién está aquí?

—El precipicio de mis pesadillas. Sé que está en la isla. Lo presiento.

Sonreí.

—No te burles, ¿vale? Es la primera vez que creo que es un lugar real, que no me lo he inventado. Por lo que más quieras, no lo comentes con Laura. Seguro que se lo menciona a mi madre, y con ella… no puedo… —El miedo le atenazó la garganta.

—Tasi, tranquila, no pasa nada. —Apreté su mano—. Vamos paso a paso, a tu ritmo. Estamos de vacaciones. Veamos a dónde nos lleva esta aventura. ¿Habías visto alguna vez un agua de este color?

—No, nunca.

—Me dijiste que te encantaba nadar. Ve, aprovecha y hazlo por las dos. Déjate mecer un rato por las olas. Es un poderoso bálsamo; nos lleva de regreso al vientre de nuestra madre, al momento en el que estábamos completamente seguras, rodeadas de amor acuoso.

—Será por eso por lo que me gusta tanto el mar.

—Todos sentimos fascinación por él, ya sea en forma de miedo atroz o de pasión visceral, y yo creo que viene de ahí, del comienzo de la vida.

Tasi sonrió, se levantó de la tumbona y se acercó a la orilla. Siguió avanzando hasta que, más o menos a mitad de camino del arrecife, perdió pie y se hundió por completo. La vi emerger cerca de las rocas, donde un amable camarero nos había dicho que se podían ver peces de colores y mantarrayas.

Horas más tarde, después del día ocioso de playa, de una buena ducha y una sesión de belleza en el *parlor* del hotel, estábamos listas para disfrutar del frescor salubre del atardecer y de la sorpresa de Nick.



Mi sobrino nos recogió a la hora acordada, con Carlos, su fiel escudero, al volante. Ventanas bajadas, caras al viento. Esa vez, Carlos tomó la dirección contraria a la de la Puntan Dos Amantes; nos condujo, loma arriba y loma abajo, hasta el centro histórico de Agaña, al pueblo chamorro, o Sensong Chamoru, en la lengua autóctona.

Una placa anunciaba que había sido inaugurado en mil novecientos noventa y cuatro, seis años antes. Era un área extensa, con una calle principal y callejuelas adyacentes. Un considerable espacio de tierra y césped se abría en uno de los extremos, con algunos árboles en el lado más próximo a la carretera, donde *food trucks*, muy a la americana, vendían barbacoa, arroz y muchas otras

delicias mezcla de las tres culturas que habían convivido en la isla. Observamos a los vendedores desde lejos, porque con la silla de ruedas era imposible circular entre el terreno barroso y la cantidad de gente que intentaba hacerse con un plato de comida.

Carlos encabezó nuestra excursión, empujándome hacia el extremo opuesto y asfaltado. Según nos relató, cada miércoles, cuando el cielo comenzaba a teñirse de naranja y púrpura, el Chamorro Village en Agaña cobraba vida con una explosión de colores, aromas y música. Sonó a discurso preparado, pero su sonrisa delató el orgullo que teñía sus palabras. Vi cómo Nick le daba la mano a Tasi y ella se quedaba parada un momento.

—Hay mucha gente.

—No voy a perderme —dijo ella, a la defensiva.

—Pero yo sí. No tengo sentido de la orientación —se justificó Nick con una sonrisa de pilluelo, y yo contuve las ganas de reírme de lo tunante que era. Con Tasi había que ir con cuidado para no espantarla, pero mi sobrino, con sus ojos azules y sus graciosos hoyuelos, tenía una facilidad innata para salirse con la suya.

Ella aceptó su excusa y nos siguieron a corta distancia, de la mano.

Las casas del pueblo, todas gemelas, eran de dos plantas, construcciones de mampostería robusta, con balcones y grandes ventanales. Los muros, pintados de un tono vainilla pálido, daban un aspecto limpio y acogedor al conjunto, en ese momento iluminado de forma tenue por los últimos rayos del sol. Las techumbres, de una teja roja vibrante, contrastaban con el verdor circundante y con el cielo que se iba oscureciendo, aportando un toque de firmeza y color. A lo largo de la calle principal, por donde transitábamos, se desplegaban decenas de puestos artesanales, cada uno ofreciendo una ventana única a la historia y la cultura de los chamorros. Había collares de conchas, cestas tejidas a mano, figurillas talladas en piedra y madera de tagua, camisetas para turistas de las que encantan a los yanquis; todo muy típico. También había otras tiendas más elegantes, como joyerías con finas piezas de piedras preciosas y oro, o *boutiques* de diseñadoras nativas más modernas, aunque impregnadas igualmente de la esencia de su cultura.

Una gran casa de celebraciones se alzaba en el centro del mercado, un espacio amplio y abierto donde se reunían visitantes y locales en torno a largas mesas de madera oscura. Era una combinación entre taberna y centro comunitario. Las mesas estaban dispuestas en hileras alrededor de un escenario y la consiguiente pista de baile, preparadas para recibir a quienes se congregaban para compartir platos tradicionales. A cada lado de la gran sala central, había otros comedores, conectados al principal mediante arcos, y en la planta superior había mesas en las que se podía cenar mientras se disfrutaba de la música. Se respiraba un ambiente de hospitalidad y calidez; los aromas a pescado a la parrilla, arroz frito y brochetas de pollo marinado en especias chamorras llenaban el aire, provocando que se me hiciera la boca agua.

Carlos me aparcó en una mesa vacía, un auténtico milagro, dada la cantidad de gente que había, y se fue a buscar viandas para las hambrientas turistas. Habíamos llegado justo en una pausa de la banda de música y la concurrencia había salido a tomar el fresco.

Nick nos presentó a algunos amigos de la base que se hallaban repartidos por distintas mesas, y que se acercaron a saludar en cuanto lo vieron. Capté cómo alguno le lanzaba una mirada cómplice en referencia a mi joven amiga. Sabía, por Nick, que los marines, especialmente los solteros, aprovechaban muy bien las noches en la isla.

Nuestro guía llegó haciendo malabarismos con varios platos de la receta más representativa de la isla, el kelaguen, una especie de guiso con limón, cebollas y coco. Trajo uno de cada para que los probáramos todos: de pollo, de pescado y de carne de res. Estaba delicioso, un mosaico de sabores tropicales y marinos.

Nick fue a por las bebidas. A nosotras nos trajo unos cocos verdes con una pajita, un descubrimiento nuevo que Tasi y yo habíamos hecho hacía poco en el hotel. Cuando éramos pequeñas, en las ferias de los pueblos, a ti y a mí nos encantaba comer trozos de coco, enormes pedazos con la piel marrón oscura y abundante carne blanca, dura y seca, a pesar de que los tenían sumergidos en agua, ¿te acuerdas, Carolina? Se lo comenté a Carlos y me explicó que nuestros cocos eran muy viejos y la carne había absorbido todo

el jugo. Los chamorros se bebían el jugo y luego, con un machete, partían el coco joven y se comían la carne fina y jugosa de dentro. El agua de coco era la mejor parte, el elixir, me explicó.

Los sonidos de la fiesta comenzaron a ganar fuerza en cuanto regresó la banda. Era un grupo de músicos que tocaban instrumentos autóctonos y fusionaban canciones famosas con música tradicional, cuyas notas danzaron en el aire, entrelazándose con los murmullos y risas de la multitud. Algunos músicos parecían marines jubilados; otros eran jóvenes chamorros. También había mujeres de piel mestiza, tal vez filipinas, pensé.

Nick le tendió la mano a Tasi y ella negó con la cabeza una, dos veces; a la tercera se lo quedó mirando muy seria, le subieron los colores y se atrevió a aceptar su ofrecimiento y salir a la pista, llena ya de parejas. Lo que no consiga tu hijo…

Mientras ellos bailaban y yo me divertía mirándolos, Carlos se alejó para saludar a sus familiares y amigos. Me hallaba picoteando de los platos y riéndome con lo patoso que era Nick, como buen yanqui, cuando sentí a mi espalda un soplo de aire helado que me erizó la piel. Me giré y, entonces, vi a un hombre plantado en la calle, observándome fijamente. Me estremecí. ¿Por qué me miraba de esa manera? Tan intensa, tan… no sé, era como si me conociese y estuviera esperando mi reacción al reconocerlo. Sin embargo, yo estaba segura de que no lo había visto nunca, o lo recordaría. Era muy atractivo e irradiaba un magnetismo especial. Llevaba el pelo canoso anudado en una coleta y los brazos, fuertes, enfundados en una camisa azul claro; vestía vaqueros. Me pareció que transcurrían los minutos y que no se movía; yo no sabía qué hacer, pero no aparté los ojos de los suyos hasta que, de pronto, desvió la vista y echó a andar, perdiéndose por un lateral.

Giré mi silla con rapidez e hice rodar las ruedas hacia el exterior de la casa grande, por donde se había encaminado el hombre. Lo divisé unos pasos más allá. Desde mi altura, sentada como estaba, me costaba seguirle la pista entre la muchedumbre, pero de vez en cuando él se paraba a saludar y ladeaba ligeramente la cabeza, como invitándome a seguirlo. ¿Qué quería? Siempre he sido una mujer muy curiosa, sobre todo en lo que a hombres guapos y

enigmáticos se refiere, así que acepté la provocación y seguí empujando las ruedas y esquivando turistas.

De repente, se metió por un callejón estrecho; en verdad era apenas un espacio entre dos casas, un pasillo sombrío que conducía a un patio trasero. Como mi silla no cabía por el hueco, me puse en pie con dificultad y cojeé, apoyándome en el muro. Al llegar al patio ajardinado, el ruido de la fiesta parecía haberse esfumado. Todo estaba oscuro, salvo por una luz anaranjada que salía desde el interior de una casa con puerta en arco, abierta. Me dirigí hacia la luz como una polilla.

La sala a la que accedí constituía una especie de capilla o sala de oración, diáfana, con una mesita-altar sobre la que reposaban la imagen de una virgen, un libro de oraciones en chamorro y una vela cubierta con un vaso alargado de cristal rojo. Las paredes parecían abrazarte; el techo era bajo, pero no daba sensación de agobio, sino de recogimiento. A la izquierda del receptáculo se abría otra sala, y en la penumbra leí que impartían clases de música, dibujo y de artesanías varias. En el otro extremo había una salita minúscula, con una mesa y algunos folletos. Sobre un soporte, un cartel en inglés decía: «Se lee la suerte, el tarot, la mano. Para concertar cita, contacta con la médium Rafaela Pomba», y a continuación un número de teléfono.

—Hola —escuché en un susurro, y, por alguna razón, supe que era él.

Me volví con una sonrisa.

—Hola. ¿Hablas español?

—Un poco —respondió, con un marcado acento americano, usando los dedos como medida. Tenía las manos fuertes y morenas —. ¿Inglés?

—Sí, no hay problema —dije, cambiando a su idioma.

—Llevo tiempo esperándote.

—¿A mí? —Me giré hacia la puerta, por si hubiera alguien más.

No contestó, solo me miró. De nuevo sentí que lo estaba decepcionando de alguna manera incomprensible. Pasaron los segundos, y yo me notaba en un limbo extraño, sin pensamientos ni

palabras, solo la consciencia de esos ojos que buscaban algo en mí. Entonces, él se giró hacia la imagen de la virgen.

—Es la Virgen de Camalén, nuestra patrona. ¿Conoces la leyenda? —Negué—. Cuentan que la imagen fue traída por los españoles en el galeón *Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza y Santiago*, que naufragó tras encallar en los arrecifes de la Isla de los Cocos, cerca de Guam. Se cree que la imagen era venerada en el barco por sus marineros y los protegía de la catástrofe. Según las fuentes, no murió nadie a bordo. Después del naufragio, unos pescadores chamorros encontraron la estatua flotando en el océano. La imagen iba acompañada por dos cangrejos, que la guiaban hacia la costa. Los indígenas la rescataron y lo interpretaron como un milagro. Su aparición, en parte, favoreció la paz definitiva entre conquistadores y conquistados.

—¿Qué significa «Camalén»?

—Cuartel.

—¿«Cuartel», como el de los soldados?

—Sí. Durante mucho tiempo fue venerada en un campamento de infantería.

Permanecimos observando la imagen.

—¿Eres una mujer de fe? ¿Crees? —preguntó.

—A mi manera. —Sí tenía fe, pero no era muy practicante.

—¿Cómo es eso?

—No sé explicarlo; sé que hay algo superior, infinito, de lo que todos nos nutrimos. Llámalo como quieras.

El hombre enigmático sonrió, y experimenté una singular alegría por haber motivado esa reacción.

Un joven chamorro irrumpió en ese momento, asomando la cabeza:

—Te he buscado por todas partes. Ya va a empezar. —Con la misma celeridad, desapareció.

—Me tengo que ir. Espero verte de nuevo —dijo el hombre.

—Sí…, eso espero yo también.

Se marchó, y yo me quedé allí un instante más, respirando el aire impregnado de su presencia. Después salí cojeando, atravesé el pasillo oscuro y, cuando divisé mi silla abandonada, Nick y Tasi

estaban junto a ella con el rostro desencajado por la preocupación. Me acerqué cojeando hasta que me vieron llegar.

—Gracias al cielo. Tía, ¿en qué pensabas? Nos has dado un buen susto.

—Estaba buscando el aseo. Puedo valerme sola a pesar de la pierna, no necesito niñeras.

—Lo sabemos —intervino Tasi—, pero podías haber avisado. La silla vacía… Pensamos que te habías caído o… no sé.

—Perdón, no quería preocuparos. Estoy harta de ser como la mesilla del café, que se empuja de aquí para allá. Ya no me duele tanto el pie; de hecho, creo que estoy lista para que me quiten este trasto de encima. Llevo así semanas.

—Eso ya se verá —concluyó Nick. Estaba enfadado.

Me senté en la silla y pegó un tirón hacia delante.

—Vamos, que llegamos tarde —dijo.

—¿A dónde? —pregunté.

—Está a punto de empezar la danza.

—¿Más danza? ¿Es que no habéis tenido bastante baile?

—Esta es diferente. Es el gran acto de la noche. Ya lo verás.

CAPÍTULO 18

Nick tenía razón, era una danza muy diferente. Era el clímax de la noche, y supongo que yo tenía que haber esperado algo así, pero me pilló desprevenida, sobre todo, porque él, el hombre misterioso, tomó el escenario. Solo dos antorchas iluminaban el espacio oscuro, formado por telas negras. El escenario estaba en un rincón al final del pueblo, en una especie de plaza o intersección entre dos calles.

El guerrero misterioso empezó a hablar en su lengua. De nuevo un escalofrío me recorrió entera, y sentí que a mi alrededor comenzaba a soplar el viento; por un momento, yo no sabía dónde me hallaba ni qué ocurría, imantada como estaba a su mirada, sus ojos fijos en mí mientras pronunciaba con voz ronca y poderosa esas palabras incomprensibles que retumbaron en mi interior. Ya no llevaba camisa, sino el torso desnudo, moreno y robusto, que latía con cada sílaba; las piernas, torneadas, iban envueltas por las tiras de las sandalias de cuero negro, y su pelvis estaba cubierta por una falda de fibras naturales.

Tras su discurso, todo el mundo aplaudió; él me sonrió, a mí, solo a mí. Eso sentí. Tras él se alinearon siete muchachos jóvenes, con los torsos también desnudos, fuertes; algunos lucían tatuajes. Todos llevaban al cuello collares de conchas y piedras blancas y vestían las mismas faldas de fibra, como juncos lacios, idénticas a la suya. Portaban largas varas, que golpeaban contra el suelo antes de encararse unos a otros mientras los tambores marcaban el ritmo,

dando comienzo a la danza ancestral. Era una representación de otra época, una muy anterior a la llegada de los españoles, en la que el espíritu indomable de los chamorros se manifestaba en cada movimiento.

El espectáculo se dividió en varios actos, enlazados entre sí por algunas recitaciones, pero mi hombre no volvió a aparecer. Sí lo hicieron las mujeres, bailarinas con tops negros y las melenas sueltas, tocadas con una flor roja. Cuando ellas entraban en escena, la música se tornaba más alegre, y la representación daba a entender que estábamos contemplando un acto de cortejo, donde los bravos guerreros se exhibían delante de las muchachas del poblado en busca de pareja. Sus cuerpos se contoneaban al compás de ritmos antiguos que parecían emerger de la tierra misma. El ambiente vibraba como electrizado y el suelo bajo mis pies retumbaba. Cada baile tradicional celebraba un aspecto de aquella vida lejana: la cosecha, las relaciones familiares, la conexión espiritual con el entorno, transmitiendo un mensaje ancestral de vigor y armonía.

Mi corazón latía tan fuerte que estaba a punto de salirse de mi pecho. No aparté los ojos de ellos en ningún momento. Ni siquiera los tambores eran capaces de acallar la tormenta que se había desatado dentro de mi ser.

En el acto final cobraban protagonismo las antorchas, y entonces él volvió a aparecer junto a dos muchachos, y los tres bailaron con fuego. Era un espectáculo hipnótico. Con movimientos firmes y sincronizados, giraban y lanzaban las antorchas al aire, dibujando círculos, espirales y tirabuzones de fuego que iluminaban el rostro asombrado de los espectadores. Yo contenía la respiración cada vez que él lanzaba la antorcha al aire para atraparla segundos después. El baile terminó de repente, cuando el último eco de los tambores se extinguió y las llamas se apagaron en el aire de la noche, sumiéndonos a todos en la oscuridad.

Las luces del tribal escenario se encendieron y todos los bailarines acudieron a saludar al público, fila por fila, de detrás hacia delante, hasta que, al final, apareció él y se colocó a la cabeza de todos, como el gran jefe del clan chamorro.

Los espectadores los ovacionaron mientras sacaban fotos. Yo temblaba sentada en mi silla. Entonces, mi guerrero (en mi mente ya empezaba a llamarlo así; ya sé, suena ridículamente posesivo) se acercó, se sacó el collar de conchas, se agachó hasta quedar a mi altura y lo colocó sobre mi cabeza con ojos alegres. Yo tenía la garganta seca y no acerté a darle las gracias antes de que se alejara entre el barullo de bailarines y fans. Imitando al jefe, los muchachos jóvenes se quitaron también los collares y los regalaron entre las turistas que estaban en primera fila.

En ese momento me di cuenta de que él no me había dicho su nombre, ni tampoco me había preguntado el mío. ¿Cómo haría para encontrarlo?

—Ha sido increíble —oí decir a Tasi.

—Sabía que os gustaría. —Nick se inclinó para verme la cara de pasmo—. Mi tía, por primera vez en su vida, se ha quedado sin palabras.

Asentí, y él se rio con gusto.

Esperamos unos instantes a que se dispersara el público antes de movernos. Tasi y Nick comentaban la danza, pero yo los escuchaba lejanos. Cerré los ojos. Sentía un extraño mareo, una especie de languidez, como la que se experimenta después de correr diez kilómetros: los músculos relajados, el cuerpo desprovisto de energía, y, sin embargo, mi mente era un torbellino de haces de luz, el sonido vibrante de los tambores y los movimientos precisos del guerrero. Y, entonces, me vi de nuevo frente al escaparate de una vieja agencia de viajes, frente al póster de un acantilado. El acantilado que llevaba décadas buscando, dibujando, imaginando, repensando, reconstruyendo, y que aún no había encontrado.

Abrí los ojos cuando sentí que Nick empujaba mi silla. Tomó la calle principal, la que bajaba hacia el aparcamiento. Los vendedores empezaban a recoger sus puestos y los visitantes se apresuraban a hacer las últimas compras. Carlos nos salió al paso cuando estábamos llegando al coche.

El viaje de vuelta, con las ventanillas abiertas y el frescor marino revoloteando a mi alrededor, ayudó a disipar la extraña sensación. Yo contemplaba la frondosa selva, de un lado, y el océano, oscuro y

rumoroso, de otro, con ojos diferentes. Te entendí por primera vez, Carolina. Entendí por qué tuviste que marcharte, y por qué lo hiciste sola. Había sido una llamada.

Cuando por fin me encontré entre las sábanas de mi cama, me atreví a hacerme la pregunta: ¿y si aquel póster era de Guam y mi acantilado se hallaba en algún lugar de la isla? ¿Y si ese viaje no era solo para Tasi, para que se enfrentase a sus pesadillas, sino también para mí? ¿Y si era mi llamada y yo no lo había entendido hasta ese momento? ¿Y si ese hombre enigmático, el guerrero, estaba conectado de alguna manera a mi destino?

Tasi sufría pesadillas con un precipicio.

Yo buscaba obsesivamente un acantilado.

Las dos nos encontrábamos allí, y las coincidencias empezaban a ser demasiadas como para seguir obviándolas.



Escuché los golpes en la puerta que comunicaba las dos habitaciones y, en mi sueño, pensé que eran ruido de tambores, pero esta vez pertenecían a una época lejana, a un ritual en medio del bosque, donde se invocaba a los espíritus que residían en unos árboles de raíces nudosas y ramas colgantes como lianas. Me costó darme cuenta de que eran porrazos reales. Me incorporé con la cabeza embotada y salté a la pata coja hasta la puerta. Descorrí el pestillo y Tasi apareció del otro lado con cara de susto.

—Menos mal, pensé que te habías muerto. Estaba a punto de llamar al encargado.

—Tengo setenta años, no noventa. A mi edad nadie se muere de un patatús nocturno.

—Vale, entendido. La próxima vez, pon el despertador. Son las once.

—¡Las once! ¡Qué desperdicio de día!

Ella entró y, de inmediato, abrió las cortinas y la puerta del balcón para airear el ambiente, pegajoso de calor y humedad.

—Anda, date una ducha y ven a desayunar. He pedido un *brunch* completo al servicio de habitaciones. Se te ha pasado la hora del desayuno; era hasta las diez. Te espero en mi balcón —dijo Tasi con aire mandón. El mar le estaba sentando de maravilla.

—¿Tú, en el balcón?

—Ya, bueno… A eso me has traído a esta isla perdida, a superar mis miedos, ¿no?

—Exacto.

—Pues, ahí estoy, pero te aviso de que mi silla es la que está contra la pared.

—Entendido.

Obedecí la orden porque necesitaba espabilarme después del sueño tan vívido. Abrí el grifo de la ducha, me desvestí, protegí la escayola con el plástico que solía usar y entré en el espacio acristalado y vaporoso. Intenté no pensar, concentrándome en el agua cálida y en los aromas florales del champú y el gel de baño, pero las visiones me asaltaban, se mezclaban unas con otras, las de la noche previa con las de mi sueño, y, por un momento, creí ver en el bosque al hombre misterioso. Me miraba con intensidad, como había hecho la noche anterior, pero la intención de sus ojos era muy diferente: transmitían confianza, afecto, deseo… Cerré el grifo y salí de la ducha.

«Inés, tienes que mantener los pies en la tierra. A una jovencita como Tasi le queda bien desentrañar misterios ocultos, pero a ti solo pueden tomarte por una vieja loca. Ocupémonos de su precipicio; eso te va a tener entretenida».

Sin embargo, era tan emocionante sentir algo así, tan etéreo, tan inexplicable. Con los años, se pierde la capacidad de sorprenderse, esa es la verdad. Había visto y vivido tanto que podía adivinar lo que vendría a continuación casi en cada circunstancia; sabía leer a las personas, y las situaciones nunca me pillaban desprevenida. Por un lado, suponía un alivio anticipar las decepciones antes de que sucedieran, pero poder experimentar algo tan novedoso, tan extraño

y, a la vez, familiar me aceleraba la sangre. Me hacía sentir más viva de lo que me había sentido en mucho tiempo.

Me puse un vestido holgado de lino blanco, crucé el umbral de la habitación contigua y, a través de la cristalera del balcón, vi a Tasi sentada en la esquina, en ángulo con respecto a mí. Tenía los ojos fijos en el océano turquesa y parecía hablar sola.

—¿Qué tal anoche con Nick? —me anuncié.

—Muy graciosa.

—Se os veía pasando un buen rato.

—No me gustan los hombres guapos, de ojos azules, con un cuerpo de músculos definidos y con el pelo rapado, ¿vale?

—Vale —acepté con una sonrisa.

Ella se rio porque las dos sabíamos que estaba describiendo a su hombre ideal, al menos físicamente.

—En serio. No soy mujer de una noche, ni de dos. Mi vida es un desastre y no necesito, encima, perder el control de mis emociones. Así que ayer le dije a tu sobrino que solo podemos ser amigos y que se olvide de las estrategias que usa con las turistas porque no me interesa.

—Pues, suerte con eso.

—¿No crees que sea capaz de ser solo su amiga?

—Solo te diré que aún no has sido víctima de todo el arsenal de mi sobrino. No es porque sea su tía, pero es un encantador de serpientes. No he conocido aún a una mujer que no caiga rendida al son de su «flauta». —Estallé en carcajadas al ver su cara de espanto.

—¡Inés! ¿Qué has estado soñando?

—Con los tambores y los haces de fuego de anoche, solo eso. Luego no digas que no te avisé.

—Gracias por decírmelo; estaré especialmente atenta a su instrumento de viento —dijo, las mejillas acaloradas—. Cambiando de tema: ¿qué hacemos hoy?

—Creo que deberíamos buscar tu precipicio y, de paso, recorremos la isla.

—Nos puede llevar semanas.

—No creo que tanto. En los papeles que imprimí decía que la isla tiene unos cuarenta y pico kilómetros de largo y no más de quince de ancho; eso es como ir de Madrid a Toledo. Además, no tengo ninguna prisa por regresar a España.

—¿Has sabido algo de tu hijastro?

—No he querido revisar el *e-mail*. En unos días contactaré con mi abogado para que me ponga al día. No corre prisa; él se encarga de que se respeten mis derechos de viuda, que para eso le pago, y de parar la venta. Mientras tanto, vamos a disfrutar, pero, antes de nada, necesito sacarme esta escayola de encima. Estoy muy harta. Ya no me duele la pierna, y me muero de ganas de nadar.

Tasi pidió unas tijeras a recepción e hizo los honores.

Y después, mientras yo me frotaba a fondo la piel muerta, ella llamó a Carlos para contarle nuestros planes. Él aceptó entusiasmado servirnos de guía un día más; le encantaba hacer senderismo con los turistas y conocía los senderos menos concurridos y abruptos, aseguró.

Dejamos la carcasa inerte de escayola en mi habitación y salimos en busca del destino.

CAPÍTULO 19

Recorrimos toda la costa desde Agaña hasta la punta de Ritidian, el extremo norte de la isla. El día fue precioso, aunque estéril en cuanto a la búsqueda del precipicio de Tasi. Mi pierna se comportó de un modo digno, y solo sentí leves molestias y tirones que achaqué a la falta de movilidad. Sin embargo, el último tramo de esa jornada de exploración preferí no hacerlo, para no forzar la pierna, pues ya no daba más de mí después de subir por las laderas resbaladizas sembradas de vegetación y guijarros. Me quedé en un coqueto restaurante a pie de playa, contemplando la inmensidad azul, mientras Tasi se adentraba de nuevo en la jungla colgante, en pos de nuestro intrépido guía.

Aunque varios carteles desaconsejaban el baño debido a las fuertes corrientes de la zona, me di el primer chapuzón del viaje, y fue increíble. Sentí que rejuvenecía cuarenta años.

Cuando Tasi volvió de la ruta, sonrió de oreja a oreja.

—¡Lo encontraste! —exclamé, pensando en su precipicio.

—No, pero es un lugar magnífico. Cuando estés un poco más recuperada de la pierna, tenemos que regresar. Esta isla es un paraíso; no, es algo más… ummm… —se interrumpió un momento e inspiró profundo—, no sé cómo explicarlo. Es como si me sintiera conectada con algo más vasto, algo que se percibe más allá del tiempo y del espacio. Cuando me asomé al borde, pensando que tal vez era el escenario de mi pesadilla, y vi el océano desplegado bajo

mis pies, sentí que toda la isla respiraba conmigo; es algo muy raro. ¿Lo notas tú también?

Asentí despacio. Tasi continuó, entusiasmada.

—Ahora entiendo lo que debiste de experimentar cada vez que viajabas a algún lugar en busca de tu acantilado. Aunque haya un poso de decepción, o incluso tristeza, burbujeando en mi interior por no haber encontrado el mío, y también un miedo atroz a hacerlo, no puedo negar que la búsqueda resulta apasionante. No sé por qué no la he emprendido hasta ahora. Imagínate a cuántos lugares habría ido si, en vez de censurar mis visiones, las hubiera dejado fluir. Habría recorrido el mundo entero.

—Según me contó Laurita, te desequilibraron mucho. Tal vez deberíamos tomárnoslo con más calma, no quiero que las pesadillas regresen —tanteé.

—Es verdad que sufrí mucho, pero porque era muy niña y me sentía sola. Mi abuela había muerto hacía poco y mi madre me sacó de mi hogar junto al mar y me arrastró a vivir en una ciudad llena de ruido y gente. Sin embargo, ya llevo unos años siendo lo suficientemente madura para enfrentarme a una pesadilla, por muy traumática que haya sido. Pensé que olvidarlo era la mejor estrategia, y funcionó durante unos cuantos años, pero ya no. Seguro que me arrepiento de lo que voy a decir, pero ¿y si mis pesadillas querían decirme algo y no he sabido escucharlas? Cada día que pasa, noto con más fuerza que hay algo para mí aquí, en esta tierra, frente a este mar. Algo que tengo que entender. Es muy confuso, no sé…

Sonreí. Estábamos empezando a entrar en sintonía de una manera misteriosa. Como había dicho Tasi, no solo con la isla, sino que las dos empezábamos a respirar al mismo ritmo.

—Gracias por contratarme y traerme aquí —dijo—. Sola, jamás se me habría pasado por la cabeza. Hasta le has dado un nuevo significado a mi nombre: ya no soy un hierbajo en La Pampa argentina; ahora soy el mismo océano, y tengo que aprender a fluir como él —afirmó con una espléndida sonrisa.

—El placer es mío, Tasi.

Emprendimos el camino de regreso al hotel, con Carlos. Ese hombre tenía una energía envidiable. Por el camino, y después de horas de caminatas, siguió relatándonos anécdotas y curiosidades sobre los lugares por los que atravesábamos. Por el contrario, Tasi y yo estábamos ya fundidas a causa de tantas emociones y tanto ejercicio físico, y no éramos capaces de hilar dos palabras.

Cuando llegamos al hotel y pedimos las llaves de las habitaciones, la recepcionista me avisó de que habían dejado un sobre para mí.

—Será de Nick. Esta mañana nos hemos ido sin avisarlo, aunque espero que Carlos le haya mandado un mensaje —comenté.

Nos encaminamos al ascensor de cristal y, mientras subíamos, abrí el sobre. Dentro había una medalla de la Virgen de Camalén y una tarjeta manuscrita con la leyenda que me había contado el hombre misterioso, alias «mi guerrero». No reconocí la letra; tampoco estaba firmada. Pasé la yema de los dedos por encima de la caligrafía. Le di la vuelta y decía:

Para refrescarte la memoria. Cuento las horas hasta verte de nuevo.

Se me subió toda la sangre a la cabeza y la emoción me anidó en el estómago, hasta tal punto que estuve a punto de desmayarme. Las puertas del ascensor se abrieron, pero yo no podía moverme. Alguien debió de pulsar el botón desde otra planta, porque de pronto descendíamos de nuevo. Tasi vio mi expresión y se alarmó.

—¿Malas noticias? ¿Es de Raúl?

Le ofrecí la nota para que la leyera.

—¿De quién es?

—No está firmada —repuse, temblando.

—¿No sabes quién te la manda?

—Sí sé quién es, lo que no sé es cómo se llama.

—A ver, a ver. ¿Hay algo que no me has contado?

—Vamos al bar a tomarnos una copa. Necesito que me dé el aire.

Recuperando el control, pulsé el botón para bajar a la planta que daba a la playa. Salimos a la zona de la piscina y nos sentamos en los altos taburetes del bar playero, frente a la línea de costa y las hamacas. Aún no estaba muy concurrido, pero lo estaría en un par

de horas. El camarero nos reconoció y, antes de ofrecernos la carta, nos sirvió dos enormes vasos de agua con hielo. Justo lo que yo necesitaba, porque tenía la garganta seca de la impresión.

—¿Bien? —preguntó Tasi.

—Bien.

Miramos cómo el mar se cubría de violetas, el sol se deshacía en el horizonte, tragado por las olas, y ella soltó un suspiro.

—Después de un día tan intenso, darse un baño a estas horas tiene que ser como tocar el cielo. ¿Vamos?

—Prefiero quedarme aquí sentada. Se me ha caído el cansancio de golpe encima. Pero, por mí, no te cortes; yo voy pidiendo los cócteles.

—Vale, vuelvo enseguida.

Sonreí mientras la observaba correr, desvistiéndose por el camino y dejando un reguero de ropa sobre la arena. Devolví mi atención a la medalla. Era bonita; parecía de plata. Desenganché el cierre y me la puse al cuello. Nunca había sido muy religiosa, pero no me oponía a la idea de que los mortales tuviéramos algo más que carne y pellejo. No todo lo que existe puede comprenderse mediante la razón o percibirse con los cinco sentidos, de eso estaba segura. Había vivido demasiadas cosas, sobre todo contigo, Carolina, para saber que hay conexiones que van más allá del tiempo y del espacio.

Pedí dos piñas coladas y repasé una decena de veces la nota. Narraba lo que ya me había contado frente a la estatuilla de la virgen durante la velada en el pueblo chamorro: el naufragio de un galeón, ocurrido en 1690, y el milagroso hallazgo de la imagen, transportada por unos amables cangrejos.

Siempre me había fascinado la era del descubrimiento, la conquista de América, la historia de la Flota de Indias, el encuentro con civilizaciones que desconocíamos… Había oído hablar de naufragios antes, pero pensé que habían ocurrido en aguas del Caribe o durante la travesía por el Atlántico. En mis años mozos, me había sacado la certificación para hacer submarinismo en aguas abiertas y había llegado a bucear hasta los dieciocho metros de profundidad. Pensé que Guam ofrecería extraordinarias experiencias

de buceo, y lo apunté mentalmente como una actividad que podría proponerle a Tasi.

Justo entonces llegó ella, envuelta en una de las toallas del hotel, y se sentó a mi lado. Le dio un largo sorbo a su cóctel y se giró para mirarme.

—Ahora sí, cuéntamelo todo sobre esta nota.

Y yo se lo conté tal y como lo recordaba. No me guardé nada porque lo consideré una buena oportunidad para fortalecer la confianza entre nosotras y que Tasi en algún momento se atreviera a contarme ella misma lo que le había pasado y lo que iba experimentando, ya que, desde que nos conocimos, yo tenía que sacárselo a cuentagotas.

—Por eso dejaste la silla abandonada. Nos tragamos la excusa del aseo completamente.

—Nick y tú sois dos criaturas ingenuas y yo soy una vieja mentirosa.

»Dicho en voz alta, todo este asunto suena un poco ridículo, ¿no crees?

—Para nada. Suena a que tienes que volver al pueblo chamorro a buscarlo.

—¿Para qué?

—Por lo menos, para preguntarle su nombre y agradecerle la medalla. Que no diga que las españolas son unas maleducadas desagradecidas.

—Necesito que se enfríe un poco el misticismo. Puede que esas sensaciones que me embargaron fueran producto de la buena comida, la música, la soledad de la capilla, la recreación del ambiente chamorro de otra época… Y si a eso le sumamos mi debilidad por los hombres atractivos y mi curiosidad de gato…

—Como quieras, pero esta nota está pidiendo a gritos una respuesta.

Tasi tenía razón, y yo me moría por volver a la pequeña capilla y descubrir más sobre él, pero mi parte racional me gritaba que me dejara de zarandajas, que estaba muy mayor para determinadas aventuras.

Esa noche me acosté con una frase rondando mi cabeza. Él había escrito al final de su nota: *Para refrescarte la memoria.* ¿Qué quería decir? ¿Se refería a la leyenda de la virgen? Me la había contado la noche anterior, y tal vez no quería que yo la olvidara. Sin embargo, algo me decía que había algo más, pero ¿el qué? ¿A qué recuerdo se refería?



Un grito aterrador y prolongado me despertó. Era noche cerrada. Pensé que podría proceder del exterior, por lo que me asomé al balcón, pero no vi a nadie. Cuando regresé a la habitación, escuché el llanto: venía de la habitación contigua.

Tasi me había pedido que dejara sin cerrojo la puerta que comunicaba las dos habitaciones, para que ella pudiera cerciorarse de que no me había dado un ataque al corazón durante la noche; la pobre se había asustado mucho la mañana anterior, cuando no me despertaba. Eso facilitó que yo pudiera socorrerla esa vez.

Entré despacio, para no sobresaltarla si estaba dormida. Había encendido la lamparita de la mesilla y se mecía aferrada a las rodillas, llorando, la cara pálida, los ojos atemorizados.

—Tasi —susurré mientras me aproximaba a la cama.

Me senté a su lado.

—Me he asustado mucho.

—¿Una de tus pesadillas?

—La misma de siempre. Solo es una, que se repite.

—Hacía mucho que no la tenías, ¿verdad? Desde adolescente.

—Por aquel entonces se fueron espaciando hasta desaparecer, pero… a finales de año, cuando lo perdí todo, sucedió de nuevo.

—Siento que es culpa mía.

—Por primera vez, quiero tenerlas. Necesito entender qué me quieren decir, a qué le tengo miedo.

—¿Quieres contármela?

Tasi cerró los ojos y tomó un par de bocanadas de aire.

—Las imágenes empiezan a difuminarse, pero creo que esta vez hay algo diferente, algo previo al precipicio. Estoy subiendo por la montaña; la vegetación es densa. Me agarro a los matorrales para ascender; siento mucho calor. Cuando llego arriba, creo que grito algo y, a continuación, salto al vacío.

Tasi pegó un ligero brinco y se presionó el estómago. Abrió los ojos.

—Tal vez hayas mezclado la excursión a la punta Ritidian con el sueño —sugerí. Tenía lógica. A mí también me pasaba: realidad y fantasía formando un todo diferente y distorsionado.

—Sí, puede ser. ¿Podrías darme un vaso de agua?

—Claro, preciosa.

Fui hasta el mueble bar y saqué una botella de agua del minifrigorífico.

—No sé por qué me da tanta sed —comentó después de darle un buen sorbo.

—Has subido la montaña y hacía mucho calor —le recordé, con una sonrisa—. Es de madrugada, todavía tenemos algunas horas por delante. Intenta dormir.

Se recostó de nuevo y la tapé con la frazada, como haría con una sobrina si la tuviera. Yo regresé a mi habitación sintiéndome culpable.

Era horrible sufrir pesadillas. Cuando me pasaba a mí, ya fuera por haber comido demasiado o por dormir poco durante los viajes transatlánticos que hacía cuando trabajaba en la compañía aérea, siempre me dejaban hecha polvo, con una sensación horrible en el cuerpo. No podía ni imaginarme lo que sería sufrir una pesadilla recurrente en la que saltaba al vacío. ¿Y si yo, con mi malsana curiosidad, había reavivado los terrores nocturnos de Tasi? No podía jugar con la salud mental de aquella chiquilla.

En la cama, no paré de darle vueltas a cómo ayudarla y, sobre todo, cómo no desestabilizarla aún más. Cuando amaneció, había tomado una decisión.

Tenía que hablar con la madre de Tasi, Rosa, y ponerla al día de lo que estaba sucediendo.

CAPÍTULO 20

Nuestras ojeras delataban la mala noche. Desayunamos en el bufé del hotel en silencio, concentradas en el fragante café. Yo le había escrito un mensaje a Laurita pidiéndole el teléfono de Rosa, pero no sabía en qué parte del mundo estaría mi amiga ni si lo habría leído, porque aún no había contestado. Me sentía como una rata de cloaca: Tasi me había comentado brevemente la relación que tenía con su madre y lo poco que le gustaba que esta se metiera en su vida, pero yo no tenía alternativa. Me asustaba lo que pudiera pasar, y Rosa era la única que podía aconsejarme.

—He sido yo, ¿vale? —Tasi interrumpió mis pensamientos.

—¿Qué?

—Que sé lo que estás pensando. Ayer dijiste que te sentías culpable. Pero no has provocado tú mi pesadilla. Este viaje es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

»He sido yo. Estoy decidida a afrontar el miedo que permanece agazapado en mi interior, no voy a seguir huyendo de él —dijo, y a continuación tomó un sorbo del café—. Anoche, cuando me acosté, estuve pensando en ese lugar. Intenté reproducirlo en mi mente y revivir las sensaciones que experimentaba allí. Fui yo la que provocó el mal sueño; quiero que fluya sin trabas. Ha llegado el momento, y estoy en el lugar adecuado y con la compañía que necesito para enfrentarme a lo que sea que se esconda en mi subconsciente. Por alguna razón, estamos en esto juntas.

—Te entiendo. Me honra tu confianza y cuentas con todo mi apoyo, pero creo que tenemos que ir un poco más despacio. Me angustia verte sufrir. —Le tomé la mano—. Además, ayer nos metimos una buena paliza física, y luego la nochecita en blanco… Creo que, al menos hoy, necesitamos una pausa en todos los sentidos. ¿Vale?

Tenía que ganar tiempo para hablar con Rosa y saber cómo actuar. Yo le tenía aprecio a Tasi, y ya antes de conocerla había oído hablar mucho de ella por Laura. Pero todo empezaba a ser muy intenso.

—Está bien. ¿Playa y chiringuito, entonces? —propuso.

—Me parece perfecto. Se me ocurre que tal vez por la tarde, con tranquilidad y cuando nos cansemos del agua, podemos culturizarnos un poco más sobre la historia de la isla.

Saqué la nota del hombre misterioso.

—¿Qué te parece si investigamos qué pasó con este galeón? Puede resultar entretenido. De paso, nos empapamos bien de la historia de las Marianas, de nuestro pasado colonial. ¿Qué dices?

—Me encantan las historias de barcos hundidos, aunque te advierto que yo soy más de ciencias que de letras.

—Hacía años que no oía esa expresión —reí—. Perfecto; llamo a Carlos y le cuento el plan.

Después de una mañana sosegada y de una breve siesta tras el almuerzo, nuestro guía nos recogió y nos llevó a un periplo por librerías. No sé por qué, yo esperaba encontrar tiendas de la magnitud de Barnes and Noble, modernas catedrales de literatura. Adoraba pasar horas allí cuando viajaba a Nueva York o a Boston, y, bueno, Guam formaba parte de los Estados Unidos; sin embargo, la cadena de librerías no había llegado hasta allí. Tuvimos que conformarnos con pequeñas tiendas locales; la más famosa era Faith Bookstore. Carlos nos explicó que, aunque había comenzado como un establecimiento especializado únicamente en libros religiosos, ahora ofrecía también un variado catálogo que incluía distintas áreas del saber, e incluso ficción. Una amable señora, que llevaba varias décadas trabajando allí, nos indicó dónde podíamos encontrar la sección de Historia, y pasamos un rato revisando las estanterías.

No me sorprendió que lo que más abundara fueran libros acerca del periodo posterior a la presencia española en las Marianas y, en particular, de la ocupación de la isla por los japoneses y la Segunda Guerra Mundial. No había nada sobre los más de doscientos años de dominio español sobre el archipiélago. Lo único que encontramos que se aproximara a lo que andábamos buscando fue un librito amarillo, escrito en inglés, sobre la importancia de las islas para España en el siglo xix, con un par de páginas de introducción sobre la historia colonial española, y ninguna mención de Guam como puerto de la Flota de Indias.

Después, Carlos nos llevó a otra librería, llamada Bestseller, en Tamuning, no muy lejos de nuestro hotel, en la zona de las tiendas y los restaurantes. Allí tampoco encontramos nada relacionado con nuestra búsqueda. Por último, nuestro guía recordó que en la tienda de suvenires de la Puntan Dos Amantes vendían libros de historia, de modo que allá fuimos.

Como mi pata de palo me había impedido subir al mirador la vez anterior, mientras yo me daba el gusto de asomarme, Tasi se adelantó a la tiendita a ver si teníamos suerte.

Las vistas eran espectaculares, e incluso a mí me dio vértigo ascender por la pequeña plataforma hasta la última anilla del mirador. Casi no había turistas a esas horas. Según indicaban los carteles, se podía distinguir a los amantes en los perfiles de la naturaleza: a él, en la línea de la costa, en el lado izquierdo; en una de las fotos, varias flechas señalaban los puntos donde estarían su boca, su nariz y sus ojos. La verdad es que yo no veía nada. Del lado derecho, en la montaña, estaba la mujer. El exuberante cabello verde caía sobre la ladera; el cuello pálido estaba hecho de piedra caliza; el contorno suave del rostro parecía vuelto hacia el horizonte, como si esperara la llegada de alguien. Me resultó muy curioso que la imaginación local la hubiera situado a ella en la ladera del acantilado, cuando él estaba despatarrado sobre la arena.

Bajé del mirador y me paré un instante frente a la enorme estatua de los amantes enlazados en un abrazo eterno. Era imponente. Luego, me encaminé a la tienda de suvenires. Localicé a

Tasi encorvada, intentando leer los lomos de los libros que se encontraban en la balda inferior de la estantería.

—¿Has encontrado algo? —pregunté.

—Ninguna mención a ese galeón ni ningún otro. Me sorprende para mal que nadie haya publicado nada sobre esa época. Los españoles estuvimos en las Marianas más de doscientos años.

—A los yanquis no les interesa que la población recuerde la historia que no tiene que ver con ellos. Lo hacen allá donde van: obvian todo lo anterior, y claramente se dan más importancia de la que merecen.

—Será para que España no venga a reclamarles el territorio de vuelta.

—Solo se reirían de nuestra inocencia. Es una posición estratégica en el Pacífico, así que jamás la soltarán. Me imagino que, como en todos los territorios donde quedan nativos, algunos clamarán por la independencia, pero creo que Estados Unidos hace bien en no hacerles caso: a los chamorros les caerían encima japoneses, chinos e incluso australianos.

Me acerqué al señor que estaba tras el mostrador de la entrada.

—Buenas tardes. ¿Tiene algún otro libro de historia que no esté expuesto?

—Todo lo que tenemos está en las estanterías.

—Ya. Es que no encontramos lo que buscamos. ¿Se le ocurre dónde puede haber libros especializados en la época colonial española, siglo diecisiete?

—Si tienen algo, será en el MARC, el centro de investigación de la Micronesia en la Universidad de Guam. Tal vez haya archivos de la época que les permitan consultar.

—Muchas gracias, caballero. Es una gran idea.

A diez minutos en coche, unos siete kilómetros hacia el interior, y no muy lejos de la costa este de la isla, se hallaba Mangilao, el centro cultural, sede de la Universidad de Guam y del Guam Community College. Como en otras ciudades de ese paraíso, también había un parque con *lattes*, las antiguas piedras que, se cree, sostenían las chozas de los ancestros chamorros, así como una especie de poblado chamorro (o más bien una reproducción de lo que fue), una iglesia consagrada a santa Teresa y naturaleza para dar y tomar. Nos sumergimos en el ambiente juvenil, con cafés y espacios ajardinados y abiertos donde se reunían los estudiantes.

Yo nunca había estudiado en la universidad. Cuando cumplí los dieciocho años, perdí a mi hermana y la peculiar estabilidad de la que había gozado rotando de la casa de un tío a la de otro. Había sido una infancia singular, cuando nos acostumbramos a la pérdida de papá y mamá y a la extrañeza de trasladarnos cada pocos meses a un hogar distinto. No me planteé lo que quería hacer y, cuando llegó el momento de mi independencia, me pilló desprevenida. Mis pilares se hundieron todos de golpe, yo solo pensé en salir adelante y ganar dinero lo antes posible para dejar de sentirme tan vulnerable. A lo largo de los años, gracias a mis múltiples viajes, fui supliendo, mediante experiencias y contacto directo con otras culturas y gente diferente, la falta de educación formal, pero el universitario era un ambiente que me atraía, y aquel día en Mangilao pensé que podría haber hecho mucho más de mi vida si hubiera tenido alguien que me aconsejara y me apoyara durante esos primeros años de adultez. Me había agarrado, como a un clavo ardiendo, a mi trabajo de azafata y a la vida que resultó de esa decisión, que nunca más cuestioné.

Carlos se valió de sus contactos para que nos permitieran acceder al centro de investigación pese a no tener credencial de la universidad, y nos dijo que esperaría en la cafetería.

Una vez dentro, le expliqué lo que buscábamos a la «guardiana» de los archivos.

—¿Forman parte de la expedición? —preguntó la mujer.

—¿Expedición? —dije.

—El Proyecto Pilar, el que busca el galeón.

Intercambié una mirada con Tasi. No nos dijimos nada, pero tampoco hizo falta. La coincidencia era muy fuerte. ¿Alguien estaba buscando en las aguas del Pacífico justo ese galeón, el del origen de la leyenda de la Virgen de Camalén?

La señora alzó una ceja, esperando mi respuesta.

—Eh, sí, exactamente. Somos miembros del equipo de historiadores, nos acabamos de sumar al proyecto. Quisiéramos examinar todo el material que tenga —expliqué.

—Varios compañeros suyos ya estuvieron aquí hace semanas y me pasé horas fotocopiando documentos —se quejó.

Tasi se me adelantó.

—Tal vez quedó algo sin revisar que nos serviría de ayuda. ¿Puedo pedirle que nos enseñe todo lo que haya sobre el naufragio… esto, de nuevo?, quiero decir, por si se les pasó algo a mis compañeros. Ya sabe que las mujeres somos más meticulosas, sobre todo la doctora Inés Zúñiga, aquí presente. Es una eminencia en Documentología colonial y ha venido desde España expresamente para esto.

Tasi sonrió nerviosa. La mujer refunfuñó un poco más, pero finalmente se dirigió al depósito.

Cuatro horas después, salíamos con un taco de folios fotocopiados de distintas fuentes. Preguntamos a un grupo de estudiantes por la cafetería y allí encontramos a Carlos, charlando animado con uno de los camareros.

—Veo que habéis encontrado lo que buscabais —nos saludó.

Salimos de la cafetería y recorrimos el campus, bañado ya por los violetas y el añil del anochecer, de camino al coche. Estábamos deseando llegar al hotel para, acompañadas de una botella de vino, sentarnos a leer las crónicas de la época, en su mayoría informes administrativos y cartas de los misioneros a sus correspondientes superiores.

—¿Sabes algo del Proyecto Pilar? —pregunté a Carlos.

—Claro, todo el mundo lo conoce. Salió en las noticias hace un par de meses. El gobierno llegó a un acuerdo con una de esas empresas que buscan tesoros perdidos, para financiar la búsqueda de un barco.

—Es nuestro galeón, el que estamos investigando.

—Cuando lo mencionaste esta mañana, no lo relacioné. Casi cada dos o tres años aparece alguna corporación buscando algún pecio. De hecho, hay dos agencias de submarinismo que ofrecen excursiones a las naves hundidas, pero creo que estas no son tan antiguas —mencionó Carlos.

—¡Sería genial verlas! —exclamó Tasi.

—Puedo contactar con el turoperador que lo gestiona y hacer la reserva —se ofreció, siempre amable.

—Yo tendría que desempolvar mi certificado. Debe de estar caducado ya; hace un par de décadas que no bajo a las profundidades —intervine.

—Yo obtuve la versión para menores de edad, así que estoy como tú —apuntó Tasi.

—Volviendo al tema del galeón: ¿con quién podríamos hablar para averiguar cómo va la búsqueda? —pregunté.

—Si hubieran encontrado algo importante, ya lo sabría todo el mundo. La prensa sigue el proyecto de cerca —respondió Carlos, quien, claramente, no compartía nuestro entusiasmo.

—¿Hay alguien con quien pudieramos hablar sobre el tema? Me interesa conocer todos los detalles —insistí.

—Uno de mis primos trabaja de buzo para el proyecto. Lo puedo llamar; de vez en cuando regresan a Agaña a por provisiones y a darse un respiro.

—¿Cuántos primos tienes, Carlos? —rio Tasi.

—Uy, muchos. Más de doscientos, entre primos hermanos, segundos y terceros. Procedemos de familias de muchos hermanos, y cada miembro, a su vez, tiene decenas de hijos… Típico chamorro —apostilló, soltando una carcajada.

En un semáforo, marcó el número de su primo, pero le saltó el buzón de voz, por lo que le dejó un mensaje en una mezcla de inglés y chamorro.

—Cuando conteste, os aviso —dijo al despedirnos en el hotel.



El centro de negocios del hotel nos pareció la mejor opción para revisar los documentos. De paso, yo podía hacer una búsqueda del Proyecto Pilar en esa maravilla llamada Internet.

Primero, probé a buscar en español; como primer resultado, me salió la noticia en un periódico de tirada nacional. Leí en voz alta la nota de prensa:

—«Más de trescientos años después, cerca de ochocientos hombres de negocios y varias empresas se han unido con el objetivo de rescatar un tesoro que, según los promotores del proyecto, hoy podría valer cerca de cien mil millones de pesetas. De ese dinero, la multinacional australiana Maritime Investments planea entregar el 25 % al Gobierno de Guam y quedarse el resto, ignorando cualquier petición del Gobierno español, que reclama como patrimonio nacional los tesoros que se recuperan de todos sus galeones hundidos. "Creemos que estamos muy cerca de encontrar el barco. ¿Por qué habríamos de dar nada a España? Después de todo, el oro y la plata fueron robados por los españoles a sus colonias de Latinoamérica. No son suyos", dice el australiano Rod Hartley, presidente de Maritime Investments».

—Siempre me ha parecido que las instituciones españolas tienen muy poca visión con respecto a su patrimonio marítimo. Tal vez les disputaran los derechos sobre los galeones hundidos, pero al menos podrían unirse a los proyectos como inversores; de esa manera se asegurarían parte del botín, nunca mejor dicho —afirmé.

—¿Qué más dice el artículo?

—A ver por dónde iba… Aquí: «El equipo que investiga el *Pilar de Zaragoza* en las aguas de esta isla de Micronesia administrada por EE. UU. está formado por algunos de los mejores submarinistas del mundo, y cuenta con la tecnología más puntera en la búsqueda de buques. Cada día, si el tiempo acompaña, ocho buceadores rastrean

palmo a palmo la zona donde se cree que encalló el galeón. Como base de operaciones, cuentan con un catamarán de quince metros de eslora. "He dedicado veintiún años de mi vida a buscar pecios españoles y estoy harto de ver cómo el Gobierno español espera a que encontremos los tesoros para demandarnos después y tratar de hacerse con ellos", dice Alan, uno de los submarinistas más veteranos. Maritime Investments ha logrado atraer a poderosos inversores, de Australia a Hong Kong, prometiéndoles beneficios millonarios».

—¡Es fascinante! —exclamó Tasi—. ¡Lo que daría por formar parte de la expedición! Quién me mandó a mí meterme a farmacéutica…

—Eres muy joven, puedes dar un giro de ciento ochenta grados a tu carrera y hacer lo que te dé la gana. Tienes toda la vida por delante.

—Y nada de dinero. Necesito trabajar.

—Estás trabajando.

—Lo que hago contigo hace mucho que dejó de ser un trabajo. Además, tienes la pierna perfectamente.

—Soy muy torpe; podría caerme en cualquier momento.

—No cuela. Estoy de vacaciones a tus expensas, esa es la verdad, y empieza a escocer —dijo Tasi con un mohín.

—Si estuviéramos en el siglo xvii, una mujer viuda de mi alcurnia necesitaría una dama de compañía. Eso eres, y por eso te pago.

—No me convences; me siento inútil.

—Sigo leyendo, que aún queda un poco —dije, ignorándola—: «La disputa sobre la propiedad de los barcos hundidos lleva décadas sin resolverse. Países tradicionalmente navieros, como España, Francia o Portugal, han tratado durante años de alcanzar un acuerdo que fije las reglas de una vez por todas y garantice sus derechos sobre sus antiguas propiedades, estén en aguas internacionales o no. Otros países, como Filipinas, se niegan a aceptar un acuerdo que los despojaría de los derechos de explotación de los centenares de barcos hundidos en sus aguas, y prefieren llegar a pactos privados con compañías como Maritime Investments. La UNESCO, árbitro en la disputa, y la comunidad internacional están ultimando el Protocolo

de Protección del Patrimonio Submarino. Entre tanto, el Ministerio de Asuntos Exteriores español ha enviado una circular a todos sus embajadores y cónsules para que el Estado se "haga presente" en todos los casos en los que se descubra un galeón español.

»La búsqueda del *Pilar de Zaragoza* comenzó en 1992, y Rod Hartley cree que terminará este mismo año, con el descubrimiento definitivo del galeón. El estudio de los textos españoles ha llevado a la empresa a centrar su búsqueda en un kilómetro cuadrado. "En el caso del *Pilar de Zaragoza*, está documentado que portaba tesoros de gran valor. Sin embargo, estas empresas suelen aumentar las expectativas sobre su posible descubrimiento para atraer nuevos inversores, y no está tan claro que naufragara donde están buscando", explica Lola Higueras, responsable del Área de Conservación, Investigación y Exhibición del Museo Naval de Madrid».

Tasi suspiró.

—Me encantaba el mar. De pequeña, mi sueño era montar una escuela de submarinismo. Sin embargo, mi madre truncó todos mis deseos y me arrancó de mis raíces. Creo que, de no haber sido así, yo hubiera sido una persona completamente distinta, con una vida apasionante.

—¿Por qué estudiaste Farmacia?

—Como mecanismo de defensa.

—¿A qué te refieres?

—¿Laura no te ha contado nada?

—Algo, pero a *grosso modo* —dije, eludiendo la pregunta.

—Mi madre me encerró en un psiquiátrico porque gritaba por las noches y llegó a pensar que me quería tirar por la ventana. Me administraron pastillas y estuve recluida en ese horrible lugar hasta que se convencieron de que no suponía un peligro para mí misma. Yo quería saber qué me habían dado y cómo podía recuperar el control sobre mi mente y mi cuerpo.

—¿Sobre el cuerpo?

—Según mi madre, sufría episodios de sonambulismo, y temía que corriera riesgos sin ser consciente.

—Ahora entiendo por qué le tienes tanto resentimiento.

—Me arruinó la vida. Sé que no era su intención, que todas las decisiones que tomó lo hizo pensando en mi bien, pero el resultado es que no me he librado de las pesadillas, sino que solo las taponé con un enorme esfuerzo mental y químico. Estudié una carrera que no me ha hecho feliz y me ha llevado a la ruina, y a mis treinta años no tengo nada, ni siquiera la tranquilidad de saber qué narices quiere decirme el subconsciente con el dichoso precipicio.

La palabra «sonambulismo» resonó en mi mente, y mi miedo por Tasi se incrementó. No quería preguntar si se había despertado en algún lugar ajeno a su cama en el último periodo. Al menos, yo no había percibido nada extraño durante esas semanas viviendo juntas.

Tenía que hablar con Rosa y tomar precauciones, atrancar la puerta del balcón…, no sabía exactamente cuáles, pero ¿cómo hacerlo sin que Tasi se sintiera juzgada? En ese momento, preferí cambiar de tema.

—¿Has pensado en qué vas a hacer cuando regresemos del viaje?

—No, no tengo ni idea, pero al menos sé una cosa: ahora que me he reconciliado con el océano, no quiero volver a la capital. Tal vez regrese a mi pueblo, a los recuerdos de mi infancia, de mi abuela. Puedo buscar un trabajo cualquiera para ir tirando hasta que decida qué hacer con mi vida.

—Podrías empezar aquí, haciendo el curso de submarinismo.

—Es una muy buena idea —dijo, entusiasmada.

Terminé de servir el vino; habíamos acabado con la botella y yo comenzaba a sentir los efectos en mis extremidades, más laxas. Era hora de irse a dormir.

—Creo que mejor lo dejamos por hoy. Nuestra breve investigación sobre el galeón ha dado frutos inesperados y excitantes.

—Y si lo encuentran, va a ser increíble —apostilló Tasi.

CAPÍTULO 21

Había olvidado poner el móvil en silencio, y en mitad de la noche sonó una notificación. Con los párpados de arena, miré la pantalla iluminada. Era Laura. Me enviaba el teléfono de Rosa.

Eran las dos de la mañana en Guam, nueve horas de diferencia con Madrid; calculé que allá serían las cinco de la tarde. Hora perfecta para llamar a la madre de Tasi. Así que, a pesar del profundo cansancio, y de lo a gusto que me sentía entre las suaves sábanas, me puse en pie.

Como una sombra, me acerqué a la puerta que comunicaba con la habitación de Tasi y puse la oreja, intentando identificar algún ruido. Solo escuché el retumbar de los latidos de mi corazón en los tímpanos. Me calcé las pantuflas, me puse el albornoz del hotel y salí, tratando de que la pesada puerta no emitiera el menor sonido. El suelo alfombrado del largo pasillo exterior acalló mis pasos hasta los ascensores. Usé los centrales, y más alejados de nuestra habitación, para minimizar cualquier ruido.

Bajé hasta la planta principal. El recepcionista del turno de noche se atareaba con papeles; supuse que intentaba mantenerse despierto. La música suave de *jazz* que nos daba la bienvenida y nos despedía cada día salía aún por los altavoces. No había ni un alma rondando. Busqué la esquina más apartada, junto al ventanal y con una buena panorámica del espacio, por si mi mala conciencia atraía mentalmente a Tasi hasta allí, pues no sería la primera vez que me

daba de bruces con aquel a quien quería evitar. Pensé en una buena coartada por si eso sucedía.

Me temblaron los dedos al marcar el número. Los nervios me atenazaron el estómago y lo estrujaron mientras sonaban los tonos. Pensé que se me salía el corazón del pecho cuando escuché la voz de Rosa del otro lado. «Respira, Inés. Respira, que te va a dar un infarto».

—Dígame. ¿Hay alguien ahí?

—Sí, hola, ¿Rosa? Soy Inés, la… amiga… jefa de Tasi.

—i¿Ha pasado algo?!

Pensé en lo curioso que resulta que siempre nos pongamos en el peor escenario, ¿por qué será?

—No, no. Todo está bien, ella está bien, no te preocupes. El caso es que te quería comentar algo…

Intenté resumirle las últimas semanas; la pobre mujer ni siquiera sabía que estábamos en la otra punta del planeta. Laura solo le había mencionado que nos habíamos ido de viaje a visitar a mi sobrino.

—¿Y dices que el nombre de Tasi significa «océano» en la lengua de ese lugar?

—En chamorro, sí. Exacto. Es lo que encontré en internet, y me pareció una coincidencia inexplicable. Creí que sería divertido visitar a mi sobrino, que vive aquí, y de paso ver qué conexiones hay entre este lugar y Tasi, pero no sabía que… en fin… que las cosas pudieran desarrollarse de esta forma. No sé si me explico.

—No, no te explicas, ¿podrías ser más clara?

—Tasi… ella vuelve a tener pesadillas. Las mismas de antaño…

Se hizo el silencio en la línea. Por un momento, pensé que se había cortado la llamada, hasta que la escuché decir:

—Lo sabía.

—¿Sabías que tiene pesadillas de nuevo?

—Sabía que volverían. Llevo años estudiando casos como el suyo, para poder guiarla. Tasi me odia por ello, porque de algo teníamos que comer y he usado mis conocimientos para salir adelante, pero mi único interés ha sido siempre ayudar a mi niña a librarse del miedo a disfrutar de una vida esplendorosa como la que está

llamada a vivir. Retraída en sí misma, así es como ha vivido. —Suspiró con pesar—. Cuando no nos enfrentamos a los desafíos, por raros e indescifrables que sean, estos se enquistan. —Yo la escuchaba sin saber qué replicar. Tenía lógica, pero ¿qué había querido decir con lo de «casos como el suyo»? Sin embargo, no tuve tiempo de preguntar—. Inés, ¿crees en la reencarnación?

Era de madrugada, mi cerebro se encontraba en un estado de alteración anormal y no estaba para discusiones filosóficas o religiosas.

—No lo sé, nunca me lo he planteado —dije, aunque no era del todo cierto. Sí me había preguntado a dónde habías ido al marcharte definitivamente de este mundo, Carolina. No obstante, no había llegado a ninguna conclusión que me ayudara a sobrellevar tu ausencia, así que me había ido acostumbrando poco a poco a la tristeza—. Es una teoría imposible de verificar, como muchas otras —añadí—; yo siempre he preferido guiarme por mis cinco sentidos y mi capacidad analítica. ¿Por qué lo preguntas?

—Creo que los terrores nocturnos de Tasi proceden de una vida pasada —dijo Rosa. Me quedé de piedra, sin capacidad para reaccionar—. Su alma tiene una tarea pendiente, algo muy importante que debe hacer. La cuestión es descubrir qué es.

—Si lo que dices es cierto…

—Lo es, estoy segura —afirmó con contundencia.

—Bueno, supongamos que sí. ¿Cómo vamos a corroborarlo?

—Hay formas —dijo Rosa, y su voz sonó como si estuviera hablando con una niña.

—Ilumíname, por favor.

—Se pueden hacer regresiones a vidas pasadas. Yo misma lo he hecho con algunas clientas, pero Tasi jamás aceptaría ninguna sugerencia que viniera de mí, y menos que tuviera que ver con algo así. —Rosa suspiró pesadamente. Inés casi podía sentir su respiración caliente contra el auricular—. Llevo años intentándolo, pero mi hija alberga demasiado resentimiento hacia mí… Tú, en cambio… Por lo que me has contado, mi hija confía en ti, te ha revelado cosas que, salvo con Laura, nunca ha hablado con nadie.

Puede que, si tú se lo sugieres, ella… quizás… deje de resistirse y abra su mente.

—¿Y si eso desencadena algo mucho peor? No sé, si la desequilibra, o deja de distinguir la realidad de los sueños. —Me aterraba pensar en que yo pudiera provocarle algún mal a esa joven herida—. ¿Podría suceder algo así?

—Las regresiones siempre limpian el aura de la vida presente, liberan nuestra alma y nuestro cuerpo del pasado. He leído mucho, y también he conocido a gente que ha pasado por la experiencia; yo misma he sido testigo del impacto beneficioso que surten en las personas que se han sometido a ellas. Solo hay efectos positivos. —Mi silencio era elocuente, y Rosa siguió desgranando sus conocimientos—: La psicología terapéutica está de acuerdo en que todas nuestras fobias, los miedos enraizados en el subconsciente, provienen de experiencias pasadas.

—Hasta ahí sabía yo —intervine.

—Bien, ¿qué pasa cuando en el pasado no hay nada que justifique ese temor?

—No lo sé.

—La explicación sigue siendo válida, pero hay que remontarse más atrás en el tiempo, y buscar el origen en experiencias, no en esta vida, sino en otra anterior.

—Es la primera vez que escucho algo así. Resulta difícil de aceptar, la verdad.

—Una regresión llevaría a Tasi al origen de su pesadilla.

—Tal vez sea mejor esperar a que regrese a Madrid, ¿no crees, Rosa?

—Ese es el lugar, tú lo sabes; lo intuiste, aunque fuera de forma inconsciente. De lo contrario, no estarías en Guam. No hay casualidades, Inés, solo causalidades. —Puso énfasis en la «u»—. Por algo Tasi se encontró contigo; por algo tu sobrino está destinado en esa isla…

—Ya he pillado la idea —dije. Empezaba a dolerme la cabeza. Necesitaba volver a la cama y reflexionar acerca de esa conversación.

—Su vida pasada le está pidiendo que termine lo que le quedó pendiente. A eso ha vuelto a la isla, a cumplirlo. Y, si conozco en algo a mi hija, aun sin haber hablado con ella, creo que Tasi también lo percibe. —Yo no le había dicho nada de la búsqueda del precipicio ni de que Tasi estaba segura de que este se hallaba en la isla, pero Rosa había sabido entenderlo entre las líneas de mi relato. Su intuición de madre, o incluso el entrenamiento en ciencias ocultas, la había ayudado a presentirlo—. Proponle hacer una regresión, consultar a una médium, por favor, Inés. Solo quiero lo mejor para mi hija —imploró.

—Lo pensaré. Tengo que ver si surge de forma natural; Tasi es desconfiada, y ahora está muy contenta y serena. No quiero arruinarle el disfrute, ni cargarme nuestra relación.

—Te entiendo.

—Voy a volver a la cama. Son casi las tres de la madrugada aquí.

—Gracias por llamar, Inés. Por favor, mantenme informada, y dile a Tasi que cargue el móvil: está sin saldo y fuera de servicio. Quiero hablar con ella.

—¿Puedo pedirte que no le digas que hemos hablado? Se sentiría traicionada.

—Lo sé, es muy susceptible, mi hija. Esta conversación queda entre nosotras, Inés, no te preocupes.

—Gracias, Rosa.

—Gracias a ti por cuidar de Tasi.

—En verdad, nos cuidamos mutuamente —me despedí.

Desanduve el camino hasta la habitación; las palabras de Rosa retumbaban en mi mente. Otras vidas, regresión… Debía hacer mi propia investigación antes de proponerle algo así a Tasi.

Sentí un fuerte zarandeo y, por un momento, pensé que estaba en la cubierta de un barco, azotada por las altas olas. Entonces, escuché su voz:

—Inéééés, Inéééés.

Abrí los ojos. La silueta de Tasi se recortó contra la luz del mediodía.

—Vaya dormilona estás hecha.

—Me costó conciliar el sueño —justifiqué, incorporándome sobre un codo. Tasi lucía un vestido amarillo claro, y en torno al cuello sobresalía la lazada del bikini—. No me digas que me he perdido el desayuno de nuevo.

Asintió, divertida.

—Venga, ponte en movimiento, que hoy nos toca submarinismo —anunció, entusiasmada.

—¿Nos has apuntado?

—¡Sí! Así que tienes que darte prisa, porque empieza en una hora. Te he pedido desayuno; está en la terraza. Vamos a la ducha —dijo, empujándome.

Mientras me desvestía y me daba una ducha de escasos minutos con la puerta entreabierta, escuchaba el parloteo de Tasi. Al parecer, había dormido a pierna suelta y sin pesadillas.

—Esta mañana, después del desayuno, pregunté en recepción y me pasaron un listado de agencias. No me había dado cuenta de que no tenía saldo, así que he pasado un rato en el centro de negocios del hotel, contactándolas una por una para informarme sobre el tipo de cursillo que ofrecen, duración y precios. Y nos he inscrito. Nos dan una clase de prueba gratis. La misma agencia organiza varios *tours* para ver los barcos hundidos. ¿No es genial?

Salí del baño envuelta en la toalla y ella me tendió un folleto.

—Mira, es superinteresante.

Leí: «Guam está parcialmente rodeada por la fosa de las Marianas, lo que significa que se halla cerca de algunas de las aguas más profundas del planeta, un paraíso que los buceadores certificados, sea cual sea su nivel de habilidad, no pueden perderse. Dos arrecifes artificiales conmemoran la historia militar de la isla, a la vez que muestran a los exploradores submarinos dos vistas

inolvidables de importancia internacional: un buque de guerra alemán de la Primera Guerra Mundial y un carguero japonés usado en la Segunda Guerra Mundial».

—¿No es alucinante? —dijo Tasi, cogiendo el panfleto publicitario. Al darse cuenta de que yo aguardaba a que me diera un poco de privacidad para vestirme, añadió—: Te espero en la terraza.

Me vestí y me reuní con ella. Estaba hambrienta. Mientras Tasi leía en voz alta el resto de los detalles del cursillo, yo comía.

Lamentaba tener que pincharle el globito de la ilusión a mi amiga, tan entusiasmada como estaba, pero debía encargarme de la petición de Rosa. Al menos, garantizarle a mi conciencia que estaba haciendo lo mejor para ella.

—No te enfades, pero estoy un poco mayor para barcos hundidos. Con ver corales y pececillos de colores, me conformo. —Tasi compuso un mohín de decepción—. Además, quiero hacer unas compras y hablar con el abogado, a ver si hay novedades sobre mi casa. Mientras, tú haces el cursillo.

—¿Estás segura? Va a ser divertido.

—Segura. Además, todavía tengo mucho que leer de los documentos que sacamos de la universidad. No tengo tu vitalidad, aunque lo aparente —apunté con una sonrisa—. ¿A dónde tienes que ir?

—Me recogerá una furgoneta en el hotel; servicio completo.

—¿Sobre qué hora estarás de vuelta?

—No lo sé; a la caída de la tarde, supongo.

—Vale. Vamos a cargar tu móvil para que estemos comunicadas —dije, apurando el café.



En cuanto Tasi se marchó en la furgoneta de la agencia, me fui directa al centro de negocios del hotel a investigar lo que me había

contado Rosa.

Pasé un par de horas frente a la pantalla del ordenador, leyendo páginas especializadas y foros donde la gente compartía su experiencia sobre sesiones de regresión a vidas pasadas. Entre ellos se destacaba a un terapeuta, al parecer muy famoso, a quien en los años ochenta, por casualidad, y durante unas sesiones de hipnosis, una paciente le había revelado numerosos detalles de periodos históricos lejanos, que parecía imposible que ella conociese y que aseguraba haber vivido. Desde entonces, el psiquiatra había estado realizando regresiones como terapia para tratar fobias, ansiedad e insomnio, entre otros desequilibrios.

Me seguía pareciendo todo inconcebible, pero no quería que mis prejuicios limitaran mi capacidad para ayudar a Tasi. Hice una búsqueda sobre médiums, o especialistas en la materia, en Agaña, y casi me caigo del asiento cuando me salió una foto de la capillita en la que había entrado por azar mientras perseguía al hombre misterioso. Recordé el pequeño habitáculo, la mesa y el cartel donde se anunciaban los servicios de una médium, aunque no recordaba su nombre.

Preferí no llamar a Carlos; estaba segura de que se lo contaría a Nick. Nuestro hombre para todo era el medio del que se valía mi sobrino para asegurarse de que estábamos bien, pero también para enterarse de todo lo que hacíamos sin tener que preguntar. Siempre había sido muy curioso, pero no le gustaba demostrarlo, más bien todo lo contrario; darse ese aire de indiferencia lo hacía más atractivo y misterioso. Nick solo preguntaba cuando sabía de antemano la respuesta, lo que le daba ventaja interpretando silencios. Tal vez tuviera que ver con su profesión; yo estaba segura de que en la Marina los entrenaban para sonsacar información de forma discreta y así estar al tanto de cuanto sucedía en la isla. Nick me había contado que, de vez en cuando, detenían a algún turista sobre el que recaían sospechas de espionaje. Guam era un punto estratégico en el Pacífico y, empezando por los rusos y siguiendo por los chinos, muchos ansiaban que los Estados Unidos perdieran fuerza en la región, y para ello se servían de alianzas y espiaban sus

avances tecnológicos y sus planes militares. La base de las Marianas era muy importante para la seguridad mundial, afirmaba mi sobrino.

Pedí un taxi en recepción y fui a esperarlo a los asientos situados frente a la entrada principal. Cuando llegó, indiqué al taxista que me llevara al Chamorro Village. La señorita que se encargaba del centro de negocios me había asegurado que las tiendas permanentes del pueblo abrían todos los días, en horario comercial, pero que no encontraría los tráileres de comida, ni los puestos ambulantes de artesanía tradicional, que solo se montaban los miércoles por la tarde para el mercado-fiesta semanal, ni tampoco las actuaciones en vivo.

El día estaba encapotado, por lo que, aunque no hacía tanto calor, la humedad era más intensa, y, segundos después de haber puesto el pie fuera del hotel, ya tenía la ropa pegada al cuerpo como una segunda piel. Los veinte minutos de viaje los pasé con la ventanilla bajada, contemplando el paisaje. La exuberancia de aromas y colores se colaba por los poros de la piel. Observar el viento agitando los árboles, y a los pájaros saltando entre las ramas, me infundía una profunda paz, una sensación de que todo iba bien, de que yo estaba donde tenía que estar, en ese preciso lugar y en ese instante.

El taxista me dejó junto al gran tótem de entrada al pueblo. El espacio abierto que, cada miércoles, se llenaba de gente y de aroma a barbacoa, ahora estaba desierto, y el césped mostraba calvas en las zonas más castigadas por las aglomeraciones. Por las calles, prácticamente desiertas, transitaban algunos turistas despistados, con los rostros enrojecidos por las horas de sol y vistiendo camisetas con mensajes del tipo «I love Guam» o con dibujos de mantarrayas y tortugas gigantes.

Me costó orientarme, pues parecía un lugar diferente, desprovisto del alma chamorra, de la música, de los penetrantes olores a comida y del colorido acento y la alegre disposición de los vendedores. Yo no tenía prisa y, además, debía llevar algo de recuerdo de mi supuesto día de compras, por lo que entré en algunas tiendas y admiré con tranquilidad las elaboradas joyas y sus geométricas

filigranas; acaricié la textura de las telas y aspiré el aroma de velas e inciensos.

Pasé varias horas probándome prendas y retrasando el momento de entrevistarme con la médium. Me daba vértigo pensar que pudiera coincidir de nuevo con aquel hombre. Ese era el lugar donde habíamos hablado por primera vez. ¿Iría allí a rezarle a la virgen o estaría vinculado a ese espacio de alguna otra manera?, ¿trabajaba allí, quizás?

CAPÍTULO 22

Terminé mi periplo con una bolsa llena de suvenires, varios vestidos con distintos estampados en azules y ocres, y un par de collares a juego, uno para Tasi y otro para mí. También le compré unos pendientes a Laura y una camiseta que decía «Mi chamorro favorito» para Carlos. A Nick le compré un CD de música local, más como broma que como regalo; seguro que estaba harto de escucharla.

Llegué al centro comunitario, en el corazón del pueblo. Crucé uno de los arcos de acceso por el extremo sur. La sala principal, con sus mesas y sillas de oscura madera, estaba desierta, y el escenario, vacío. Avancé hasta la cafetería. Ofrecían un solo menú para el almuerzo, así que pospuse un poco más el gran momento; al fin y al cabo, las compras y los nervios me daban hambre. Había dos mesas ocupadas: una, por empleados de las tiendas, y la otra, por turistas americanos.

Después de degustar el sabroso pollo frito con arroz amarillo y un zumo de tamarindo, volví al punto del que había partido aquella noche. Desde allí, recordaba perfectamente el recorrido que había hecho en la silla de ruedas. Esta vez fui más despacio, fijándome en los detalles que había pasado por alto mientras tenía los ojos puestos en la espalda del hombre misterioso, y parándome cada cierto tiempo a curiosear en las tiendas, hasta que llegué a la altura del callejón.

Instintivamente, miré en derredor, buscándolo; no sabía nada de él, así que podía ser que solo acudiese para hacer el *show* estelar de los miércoles, o que lo hubiera hecho únicamente esa vez.

Me adentré en el callejón y aparecí de nuevo en el patio cerrado por casas bajas. Identifiqué enseguida la puerta de la capilla porque, a pesar de que era de día, el interior en penumbra seguía emitiendo una luz anaranjada procedente de la vela. Accedí al interior y ahí estaba la reproducción de la talla de la Virgen de Camalén, con rostro sereno a pesar del sufrimiento que se reflejaba en sus rasgos de madera.

Igual que la vez pasada, el habitáculo estaba vacío, pero me llegaron voces procedentes del pasillo de la derecha, donde recordaba que se impartían clases de arte chamorro. Me acerqué a husmear, guiada por mi incorregible curiosidad. Un grupo de niños de distintas edades se sentaba sobre una estera redonda, con cuadernos y lápices de colores desplegados en desorden. La profesora, una mujer joven de baja estatura, con redondeces que marcaba una ajustada camiseta roja, les indicaba cómo trazar las líneas. Estaban pintando un dibujo con formas geométricas, muy colorido. Los observé durante unos segundos a través de la cristalera, sin hacerme notar, hasta que un niño que parecía aburrido con la tarea levantó los ojos y me pilló in fraganti. Sonreí y le indiqué con el dedo que no me delatara. Él me devolvió la sonrisa y regresó al dibujo con más entusiasmo.

Volví sobre mis pasos, hacia el habitáculo donde se hallaba la mesa para la lectura del tarot.

Al igual que el miércoles por la noche, no había nadie. Marqué en mi móvil el número que aparecía en el cartel. Contestó una voz de hombre; pregunté por Rafaela Pomba, como constaba en el anuncio.

—Ahora baja —fue la escueta respuesta.

Los minutos que precedieron a la aparición de la médium los pasé buscando la escalera escondida. Supuse que en la segunda planta se ubicaría su vivienda; sin embargo, la mujer hizo su entrada a través del patio.

No me había planteado qué aspecto tendría, pero, aun así, me sorprendió su apariencia. Era enjuta y muy anciana; bien podría

rondar los cien años, o incluso más, aunque tal vez había envejecido de forma prematura, ya que el intenso sol de la región castigaba la piel sin piedad. Era de corta estatura, en torno al metro cuarenta, y se encorvaba ligeramente; transmitía sensación de fragilidad. Entró a su pequeña «área de servicio», donde encendió varias velas y un palo santo que exhaló un humo blanco muy oloroso. Lo movió, como si quisiera impregnarlo todo del aroma. Después, se sentó y me pidió con la mano que tomara asiento frente a ella. Seguí su sugerencia.

Me miró tan fijamente que me sentí desnuda; sus ojillos marrones se clavaban en mi ser como alfileres.

—Te veo.

—Sí, aquí estoy. —Se me ocurrió que tendría problemas de vista, al ser tan mayor. Además, yo estaba a contraluz, con la puerta abierta a mi espalda.

—Has vuelto.

—¿Cómo lo sabe?

Se giró hacia la esquina y descubrí una cámara de seguridad. Sonrió, los dientes curiosamente alineados y blancos. ¿Llevaba dentadura postiza, tal vez?

—¿Es usted médium?

—Veo las almas y facilito la comunicación con el otro plano. La tuya es antigua.

—No he venido por mí —la interrumpí. En ese momento no estaba preparada para contemplar ninguna posibilidad ajena a mi existencia presente. Además, no era yo la que sufría problemas existenciales; aparte de echarte mucho de menos, Carolina, y de tener un truhan desalmado por hijastro, estaba contenta con mi vida —. Es por una amiga. Se llama Tasi.

Me pareció que sus iris desprendían un brillo diferente al escuchar el nombre.

—¿Tasi? ¿Es chamorra?

—No, que ella sepa. Es española. Pero ese es el misterio. Sueña que salta por un precipicio, una pesadilla horrible que se repite desde que era niña. Pasó unos años sin tenerlas y ahora han vuelto.

¿Cree usted que ese precipicio es un lugar real, y que quizás se podría encontrar en Guam?

Volvió a mirarme de esa manera extraña.

—Cada alma debe seguir su propio camino.

—Sí, bueno… —No era la respuesta que yo esperaba, pero puede que la mujer también estuviera medio sorda o que le fallara la cabeza—. Hablando de almas: me han recomendado que mi amiga se someta a una regresión. ¿Usted sabe hacerlas?

—Es ella quien lo hace, yo solo facilito.

—¿Cuánto tiempo se tarda? Quiero decir, ¿sería solamente una sesión o se precisan varias?

—Lo que ella necesite.

—¿Qué pasa si no quiere?

—Cada alma busca su camino y tarde o temprano lo encuentra.

—¿Hay algún riesgo? ¿Puede pasarle algo malo si lo hace? —Mis lecturas me habían tranquilizado en parte, pero aún albergaba reservas al respecto.

—El mismo riesgo que si sigue sin saber quién es y qué debe solucionar.

Me gustó su respuesta; tenía mucha lógica. Según había leído yo en internet, el único riesgo durante la hipnosis, meditación o como lo llamaran era que la memoria fabricara recuerdos falsos o que el seudopsicólogo sugestionara al paciente de alguna manera. Sin embargo, no se había comprobado que empeorara los síntomas en ningún caso. Suspiré, llena de dudas. Si al final me decidía a proponérselo a Tasi, yo tendría que estar presente para asegurarme de que esa mujer no la presionara a inventar algún hecho.

—¿Quieres que te eche las cartas? —preguntó, acariciando la baraja del tarot.

—No, gracias, señora; ya me voy. Siento haberla molestado.

—Me ha alegrado verte de nuevo —dijo, con su sonrisa de dientes postizos.

Me quedé extrañada por un momento, pero luego recordé la cámara de seguridad en la esquina. Sonreí.

Ella continuó observándome mientras me levantaba. Noté una punzada en el estómago. No había querido prestarle atención, pero

ahora que estaba a punto de marcharme, la sensación se tornaba más fuerte. Estando en ese lugar, se me habían alborotado las ganas de verlo de nuevo. Cerré un instante los ojos y lo visualicé con el torso desnudo y las cuentas blancas alrededor del cuello. Su voz de trueno resonó a mi alrededor como el rumor del viento que agitaba las hojas.

Abrí los ojos. Saqué un boli de mi bolso y, detrás de uno de los recibos de compra, escribí una nota en inglés.

—Rafaela, conocí a un hombre el pasado miércoles. El señor que recita en el *show*; representaba al jefe del clan. ¿Lo conoce?

La mujer asintió.

—¿Podría darle esta nota?

«Muchas gracias por la medalla de la virgen; la llevo al cuello. Me llamo Inés. Si no estás ocupado, me gustaría agradecértelo en persona invitándote a cenar. Me hospedo en el Marriott». Aunque, claro, esto ya lo sabía, porque me había hecho llegar allí la medalla. ¿Cómo lo habría averiguado?

Me sonrojé de la vergüenza al entregarle el papel doblado a la anciana. Dudé si añadir mi número de móvil para que me avisara si aceptaba, pero preferí hacerlo a la antigua usanza. Las notas manuscritas tenían un encanto especial, y quería alargar la magia un poco más. En el peor de los casos, recibiría una nota rechazando mi oferta.

Ya en el umbral, me giré. Rafaela me observaba; sonrió, y sus blancos dientes relucieron contra su tez morena.

En el camino de vuelta, vi en mi teléfono varias llamadas perdidas de Nick. Me había olvidado de subirle el volumen al móvil después de hablar con Rosa. Tenía mucho en lo que pensar, así que decidí llamarlo un poco más tarde, pero, cuando entré al hotel, ahí

estaba mi guapo sobrino, esperándome. Caminó hacia mí con su porte marcial y cara de enfado.

—¿Dónde te has metido? Llevo todo el día intentando localizarte. Carlos no sabía nada de vosotras; ha estado tres veces en el hotel y se ha recorrido la zona de punta a punta a ver si os veía.

—Queríamos darle un respiro a tu amigo; además, Tasi y yo hemos hecho planes por separado hoy. Ya me conoces: soy una loba solitaria, me gusta tener mi propio espacio de vez en cuando.

—Estaba preocupado, a veces pasan cosas… Podías haberme mandado un mensaje, ¿no?

—Perdona; tienes razón, debí haberte avisado. He sido desconsiderada. —Le acaricié la mejilla—. Venga, te invito a tomar una copa. La necesito, y tú también.

Bajamos en el ascensor acristalado hasta el acceso a la playa. Un padre y sus dos niños jugaban al pimpón en la mesa exterior, junto a los ventanales. Por la tarde, cuando el sol no picaba tan fuerte, la zona de hamacas se llenaba de orientales con sus bañadores de cuerpo entero, sus grandes gorros o largas viseras y una gruesa capa de protector solar en la cara, como si fueran a actuar en una ópera china.

Nick y yo nos sentamos en los altos taburetes del bar de la piscina. La brisa marina aligeraba la humedad y el sol del atardecer se abría paso entre las nubes a intervalos.

—Hoy has terminado antes —señalé.

—He pedido permiso a mi superior. En serio, estaba preocupado.

—Tengo algo para compensarte. —Rebusqué en las bolsas.

—¿Qué traes ahí?

—He estado de compras en el Chamorro Village y, aunque no te haya escrito un mensaje, he pensado en ti.

Saqué su regalo. Él lo miró y estalló en una sonora carcajada.

—Muy graciosa, tía.

—Supuse que sabrías apreciar mi sentido del humor.

—Es una de las cualidades en las que más te diferencias de mamá. Ella tenía un humor diferente, más ácido, tú me entiendes.

Asentí. Carolina, tú eras más irónica. Te burlabas sin que tu interlocutor se diera cuenta; no era fácil seguirte la gracia.

—Podemos pedirle al barman que lo ponga —propuse.

—Vale, pero te toca dedicármelo. —Nick extrajo la carátula de la caja del CD y la puso sobre la barra. Yo saqué un bolígrafo del bolso.

—No mires mientras escribo —le ordené.

«Carolina me dejó el mejor regalo que una hermana puede darle a otra. Espero que te acuerdes de mí cuando escuches esta música, y que recuerdes el maravilloso viaje que vivimos juntos. Te quiero mucho, sobrino». Puse la fecha y firmé.

—No lo leas ahora —dije, insertándola de nuevo en su caja.

Nick le preguntó al camarero si podía poner la colección de canciones chamorras como hilo musical. El hombre oteó detrás de nosotros y en derredor, por si andaba cerca alguno de sus jefes, y luego asintió con una sonrisa reluciente. Instantes después, sonaba la primera canción.

—Has debido de elegir el disco más tradicional que había.

—Esa era la idea.

—Tiene canciones de hace veinte años, los años ochenta chamorros. —Nick pasó las páginas del libreto para ver a los artistas y las letras de las canciones—. Mira las fotos. ¡Qué pintas!

—¿Las habías oído antes?

—Solo cuando las tocan en la fiesta de los miércoles. En la radio suenan canciones más actuales, y la mayoría canta en inglés.

Trajeron nuestro pedido: cerveza para Nick y un mojito para mí.

—Por ti, sobrino, por tu carrera de marine.

—Por ti, tía, porque consideres la idea de quedarte en Guam. Siento más cerca a mamá cuando estás tú.

Nos miramos a los ojos y entrechocamos las copas; sellamos el brindis dando un sorbo a las bebidas. Sabía cuánto te echaba de menos Nick, Carolina. Ese día fue la primera vez que me planteé en serio su propuesta. Desde mi jubilación, en verdad no tenía mucho que hacer. Seguía viajando, visitando a antiguos amigos, pero, sin Daniel, había dejado de tener raíces, nada me ataba a Madrid. ¿Y si le daba el gusto al tonto de Raúl y le permitía vender la casa?

—¿Qué es de tu amiga? —Nick me sacó de mis pensamientos.

—Se ha ido a hacer submarinismo.

—Así que le dan miedo las alturas, pero no las profundidades —comentó él.

—¿A qué se debe esa sonrisa de bobo?

—Nada.

—Esta no es como las demás, sobrino.

—Todas las mujeres son parecidas, tía. Tasi es una turista en el viaje de su vida.

—No es una turista, sino la acompañante de tu tía; una joven que está pasando por un momento difícil, y tú no vas a añadir más leña al fuego, a no ser que quieras ver mi peor lado —dije, apuntándolo con la pajita de mi bebida.

—Si en algo se parece al que tenía mi madre, prefiero no verlo.

—Buen chico.

—¿Y qué pasa si mis intenciones son honestas?

—Eso tendrás que demostrarlo.

—De momento, ella no me ha dado mucha ocasión de hacerlo. ¿Cómo me recomiendas que actúe?

—Abre el corazón.

—Tía, soy hombre: no entiendo lo que significa ese concepto, es demasiado abstracto. ¿Algo un poco más… táctico?

—Arsenal de seducción tienes de sobra, pero te falta sensibilidad y, sobre todo, tiempo juntos. A las mujeres se nos enamora a fuego lento, como la canción de Rosana. El «aquí te pillo, aquí te mato» solo vale para lo que vale.

»Háblale de ti, muéstrale quién eres, tus heridas, tus fracasos, tus debilidades…

—Todo lo malo.

—No eres un escaparate que deba enseñar solo lo mejor, eso es para los de fuera. Para construir la intimidad con alguien, hay que mostrar la parte vulnerable. ¿Me explico?

Asintió.

Nos quedamos un rato en silencio, contemplando las ondulaciones tranquilas de las olas bañadas por los colores del atardecer.

—¿Cuál es el recuerdo más antiguo que conservas? —le pregunté.

—¿De mamá?

—Sí, o en general. Lo primero que recuerdes, sea lo que sea.

—Extraña pregunta. ¿Por qué quieres saberlo?

—No lo sé, supongo que, porque cuanto más me alejo del pasado, más se emborronan los recuerdos y no quiero perderlos. A ti no debería costarte tanto recordar, eres más joven.

—¿Tiene que ser el más antiguo? —Asentí con una sonrisa—. A ver, déjame pensar.

Mientras Nick buceaba en su memoria, yo hacía lo mismo. Claro, que él no tenía que remontarse a un periodo tan lejano a su presente, de modo que en cuestión de minutos lo había encontrado.

—¡Ya sé! —exclamó—. Yo debía de tener un año y medio, tal vez dos. Estaba sentado en el patio; había encontrado un hormiguero y veía trepar a las hormigas por mis piernas; me parecía fascinante. Puse las manos en el suelo para ayudarlas a subir, hasta que mamá llegó y, al verme, pegó un grito: «¡Estás lleno de hormigas!». Había cientos trepando por mi ropa, mi cara, el pelo. Me puso en pie y las sacudió con brío. Yo empecé a llorar porque no entendía lo que había hecho mal. —Tomó un sorbo de la cerveza—. No había vuelto a pensar en ello. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué será que recordamos cosas que no son realmente relevantes? Podría recordar algún otro episodio más alegre o divertido, pero es ese.

—Si lo recuerdas es porque sí fue relevante cuando sucedió. Me imagino que la experiencia acarreó una fuerte carga emocional para ti a esa edad. Te enseñó algo o te marcó de alguna manera.

—Supongo. Las hormigas me siguieron gustando, incluso me enfadaba cuando algún tonto de mi clase se entretenía pisándolas. Cosas de niños.

—Ahora no son hormigas lo que defiendes, pero es el mismo principio. Yo te recuerdo siendo un niño observador y curioso, amante de la naturaleza y de todos esos bichitos. Nada te daba asco o miedo.

Nick sonrió.

—¡Ahí estáis!

Los dos nos giramos hacia la voz de Tasi. Venía con el cabello suelto y alborotado, y el rostro más moreno que por la mañana. El

bikini mojado se le marcaba bajo el vestido amarillo. Nick y ella se dieron dos besos.

—¿Qué tal ha ido? —pregunté.

—Ha sido increíble. Es como montar en bicicleta: no se olvida, así que en tres horas tenía el certificado y hemos ido a hacer unas inmersiones. Me muero de sed.

Nick, como buen hombre caballeroso, pidió por Tasi.

—¿Tú buceas? —le preguntó ella.

—Claro, forma parte de nuestro entrenamiento.

—A ver, cuenta —pidió Tasi.

—Aunque yo no estoy en la división de buzos, he recibido instrucción. Primero empezamos con lo básico: controlar la flotabilidad, orientarnos bajo el agua y manejar emergencias, ya sea en aguas abiertas o espacios confinados. Luego, dependiendo de nuestra especialización, aprendemos cosas más avanzadas, como buceo profundo, rescate y demolición submarina. —Tasi lo miraba arrobada; yo sonreía—. Nos entrenamos con todo tipo de equipos, desde escafandra hasta sistemas que funcionan con suministro desde la superficie. También es fundamental mantenernos en buena forma física, puesto que el trabajo bajo el agua puede ser muy exigente. La seguridad siempre es prioritaria, y nos enseñan a prevenir accidentes y a actuar rápido si pasa algo. Además, aprendemos primeros auxilios y RCP, porque nunca se sabe cuándo puede surgir una emergencia. Al final, todo este entrenamiento nos prepara para enfrentarnos a cualquier desafío en el agua. Cada año debemos pasar los exámenes de aptitud; entre ellos, el de submarinismo.

Nick y yo intercambiamos una mirada. Me constaba que la dureza de las pruebas de acceso le había servido para sobrellevar tu enfermedad y, posteriormente, tu fallecimiento, Carolina. Intuía que seguía teniéndote especialmente presente durante los exámenes anuales.

El periplo de Nick para unirse a la Marina había estado lleno de desafíos que pusieron a prueba no solo su cuerpo, sino también su alma. Siempre había sido un joven decidido, pero en esa ocasión la vida le planteó retos que habrían quebrado a muchos. Mientras tú

luchabas contra el cáncer, Carolina, él se sometía a las rigurosas pruebas físicas, superando obstáculos de resistencia y fuerza que parecían imposibles. Lo vi persistir día tras día, soportando el peso del miedo a perderte y canalizando ese dolor en cada esfuerzo que realizaba. Después vino la exhaustiva verificación de antecedentes, un escrutinio que evaluó su carácter e integridad, valores que siempre he admirado en él. Luego afrontó ese examen tan duro que tiene unas siglas imposibles de recordar, el que medía sus habilidades de manera integral. Tú ya te habías ido. Lo vi prepararse con determinación, impulsado por el amor y el deseo de honrar tu memoria y la promesa que te había hecho. Después de haber completado su entrenamiento en la base naval de los Grandes Lagos, en Illinois, y una corta estancia en la base de Carolina del Sur, fue destinado a Guam. Ahora es un hombre hecho y derecho, más fuerte y más decidido que nunca. Cada día afronta nuevos desafíos, pero tiene tu espíritu; eres la guía silenciosa que lo inspira a dar lo mejor de sí. Saber que ha llegado tan lejos, superando todo lo que la vida le puso en el camino, me llena de orgullo y de una profunda admiración.

—Os voy a dejar, tengo que resolver un poco de papeleo —dijo, levantándose—. Mañana por la noche nos reunimos unos amigos; va a ser divertido. Les he hablado de vosotras y quieren conoceros.

—¿Amigos marines? —preguntó Tasi.

—Fundamentalmente.

—¿Todos igual de guapos que tú? —inquirí yo.

—Eso es imposible, tía.

—Serás creído… —Tasi lo empujó ligeramente y Nick rio con ganas.

—Entonces, ¿nos vemos mañana?

—¿Qué dices, Tasi?, ¿te atreves con un grupo de marines?

—Me da un poco de miedo, la verdad.

—También vienen amigas. —Nick sonrió pícaro, y sus hoyuelos se marcaron—. Solemos quedar los sábados. Se ha convertido en una tradición.

—Vale —aceptó Tasi.

—Le digo a Carlos que pase a buscaros sobre las siete.

Nick se despidió con unos besos y nos dejó a las dos suspirando: a mí, por lo mucho que quería a ese muchacho, y a Tasi, porque era imposible que su cercanía no la afectara, y empezaba a relajarse, a dejarse llevar.

CAPÍTULO 23

Los gritos me despertaron y corrí a la habitación de Tasi. Ella estaba de pie, mirando por los cristales hacia el océano inmenso y oscuro. Suspiré de alivio al comprobar que las puertas estaban cerradas. Luces, posiblemente de barcos pesqueros, parpadeaban en la distancia. Me acerqué despacio a ella para no asustarla; no sabía si seguía sumida en su sueño.

—¿Tasi?

—Soñé con el galeón —susurró, sin volverse a mirarme—. Lo veía desde la playa: se mecía moribundo entre las olas, con las velas rasgadas por el viento; parecía un barco fantasma. No me acuerdo de qué pasaba después… Hay un vacío… El recuerdo se ha apagado y no consigo recuperarlo. Pero sí me veo de nuevo ascendiendo por la jungla; ya he estado ahí antes —aclaró—, el camino es muy estrecho y las ramas se me enganchan en el pelo. El vestido me pesa, como si estuviera mojado. Mis botines resbalan en la tierra blanda, creo que ha llovido. El rocío se evapora y las plantas generan una neblina blanca que se enreda entre mis pies, como si pisara una nube. Llego ante el precipicio y, antes de saltar, grito algo al viento. Estoy llamando a alguien y siento una enorme desesperación porque no me escucha. Creo… creo que es esa desesperación la que me impulsa a saltar.

Entonces, Tasi se giró. Las lágrimas corrían por sus mejillas cuando se abrazó a mí y soltó un sollozo profundo. Permanecimos un rato abrazadas, yo acariciando su espalda como si fuera una niña

pequeña. Después, la conduje de vuelta a la cama. La arropé y me senté un rato en la butaca a velarle el sueño.

—Necesito recordar —murmuró, luego cerró los ojos y se acurrucó del otro lado.

Volvió a reinar el silencio.

Cuando estuve segura de que se había quedado dormida, regresé a mi habitación.

Ninguna de las dos volvimos a pegar ojo: yo estaba preocupada porque sufriera un episodio de sonambulismo y saliese a la terraza; ella intentaba revivir las sensaciones y captar su significado para descifrar las imágenes, retener los detalles que se le escurrían como agua entre los dedos.

Por la mañana, parecíamos dos zombis, así que nos quedamos en el hotel y pasamos el día en las hamacas, entre la playa y la piscina. Sin muchas ganas de hablar, pasamos las horas absortas cada una en nuestros pensamientos, mientras recorríamos el menú de bebidas como si fuera la guía de los monumentos más importantes de la ciudad y no nos pudiéramos perder ninguno. No sé cuántos cócteles nos tomamos.

Serían cosas de la edad; eso, o el sonido hipnótico de las olas, pero me puse aún más nostálgica. También tendría algo que ver mi estado de ánimo debido al asunto de las vidas pasadas y las regresiones, e incluso la rabia que percibía en Tasi por no poder desentrañar los enigmas escondidos en su sueño.

Me encontraba, desde la tarde anterior, cuando se lo mencioné a Nick, intentando discernir en mi mente el recuerdo más antiguo, en un ejercicio de reflexión cuajado de sombras. A Nick no le había costado dar con el suyo; yo, sin embargo, vagaba por la memoria sin dar con él. Estaba inmersa en una especie de regreso a mi pasado. Cuanto más hacia atrás en el tiempo viajaba, más borrosos se volvían los recuerdos, aunque algunos tenían raíces poderosas y emitían un destello que encendía la imagen imborrable de lo que sucedió. De esos, muchos eran negativos, como cuando recibimos la noticia de la muerte de nuestros padres, o la primera noche que pasamos en casa de uno de nuestros tíos, abrazadas y embargadas por el terror y la desolación. Pero también había muchos otros

buenos, que aún me sacaban una sonrisa. Supongo que, en el fondo, tenía miedo a perderlos, a que se difuminaran más conforme cumpliera años, hasta ser incapaz de recordar.

Con respecto a ti, Carolina, no tengo ese problema. Al mirarme en el espejo, no solo me veo a mí, sino también a ti: veo las diferencias físicas, las pequeñas sutilezas, esas que solo mamá y nosotras éramos capaces de percibir a primera vista. Me siento afortunada porque a ti nunca te perderé en la nebulosa del tiempo y el desgaste; mientras tenga conciencia de mí, conservaré un vivo recuerdo de ti. La conversación con Rosa me dio esperanza de que tú y yo tal vez volvamos a encontrarnos, quizás ya no como hermanas gemelas, pero seguro que en un vínculo muy estrecho: madre e hija, mejores amigas, abuela y nieta…, ¿quién sabe?

Tasi fue a bañarse un rato y yo, bajo la sombrilla, dejé que el fragor de las olas me devolviese mi pasado igual que los restos de un naufragio. Empecé por lo que recordaba de nuestros padres, de nuestra casa. Todo el mundo decía que éramos unas copias en miniatura de mamá, ¿te acuerdas, Carolina? Su misma nariz pecosa, su pelo castaño claro, su delgadez, sus ojos diáfanos. Pero, en cuestiones de personalidad, tú te parecías más a ella, y yo, a papá. Me pregunté si sería por las raíces filipinas (que no la sangre, porque los abuelos paternos eran criollos españoles, o eso decían ellos). Era también curioso que, habiendo tenido que renunciar a su hogar en Manila por la guerra con los Estados Unidos, tú te hubieras sentido tan impelida a marcharte justo a ese país. Suponía que, si papá hubiera seguido vivo, se habría opuesto en redondo. El abuelo odiaba a los americanos a morir, y papá había heredado ese odio como se hereda la estatura o el color de ojos, con una predisposición natural y sin cuestionamiento.

Me resultaba fácil ubicarme en los recovecos de la mente teniendo presentes las fechas. Tú y yo nacimos a principios del año 1930; papá lo hizo en 1896, en Manila. Era el menor de siete varones, los tíos, que terminaron cuidando de nosotras tras el accidente. Mamá era once años menor que él, nació en 1907. Se conocieron por casualidad, a través del hermano mayor de mamá, que jugaba al fútbol en el mismo equipo del barrio, un día que ella

fue a animarlo junto a unas amigas. Siempre me ha resultado llamativo pensar en cómo un hecho tan insignificante puede determinar tantas vidas: la de mamá, las nuestras y la de Nick. Provenimos de ese suceso minúsculo, de ese encuentro fortuito, que podría no haber significado nada, y que, en cambio, significó algo inesperado, la semilla de una historia de amor que germinó con el tiempo, y de la que brotamos nosotras.

Después de comer, entre el cansancio y el alcohol, Tasi sucumbió al sopor, y disfrutó de la inconsciencia durante la mayor parte de la tarde, tumbada boca abajo en la hamaca. Mamá solía decir que no hay nada que una buena siesta no cure, ¿te acuerdas, Carolina? Yo no terminé de coger el sueño, aunque sí me rendí a la laxitud del *dolce far niente*.



Salimos del letargo cuando apareció Carlos y nos encontró aún en bikini y medio ebrias, sentadas en la piscina, con las piernas colgando a remojo. Se nos había olvidado por completo la cita con Nick y sus amigos. Las dos corrimos a nuestras respectivas habitaciones a darnos una buena ducha y arreglarnos para la cena.

Estrenamos los vestidos que yo había comprado en Chamorro Village: ella eligió el azul, y yo, el ocre; siempre me han quedado bien los colores tierra, como los llamabas tú. Tasi se puso el collar a juego, pero yo no quise reemplazar el que me había regalado el hombre misterioso tras la danza chamorra, y que solo me quitaba para ducharme.

Una al lado de otra, Tasi y yo parecíamos madre e hija. Si hubiera tenido una hija con Daniel, esa sería, de hecho, nuestra diferencia de edad, así que no te rías, Carolina, que soy demasiado joven para ser su abuela.

Carlos nos condujo hasta el lugar, que estaba a unos quince minutos en coche, y que resultó ser una especie de bar tropical de dos plantas, todo de madera, muy auténtico. No estaba a pie de playa, sino rodeado de jungla. En el piso inferior había una pequeña piscina redonda y una barra, y en el superior, al que se accedía por unas empinadas escaleras en la parte de atrás, se encontraba el «restaurante», que contaba con mesas y sillas de madera y farolillos de colores. Todo daba al exterior, con una techumbre de bambú sujeta por postes del mismo material. No había aire acondicionado; de ahí la piscina, concluí. Mi piel estaba saturada de sol después de todo el día fuera, pero me hacía ilusión conocer a los amigos de Nick, por lo que, a pesar del calor, puse mi mejor cara.

Mi sobrino estaba ya allí, en la barra, pidiendo bebidas.

—Jefe, aquí le traigo a sus damas —lo saludó Carlos.

Nick se volvió hacia nosotros con una deslumbrante sonrisa.

—Quédate y tómate algo —le ofreció a Carlos.

—No puedo, que mi señora me espera a cenar y, ya sabe, jefe, si llego tarde… —Chasqueó los dedos y compuso una expresión de pánico que nos hizo reír.

—Vale, vale. Muchas gracias por el servicio. —Mi sobrino le entregó disimuladamente unos dólares.

Luego me dio un beso en la mejilla, y dos a Tasi.

—Estáis muy guapas.

—Gracias, sobrino; tú también, ¿verdad? —le pregunté a mi joven amiga, propinándole un suave codazo.

Tasi sonrió cohibida. Esos dos se sostuvieron la mirada un instante, y me pareció que la temperatura subía un par de grados. Solo esperaba que Nick me hiciera caso y no tirara por la vía rápida de la seducción, porque tal vez Tasi no resistiera. Cada vez que se veían, yo podía percibir cómo crecía la atracción entre ellos. La verdad es que Nick es un hombre muy guapo, Carolina, de esos que hacen suspirar, o tal vez a mí me lo parece porque siento debilidad por él, y por ese coraje que transmiten los soldados y, en general, los hombres con profesiones de alto riesgo y uniforme. A Tasi, no la veía yo muy experimentada en cuestiones amorosas, más bien un tanto mojigata, así que, con certeza, iba derecha a perder la cabeza

por él. Solo esperaba que fuera mutuo y no tuviéramos que lamentar que mi amiga acabara con el corazón roto.

—Venid, que os presento —dijo Nick, y nos guio hacia el interior del restaurante.

Sus amigos habían juntado varias mesas que aún no habían sido ocupadas del todo. Nick fue uno por uno nombrando a sus compañeros, el rango y asociando una característica graciosa a cada uno. Había algunas mujeres, muy maquilladas y con vestidos minúsculos, militares también. Todos eran de la edad de Nick, salvo un par: uno más joven recién salido de la academia y otro, más maduro y que transmitía autoridad. Unos instantes después, se me había olvidado cómo se llamaban, pero me había quedado con la cualidad identificadora. Listo, mi sobrino. Casi todos pertenecían al escuadrón del que Nick también formaba parte.

Entre la música y el trajín de comida y bebida, estuvimos entretenidas, pero no hubo mucha ocasión de hablar con Nick porque le tocó sentarse entre las lagartas que se lo comían con los ojos. Tasi respondía amablemente a las preguntas o comentarios que le hacían, aunque sin mucho entusiasmo; no dejaba de mirar de reojo a mi sobrino. Yo estaba sentada de espaldas al exterior, mientras que Tasi lo hacía enfrente de mí, encarando el entorno selvático que rodeaba el restaurante. El ruido nos impedía hablar entre nosotras, por lo que nuestros acompañantes de izquierda y derecha nos daban conversación.

En un momento dado, Tasi se quedó mirando fijamente la jungla a mi espalda; yo no sabía qué le pasaba. Levantó un brazo y señaló algo detrás de mí. Me giré despacio y vi una serpiente de color verde brillante descolgarse desde un árbol y enroscarse en uno de los postes que sujetaban la techumbre. Di un salto para alejarme de ella. El hombre que estaba a mi lado, Charlie, creo que se llamaba, reaccionó con rapidez. Se asomó al exterior, arrancó una rama larga y la colocó frente a la serpiente, la cual reptó por el palo. Cuando se hubo soltado por completo del poste, él la lanzó, junto con el palo, contra la vegetación.

Respiré aliviada y le di las gracias; sus compañeros aplaudieron. Sin embargo, Tasi miraba el espacio vacío con ojos asustados.

—¿Estás bien? —pregunté, vocalizando exageradamente para hacerme entender por encima del estruendo de la música y las conversaciones.

—Perdón, ahora vuelvo. —Arrastró su silla hacia atrás y huyó a refugiarse en la barra de la planta de abajo.



Fui detrás de ella. Cuando la alcancé, estaba pidiendo un tequila.

—¿Estás bien?

—Sí, no es nada —dijo, con voz angustiada.

—¿No es un poco fuerte, después de todos los cócteles de hoy y las cervezas? —dije, señalando el tequila.

—Fuerte es justo lo que necesito —dijo. Bebió el lingotazo y chupó el limón acto seguido.

—¿Para sobrellevar los celos? —Yo intuía que no tenía nada que ver, pero prefería que fuera ella quien lo explicara.

—Por supuesto que no, Nick puede hacer lo que quiera. No somos nada.

—No puedes negar que mi sobrino te gusta…

—¿A quién no le gusta tu sobrino? Todas sus amiguitas babean por él. Ese es el problema: está acostumbrado y se cree que todas caemos rendidas; pues, conmigo va de culo. Perdón, lo estoy pagando contigo. Estoy de mal humor. Ya sabes que no he dormido bien, y además en estos ambientes me siento torpe, como pez fuera del agua. Pero no es eso lo que me tiene así. Ha sido la serpiente.

—¿Te asustó?

—Sí, me asustó su recuerdo. —Cogió aire—. En mi pesadilla aparece una igual, de ese verde intenso; se confunde con la selva y se descuelga de una rama… Ha sido como un *flash*. Una especie de *déjà vu.*

—Tasi, no te lo tomes a mal: me siento impotente sin saber cómo ayudarte, así que el otro día estuve en el centro de negocios del hotel y busqué en internet cómo ayudarte.

—No te preocupes, Inés. Puedo sola; tan solo necesito encontrarle sentido a la pesadilla, eso es todo.

—Creo que empeñarte en hacerlo sola te está poniendo en riesgo. Estás cada vez más pálida, ya son varias noches durmiendo mal. He leído que la hipnosis puede ser un método efectivo para conectar con el subconsciente. Me gustaría que lo intentaras.

—Ahora suenas como mi madre.

Nada más decirlo, se dio cuenta. Me escrutó, intentando confirmar la sospecha, y algo leyó en mi expresión. Siempre he sido mala actriz, no se me da bien mentir.

—Dime que no has hablado con la pitonisa Rosalía… —Me giré hacia la barra y pedí un tequila—. ¿Inés? ¿Has hablado con ella?

—Eh, no… —dije, bajando los ojos. El camarero sirvió el chupito y lo bebí. Entonces, me giré a mirarla.

—No me mientas, por favor. Llevo años defendiéndome de las gilipolleces esotéricas de mi madre y todo mi cuerpo reacciona por instinto. Se me ha erizado el vello de la nuca. Tú nunca propondrías algo así. Eres normal.

—No me conoces tanto.

—Lo suficiente. —Endureció el gesto—. Te lo preguntaré una vez más. —Me rompió el corazón verla tan afectada. Verdaderamente, la pobre tenía un trauma con respecto a su madre, una herida profunda de confianza y afecto. Yo no conocía a Rosa en persona, pero Laura me había contado que era una buena mujer; un tanto excéntrica, pero simpática y honesta, y adoraba a Tasi—. ¿Has hablado con mi madre, Inés? —Su tono era severo a la par que vulnerable.

Solté un suspiro. Negarlo solo iba a mermar su confianza en mí.

—Sí…, lo siento. Estaba muy preocupada. A pesar de vuestras diferencias, te quiere, solo pretende ayudar. Ya que no escuchas lo que tiene que decirte, pensó que tal vez yo tendría más suerte.

—No necesito que me hipnoticen, ni que me echen las cartas, ni ninguna cosa de esas, ¿vale?

—Lo siento. Aunque yo nunca he participado en algo así, por lo que he leído es inocuo y puede ayudar. Están yendo a más, Tasi, no puedes negarlo.

Se mordió el labio.

—Sí. Cada vez siento con más fuerza. Me embarga una mezcla intensa de desesperación, vergüenza, rabia, desamparo, soledad. El peso de lo que voy a hacer crece dentro de mí, me angustia, pero estoy decidida a saltar. El foco del sueño se está agrandando, abarca un poco más cada noche, veo más cosas, pero, aunque se me desgarra el corazón, quiero seguir; no voy a parar hasta que no lo vea todo.

—Necesitas ayuda, y yo no sé cómo ayudarte ni cómo protegerte de lo que está ahí escondido.

—No necesito ayuda psiquiátrica, si es a eso a lo que te refieres —dijo, dolida, y se apoyó en la barra.

—No, por supuesto que no. Me refiero a un guía, no sé, alguien que haya pasado por la experiencia, que haya tenido sueños recurrentes. Puede que no sea más que falta de seguridad en ti misma o un reflejo de la confusión que estás atravesando con respecto a tu carrera profesional y lo que quieres hacer en el futuro. Tal vez necesites tomar una decisión. Si quieres, podemos volver a España.

—Lo que necesito es encontrar ese lugar. Tengo la intuición de que las pesadillas pararán si lo hago; por fin entenderé y me sentiré libre de hacer con mi vida lo que quiera.

—¿Pasa algo? —Nick apareció con una cerveza en la mano—. Me ha contado Charlie que una culebrilla ha estado molestando. No son venenosas —aseguró—. Suelen comer lagartijas o animalillos pequeños. —Entonces, se percató de la cara de Tasi—. ¿Estás bien? —dijo, poniendo la mano en su espalda.

Ella se quedó mirándolo y, luego, se volvió hacia mí con un brillo distinto en las pupilas.

—¿Tienes la postal que te mandó Nick?

—Ah, la postal. —Entendí lo que quería hacer; recordé la foto del precipicio que le había impactado tanto—. Sí, creo que la llevo en el bolso desde nuestra partida. Espera.

Subí a la planta superior, fui hasta la mesa y rebusqué en el bolso. Cuando regresé con ella, Nick estudiaba el rostro de Tasi, intentando entender qué nos traíamos entre manos. Tal vez Carlos había captado alguna conversación al vuelo entre nosotras y se lo había contado; sin duda, mi sobrino estaba intrigado, pero sabía ser paciente. Ella permanecía callada, con un semblante entre el enfado por mi traición y la esperanza.

—Aquí está. —Le entregué la postal.

Tasi la miró fijamente, tragó saliva y mantuvo los sentimientos a raya.

—Necesito encontrar este lugar, o uno muy parecido —le dijo a Nick, enseñándosela.

Mi sobrino la estudió con detenimiento.

—Es la postal que te envié, tía. —Yo asentí—. Para tener esa vista aérea habría que montar en helicóptero.

—¡Qué idea tan fantástica! —Tasi se entusiasmó—. ¿Hay alguna agencia que ofrezca ese tipo de *tours* en la isla?

—Resulta tan evidente que me siento tonta porque no se me haya ocurrido antes a mí —comenté—. Yo, que me he pasado décadas volando y tengo un sobrino piloto.

—Me sentiría más seguro si fuera uno de nuestros helicópteros.

—¿Es eso posible? —pregunté.

—Tengo que hablar con mi superior. A veces recibimos visitantes.

—¿Eres piloto? —inquirió Tasi.

—Sí.

—Pero ¿no trabajas en la Marina?

—Exacto.

—¿Y eso no son barcos?

—También tenemos aviones y helicópteros, y muchas especialidades. Nuestras operaciones son muy complejas.

—No tenía ni idea. Perdona por no preguntarte antes por tu trabajo; me siento estúpida.

—No pasa nada, le sucede a mucha gente —afirmó Nick con una sonrisa

—Tasi, se te ve cansada. Creo que sería mejor que regresáramos. Voy a llamar a un taxi —intervine.

—Hace buena noche; os acompaño dando un paseo. No está lejos, y así hablamos. No he podido sentarme con vosotras —dijo Nick—. De paso, os invito a un helado. Conozco un sitio donde los elaboran de forma artesanal y están deliciosos.

—Vale, pero tienes que contarme bien a qué te dedicas —dijo Tasi.

Nos despedimos de todos. Nick le susurró algo a un amigo; intuí que relacionado con Tasi. Este le dio una potente palmada en la espalda, y nos marchamos.

CAPÍTULO 24

Enfilamos la avenida de las tiendas, muy animada a esas horas. Nick y Tasi charlaban delante, yo les seguía a un paso con la oreja puesta, no obstante, en la conversación.

—Así que helicópteros, ¿eh? Estoy impresionada —dijo Tasi.

—El título oficial es: piloto naval del Escuadrón de Combate de Helicópteros Marítimos.

—Suena importante. ¿Y qué hacéis exactamente?

—Nos encargamos de la seguridad marítima concerniente a los Estados Unidos y de prevenir posibles amenazas que menoscaben nuestra posición y pongan en riesgo la paz mundial —explicó, con un deje de orgullo—, pero también, llegado el caso, realizamos labores de búsqueda y rescate, así como asistencia en situaciones de emergencia, tanto en el mar como en tierra. Si entramos en conflicto, nos encargamos de la evacuación de nuestros soldados y del personal de la administración civil.

—¿Evacuaciones médicas?

—Digamos que sí.

—Ah, ya. Algunas son *top secret.*

—Algunas misiones lo son, y nos ocupamos de que no quede nadie rezagado. Seguro que lo has visto en películas: el helicóptero descendiendo para salvar a los soldados que son cercados por los malos.

—¡Cierto! Eres uno de esos pilotos que esquivan los misiles del malo con la bazuca. ¡Guauuu!, ¡no tengo palabras!

Nick se rio. Yo ya me sabía la historia, así que caminaba un paso por detrás, observándolos. Formaban buena pareja.

—También hacemos cosas aburridas, como encargarnos del transporte de suministros, personal y demás. Una especie de taxi aéreo para la base naval.

—¿Qué rango tienes?

—Teniente de grado O-2; no sé el equivalente en español.

—¿Y eso qué significa?

—Que llevo casi tres años como piloto. Es el segundo rango, aún me queda mucha carrera por delante. Empecé como alférez al graduarme de oficial en la Academia Naval de Annapolis, en Maryland.

—¿Cuántos grados hay?

—Hasta O-6, pero son unos dieciséis años de servicio, así que, a menos que sucedan circunstancias extraordinarias, tengo muchos años por delante. Pasé unos meses en Carolina del Sur y luego fui asignado como aviador naval a esta base. Es una de las cosas que me atraían de entrar en la Marina: viajar, conocer lugares distintos y otras culturas.

—¿Tienes pensado quedarte mucho tiempo aquí?

—Dependerá de la situación de la región. Estamos en un lugar estratégico, sobre todo, para la amenaza que suponen Corea del Norte y China. Si se abren plazas en alguna otra base, podría plantearme un traslado.

Los jóvenes siguieron charlando mientras yo me abstraía y pensaba en lo que había hablado con Tasi. Las cartas estaban sobre la mesa, y me sentía más tranquila habiendo confesado mi llamada a Rosa. Decidí dejar que las cosas sucedieran como tenían que suceder y Tasi tomara las decisiones que creyera oportunas. No necesitaba a una vieja metomentodo agobiándola con ideas extrañas de las que ni siquiera yo estaba convencida.

Nick se despidió en el vestíbulo del hotel y prometió confirmar en unos días nuestro viaje en helicóptero. Saludamos al portero y nos dirigimos al ascensor.

—¿Has montado alguna vez en helicóptero? —pregunté.

Tasi negó con la cabeza.

—¿Estás preparada? El vértigo puede ser muy fuerte.

—He llegado a un punto en el que estoy preparada para cualquier cosa, pero no voy a anticipar el miedo; cuando llegue el momento, veré cómo me enfrento a él. —Me gustó oírselo decir—. Sinceramente, ya he comprobado que es peor el miedo imaginario a lo que podría suceder que la realidad cuando sucede.

—Sabias palabras.

—En verdad, lo estoy deseando —afirmó Tasi, con una sonrisa, y yo creí entender que no se refería solo a la aventura, sino a ver a Nick a los mandos.



Unos días después, Nick confirmó por teléfono que el *tour* aéreo tendría lugar la semana siguiente. Yo siempre había querido verlo en acción y por fin se presentaba la oportunidad perfecta. Sin embargo, no pude evitar entristecerme porque tú no estuvieras allí con nosotros, Carolina.

A Tasi y a mí, los días se nos pasaron explorando la isla y el largo y ancho de la costa: Tasi, en sus inmersiones de submarinismo, y yo, acompañándola en algunas excursiones que brindaban una alternativa más tranquila, como hacer esnórquel con tortugas o visitas a islas cercanas, igual de espectaculares en belleza natural.

El día señalado, Nick nos recogió temprano en su *jeep* militar y nos llevó a la base. Tasi se sentó delante, con él, y yo en la parte trasera, abierta. Cada vez que nos parábamos en los semáforos, la gente nos señalaba. Parecíamos personas importantes conducidas por un militar tipo *Top Gun*, con gafas de sol, gorra y camiseta verde parduzca que marcaba sus músculos. Me sentía como una chiquilla con la emoción a flor de piel.

En la valla de entrada a la base, Nick saludó al soldado que la custodiaba, enseñó sus credenciales y el permiso que había sacado

para nosotras y firmó el documento de acceso. Recorrimos la pista de asfalto pasando frente a numerosas dependencias. Nick le señalaba a Tasi los edificios y le explicaba cosas, pero hasta mí llegaba el sonido de su voz distorsionado por el viento y no escuché más que palabras sueltas, muchas siglas y jerga militar que, de igual forma, se me habría escapado. Tasi hacía muchas preguntas, y Nick parecía tratar de responderlas en el lenguaje que manejamos los civiles.

Llegamos al helipuerto. Me sentía como en una película de Hollywood, con la bandera de los Estados Unidos ondeando encima del hangar y los helicópteros alineados y listos para la acción.

—Estos son doce helicópteros MH-60S de nuestro escuadrón. Somos aproximadamente ochenta oficiales y trescientos soldados los que volamos y mantenemos la flota. El HSC-25 es el único escuadrón de búsqueda y rescate en la región.

—¿Este es el que tú pilotas? —preguntó Tasi.

—Afirmativo —respondió Nick con una sonrisa—. Pero hoy vamos a volar en uno más pequeño.

Caminamos detrás de él. Nick ajustó su gorra y señaló el helicóptero con un gesto que denotaba orgullo y confianza.

—Antes de subirnos, quiero explicaros algunas cosas para que todo esté claro —dijo con una sonrisa tranquila.

Eran cuestiones obvias, protocolo de seguridad, igual que en los aviones comerciales, antes del despegue, yo siempre repasaba las instrucciones para el pasaje en caso de emergencia. Nick nos explicó cómo abrocharnos correctamente los cinturones de seguridad, la importancia de mantener las manos alejadas de las puertas mientras estuviéramos en movimiento, cómo colocarnos los auriculares para permanecer comunicadas en vuelo, y, por último, nos hizo vestir chalecos salvavidas, ya que íbamos a sobrevolar el agua durante la mayor parte del recorrido.

Tasi estaba tensa, pero se esforzaba en disimularlo. Una vehemente emoción perfilaba su gesto concentrado, los ojos fijos en Nick.

—No te preocupes, estamos en buenas manos —dije, sonriendo.

—Lo sé. Nunca me imaginé que sería capaz de algo así.

Nick nos pidió que estuviéramos atentas a su señal y que nos aproximásemos al aparato semiagachadas. Después, se alejó y se subió al puesto del piloto. Sentí que el pecho se me hinchaba de orgullo. Tú, Carolina, te hubieras deshecho en lágrimas al verlo tan maduro y seguro de sí mismo. Me resultó maravilloso comprobar cómo una persona florecía cuando estaba en el lugar adecuado, haciendo lo que estaba llamada a hacer. Ese era el lugar de Nick, y de él emanaba una energía que brillaba potente; irradiaba felicidad.

Yo no tenía claro que mi carrera no hubiera sido más que una huida constante para no sentir la falta de raíces, de dirección. Salvo el lapso que supuso mi unión con Daniel, un periodo de reposo en mi deambular por el mundo, sentía que aún no había encontrado eso que me hiciera vivir así, como en expansión, con las alas totalmente desplegadas y todas las fibras de mi ser vibrando en correspondencia. Para mí era fácil verlo en los demás: reconocía tanto a quienes vivían a pleno pulmón como a quienes estaban achicados, reducidos a unas circunstancias de las que parecían no poder escapar, empequeñecidos por sus decisiones. Así percibí a Tasi cuando la conocí. Atemorizada de vivir, empeñada en encontrar una estabilidad que era, en verdad, una jaula forjada con sus propias manos.

Cuando Nick nos hizo la señal, nos acercamos agachadas y nos aupamos al interior. Después, acomodadas y bien aseguradas al asiento, nos miramos y enlazamos las manos mientras el helicóptero se elevaba con un rugido que cortaba el aire cálido y salobre del Pacífico.

Desde las alturas, Guam se reveló como una esmeralda en medio del océano: sus contornos estaban delineados por un anillo de espuma blanca que ondeaba como encaje. Las playas de arena dorada brillaban bajo el sol tropical, mientras que las aguas circundantes se transformaban en una paleta de azules infinitos: del turquesa luminoso que acariciaba la orilla al cobalto profundo donde el mar se fundía con el horizonte. La cabina se zarandeaba al compás de las hélices, un latido mecánico que acompañaba el susurro del viento, y de nuestros corazones. Tasi me miró un instante, extasiada; las lágrimas corrían por sus mejillas.

Al sobrevolar el corazón de la isla, la vegetación se extendía como un manto precioso confeccionado con un abanico de verdes que subía y bajaba al ritmo de colinas suaves y valles escondidos. Los cocoteros parecían diminutos desde esa altura, alineados como soldaditos de plomo que custodiaban las costas. Los acantilados se alzaban con majestuosidad, testigos de historias antiguas y de las tradiciones, de encuentros y lucha entre culturas. ¿Cuántos secretos guardarían? ¿Conocerían el significado de los sueños de Tasi? ¿Sabrían qué hilos estaba tejiendo el destino en nuestras vidas?

Entre el azul del mar y el verde de las montañas, aparecía la franja de colores de la ciudad y los reflejos brillantes de los cristales de los edificios altos. El gris de las carreteras serpenteantes marcaba en el paisaje líneas sinuosas que conectaban los distintos centros urbanos, y los tejados rojizos de las casas bajas se enmarcaban en pequeños rectángulos de césped. El rugido constante de las hélices eclipsaba el murmullo de la vida bajo nuestros pies y los chillidos de las aves que huían del helicóptero.

Nick maniobró hacia la línea que separaba la tierra de la caída al mar, donde los acantilados se alzaban como murallas vivas frente al océano. Tasi, con los ojos fijos en el entorno que se deslizaba bajo nosotros, buscaba el suyo, grabado a fuego en su mente. Su mirada inspeccionaba cada recodo, cada saliente tallado por siglos de viento y agua.

Yo sostenía la postal en la mano para ayudarla a reconocerlo. El sol matutino bañaba las rocas con una luz dorada, arrancando destellos a las salpicaduras de las olas. Se intuía el estruendo lejano del agua al romper contra las paredes de piedra. Me embargó un extraño sentimiento, como si estuviera retenida en un instante eterno: sentí que el tiempo se plegaba, como si el pasado y el presente coexistieran en ese filo donde la isla se desmoronaba en el azul profundo de las aguas. Y, en ese momento, Tasi gritó:

—¡Es ese! ¡Está ahí!

Me incliné hacia su lado para verlo.

—¡Inés! ¡Es ese! —repitió, y su voz excitada retumbó a través de los auriculares.

—¿Estás segura? —Yo no alcanzaba a verlo completamente. Le tendí la postal.

—Muy segura. ¡Es ese! ¡Oh, Dios mío, no me lo puedo creer! ¡Lo hemos encontrado!

Nick descendió un poco más y planeó en círculos para que pudiéramos tener una mejor panorámica.

—Nick, ¿podemos aterrizar? —preguntó Tasi.

—Negativo. Es zona militarizada, no puedo bajar civiles. Necesitáis un permiso especial.

—¿Permiso especial?

—Hay un procedimiento para visitas civiles —escuchamos a través de los cascos—. A veces alguien quiere visitar zonas con interés arqueológico o histórico. Siguen apareciendo yacimientos de antiguos poblados chamorros y bien la universidad, bien alguna institución científica requiere acceder a la zona para estudiarlos.

—¿Cuánto crees que tardarán en aprobar nuestra solicitud? —preguntó Tasi, impaciente.

—Hoy puedo preparar los papeles. Si la aprueban, tal vez en una semana o así os comuniquen la cita. —A pesar del estrépito del motor, sus palabras nos llegaban nítidas por los auriculares—. Pediré acompañaros, aunque el área no es apta para tomar tierra con seguridad con el helicóptero, así que tendremos que acercarnos lo máximo que podamos en coche y, luego, ascender a pie. Voy a apuntar las coordenadas.

Tasi apretó mi mano y musitó:

—Es todo gracias a ti.

—Lo he oído —dijo Nick, con voz alegre—. ¿Y no hay nada para el piloto?

Tasi se inclinó hacia delante y posó una mano sobre el hombro de Nick.

—Muchas gracias. Eres el mejor piloto de helicópteros que conozco, y mi talismán de la buena suerte —dijo, con ojos chispeantes de entusiasmo.

Pero las emociones no iban a terminar ahí ese día.

Nick tenía mucho trabajo que hacer, por lo que había acordado con Carlos que viniera a buscarnos. Nuestro amigo nos esperaba en

el acceso a la base, a donde nos condujo Nick en su *jeep*. Tasi le dio un abrazo de despedida que duró varios segundos, y luego lo besó en la mejilla.

—Gracias, sobrino. Estamos muy orgullosas de ti. —Sé que entendió que me refería también a ti, Carolina, porque, por un momento, la emoción lo embargó y le costó hablar.

—Cuida de mis damas —le dijo a Carlos, una vez que hubo recuperado la voz.

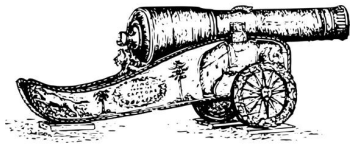
—A sus órdenes, jefe.

El viaje de vuelta lo realizamos sumidas en un hondo silencio. Había aparecido una importante pieza del rompecabezas: el precipicio de Tasi era un lugar real. Creo que, hasta ese momento, en el fondo yo no lo había creído probable; más bien lo había contemplado como una posibilidad con la que jugar, con la que entretener a mi nueva amiga, pero ahora tenía la confirmación de lo que Rosa me había dicho por teléfono: había algo oculto en el subconsciente de mi amiga, un misterio que desentrañar, una verdad que descubrir y, tal vez también, como había pronosticado su madre, una tarea pendiente que completar. Qué papel jugaba yo en el misterio suponía aún una incógnita, pero el destino también había salido a mi encuentro y no estaba dispuesto a permitirme seguir escapando.

Cuando llegamos al hotel, pensé que estaba teniendo visiones, hasta que lo escuché hablar.

—Inés, acepto tu invitación encantado —dijo el hombre misterioso, y sentí que el suelo se movía bajo mis pies.

CAPÍTULO 25



San Ignacio de Agaña, Guaján,
año de Nuestro Señor de 1690

Aurora se asomó al balcón y, con el catalejo de su padre, oteó la lejanía, los contornos de los campos, el pedazo de playa que se veía desde allí, y la franja de océano buscando el *galaide* de Hanom.

Llevaba dos semanas sin saber de él; desde aquella noche, desde su primer beso. Estaba segura de que no había regresado con la comitiva a Agaña, porque los dos días que emplearon en el camino de vuelta ella se los había pasado escudriñando rostro por rostro y preguntando discretamente por él. Nadie sabía nada de Hanom, ni siquiera el padre Ezequiel. Había desaparecido.

A Aurora, la angustia no le daba tregua. Tenía el estómago en un puño, apenas probaba bocado y su sueño era una duermevela plagada de pesadillas. Pensaba en todas las opciones que justificaran su ausencia, y todas se retorcían en su mente como lombrices y desembocaban en muertes horribles: despeñado desde un acantilado, tragado por las olas, apuñalado en un callejón, apresado por los soldados de Umatac tras haber sido acusado de algún crimen. Rezaba fervorosamente por él, como nunca lo había

hecho, como ni siquiera había rezado por su padre cuando se marchó ni en los años de ausencia. Tenía que hablar con Hanom de forma urgente. Se sentía prisionera en su propia casa, y ansiaba retornar a los días ociosos de agua y sal. Debía contarle lo que estaba pasando.

—Apártate de ahí, muchacha, que te van a ver esos salvajes semidesnudos —dijo doña Agustina, quien apareció a su espalda.

Su abuela se refería a los nativos que trabajaban en la hacienda. Aunque desde la pacificación estaban obligados a vestir de forma apropiada, con camisa y pantalón, el calor era tan sofocante en los campos que los hacendados aceptaban que se desempeñasen con el torso desnudo durante las horas de trabajo. Las mujeres se remangaban las faldas, dejando las piernas, morenas y fuertes, al aire. Aurora los había visto así desde que tenía memoria, y no se ruborizaba como hacía la anciana.

Desde que había llegado a las Marianas, doña Agustina no le daba respiro. Nada de lo que Aurora hacía le pasaba desapercibido: la tenía sometida a una estrecha vigilancia y ella no había podido escaparse a la playa a ver si Hanom acudía al lugar donde solían encontrarse o le dejaba un mensaje.

—Las jóvenes de cuna no se asoman, y menos al mediodía, cuando el sol es tan intenso. Se te va a ajar la piel antes de tiempo.

—Sí, doña Agustina —dijo, regresando al interior en penumbra.

Su aya andaba también compungida porque, cuando pidió permiso a don Álvaro para embarcarse en el *Niño* junto con el pasaje que seguía viaje a Manila, con la intención de concluir sus funciones y volver a España, la abuela puso el grito en el cielo y dijo que de ninguna manera se iban a quedar las muchachas sin dueña, que eso era impensable. Aunque el anhelo de doña Sagrario se había visto truncado, se iba contentando poco a poco, ya que al menos ahora tenía alguien con quien hablar y no se hallaba sola al cuidado de las tres niñas. No obstante, y a pesar de que se iba haciendo a la idea, su estado de ánimo había decaído bastante, y Aurora temía que terminase por enfermar de nostalgia.

Don Álvaro andaba muy atareado poniéndose al día en el manejo y las finanzas de la hacienda y de sus otros negocios en Filipinas,

por lo que Aurora no tenía ocasión de hablar con él como antes. Además, su abuela también se había inmiscuido en la relación que ambos mantenían, y afirmaba que, ahora que las hijas eran unas mujercitas casaderas, los cariños y arrumacos de don Álvaro resultaban del todo inapropiados. Aurora empezaba a odiar a su abuela con pasión, pues sus peores temores se iban confirmando uno a uno. Fantaseaba con que se hubiera ahogado durante el temporal que empujó el galeón a los arrecifes.

Lo peor de su nueva rutina eran las visitas y atenciones que recibía del capitán Garrido. Empezaba a ser costumbre recibirlo a la caída de la tarde, en el patio sombreado, con un refrigerio, y después de una insustancial cháchara con su abuela, don Álvaro se excusaba con importantes asuntos hasta la cena y el capitán solicitaba permiso para dar un paseo con Aurora por el jardín. Doña Agustina accedía y su dueña se aprestaba a seguir a la pareja en su periplo.

Aunque su padre no se lo había dicho, Aurora entendía que el capitán Garrido la estaba cortejando, y, a pesar de sus exquisitos modales, su gallardía y los esfuerzos que realizaba por buscar temas de conversación que pudieran interesarla, lo envolvía un halo oscuro y siniestro que le erizaba la piel. Su olor a tabaco y sudor le producía retortijones, y su aliento a cebolla cruda y peligro, que Aurora podía percibir cuando se acercaba demasiado, la hacía sentir al borde de un despeñadero. Aun así, ella confiaba en que su padre nunca aprobaría la unión con un desconocido, un recién llegado, del que no tenía referencias y que, además, le doblaba la edad. Lo habían comentado en el pasado, antes de su viaje; su padre deseaba para ellas lo mismo de lo que él había gozado: un matrimonio por amor. Se dijo que tenía que hablar con él para recordarle su promesa.

Juana estaba encantada con las visitas del capitán y, por las noches, cuando se acostaban, se pasaba casi una hora expresando su admiración y lo afortunada que debía sentirse Aurora por haber captado sus atenciones. Lo que haría ella por no ser tan afortunada, pensaba. Sus argumentos en contra caían en saco roto con su hermana. Era aún demasiado niña para entender.

Aurora solo quería ver a Hanom, abrazarse a él, sentir sus labios contra su boca de nuevo, los latidos de su corazón contra su pecho… Albergaba pensamientos pecaminosos, muchos y cada vez más intensos, y no podía confesarse porque se moría de la vergüenza ante la perspectiva de que algún religioso escuchase sus secretos anhelos; además, no se arrepentía, y, así, la confesión y la consecuente absolución no eran válidas.

La pequeña Elvirita correteaba por todas partes y parecía la única ajena a la pátina de tristeza y desesperación que opacaba los días de su hermana mayor. Verla reír y gorgotear con sus dientes diminutos era lo único que le sacaba una sonrisa a Aurora. Esconderse en la biblioteca a leer uno de los libros que había traído su padre de la Nueva España constituía su único refugio.

Ahí estaba, disfrutando de un momento de evasión, cuando la pesada puerta tachonada se abrió y Aurora elevó los ojos de la lectura con un pesado suspiro, esperando ver a doña Agustina preparada para soltarle una reprimenda por no estar ayudando con el nuevo manto de santa Rosa. Su abuela le había ofrecido al párroco la sala de costura para que las mujeres principales de Agaña fuesen a coser y bordar con los hilos de plata que ella había traído en sus baúles, una nueva capa para estrenar el día de la festividad, para cuya celebración quedaban escasos días. Sin embargo, quien entró en la estancia no fue su abuela. Aurora esbozó una sonrisa.

—¡Padre!

—Aquí estás. Te andaba buscando. —Se sentó frente a ella—. No hemos hablado mucho desde mi retorno.

—Es todo por su culpa —dijo, refiriéndose a doña Agustina—. ¿Por qué la trajo, padre? Éramos más felices sin ella.

—Tu abuela… —suspiró— solo quiere lo mejor para la familia.

—Echo de menos cómo éramos antes, cuando madre vivía.

—Yo también, pero Latasi ya no está; Nuestro Señor Jesucristo decidió llevársela consigo. Pero, incluso si vuestra abuela no estuviese aquí, las cosas no iban a seguir igual; ya no sois unas niñas. Debemos agradecer las bendiciones y seguir adelante. ¿Cuento contigo para que des ejemplo a tus hermanas? —Le agarró el cachete de forma cariñosa.

—Sí, padre.

—Esta noche tenemos visita.

—¿El capitán Garrido de nuevo? —preguntó con hastío.

—No solo él: he invitado al gobernador y al sargento mayor con sus señoras, y a los jesuitas. Voy a hacer una importante donación para la mejora de las defensas del presidio. Nuestra villa crece y, con la paz asentada, es una oportunidad de celebración. Quiero que te esmeres especialmente en tu apariencia y modales.

—Sí, padre.

—No demores, hija.

Se marchó y Aurora alzó la mirada al cielorraso. Quería y respetaba a su padre, pero sentía que la conexión de la que habían gozado y la confianza ciega que depositaba en él empezaba a resentirse. Tal vez fuese el peso de las responsabilidades, el dolor que él no podía ocultar por la ausencia de Latasi o su estadía lejos de Agaña, pero Aurora lo veía desgastado, como cansado. Su cabello, antes de un castaño bruñido, se había empezado a llenar de hebras de plata; sus ojos chispeantes ya no sonreían de la misma manera, sino que estaban llenos de melancolía y pesadumbre. ¿Qué podía hacer ella para recuperar al padre jovial que una vez tuvo?, se preguntó antes de devolver el libro a la estantería y encaminarse a su alcoba.

Aurora no tuvo nada que hacer. Su abuela se encargó de dar las instrucciones oportunas a las criadas y de preparar el vestido que las tres debían lucir. No era muy dada a que las muchachas tomaran el baño, pero accedió a ello porque quería que esa noche sus nietas oliesen al mismísimo paraíso.

Tal y como esperaba Aurora, la cena fue un suplicio de aburrimiento. Los hombres hablaban de política y agricultura, de

presidios y municiones, de la administración filipina y un montón de asuntos más que a ella no le interesaban lo más mínimo. Por lo menos, el capitán se sentó a la derecha de su padre, quien presidía la mesa, y lo suficientemente lejos para que no le llegara su aroma a alcanfor, con el que se perfumaba en ocasiones especiales. Fray Ezequiel se sentó junto a ella y, en un momento en el que los comensales estaban entretenidos en múltiples conversaciones y el ruido ambiental llenaba el espacio, Aurora, en susurros, le habló de su preocupación por Hanom. El jesuita se extrañó de su amistad con el chamorro, y ella tuvo que inventarse una enrevesada patraña sobre su abuela Ina y de cómo el muchacho la ayudaba a recoger las hierbas con las que esta elaboraba los ungüentos para las mujeres del pueblo, y que, sin él, le fatigaba salir al bosque a buscarlas.

Al religioso le parecía no haberlo visto en los últimos días, pero había estado ocupado con la orientación de los hermanos jesuitas recién llegados y no había prestado mucha atención, confesó. Le dijo que seguramente se habría marchado a visitar a sus parientes y que tarde o temprano aparecería.

—Los chamorros son así.

Su padre se levantó en ese momento de la silla.

—Amigos, les pido un momento de atención. —Al punto se acallaron las conversaciones—. Es un placer volver a las Marianas después de mi larga ausencia y encontrar a mis hermosas hijas tan crecidas y nuestra villa en el buen estado de gestión en que se encuentra. Se abre una nueva era con el gobernador don Damián de Esplana, aquí presente, y los refuerzos militares y de fe que se nos han unido. El Altísimo ha querido salvar a todas las almas del naufragio del galeón, y es una señal de su bendición a nuestra empresa. —Los presentes hicieron comentarios piadosos al respecto —. En este periodo también se inicia una nueva etapa para los Aguilar y Manrique —continuó don Álvaro—. Es por ello por lo que, con gusto, quiero comunicarles que le he concedido al capitán Garrido la mano de mi primogénita, mi Aurora. Pese a que un largo compromiso es lo que mandan nuestras santas costumbres, no podemos olvidar el lugar en el que nos encontramos y lo belicosos

que han demostrado ser los chamorros, por lo que Dios consentirá que acortemos el compromiso. La unión se celebrará como broche a la festividad de Santa Rosa, con la villa engalanada para nuestra patrona.

Los comensales aplaudieron la noticia y brindaron por los futuros esposos.

Un agudo pitido en ambos oídos dejó sorda a la muchacha. Le temblaba la mandíbula y estaba a punto de romper a llorar. No podía sufrir semejante afrenta. ¿Es que su padre no se daba cuenta del tipo de hombre al que pretendía unirla? Lo miró con una profunda desilusión, pero él no se percató de su estado de ánimo y sus ojos le devolvieron una sonrisa.

Aurora se puso en pie y corrió fuera del salón.

—Son los nervios —fue lo último que oyó decir a su padre antes de enfilar las escaleras y recluirse en su alcoba con el corazón estrujado de angustia.

Fue, tal vez, la noche más larga de su vida. Su cabeza no le daba tregua; sentía un dolor físico en el pecho y en el estómago, un aleteo de cuervos atrapados. Tenía que escapar. Pero ¿a dónde ir, y con qué recursos? Si hubiera sabido lo que el destino le tenía preparado, le habría propuesto a Hanom embarcar como polizones en el galeón *Santo Niño* y viajar a Manila. A una nueva vida. A la libertad. Ahora, ella se había convertido en un reo condenado a muerte, y solo le quedaba contar los días antes de que le colocaran la soga al cuello y la ahorcaran en el cadalso.

Juana dormía emitiendo un suave ronquido. ¡Cómo envidiaba su tranquilidad! Retiró la frazada y posó los pies en las frías baldosas. Se aproximó a las pesadas cortinas y oteó, por la estrecha abertura, el exterior. Era una noche sin luna, y el brillo lejano de las estrellas no lograba aligerar la tenebrosa oscuridad que se cernía sobre la hacienda. Aurora sintió cierto alivio. Las tinieblas de su ser tenían correspondencia en la naturaleza. El firmamento titilaba al ritmo de su dolor.

De puntillas, salió de la alcoba, bajó las escaleras de piedra y corrió hasta el exterior. La negrura la absorbió en segundos. No era capaz de distinguir los contornos de los árboles y arbustos, pero el

tacto de sus dedos la guiaba en la oscuridad. Encontró el caminito de grava; las diminutas piedras le pinchaban las plantas de los pies, mas no sentía dolor. Siguió adentrándose en el jardín hasta que llegó a la linde con los campos. Allí permaneció frente a una enorme planicie sin fin. Cayó de rodillas y rompió a llorar. Aulló de dolor y, cuando se serenó, rezó con fervor.

—Dios mío, todopoderoso y eterno. Si Hanom está muerto, llévame con él.

Repitió una y otra vez la petición en un susurro desgarrado, con los ojos y las manos apretados, hasta que le abrasaron las rodillas a causa del dolor. Se incorporó despacio y, entre lágrimas, creyó vislumbrar una silueta que caminaba hacia ella. Se quedó paralizada por el miedo. Era la Santa Muerte, que había escuchado sus plegarias y venía a buscarla.

Cuando tuvo al espíritu a pocas varas de distancia, le pareció que se asemejaba a su amado Hanom, y entonces creyó que era su fantasma que había ido a acompañarla en el trance entre la vida y la muerte.

Cerró los ojos de nuevo y se quedó muy quieta, esperando su final. Entonces, notó una caricia en el rostro.

—Aurora —escuchó la voz de Hanom.

—Cómo puedo sentir tu tacto en mi piel si estás muerto, Hanom —dijo, abriendo los ojos.

—Estoy vivo. —Tomó su mano y la posó sobre su torso, a la altura del corazón—. Lo oyes latir.

Ella soltó un sollozo y se abrazó a él.

—Estoy aquí; no me ha pasado nada.

Entonces, Aurora se apartó y la pena se le convirtió en una rabia impetuosa. Con toda su fuerza, lo abofeteó.

—¡He estado dos semanas sin saber de ti! ¿Por qué me has hecho sufrir de este modo? Eres un desalmado.

Echó a correr en dirección a la costa. Hanom la persiguió y, al alcanzarla, le atrapó la cintura y, debido a la inercia, rodaron por la hierba. El muchacho la abrazó fuerte mientras ella se liberaba de la angustia luchando contra su sólido pecho.

—Pensé lo peor. Me moría de la desesperación. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó contra su cuello, cuando se hubo calmado.

—Aurora, te amo con toda el alma. Nada puede cambiar eso.

—Es demasiado tarde, has llegado demasiado tarde. ¿Dónde has estado?

—Debía asegurarme de tener algo que ofrecerle a tu padre para que me conceda tu mano.

—Estoy prometida con el capitán Garrido.

—Tendrá que romper el compromiso.

—Sería una gran ofensa. Mi padre nunca aceptará, no con mi abuela en Agaña. Además, ese hombre es siniestro, me quiere para él. Es demasiado tarde —repitió.

—No importa. Tengo un plan. Eso es lo que he estado haciendo estas semanas, preparándolo todo.

Aurora le acunó la cara entre las manos y lo miró con fijeza a los ojos.

—Huyamos. Vayámonos lejos, donde nadie nos conozca. Esta misma noche, surquemos las aguas en tu *galaide* y dejémoslo todo atrás.

—¿Y abandonar nuestro hogar, y a los nuestros? Necesitaríamos provisiones y una nave más grande. El océano es fiero; podríamos sucumbir a su ira. Pero no temas: conseguiré convencer a tu padre.

Sin embargo, Aurora tenía un horrible presentimiento. Llevaba días temiendo la muerte de Hanom, y ahora estaba verdaderamente preocupada por él. El capitán Garrido no iba a permitir que un chamorro, un salvaje a sus ojos, le robara su preciado trofeo de guerra. La hacienda de los Aguilar y Manrique era el sueño de todo soldado, la recompensa a la que aspiraba tras décadas de servicio a la Corona en tierras hostiles.

—Nada me importa, salvo estar contigo. La muerte se me antoja infinitamente mejor que convertirme en la esposa de Garrido; eso sería vivir en el infierno. —Lo miró con ojos desesperados—. Te lo suplico, Hanom, huyamos.

—Todo saldrá bien; confía en mí.

—Tengo mucho miedo. No nos dejarán estar juntos, lo sé.

Hanom la envolvió en sus brazos y le susurró en su lengua el poema de los amantes eternos. Poco después, la muchacha sucumbió al sueño.

CAPÍTULO 26

El ánimo de la villa era festivo y bullía de actividad en la plaza y las calles. Sin duda, los recién llegados en la accidentada Flota de Indias habían insuflado nuevos ánimos a los habitantes de Agaña.

En la sala principal de la Casa de Gobierno, el sargento mayor, don José Quiroga, rodeado de mapas y ordenanzas, ponía al día al gobernador, don Damián de Esplana, de la situación de las islas, e instruía a los mandos militares recién incorporados sobre las complejidades de su labor en Agaña. Su voz resonaba con una mezcla de autoridad y pragmatismo, detallando cómo las decisiones administrativas se entrelazaban con la defensa del territorio; no en vano había sido el gobernador en funciones, en espera de la llegada del nuevo nombramiento.

—Aquí, señores míos, no solo combatimos piratas y tempestades; combatimos la ignorancia que amenaza la paz entre los nuestros y los chamorros. Tienen que ser conscientes de que aún persisten ciertos hábitos de barbarie arraigados en la población. Cada orden que dicte su merced, don Damián, debe considerar su eco en las almas de los hombres que habitan esta isla. Pero nosotros no aceptamos indulgencias en el orden público y la seguridad de las tierras de nuestro rey, que para eso ya tenemos a los clérigos.

Señalando el desgastado mapa de la región, especificó las rutas de vigilancia y los puntos estratégicos de defensa y abastecimiento, subrayando la importancia de colaborar con los jesuitas en las

misiones, ya que estos tenían gran ascendente sobre la población local: los chamorros eran aún sumamente supersticiosos, y muchas veces había que valerse de la mediación de los religiosos en los conflictos, los cuales se prevenían con palabras antes que con espadas. También explicó los focos de resistencia que aún existían en las islas del norte, y la posibilidad de tener que hacer incursiones para aplastar cualquier revuelta.

Horas más tarde, la reunión continuaba en el presidio, bajo un calor que rezumaba en las paredes. El sargento mayor arengaba a los soldados de refuerzo, a quienes les costaba adaptarse a la humedad. Era un hombre incansable, y el capitán Garrido se sintió orgulloso de servir junto a él. Debía hallar la manera de destacarse a sus ojos. Las colonias eran una buena forma de hacer carrera y conseguir las riquezas que su origen le había negado en España. Casar con los Aguilar y Manrique le abría las puertas a un futuro como gobernador, que era lo que anhelaba.

—No os equivoquéis —advertía don José mientras, con su sable, marcaba líneas en la tierra del patio de armas—. La disciplina aquí no es solo virtud, sino necesidad. No hay margen para la debilidad ni para la desobediencia cuando la villa entera depende de nuestra vigilancia. Los chamorros son mañosos y fanfarrones; fácil se enzarzan en peleas, e intentarán distraerlos con licor de calabaza, y otras zarandajas. Y las mujeres, con sus lorzas y sus contoneos, acostumbran a pasar por la muralla a ofrecerles agasajos. No se fíen nunca, porque tengan por cierto que carecen de la honestidad y la caridad de las cristianas viejas, y llegan con segundas intenciones.

Luego, en un tono más conciliador, les describió las costumbres locales, instruyéndolos en el respeto hacia los indígenas aliados que ocupaban cargos militares, mientras los preparaba para enfrentarse a amenazas tanto externas como internas. Sus palabras, directas y sin adornos, se mezclaban con los murmullos de los soldados, que asentían, comprendiendo que su papel iba mucho más allá de blandir armas.

Los jesuitas también habían recibido un hálito de esperanza con el envío de nuevos misioneros. Mientras caminaban por las calles del pueblo chamorro, los recién llegados escuchaban atentos las

palabras del padre Ignacio, uno de los más veteranos, quien, con paciencia y ardor, les retrataba la tarea de evangelizar sin arrancar las raíces de aquellos a los que buscaban guiar.

—Aquí, el idioma de Dios comienza con el idioma de los hombres —decía, señalando un manuscrito en lengua chamorra en el que llevaba años trabajando—. Nuestra misión no consiste en imponer, sino transformar desde el amor. Aprended de ellos, y hallaréis que también somos aprendices de la fe que traemos, ¿verdad, hermano Ezequiel?

El joven asintió mientras se estampaba un mosquito contra la frente.

Los religiosos asentían, iluminados por la devoción del veterano, y mentalmente se alistaban para partir a las distintas misiones esparcidas por el archipiélago, donde no solo se enseñaba el catecismo, sino también la labranza y los oficios que cimentaban la convivencia. El padre Ignacio los puso al corriente, asimismo, de los martirios que habían recibido algunos de sus hermanos, y de lo importante que era ganarse la confianza de los líderes espirituales chamorros y de aquellos que pudieran ponerlos sobre aviso cuando se cerniese la maldad sobre ellos.



Hanom vio al padre Ezequiel de lejos, rodeado por los hábitos marrones de sus hermanos de orden, y se mantuvo a distancia, observando. Antes de presentarse ante él debía asegurarse de que tenía algo con lo que negociar y, por lo tanto, debía hallar la manera de enterarse de los planes de su primo Toca. Ningún español ni filipino parecía presentir lo que se urdía a sus espaldas. La naturaleza les enviaba señales de las réprobas intenciones de los conjurados, pero ellos no sabían leerlas. Se notaba en el aire

cargado, en las nubes bajas y oscuras, opresivas, como un mal augurio.

Desde que se había despedido de Aurora con un apasionado beso, antes de que el alba rompiese en el horizonte, le daba vueltas al asunto. Pensó, en un principio, comunicarle a su primo Toca que se unía a la conjura, pero este era muy desconfiado, y si no lo había convocado aquella noche era porque lo consideraba demasiado cercano a los jesuitas. Además, eso involucraría a Hanom completamente, y podría salirle mal la jugada si alguien lo denunciaba antes de que pudiera explicarse. Podría terminar fusilado. De Toca no sacaría nada, recapacitó; en los últimos años se habían relacionado poco, pero él todavía recordaba lo envidioso y tramposo que era de pequeño; cada vez que la familia se reunía, la inquina brillaba en sus negras pupilas cuando ambos intercambiaban pareceres, en general opuestos. Su actitud denotaba que no había cambiado mucho en el tiempo que Hanom había vivido con su tío materno.

Visualizó en su mente, de nuevo, la noche en que se topó con la reunión secreta, y rastreó entre sus recuerdos el rostro de alguno de los chamorros del pueblo, al que pudiera convencer de que le confiara los planes. Recordó haber visto, entre las más de tres decenas de hombres que se habían congregado en el bosque de sus ancestros, a Napu y a Hosep. Todo el mundo sabía que los dos hermanos eran de naturaleza nerviosa y bastante bravucones, que les gustaba apostar y solían meterse en peleas; ¿sabrían guardar secretos? Podría intentar sonsacarlos, hacerles creer que quería participar en la revuelta, pero desde las sombras, para que nadie sospechara de él; podría alegar también que quería contribuir averiguando la información que necesitasen, algo con lo que esos dos pudiesen ganarse el favor de Toca, ahora que se preparaba para ser el gran jefe del clan.

Hanom reflexionó. Sus mujeres también estarían al tanto de la situación y seguramente los ayudarían de alguna forma. Tendría que ver si la *maga'haga* había oído algo o podía descifrar en el humo de la hoguera lo que iba a suceder. Le constaba que ella quería evitar a toda costa que se derramase más sangre chamorra.

Dirigió sus pasos a la choza de la hechicera, pero no la encontró allí, así que cambió de rumbo y se dirigió a la playa.

Calculó, por la altura del sol, que aún faltaba una hora para el regreso de los pescadores. Buscó un buen trozo de madera entre la vegetación junto a la playa, con el que entretener la espera. Se sentó bajo la sombra de un cocotero y comenzó a tallar, intentando descubrir qué espíritu se había escondido dentro del leño.

Con el rugido de las olas y el calor, en algún momento debió de quedarse dormido, porque se despertó sobresaltado por el jaleo de los chamorros desembarcando la pesca del día. Se despabiló echándose agua en la cara y caminó hasta Napu, que arrastraba la pesada red fuera del agua. Hanom agarró un extremo y tiró con fuerza para ayudarlo en la tarea.

—Hace tiempo que no te veía faenando —observó Napu.

—He estado visitando a unos parientes y acabo de llegar —mintió. Después, en voz más baja, mientras ambos sacaban la pesca de la red y la colocaban en unos cestos, añadió—: He oído lo que está por suceder. —Napu se tensó—. Cuantos más nos sumemos a la lucha, más oportunidades tendremos de acabar con ellos de una vez por todas —masculló entre dientes. A la distancia, otros pescadores lo saludaban, afanados en sus redes.

—Pensaba que los hábitos marrones eran tus amigos.

—Mejor que crean lo que nos interesa. Y, gracias a esa amistad, puedo facilitar información y, el día señalado, encargarme de mantenerlos encerrados en la iglesia. Los soldados de Dios serán neutralizados. Solo tú serás mi contacto, y la gloria del triunfo, tuya. Toca te distinguirá como un gran guerrero.

Napu pareció meditar. La mandíbula se le atirantaba como si estuviera rechinando los dientes.

—¿Cuándo es el gran día de la *emmok*? —indagó Hanom, usando el término chamorro para la venganza. Ese era uno de los grandes pilares de su cultura: las ofensas se pagaban. No había perdón ni misericordia, y aunque los jesuitas pretendían cambiarlo, muchos se resistían. Napu y su hermano Hosep eran de los que no aceptaban esos nuevos valores.

Napu se acercó a su oído y, en susurros, le contó el plan.



Hanom había dormitado dentro de la barca en la laguna secreta, aquella que solo se podía alcanzar atravesando la cueva, un refugio escondido en las entrañas de la isla. La humedad se aferraba a su piel, y el leve eco del agua lamiendo las paredes de roca llenaba el aire. Había estado inquieto todo el día, repasando una y otra vez las palabras que tendría que pronunciar a medianoche. Aunque no estaba de acuerdo con su primo y con el resto de los conjurados, ni con el plan que habían urdido, algo punzante y amargo le corroía la conciencia. Sabía de sobra cómo actuaban los españoles. No tenían miramientos con los rebeldes, y mucho menos con quienes osaran desafiarlos.

La libertad que deseaba para sí y para Aurora, y que se antojaba un ideal distante e inalcanzable, le exigía ahora un sacrificio inconcebible: iba a condenar a muerte a varias decenas de hombres a los que conocía desde la infancia. Gente con nombre, rostro, historia y familia. Que tenía mujer e hijos, que compartía su tierra, su sangre y sus tradiciones. Su comportamiento era vil, lo sabía, pero también era su única oportunidad de estar con Aurora y cumplir con la promesa que le había hecho en secreto. Además, estaba seguro de que el plan de los conjurados, «la gran sublevación», como la había llamado Napu, estaba destinado al fracaso. Solo alimentaba las ansias de poder de su primo, quien no veía más allá de su ambición y traería la desgracia a su pueblo. Los españoles jamás renunciarían a las islas. Ahora estas pertenecían al rey de España y a su dios cristiano, y estaban dispuestos a cualquier cosa con tal de conservarlas.

La historia de los chamorros se había teñido de rojo en las últimas décadas; las guerras no habían cesado hasta hacía unos cinco años. Los conquistadores ofrecían una paz duradera y juraban

respetar aquellas tradiciones que no ofendieran la fe en el crucificado y las buenas costumbres. Los chamorros habían aceptado el pacto y, ahora, su primo ponía en peligro la convivencia que tanta sangre había costado.

Hanom no había previsto que don Álvaro sellara el compromiso matrimonial de Aurora tan rápido. De no haberlo hecho, no se encontrarían en esa tesitura, ya que él tenía en su mano la llave que abría todas las puertas. Umi, su primo por parte de madre, hijo de su tío, el mayor, con quien había compartido unos meses en el *uritao*, había sido quien le había dado la idea. Se habían encontrado en Umatac, a donde muchos habían viajado para contemplar los monstruos de madera; había aparecido en su hora más aciaga, cuando estaba a punto de renunciar a Aurora. Umi había expresado en voz alta lo que seguramente había pasado por la cabeza de todos los chamorros congregados en el puerto esa noche, pero que ninguno se atrevía a pronunciar. Umi era un gran nadador, y lo suficientemente vanidoso como para que proponerle esa osadía supusiera un reto a la altura de su juvenil soberbia.

Hanom esperó para salir de la cueva hasta la medianoche, el momento en que los jesuitas se entregaban a la primera oración de su regla sagrada. Sabía que encontraría a fray Ezequiel arrodillado frente al sagrario en la capilla.

El viento soplaba fuerte, con una ferocidad que hacía difícil avanzar, como si la misma naturaleza quisiera detenerlo, impedirle cumplir su cometido y traicionar a los suyos.

Hanom entró a la iglesia y se agazapó entre las sombras. No tuvo que esperar mucho: al poco vio al jesuita acceder a la capilla. La tenue luz de las velas iluminaba su figura joven y delgada; su hábito rozaba el suelo de piedra, y arrastraba las sandalias, produciendo un ruido rítmico, como de hojarasca seca. Hanom vio al religioso arrodillarse frente al altar y, poco después, lo escuchó recitar sus oraciones en murmullos quedos. Era una voz casi etérea, que resonaba entre las paredes del templo vacío. El eco de las palabras reverberaba en el aire, mezclándose con el ulular del viento que se colaba por los ventanucos, como si los dioses antiguos de la isla

quisieran darle a Hanom un último aviso antes de que traicionase a los de su sangre.

—Señor, ábreme los labios y mi boca proclamará tu alabanzas… —rezó el padre Ezequiel.

Hanom se abstrajo repasando en su mente el discurso.

—Oremos para que los primeros impulsos de la mente y del corazón sean para Dios, y no nos preocupemos de cosa alguna antes de habernos llenado de gozo con el pensamiento en Dios, según está escrito: «Me acordé del Señor y me llené de gozo»; ni empleemos nuestro cuerpo en el trabajo antes de poner por obra lo que fue dicho: «A ti te suplico, Señor; por la mañana escucharás mi voz, por la mañana te expongo mi causa y me quedo aguardando».

Cuando el religioso se irguió, Hanom respiró hondo y salió de la penumbra. Ese era el momento. Las palabras que llevaba horas ensayando ahora se anudaban en su garganta. Sabía que, una vez pronunciadas, no habría vuelta atrás.

—Padre.

El jesuita dio un respingo.

—¡Hanom, qué susto! No te esperaba a estas horas. Por fin apareces. ¿Dónde has estado?

—Me quedé en Umatac, en casa de unos parientes, unas semanas más —dijo, siguiendo con la mentira que le había dicho a Napu.

—Es lo que pensé.

—Necesito confesarme, padre.

—Por supuesto, hijo mío. La absolución de los pecados es el mayor consuelo que se pueda recibir para el alma. Pero vayamos a la sacristía, que se está más recogido. El viento está tremendo esta noche y me he quedado destemplado.

Hanom siguió los pasos callados del jesuita hasta el despacho que se ubicaba en un lateral del altar. Era un espacio pequeño, con un escritorio de pesada factura, un armario, un crucifijo y un óleo de san Ignacio de Loyola, fundador de la orden. Fray Ezequiel se sentó en la desnuda silla y le indicó que se arrodillara. Él obedeció.

—Guardo un secreto que me pesa en la conciencia, pues podría acabar con la paz en Guaján. Siento que estoy cometiendo un

pecado mortal al no revelarlo.

—Soy todo oídos, hijo mío. —El religioso se revolvió en la silla, inquieto.

—Antes debo confesar algo más.

Entonces, Hanom le contó cómo la amistad con la muchacha había derivado en un ardiente amor, en un deseo profundo de unir sus vidas, y de hacerlo de conformidad con su nueva fe. El rostro cansado del joven jesuita se contrajo en una mueca difícil de descifrar, mezcla de sorpresa y preocupación, pesadumbre y desasosiego.

—Necesito que usted interceda por nosotros. Aurora es mitad chamorra; su padre desposó a una de los nuestros. Él, más que nadie, debe entender lo que significa para nosotros su bendición.

—Elevaré plegarias al Todopoderoso para que os guie y aliente. Estáis a punto de iniciar un camino de espinas…

—Necesito que haga algo más que rezar por nosotros —lo interrumpió, tajante, Hanom—. Quiero que actúe como padrino y, en mi nombre, se entreviste con don Álvaro y le comunique que mis intenciones son serias, y que Aurora me corresponde. Debe anular el compromiso con ese pomposo capitán español.

—Lo que me pides no es posible. Soy un simple religioso. Yo no soy nadie para interferir en las decisiones del señor Aguilar y Manrique. Aurora es una de las pocas muchachas de rango de la villa; entiende, muchacho, que su padre tiene derecho de unirla al mejor partido a su disposición. Agaña está escasa de hombres que cuenten con la carrera militar del capitán Garrido.

—¿Y qué hay del amor, de ese amor que usted mismo predica, padre? ¿No dice su merced que el amor entre el hombre y la mujer es un reflejo del que Jesús le tiene a su Iglesia, y que ha de ser bendecido por Dios? Nuestra unión estaría fundada en el amor más sublime, y le aseguro que sería un gran pecado destruirlo.

—Has aprendido rápido. Usas mis palabras en tu propio beneficio —contestó, huraño, el jesuita.

—Usaré todo lo que esté a mi alcance para salvar a Aurora de ser entregada a ese hombre y a una infelicidad que no ha hecho nada para merecer.

—Debe obediencia a su padre.

—¿Y qué hay de su corazón?

—Es de buena hija sacrificar el interés personal por el bien de la familia.

Antes de presentarse ante el fraile, Hanom intuía que podría no aceptar ayudarlos, y por eso se había asegurado de tener una baza con la que persuadirlo. Se inclinó hacia delante y, bajando la voz, afirmó:

—Ahora más que nunca, los españoles necesitan aliados chamorros… —Dejó la frase en suspenso y miró al jesuita a los ojos: había furor en los suyos, y vio cómo el hombre se estremecía.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, escudriñando su expresión.

—Es un secreto que he prometido no revelar, pero que supone el mayor de los temores para hombres como usted, padre.

El religioso abrió muchos los ojos.

—¿A qué te refieres, Hanom?

—Tiene que prometer que me ayudará a convencer al padre de Aurora. Solo así traicionaré a los míos.

El joven jesuita soltó un suspiro nervioso.

—Hablaré con don Álvaro, pero no puedo prometerte que acepte. Eso, entiende, no está en mi mano.

—Hará cuánto pueda, esgrimirá todos los argumentos a su alcance, incluida la condena al infierno por faltar al mandamiento del amor de Jesucristo, y lo hará mañana mismo.

La preocupación tenía al religioso congestionado de angustia.

—Sí, hijo, sí. Ahora, ¿qué es eso que no puedes revelar?

—Se está preparando una gran revuelta. Quieren que sea la definitiva.

El hombre se quedó lívido. Empezó a temblarle la mandíbula.

—Pero eso no puede ser. Guaján hace años que ha sido pacificada.

—Las apariencias engañan, padre Ezequiel.

—¿Cuántos hay implicados?

—Muchos. Tantos que podría desencadenarse una gran matanza.

—Es horrible —musitó, pálido, casi sin dar crédito. Fray Ezequiel sabía de sobra cómo habían acabado muchos de sus hermanos: el

mismo fundador de la misión en las Marianas, y su mentor en la fe, había sido martirizado salvajemente y a traición, con la mayor de las vilezas—. ¿Cuándo va a suceder?

—Pronto.

—¡Por Dios, Hanom, necesito que me des más detalles!

—Primero tiene que ayudarme con el padre de Aurora. Hay una reunión secreta esta noche; le contaré los pormenores.

—A primera hora iré a hablar con don Álvaro. Es muy grave lo que cuentas. Y, por tu bien y el de toda la villa, espero que mañana no sea demasiado tarde.

—No lo será, confíe en mí.

El jesuita se puso en pie.

—Ahora márchate, necesito rezar.

—Deme la absolución.

—Sí, cierto, cierto.

Posó sus manos huesudas sobre él y, en un murmullo rápido, le concedió el perdón de sus pecados, bajo la penitencia de diez padrenuestros.

CAPÍTULO 27

Se había puesto el cambio de ropa que usaba para las fiestas religiosas y se había recogido el largo cabello en un sombrero que le había prestado el jesuita. A medida que se aproximaban a los campos de los Aguilar y Manrique, el ánimo de Hanom se avivaba. Quería confiar plenamente en el padre Ezequiel, pero lo veía muy nervioso y achicado. Era en esos momentos cuando se daba cuenta de que a este le faltaban la templanza y la entereza que daban los años, y que transmitían los jesuitas de más edad. Él sentía los músculos tensos, tenía la garganta seca y el sudor le chorreaba por debajo de la camisa.

El religioso iba recitando los salterios de la vida de Jesucristo para darse ánimos. Hanom intentaba contener su jovial incertidumbre. Se imaginaba la cara que pondría Aurora cuando lo viera aparecer, y cuando descubriera sus intenciones. Debía mostrarse cauto, esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos. Empezó a planear lo que tendría que hacer para darle a Aurora todo a lo que estaba acostumbrada por cuna. Ella no tenía que rebajarse nunca a él, sino que Hanom se elevaría hasta ella, hasta convertirse en un esposo digno. Después de la entrevista con don Álvaro, le pediría al cura el segundo favor: interceder con el gobernador para que le concediera un permiso de tierras. Tal vez las que lindaban con las de su futuro suegro, o en alguna otra localidad; aunque no aspiraba a que fueran tan extensas, nada importaba con tal de que fueran suyas. En ellas construiría la casa más grande de la villa.

Cuando llegaron a los mojones que marcaban las lindes de la hacienda, se apresuraron por el camino de tierra apisonada. En la puerta de la casa grande, salió a recibirlos una anciana, quien debía de haberlos avistado desde una ventana, y al punto supo Hanom quién era por la forma en que lo miraba, aunque solo la había visto una vez, de lejos, durante el desembarco de los viajeros.

—Buenos días le dé Dios, señora —saludó el jesuita.

—Y a su merced. Usted dirá qué lo trae tan temprano por estos lares, padre.

—Vengo a ver a don Álvaro. Es un asunto urgente.

—¿Y qué es eso tan apremiante que no requiere de la consideración de una nota solicitando la cita?

El sacerdote se secó el sudor de la frente.

—Es un tema delicado que solo puedo tratar de forma directa con él.

La mujer lo miró con dureza primero, se irguió después y, finalmente, asintió.

—Pase por aquí. Mi hijo es un hombre muy atareado; veré si lo puede recibir.

El padre Ezequiel puso un pie en el zaguán y, cuando Hanom fue a hacer lo mismo, doña Agustina tronó:

—El salvaje, no.

El rostro del jesuita se incendió como una antorcha.

—Le voy a pedir el favor, doña Agustina, de dirigirse con más respeto al muchacho. Es un matua, el clan prominente de los chamorros; son la aristocracia de la isla, y aunque hayan aceptado la asimilación a nuestras costumbres, siguen siendo dignos de consideración. Le recuerdo que su nuera, que en paz descanse, también lo era.

—Lo que su merced diga, pero él lo espera fuera. —La mujer miró al muchacho como a un mosquito que transmitiese fiebres—. Por aquí, padre —dijo, guiando al sacerdote al interior.

Hanom soltó un suspiro. Aurora tenía razón: su abuela paterna sería un escollo difícil de sortear, casi tan peligroso como los arrecifes de la isla de Cocos donde había encallado el galeón. Pero,

con suficiente agua y la corriente adecuada, podría esquivarse. Solo esperaba que no tuviera mucha influencia sobre el hacendado.

Rodeó la casa en busca del balcón de Aurora, aunque calculó que a esas horas la muchacha podría estar en cualquier otra estancia, incluso en el jardín. Poco sabía de su día a día desde que había llegado doña Agustina, y la madrugada de su encuentro no había tenido ocasión de preguntarle. Fue recogiendo guijarros del suelo y, al llegar al árbol ifit, se ocultó bajo su copa y tiró la primera piedra contra el cristal de la alcoba. Esperó alguna reacción y, al cabo de unos minutos, tiró la segunda. Instantes después, escuchó que las puertas del balcón se abrían. Estaba a punto de salir de debajo del árbol y descubrirse, cuando escuchó:

—¿Quién anda ahí? —La voz sobre su cabeza no era la de su amada. Sonaba joven, así que podía ser su hermana o alguna de las criadas. Quienquiera que fuese no debía verlo.

—Juana, ¿qué haces? —Hanom escuchó a Aurora y su corazón dio un brinco.

—Venía por el pasillo y oí una piedra contra el cristal.

—Te lo habrás imaginado; cierra, que la abuela nos va a pillar. Ya sabes que no le gusta vernos asomadas.

Los pasos desaparecieron, las puertas se cerraron y todo quedó en silencio de nuevo.

La espera se estaba haciendo insoportable y la camisa lo ahogaba; lo hacía sentirse dentro de la manta con la que los chamorros envolvían a los muertos. De pronto, escuchó pasos acelerados que se acercaban; alguien corría. El sonido estaba cada vez más próximo. Debajo del árbol lo verían, así que, de un salto, se ocultó detrás de unos arbustos. Una respiración agitada le indicó que solo lo separaban unas pocas varas de la persona que venía en su dirección.

—Hanom, Hanom —susurró Aurora.

Él oteó por entre las densas ramas y, cuando la muchacha pasó cerca, tiró de su brazo y la ocultó entre los matorrales.

Ella pegó un chillido, y Hanom tuvo que taparle la boca.

—Soy yo. No grites, que nos van a descubrir.

—Sabía que eras tú. Juana casi te ve. ¿Qué haces aquí de día? Tienes que marcharte; es peligroso.

—He venido con fray Ezequiel.

—¿Por qué no has entrado a la casa con él, entonces?

—Tu abuela no me ha dejado.

—¡Mala mujer! ¡La detesto! No sabes lo que es sufrirla cada día. Vivo peor que en un convento de clausura. No puedo salir ni hacer nada. Y padre no lo ve, o prefiere no verlo.

Hanom la abrazó con fuerza, como si ese contacto pudiera protegerlos de todo lo que estaba por venir. Estuvo a punto de contarle el motivo de su visita, de liberar las palabras que ardían en su pecho, pero las contuvo. No quería darle la noticia sin saber con certeza cuál había sido la reacción de don Álvaro. Entonces, como si ese silencio pudiera ser comprendido a través del tacto, la tomó por la cintura, atrayéndola aún más cerca, hasta que no quedó un resquicio de aire entre sus cuerpos. Con delicadeza, le alzó la barbilla, sus dedos rozaron la tersura de su piel, y la besó con un ardor contenido, como si en ese beso intentara transmitir lo que aún no podía decir con palabras. Aurora se aferró a sus hombros con el ímpetu de quien teme que el mundo se desmorone a su alrededor. Cerró los ojos y respondió a su deseo. Por un instante, solo existieron ellos dos.

—Te he echado mucho de menos —dijo ella, y a continuación besó su cuello—. ¿Qué vamos a hacer para vernos?

—No lo sé, pero ahora será mejor que no nos encuentren juntos porque nos metería en un grave problema. —La apartó con delicadeza—. Ve. —Le dio un beso breve en los labios y, con suavidad, la empujó.

Aurora se enderezó, se sacudió el vestido, lleno de hierbajos, y caminó de vuelta hacia la casa con una sonrisa en los labios y la cabeza bien alta. Cada paso que daba estaba imbuido de una ligereza nueva, como si los minutos que acababan de compartir le hubieran otorgado alas invisibles. Pasó junto a Juana, pero no la vio. Su hermana se mantuvo inmóvil en su escondite, respirando apenas, para que no la descubrieran. Desde su posición privilegiada, no había perdido pie de las palabras susurrada por los amantes. La

escena la había cautivado, especialmente por lo que despertaba en su interior: una mezcla de curiosidad y celos; tal vez, incluso, la sombra de un extraño anhelo por algo que no podía nombrar. Permaneció oculta, mordisqueándose el labio inferior, mientras observaba cómo su hermana se alejaba.



En cuanto Aurora se hubo marchado, Hanom, aún con el corazón palpitante, corrió hacia la puerta principal. Al doblar la esquina de la casa con premura, se topó con el jesuita, quien, a juzgar por la severidad en su mirada, llevaba tiempo esperándolo.

—¿Dónde estabas? —le preguntó el cura, con un tono de reproche que no disimulaba del todo la impaciencia.

—Paseando por el jardín. —Hanom trató de sonar despreocupado, aunque el sudor en su frente y el leve temblor en sus manos lo traicionaban.

—Vamos. —El religioso lo tomó por el brazo y lo arrastró hacia la parte de delante de la casa—. Don Álvaro espera.

Hanom se tensó de inmediato. Un brillo esperanzado cruzó fugazmente sus ojos.

—¡Se lo ha dicho y ha aceptado! —exclamó, casi sin aliento.

El sacerdote suspiró hondo antes de responder, sin soltar el brazo del joven.

—No he podido, hijo. No se ha dado la ocasión, pero… —vaciló un instante, como si midiera el impacto de sus próximas palabras— te he conseguido trabajo en la hacienda. Así, al menos, podrás estar más cerca de ella. Es una gran oportunidad.

Hanom se detuvo en seco, obligando a fray Ezequiel a girarse para mirarlo. Su rostro, hasta hacía un momento teñido de expectativas, estaba ahora endurecido por la indignación.

—Padre, soy matua. Mi clan no trabaja la tierra —replicó con voz firme, casi desafiante, apretando el brazo del cura.

Este, lejos de alterarse, se zafó con un gesto rápido y lo miró a los ojos.

—El amor verdadero requiere sacrificios, muchacho. Y si buscas mi aprobación y ayuda, tendrás que demostrar que estás dispuesto a hacerlos. Los dos estamos a punto de saltarnos unas cuantas reglas de los hombres, y que Dios nos ampare por ello. Ahora, vamos: tu nuevo patrón te espera.

Hanom no tuvo más remedio que seguirlo. Frente a la casa principal, don Álvaro lo esperaba con los brazos cruzados y una expresión que no daba cabida a objeciones.

—Vienes bien recomendado, muchacho, así que espero que trabajes duro y pruebes tu valía —dijo con voz grave y autoritaria—. Busca a Ángel; él te asignará un cultivo.

Hanom asintió, aunque por dentro hervía de rabia.

—Sí, señor. Permítame acompañar al padre Ezequiel hasta el camino. Regreso enseguida.

Don Álvaro lo observó con detenimiento unos segundos antes de asentir y darle la espalda para marcharse. En cuanto quedaron fuera de la vista del patrón, Hanom se giró hacia el cura con el ceño fruncido.

—Entiende, muchacho: uno no puede presentarse así como así en una casa decente y abordar un tema tan delicado de golpe. Aprovecha la oportunidad para demostrarle al padre de la muchacha que eres digno de ella.

—Lo que entiendo es que usted no ha cumplido con lo que prometió. Me ha hecho un desfavor. Un jornalero nunca será digno de Aurora —dijo, con la voz cargada de reproche.

El jesuita lo miró con severidad, aunque había un atisbo de compasión en su rostro.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, Hanom. Me entiendes, ¿verdad? —Su tono se volvió más bajo, casi solemne—. El cuerpo es templo del espíritu, no lo olvides.

Sin esperar respuesta, se remangó el hábito para evitar mancharlo de tierra y se alejó con pasos rápidos, dejando a Hanom

solo, con aquellas palabras retumbando en su mente.



Hanom caminaba con pasos pesados, mordiéndose el carrillo para reprimir la rabia, en busca del manachang al que había señalado don Álvaro. Lo que el padre Ezequiel había hecho era una completa estupidez. Ofrecerlo como jornalero en la hacienda no solo iba en contra de lo que él era, sino que también ponía en peligro su posición dentro de su clan. Como matua, su lugar estaba en el mar, en el comercio, liderando a su gente, no hundiendo las manos en la tierra como un manachang, alguien de rango inferior. Aunque los españoles habían abolido sobre el papel el sistema ancestral de castas, en la práctica seguían existiendo tres grupos diferenciados, y los matua eran la nobleza. En ningún caso podían rebajarse al nivel de un labrador, inferior en todo a ellos. ¿O es que acaso el gobernador se rebajaría a coger una azada? Además, el océano lo significaba todo para Hanom. Necesitaba estar a bordo de su barca, surcar las olas, sentir el rugido y la potencia de las aguas bajo sus pies, desafiar la furia del mar y obtener su botín de pesca después de la batalla. La oferta de don Álvaro no solo lo humillaba: lo convertía en algo que no era ni podía aceptar. Lo desposeía de valor y honor. ¿Cómo iba a mirar a los suyos a la cara después de esto?

La idea le quemaba por dentro. Si aceptaba ese trabajo, aunque fuera para estar cerca de Aurora, dejaría de ser un matua; él mismo aceptaría la degradación de su rango natural, concedido por nacimiento. Nadie lo entendería. Su gente lo consideraría un traidor a su sangre, un infractor de las reglas que mantenían cohesionada a su comunidad. Pero, si se negaba, ¿qué opciones le quedaban de ver a Aurora? Además, ella nunca sería suya si no lograba ganarse el favor de don Álvaro. El cura hablaba de sacrificios, pero eso no era un sacrificio: era una condena. ¿Con qué ojos lo miraría don Álvaro

si se acostumbraba a verlo cubierto de sudor y tierra, como un vil siervo?

Hanom soltó un bramido exasperado y, tras dar media vuelta, regresó sobre sus pasos, hacia la casa. Entró como un golpe de viento. Sus ojos recorrieron rápidamente el interior: aunque la vivienda era grande y estaba bien iluminada, su decoración era sobria, sin lujos innecesarios. Sin embargo, notó pequeños detalles, como los adornos de cerámica y las cortinas tejidas, que evidenciaban la mano de Latasi, la difunta esposa de don Álvaro. Cruzó el patio interior y encaró las escaleras. Al llegar a la planta superior, se cruzó con una criada que llevaba una bandeja, a la que le preguntó por el hacendado. La mujer, entre la sorpresa y el nerviosismo, le señaló una puerta al fondo del pasillo. Hanom no se detuvo. Llamó y, sin esperar respuesta, entró.

Don Álvaro levantó la mirada apenas un instante, interrumpido en medio de la maraña de documentos que cubrían su escritorio. Su expresión, seria y algo cansada, no cambió al ver al joven frente a él.

—Disculpe la molestia —dijo Hanom, esforzándose por mantener la calma.

—¿No has encontrado a Ángel? —El hacendado volvió a sus papeles.

—De eso quería hablarle. Soy un matua.

El hombre alzó la mirada, soltó la plumilla sobre el papel y se reclinó en su silla, cruzando los brazos mientras estudiaba a Hanom.

—Ah, fray Ezequiel no lo mencionó —murmuró, como hablando para sí. Don Álvaro conocía bien las costumbres de los matua; después de todo, su difunta esposa había pertenecido a esa casta. Sabía lo que implicaba.

Hanom dio un paso adelante y habló con voz contundente.

—Le agradezco la oportunidad, pero no puedo trabajar la tierra. Eso supondría rebajarme y perder mi lugar entre los míos.

Don Álvaro asintió y, sin más preámbulos, regresó a sus papeles.

—Lo entiendo. Puedes marcharte.

Pero Hanom no se movió.

—Sin embargo, puedo serle útil a su merced desde mi estatus —continuó, alzando la voz lo suficiente para captar de nuevo la atención del hacendado—. Sus labradores acatarán mis órdenes como si fueran las suyas. Por mucha autoridad que tenga ese Ángel, no se compara con la de un matua. Si creen que he perdido mi rango y me he convertido en un manachang, no trabajarán conmigo, ya que creerán que he cometido el peor de los crímenes y que he sido expulsado de mi casta.

»Ya sabe cómo son los jesuitas con su mentalidad de pobreza y entrega a Dios. El padre no ha sabido explicarle mis intenciones y ha generado esta confusión. Lo que yo deseo… es… —«casarme con su hija». Las palabras se le atascaron en la garganta. ¿Cómo confesarle su amor por Aurora? En ese momento, en el que el hombre lo miraba fijamente, entendió al religioso: no era fácil soltarlo así, de golpe. Hanom se tragó sus palabras.

Don Álvaro lo observó con atención, ladeando la cabeza.

—Dime, ¿qué deseas?

Hanom tomó aire, sintiendo el peso del momento.

—Permítame ser su mayoral. Conozco bien cómo dirigir a los hombres, y, bajo mi mando, la producción mejorará. La disciplina será mayor, y los frutos llegarán enteros a su mesa. Además, al amanecer, pescaré para su merced. Tendrá el pescado más fresco de toda la isla.

El hacendado entrecerró los ojos, evaluando cada palabra.

—¿Y qué quieres a cambio? ¿Un jornal?

—No, señor. El jornal es para los labradores. Si quiere, págueme por la pesca, pero lo que busco es demostrarle mi valía, mis dotes de mando y mi utilidad en la administración de su hacienda.

Don Álvaro sonrió apenas, asintiendo con lentitud.

—Está bien, muchacho. Haré llamar a Ángel para explicarle mi decisión. Ahora necesito acabar de revisar estos documentos.

Hanom inclinó la cabeza en señal de respeto y se giró hacia la puerta. Al salir, su rostro reflejaba la determinación inquebrantable de su casta. Había dado un paso crucial, y en su mente solo había un pensamiento claro: Aurora sería suya.

CAPÍTULO 28

El capitán Garrido dio la orden a sus subordinados de continuar la marcha y, cabalgando, se desvió en dirección a la hacienda de los Aguilar y Manrique. Cuando alcanzó la casa, desmontó y entró a grandes zancadas. Calculó que la familia de Aurora estaría departiendo tras la cena. En el poco tiempo que llevaba en Agaña, había llegado a conocer al detalle las rutinas de la casa y de sus habitantes; era un hombre metódico y ambicioso, nada se le escapaba. De sus conversaciones con doña Agustina durante la travesía había deducido lo necesario para trazar una estrategia con el fin de conseguir sus propósitos, y por el momento todo estaba saliendo según sus deseos. Sabía que se saltaba las convenciones sociales con esa visita intempestiva, pero, ante todo, era un hombre de acción y ardía por ver a Aurora antes de poner rumbo a su asignación.

El ambiente de la sala era cálido y tranquilo, dominado por el suave murmullo de la lectura de Aurora y el chisporroteo del fuego en la chimenea.

—Buenas noches tengan sus mercedes —dijo bajo el dintel de la puerta. Su voz grave rompió el sosiego como un cañonazo. Las miradas de sorpresa no lo intimidaron; al contrario, confirmaban su capacidad de alterar el orden cuando le convenía.

Aurora interrumpió la lectura y doña Agustina dio un pequeño respingo en su asiento. Don Álvaro se alzó.

—Sabrán disculpar mi intromisión, pero he recibido la asignación de mi nuevo puesto y parto de inmediato a Punta Orote para fortalecer la seguridad del puerto de Apra. Estaré de vuelta para el enlace.

—Capitán, su merced es casi de la familia, de modo que no caben las disculpas. Esta es su casa; es bienvenido a cualquier hora.

—Quisiera despedirme de mi prometida. ¿Me concedería un instante a solas con ella?

—Por supuesto. Madre; doña Sagrario; Juana, salgan —ordenó don Álvaro.

Las mujeres se pusieron en pie. La dueña salió primero, seguida de Juana. Doña Agustina miró un instante al capitán; esa mujer tenía ojo de halcón y debió de leer sus intenciones, porque afirmó:

—Yo me quedo. No sentirá que estoy, capitán Garrido.

Don Álvaro la tomó por el brazo.

—Se casan en cinco días, madre. —Y, sin más, la sacó de la sala a trompicones y cerró la puerta tras de sí.

Los modales de don Álvaro y la deferencia de las mujeres de la casa ante su petición reforzaron la convicción del capitán de que esa familia era un medio, un peldaño que escalaría para consolidar su posición. Doña Agustina, sin embargo, no se dejaba impresionar fácilmente, y su mirada penetrante le recordó que los Aguilar y Manrique no eran fáciles de dominar. Pero eso no le preocupaba; con el tiempo, lograría someterlos también a su voluntad.

Aurora no se había movido de su asiento. Con su porte rígido y sus manos temblorosas sobre el libro, era el enigma que Garrido estaba decidido a descifrar. Se deleitaba con el desafío que ella representaba, esa combinación de orgullo y recelo que parecía vibrar en cada uno de sus gestos. Al aproximarse, ella bajó la vista y la concentró en el libro sobre su regazo. Seguía tensa; él aún no había conseguido domar esa innata desconfianza que parecía provocarle, casi miedo. En parte, le gustaba; sería una esposa temerosa de Dios y de él, y, por ende, más fácil de manejar. Pero también quería despertar en ella deseo, anhelo; que se convirtiera en arcilla blanda en sus manos, que permitiese que la moldease a su antojo, que estuviera lista para recibir su impetuoso ardor.

Garrido llegó hasta ella, tomó el libro y lo lanzó con desdén sobre el mueble aparador. Después, agarró la mano de Aurora y la alzó. Era delicada como un clavel tierno, pensó, fijando la vista en sus sonrosados labios. Ella se irguió en una pose que él ya le conocía: orgullo de clase y pretendida indiferencia. Se acercó a su oído y susurró:

—Cuento los segundos para tenerte a mi merced la noche de bodas. —La fragancia de su piel lo inundó por dentro.

Ella lo miró con ojos de terror. Garrido le acarició la mejilla y la sintió estremecer; su respuesta derrumbó su contención y, entonces, agarrándola por el cuello, poseyó sus labios con un desatado deseo. Aurora forcejeó para desasirse y solo consiguió enardecerlo más; él la estrechó contra su hombría y ahondó el beso, su lengua comandando el ataque. Llevaba semanas soñando con ese momento, desde el mismo instante en que la vio en el puerto de Umatac. Ella mordió su labio y lo apartó de un empujón.

La furia de sus ojos, su respiración entrecortada y el sonrojo de sus mejillas avivó el deseo de Garrido. Aurora era inocente y él la convertiría en mujer. Sonrió, sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo y se limpió la sangre que empezaba a brotar de la herida.

En ese momento, a su espalda, se abrió la puerta y apareció doña Agustina.

—Espero que haya tenido tiempo de despedirse de su prometida, capitán Garrido. —La anciana mascó cada palabra, y su tono mordaz rompió el hechizo del momento y lo puso de mal humor.

—Le agradezco la deferencia, señora —dijo, recomponiéndose con rapidez y ajustando su actitud.

Tomó la mano de Aurora y depositó un beso casi ceremonioso, saboreando el contraste entre el desprecio de ella y su propia satisfacción.

—Volveré en unos días —se despidió.

Aurora se limitó a mirarlo con el mayor de los desdenes. Garrido sonrió; no había nada que lo provocara más que una batalla a la altura de su valentía. Él no concebía la derrota; esa mujer sería suya, y los Aguilar y Manrique, los pilares de su ascenso.

Salió con pasos rotundos. Al alcanzar su caballo, montó de un salto y contempló por un instante, con ojos ávidos, la casa y la ventana iluminada por los haces de la chimenea. Al girar su montura para emprender camino, distinguió a uno de los sirvientes mirándolo desde la espesura.

Le pareció que lo había visto antes, tal vez en una de sus anteriores visitas, pero no le dio más importancia. Apretó los talones y partió al galope.

Hanom tensó los puños mientras observaba cómo el polvo se tragaba a su rival.



Alcanzó a su tropa una milla más adelante, ya que iban a pie. El capitán Garrido sentía una mezcla de orgullo y expectación mientras cabalgaba hacia la batería defensiva en la Punta Orote. Había recibido su asignación con la complacencia de quien sabe que su posición es clave para el dominio colonial en Guaján. Desde lo alto de su caballo, lideraba al pequeño destacamento de soldados, y aunque intentaba mantener una expresión severa, no podía evitar que sus pensamientos volvieran una y otra vez a Aurora. Aún sentía su sabor en la boca; había resultado incluso más dulce de lo que imaginó, y la furia que le había dejado entrever la convertía en una mujer apasionada. Estaba deseando librar las batallas que lo esperaban cada noche en el lecho. Además, casarse con ella significaba mucho más que satisfacer sus necesidades de hombre; era una oportunidad para emparentar con la familia más influyente de las Islas Marianas. Ese enlace, unido a su nuevo puesto, sería el impulso que necesitaba para medrar en la jerarquía militar y social. En pocos años podría retirarse y convertirse en amo y señor de la hacienda más próspera de la región, pues, aunque era poco más joven que el padre de su prometida, él se encargaría de hacerle ver

la conveniencia de que regresara a la Nueva España con su santa madre. Doña Agustina había servido para sus fines, pero no pensaba aguantar su mojigatería cuando fuese el esposo de Aurora.

Sabía que la joven no estaba tan convencida como él sobre el matrimonio, pero confiaba en que su reputación, ahora reforzada por su nueva asignación y el éxito que esperaba demostrar en su mando, la haría reconsiderar. Después de todo, ¿qué mejor esposo que un hombre al servicio de la Corona, defendiendo con valentía los intereses de España en los confines del Pacífico?

El camino real marcaba la ruta hacia la Punta Orote. Era pedregoso y estaba bordeado por una espesa vegetación, de un lado, y por los acantilados, del otro. Las vistas del océano eran impresionantes, y el viento imponía su presencia, ululando a su alrededor. La humedad que calaba su uniforme se sentía con más intensidad a medida que avanzaban, y con ella llegaban las primeras vistas del puerto de Apra.

Su ubicación estratégica no pasaba desapercibida para Garrido. Allí, entre la península de Orote y la Isla Cabras, el puerto se desplegaba como una promesa de poder. El sargento mayor, don José Quiroga, su superior, le había explicado que esa fortificación era crucial para el dominio español, no solo para proteger las rutas marítimas, sino para garantizar el flujo del comercio del galeón de Manila. Y, sin embargo, cuando arribaron a la batería, a Garrido se le cayó el alma a los pies. Eran apenas cuatro cañones, resguardados por un parapeto de piedra, y una pequeña tropa de soldados, aburridos de contemplar la inmensidad azul. La alegría con la que los recibieron fue lo único que agradó al capitán.

Quiroga también le había explicado que los refuerzos recién llegados a Agaña permitirían restablecer el sistema de rotaciones, algo que había sido imposible durante meses por la falta de efectivos. A partir de ahora, cada dos semanas habría un cambio de tropas, lo que aseguraría mejores condiciones para los soldados y mantendría la moral alta. Garrido sabía que este sistema era clave para mantener la eficacia en un lugar tan aislado como la Punta Orote, pero también entendía que su liderazgo sería fundamental para que esa transición se desarrollara sin problemas.

Cuando regresara a Agaña, presentaría un informe sobre la necesidad de mejorar las defensas mediante la construcción de un fuerte.

Garrido desmontó y examinó el terreno con ojo crítico. La estructura, aunque austera, al menos era sólida. Las vistas desde aquella posición elevada resultaban abrumadoras, ofreciendo una panorámica clara de las aguas circundantes. A sus órdenes, los soldados comenzaron a descargar los suministros, adaptándose con precisión militar al nuevo entorno. Garrido sabía que la vida allí sería dura, pero también era consciente de la importancia de mantener la defensa de este puerto natural, vital para los intereses españoles. Esa tarea era una responsabilidad que abrazaba no solo por deber, sino por el prestigio que le otorgaría si lograba cumplirla con éxito.

Mientras supervisaba a sus hombres, Garrido pensaba en Aurora. La belleza de la joven era innegable, pero lo que realmente lo atraía era la influencia que su apellido podía traer a su carrera. Convertirse en miembro de esa familia consolidaría su posición en la isla y le daría acceso a círculos que, de otro modo, permanecerían cerrados para un militar de rango medio.

La vida en la batería defensiva de la Punta Orote no era solo una prueba de disciplina militar, sino también de resistencia frente a un sinfín de peligros. Uno de los mayores temores de los soldados era la amenaza constante de piratas y corsarios que navegaban las aguas del Pacífico. Ingleses, franceses y holandeses, en su afán de arrebatar territorios de ultramar al Imperio español, lanzaban incursiones rápidas y brutales. La batería, con su posición decisiva en la entrada del puerto de Apra, se convertía en un objetivo tentador para estos invasores. Aunque estaba diseñada para resistir ataques, la escasez de municiones y hombres solía suponer un obstáculo en caso de enfrentamientos prolongados. El eco de los cañones retumbando en la distancia o la aparición de velas desconocidas en el horizonte era suficiente para tensar los nervios de toda la guarnición.

Sin embargo, el enemigo más implacable no llegaba por mar, sino que estaba presente en el entorno mismo. El clima tropical, con su calor abrasador durante el día y las lluvias torrenciales que

convertían el suelo en un lodazal, representaba un desafío diario para los soldados. El uniforme, diseñado para la formalidad, más que para la comodidad, se volvía una prisión de sarga bajo el sol. La humedad constante propiciaba enfermedades como la malaria y el dengue, mientras que el agotamiento por calor cobraba su precio entre las filas. Las serpientes y los insectos ponzoñosos que se escondían entre la densa vegetación constituían un riesgo añadido. La tarea de vigilar y proteger la batería requería no solo habilidad militar, sino una fortaleza física y mental que pocos podían sostener en esas condiciones extremas.

El capitán Garrido, curtido en numerosas batallas, estaba a la altura del desafío.

CAPÍTULO 29

Hanom entró a su alcoba de noche, pero, en esta ocasión, en vez de dejar un obsequio junto a la almohada, se inclinó con suavidad y la despertó, susurrando su nombre con ternura para no sobresaltarla. Aurora, todavía sumida en los velos del sueño, abrió los ojos y encontró la cálida mirada de Hanom. Con gestos, él le pidió que lo siguiera y ella se levantó. Con cuidado, Hanom le enseñó cómo descolgarse por el balcón, señalándole el árbol que crecía junto al lateral de la casa. Sus ramas gruesas y fuertes, cubiertas de flores rojas que desprendían un delicado aroma, formaban una escalera natural y facilitaban el descenso. Hanom saltó primero, con la agilidad de un felino, y luego la tomó por la cintura, depositándola con suavidad en el suelo.

De la mano, corrieron atravesando los campos tapizados con el manto de la noche. Aurora no sabía a dónde la conducía, pero tampoco le importaba. Cuando pisó la arena de la playa y el viento planeó sobre las mansas olas, salpicándole la cara, se abrazó a Hanom, agradecida.

Había soñado con sumergirse de nuevo en las aguas tranquilas de la bahía de Tumón desde que tañeron las campanas para avisar de la llegada del galeón. Con dedos ansiosos, se sacó la camisola de dormir y, desnuda, se zambulló. La luna creciente sonreía sobre la superficie tranquila del mar. Buceó en casi completa oscuridad, guiada tan solo por los reflejos de plata que rielaban sobre las olas. Era una sensación indescriptible. Se sentía viva de nuevo. Libre.

Emergió cuando los pulmones no le dieron más. A varias varas de distancia, vio a Hanom de pie junto a la orilla, escudriñando el agua. Lo contempló extasiada por un instante. Era un hombre hermoso. Su cuerpo parecía cincelado en piedra. Con gráciles movimientos, nadó hacia él sin apartar los ojos de su rostro y, cuando estuvo a su altura, se incorporó de pronto, como si fuera una diosa emergiendo del océano. Los ojos de Hanom se encendieron al verla; sin vacilar, entró al agua para unirse a ella. Aurora lo esperó; su corazón latía con anticipación. Cuando se encontraron, se fundieron en un abrazo. El cuerpo firme de Hanom despedía calor, y su corazón acelerado golpeaba contra sus senos. Él buscó sus labios y la besó al tiempo que se sumergían.

Permanecieron unos minutos bajo el agua, en la quietud oscura, escondidos del mundo y guarecidos de las convenciones, de su abuela, de su prometido, de todo. Hanom podía aguantar la respiración durante varios minutos, y ella, cuando sentía que no aguantaba más, recibía aire de él. Era un gesto íntimo, más profundo que cualquier palabra que intercambiaran. Al emerger, flotaron juntos de espaldas, sus manos enlazadas mientras contemplaban el firmamento infinito cuajado de estrellas. La luna les sonreía cómplice.

Salieron del agua. La brisa nocturna los recibió con su toque helado, y Aurora comenzó a tiritar. Hanom recogió la camisola de la arena y se la tendió con suavidad. Ella se cubrió mientras él se alejaba unos pasos, buscando entre los arbustos y los pinos cercanos. Regresó con un puñado de ramas secas y piñas de pino, que pronto transformó en una pequeña hoguera. Las llamas ascendieron con rapidez, colmando el aire con un aroma dulce y resinoso.

Aurora se acurrucó en sus brazos mientras el calor del fuego comenzaba a devolverles el color a sus mejillas y el temblor se desvanecía. Permanecieron en silencio unos minutos, contemplando las llamas que danzaban entre las sombras. Fue ella quien lo rompió, con la voz teñida de incertidumbre.

—¿Qué vamos a hacer? El día de mi boda se acerca.

Él no contestó de inmediato.

—Huyamos —dijo Hanom al fin.

Aurora lo miró un instante, como si sus palabras no fueran sinceras. Luego, con un impulso que brotaba desde lo más profundo de su ser, se abalanzó sobre él y lo cubrió de besos.



Dos horas después, Hanom dejaba a Aurora en su alcoba. Era aún noche cerrada.

Tenía mucho en lo que pensar. Debía planear la escapada; conseguir víveres para varios días y agua fresca. Huirían a pie hacia el interior y embarcarían al otro lado de la isla, donde los españoles apenas tenían vigías. Debía encontrar el lugar adecuado para anclar el *galaide*. No podía arriesgarse a la oposición de don Álvaro. Aprovecharían el ataque de los conjurados para escapar: los soldados estarían demasiado ocupados conteniendo la revuelta como para atender la llamada de la familia Aguilar y Manrique cuando descubriesen que Aurora había desaparecido; eso les proporcionaría unas horas de ventaja adicionales. No había espacio para la indecisión.

Había quedado en pescar con Napu para que lo pusiera al tanto del plan. Tenía unas horas por delante para dejarlo todo listo y unirse esa madrugada a los pescadores de su clan.

Hanom corrió por la playa y después nadó con vigorosas brazadas hacia la entrada de la cueva. Una vez allí, buceó hasta llegar al otro lado y, chorreando agua, se apresuró por las entrañas de la montaña hasta salir a la laguna donde guardaba su embarcación. Saltó a bordo con agilidad y la guio hasta la abertura en la roca, en el extremo opuesto.

Cuando salió a mar abierto, las aguas estaban calmas y la marea aún no había empezado a subir. Con destreza, Hanom condujo el *galaide* hacia aguas más profundas antes de desplegar la vela, tejida

con fibras de pandanus. El viento hinchó la vela y la embarcación se deslizó con velocidad por la superficie oscura. Las primeras luces del alba delinearon los contornos de la costa y Hanom navegó bordeándola, sus ojos fijos en cada cala, cada promontorio y cada rincón que pudiera servir como escondite seguro.

Las olas rompían contra los acantilados cercanos, produciendo un eco que reverberaba como un latido constante. Tras una hora, halló un lugar prometedor: una pequeña bahía oculta entre paredes rocosas, difícil de divisar desde mar abierto. Las aguas allí no estaban tan agitadas como en otras zonas, el fondo era lo bastante profundo para anclar el *galaide* sin riesgo de encallar y para huir fácilmente si los acechaban, y el bosque circundante les brindaba protección.

Ancló la embarcación de forma provisional y descendió para inspeccionar el terreno. Caminó unos metros entre los árboles hasta asegurarse de que no había señales de actividad, ni chamorra ni española. Se sentó bajo la débil sombra de un frondoso nara y repasó mentalmente el plan: Aurora y él cruzarían la isla a pie, siguiendo un sendero que serpenteaba entre montañas y cañaverales. Con suerte, alcanzarían ese refugio antes del amanecer siguiente, y podrían zarpar hacia el horizonte, lejos del alcance de los españoles y de las garras de don Álvaro. Esa noche, dejaría todo listo: debía transportar la carga y esconderla en la ensenada, en alguna de las oquedades profundas de la pared rocosa. Le preocupaba lo pesada que era, y si el *galaide* aguantaría el peso; tal vez debía hacerse con una barca más grande, pero ¿dónde y quién aceptaría el trueque?

Con esa preocupación rondándole la cabeza, regresó a su barco, soltó el ancla y puso rumbo hacia la zona de pesca de los matua, donde solían juntarse los pescadores más experimentados de su clan.

El sol empezaba a clarear en el cielo, volviéndolo transparente. Napu ya lo esperaba, con su red de fibras tejidas y un gesto decidido en el rostro.

—Llegas tarde.

Las barcas dispersas en la anchura azul dejaban surcos de espuma en sus travesías. El ruido de las redes al golpear el agua marcó el comienzo de la pesca, que se desarrolló en un reverencial silencio, roto tan solo por las exclamaciones ocasionales de sus compañeros y algún que otro grito de júbilo cuando capturaban un pez especialmente grande.

Pasaron las horas, y, cuando el sol se elevó en lo alto, las redes ya estaban llenas de emperadores, pargos, salmonetes, jureles y meros. Por último, los pescadores revisaron los *gigao piao*, los corrales de bambú, colocados en los arrecifes poco profundos para atrapar peces durante la marea baja. Napu, satisfecho con el botín, limpió sus manos en el agua salada. Como en ocasiones anteriores, se ayudaron unos a otros a arrastrar las redes hasta la playa.

Napu se arrodilló a su lado y susurró:

—Esta noche es el momento, Hanom. Cientos de nosotros atacaremos el presidio; tenemos armas de fuego. Los soldados no tendrán tiempo de reaccionar. Antes del amanecer, el yugo español habrá terminado.

Se levantó y se alejó en dirección a su hermano Hosep, que venía cargando con las trampas marinas, antes de que Hanom pudiera preguntar los detalles. Lo miró con gravedad, y no pudo evitar un nudo en el estómago. Aunque no simpatizaba con la causa, que la revuelta siguiera adelante era la única oportunidad que tendría de escapar con Aurora. Y, sin embargo, cualquier cosa podía salir mal; era un riesgo que no podía controlar. Su mayor preocupación era que no asaltaran la hacienda, pues estaba demasiado aislada y los trabajadores podían rebelarse contra el amo y cometer atrocidades.

Antes de que cada uno tomara el botín del día y lo llevara hasta el pueblo, Napu volvió a acercarse a él y le entregó un cuchillo largo y afilado, envuelto en hojas de plátano.

—Por si lo necesitas esta noche.

Hanom lo aceptó con un agradecimiento mudo. Las mujeres llegaron con carros tirados por bueyes. Negoció el transporte hasta la hacienda y, después, cargó las cestas en el carro de madera y emprendieron camino; su mente ya trazaba los pasos finales para la

huida. Sabía que no había margen para errores. La noche que se avecinaba decidiría el destino de todos.

Bordearon la casa hasta la entrada de servicio. Hanom dejó una de las cestas a la mujer, como pago por el transporte, y cargó con el pescado hasta la cocina, tal como había prometido a don Álvaro. Las criadas comenzaron a descargar con rapidez, elogiando la generosidad de la pesca. Le ofrecieron desayuno, pero Hanom, con un gesto cordial, se despidió y salió hacia la iglesia.

La brisa de la mañana agitaba los árboles mientras el muchacho corría por el sendero hacia el templo. En la entrada encontró al padre Ezequiel, ocupado con los preparativos para la fiesta de Santa Rosa, que se celebraría en pocos días. Había jóvenes decorando con guirnaldas de flores, y hombres levantando toldos para los festejos. El jesuita se volvió al verlo llegar.

—Hanom, ¿qué noticias traes? —preguntó en voz baja, apartándose unos pasos del bullicio.

Hanom lo siguió a la sombra de un tamarindo cercano.

—Será esta noche, padre. Los conjurados atacarán el presidio cuando caiga la oscuridad. El tumulto se extenderá rápidamente.

El rostro del sacerdote se ensombreció. Asintió quedo. Hanom entendió los sentimientos del religioso: sentía que había fracasado en la conversión, que los chamorros habían fingido la aceptación de una nueva fe que aún no entendían.

—Tengo que hablar con el gobernador.

—Sea discreto —le pidió Hanom—. Si sospechan que alguien habló, podrían adelantar el asalto o cambiar sus planes. Dígale que necesitan refuerzos de otros pueblos para contener a los sublevados; son más de ochenta.

Fray Ezequiel asintió, juntando las manos debajo de los labios.

—Que Dios nos ampare.

—¿Cómo sabremos en la hacienda lo que está pasando? Temo que vengan a saquear la casa —confesó Hanom.

—Tañeré las campanas. Esa será la señal de que no hemos conseguido contenerlos.

El muchacho se despidió. Sabía que el tiempo apremiaba y debía regresar a la hacienda cuanto antes. El propio religioso les daría la

señal para escapar.

De vuelta en la hacienda, encontró a don Álvaro sentado en el jardín trasero, leyendo. El señor de la casa lo miró con curiosidad al verlo llegar apresuradamente.

—Don Álvaro, necesito hablar con usted —dijo Hanom en voz baja, procurando que nadie más escuchara.

—Dime, ¿qué ocurre?

Hanom se acercó más y, sin entrar en detalles, explicó:

—Es necesario que elija a sus hombres de mayor confianza y los mantenga ocupados en el jardín durante el día. Que parezca que forma parte de las labores normales, pero que permanezcan atentos.

—¿Por qué?

—He oído rumores; son graves.

Don Álvaro frunció el ceño, pero asintió con seriedad.

—Entiendo.

—¿Tiene armas de fuego?

—Sí. Llevo dos décadas en la isla, muchacho; sé defender lo que es mío.

Hanom inclinó la cabeza en señal de asentimiento y, sin más, se retiró.

CAPÍTULO 30

Como cualquier otra noche, el presidio permanecía en calma. Los guardias, repartidos entre la muralla y las garitas, mataban las horas con charlas ociosas, juegos de dados y miradas distraídas al inmenso panorama de rumorosas olas negras que rompían contra los acantilados. La brisa revoloteaba aburrida, arrastrando hasta ellos el olor salino del mar. Las lámparas de aceite, colgadas de arandelas de hierro ancladas al muro de piedra, proyectaban un débil resplandor que apenas lograba disipar la oscuridad, de modo que las sombras se alargaban sobre la tierra y el mar. La noche, tranquila y fresca, se deslizaba lentamente.

Cerca de la medianoche, un grupo de mujeres del pueblo apareció frente a las puertas del presidio. Portaban cestas grandes, cubiertas con paños, en su mayoría llenas de comida y vino. Sus faldas eran sencillas pero estaban cuidadosamente arregladas, como si se dirigieran a una celebración improvisada. Se acercaron a las puertas con risas suaves y voces que intentaban sonar despreocupadas, asegurando que traían obsequios para los guardias, en agradecimiento por su servicio.

—¡Ábrannos, muchachos! —clamó una de ellas, una mujer de mediana edad con una sonrisa que intentaba parecer inocente—. Hemos cocinado para ustedes.

Los guardias se miraron, algunos con una sonrisa en la que destellaba la tentación. Las largas horas de vigilancia y la calma de la noche se volvían, de repente, más llevaderas ante la idea de un

poco de vino y comida caliente, pero iba en contra del reglamento abrir los portones sin el consentimiento de un superior, y cuchichearon entre sí, sopesando los riesgos de ser descubiertos.

Las mujeres debieron de presentir su indecisión, porque otra añadió:

—¿Quién se negaría a un buen guiso caliente y vino dulce para alegrar la noche?

Mientras sus compañeros debatían, Soria, uno de los hombres más veteranos del puesto, observó a las mujeres con atención. Entre ellas, reconoció a su suegra, una chamorra conocida por su lengua afilada y su disposición para meterse siempre en problemas. Había tenido varios altercados con ella antes, especialmente cuando se empeñaba en poner a sus hijos en contra de él. Algo no encajaba. Esa mujer nunca traería un obsequio como ese, mucho menos para él, a no ser que estuviera envenenado, pensó. El peso y tamaño de las cestas le pareció sospechoso, y las miradas furtivas que intercambiaban las mujeres no ayudaron a despejar su desconfianza. Esa tarde había recibido el aviso del gobernador de redoblar la vigilancia por si veían algo fuera de lo común, y, sin duda, su suegra obsequiándole comida a medianoche era algo extraordinariamente curioso.

Soria se adelantó un paso y, con voz grave y en tono bajo, se giró hacia sus compañeros.

—Esto no me gusta ni un pelo. Aquí hay algo raro. Me han dado ganas de cagar de los nervios, y mis tripas no me fallan nunca; saben presentir el peligro. —Soria era conocido por sus intuiciones intestinales. Al principio se habían reído de él, pero después de todas las escaramuzas que habían librado juntos, los soldados habían aprendido a respetar sus rarezas—. No se os ocurra abrir el portón. Vigiladlas bien y no perdáis de vista lo que hacen. Yo voy a dar la voz de aviso.

Sin perder tiempo, Soria se dirigió hacia la torre principal, donde algunos de los guardias dormían o descansaban, aguardando su turno de vigilancia. Golpeó la puerta de madera con firmeza.

—¡Despertad! Algo no anda bien en la entrada.

Los hombres se levantaron de inmediato, ajustándose las correas de las espadas, afianzando los puñales y colocándose los espaldares metálicos, por si las cosas se ponían feas. Después, agarraron los arcabuces y corrieron hacia los portones de acceso. Mientras tanto, en la entrada, las mujeres empezaban a inquietarse al ver que la puerta seguía cerrada.

—¿Qué pasa? ¿Nos van a dejar entrar o no? —preguntó una de ellas, notoriamente nerviosa. Su tono agudo traicionaba su impaciencia.

Pero la intervención de Soria había sido atinada. En pocos momentos, los refuerzos llegaron, y la puerta del presidio permaneció infranqueable. Las mujeres, conscientes de que no conseguirían lo que deseaban, comenzaron a murmurar entre dientes, frustradas, y, sin decir más palabra, retrocedieron despacio. Minutos después, desaparecieron en la oscuridad de la noche, perdiéndose entre las sombras del pueblo.

Una hora más tarde, tras el fallido intento de asaltar el presidio, los conjurados se reagrupaban. Aunque el primer plan había fracasado, la determinación seguía ardiendo en sus corazones. Toca se negaba a aceptar una derrota sin haber siquiera librado batalla. Reunidos en lo profundo del bosque, ocultos por el manto de la noche, se apresuraron a trazar una nueva estrategia, conscientes de que el tiempo corría en su contra. Solo les quedaba una alternativa: los jesuitas.

Armados con antorchas y armas, marcharon con paso firme hacia la iglesia, el único lugar en el pueblo donde podrían encontrar refugio y, al mismo tiempo, hacer oír sus voces. Llevaban un manifiesto donde habían escrito sus exigencias. Sabían que la iglesia era un símbolo de poder, un centro que no solo representaba la religión, sino también la autoridad colonial. Los militares cederían ante la voluntad de los jesuitas, pues el temor reverente a su dios doblegaría su voluntad. O eso les llevaban inculcando los religiosos desde que pusieron un pie en las islas.

Al llegar, forzaron con brusquedad las grandes puertas de madera, las cuales cedieron fácilmente, ya que no estaban atrancadas. Una vez dentro, cerraron tras de sí y las aseguraron con

los maderos. Los más de ochenta hombres se dispersaron por el templo y Toca los organizó: mandó a unos cuantos en busca de los hermanos, que dormían en dependencias contiguas a la iglesia; estos regresaron a los pocos minutos con los religiosos, a los que habían sacado de sus lechos, con rotundidad pero con respeto, y habían escoltado hasta la capilla. Otros, mientras tanto, vigilaban los ventanucos, y otros tantos, las puertas de acceso.

Los rostros de los jesuitas no mostraban sorpresa, pues fray Ezequiel los había puesto al corriente de lo que se estaba gestando a sus espaldas. Aunque había propuesto que se marcharan a un lugar más seguro, o incluso que se refugiaran durante la noche en el presidio, el padre Ignacio se había mantenido inflexible: su lugar estaba junto a sus feligreses, los fieles y los rebeldes, y el martirio, si acontecía, sería una gracia de Dios. Era un riesgo con el que contaban desde que habían ingresado en la orden, había dicho, dando por zanjada la cuestión.

—¿Qué es este alboroto a estas horas? —preguntó el anciano cura.

—¡Queremos recuperar nuestros derechos, los que nos otorgó la Madre Naturaleza! —vociferó Toca—. Estas son nuestras exigencias. —Le entregó el manifiesto—. Queremos que se lo haga llegar al gobernador y que este mande la respuesta de inmediato. De lo contrario, todos moriréis esta noche.

—Hijo mío, deja de decir barbaridades. Nuestro pueblos son ahora uno, unidos por la fe en Nuestro Señor Jesucristo. Idos a casa y olvidaremos que nos habéis despertado en mitad de la noche.

Toca se acercó y, con la mano vuelta, golpeó al padre Ignacio en el rostro. El sacerdote cayó al suelo. Sus hermanos corrieron a socorrerlo.

—No es necesario emplear la violencia —intervino fray Ezequiel.

—¡Agaña es chamorro! —gritó Toca, y el resto de los sublevados lo secundaron, alzando las armas al aire.

Los gritos de los conjurados se mezclaron con el sonido de las campanas, que empezaron a doblar desordenadamente, tocadas por manos temblorosas pero urgentes, en ese instante. El repiqueteo reverberó por las calles polvorientas del pueblo, rompiendo el

silencio de la madrugada, señal clara para todo el pueblo de que algo grave ocurría. El sonido de las campanas, que habitualmente marcaba el ritmo del día y la vida religiosa, ahora era un eco de alarma, un llanto desesperado.

Toca hizo un gesto a Napu y a Hosep para que fueran a comprobar quién había tirado de la cuerda de las campanas.

—Yo mismo le llevaré el manifiesto al gobernador —afirmó el padre Ezequiel.

—Por el bien de sus hermanos, espero que regrese pronto con la respuesta —amenazó Toca.

Mientras tanto, en el despacho del gobernador circulaba ya la noticia del asalto a la iglesia. En pocos minutos se congregaron en la sala los oficiales; en sus caras se reflejaba la gravedad de la situación. El padre Ezequiel irrumpió en el lugar e hizo entrega del documento en el que los sublevados exponían sus exigencias. El gobernador lo leyó con rapidez, lo estrujó en un puño y, sin perder tiempo, dio la orden de que un mensajero partiera hacia Punta Orote, donde se apostaban el capitán Garrido y su destacamento de soldados.

—Ve tan rápido como puedas y regresa con el destacamento al completo —ordenó el gobernador, su rostro endurecido por la preocupación.

El mensajero partió de inmediato hacia Apra.

Al tiempo, en la iglesia, los conjurados seguían haciendo oír sus demandas. Las campanas dejaron de sonar. En el presidio, los guardias reforzaron sus posiciones, preparándose para lo que, sabían, podría ser el comienzo de una batalla. Pero aún no estaba claro si los refuerzos llegarían a tiempo o si los conjurados lograrían tomar el control del pueblo antes de que alguien pudiera hacerles frente.



En la hacienda de los Aguilar y Manrique, Aurora se había mantenido alerta toda la noche, y cuando por fin las campanas tocaron a rebato, entendió que la revuelta había comenzado y que era el momento de huir. Hanom le había explicado que esa sería la señal y habían acordado encontrarse en las cocinas. Con el revuelo y la incertidumbre, a sus familiares les costaría reparar en su desaparición.

La familia y los sirvientes se despertaron sobresaltados por las campanadas. Don Álvaro corrió a dar instrucciones a los criados y a los hombres a los que había seleccionado para proteger la casa, y los distribuyó por las estancias apostando dos en cada ventana. Aurora oyó sus gritos cuando salió al pasillo, donde escuchó el llanto de Elvirita y los murmullos de doña Sagrario intentando tranquilizarla. Le dio un beso en la mejilla a su hermanita, quien pareció calmarse al verla; el beso era de despedida, y Aurora no pudo evitar que se le escapara una lágrima. Le pidió a su dueña que fuera a la habitación de doña Agustina con la pequeña.

—¿Qué crees que está pasando? —preguntó Juana con cara de susto, saliendo al pasillo también.

—No lo sé. Ve con ellas y quédate ahí; yo voy a buscar a padre.

Y, sin más, Aurora bajó los escalones a la carrera. Hanom la esperaba en el punto acordado. Juntos, se escabulleron de la casa por la puerta trasera, donde los árboles y las sombras de la noche les ofrecían cobertura. Aurora sentía una intensa tristeza por no haber dado un último abrazo a su padre; lo echaría mucho de menos, pero sabía que era ahora o nunca. Solo tendría esa oportunidad y no podía desperdiciarla. Con las mejillas bañadas en lágrimas, corrió, de la mano de Hanom, a campo través hacia la zona boscosa. En el camino, se paró un instante y miró atrás, hacia el hogar que abandonaba, hacia todos aquellos a los que amaba y no volvería a ver.

—¿Estás segura? —preguntó Hanom.

—Sí, vamos.

Cruzaron el camino y se adentraron en la espesura.



El capitán Garrido, acompañado de su escolta de tres soldados, encontró al mensajero del gobernador cuando este salía de la villa. Lo informó de lo que estaba ocurriendo. El jinete continuó camino a Apra para dar cuenta del suceso al destacamento, mientras que Garrido galopó con una vehemente preocupación hacia la hacienda. Había sentido el impulso de darle una sorpresa a Aurora; estaban a pocos días de la boda y se sentía intranquilo, a punto de rozar el escalafón al que siempre había aspirado. Deseaba a esa mocosa arrogante con todas las fibras de su ser, y la espera le estaba resultando insoportable. A galope tendido, la distancia entre Punta Orote y Agaña se recorría en apenas una hora y media. El tiempo transcurría con una lentitud exasperante en su punto de vigilancia, por lo que pensó que podría visitar a su prometida al alba y regresar una hora después. Se llevó una escolta por si le salía algún bandido por el camino.

Cuando enfiló el sendero de tierra que conducía a la casa, distinguió dos figuras corriendo a pocas varas de él y adentrándose en el bosque; por un instante, le pareció que una de ellas era una mujer. Un mal presentimiento lo sacudió y, sin dudarlo, espoleó a su caballo, iniciando la persecución. Al alcanzarlos en un claro, la luna iluminó el rostro de Aurora, que echó la vista atrás, alertada por el ruido de cascos de caballo. Hanom se posicionó frente a ella para protegerla. Garrido, sin detenerse, desenvainó su espada, se inclinó hacia un lado y, con la empuñadura, cargó contra Hanom, a quien asestó un golpe que lo derribó en el suelo con un gruñido de dolor.

Garrido ordenó a sus hombres que levantaran el cuerpo inerte de Hanom y lo llevaran al presidio como prisionero. Acto seguido, se volvió hacia Aurora, quien temblaba de miedo y rabia.

—Tú vienes conmigo —dijo él con frialdad.

Montándola en su caballo, Garrido la escoltó hasta la hacienda. Con rudeza, la bajó del animal y cargó con ella en brazos, mientras Aurora pataleaba e intentaba morderlo, hasta su alcoba. La lanzó en el lecho y la encerró bajo llave.

—Aquí te quedarás hasta que todo esto termine. Vamos a tener más que palabras.

Aurora rompió a llorar con desesperación contra la almohada.



El capitán Garrido desmontó frente a la iglesia con expresión imperturbable, ajustando su espada al cinto mientras evaluaba la situación. El sargento mayor, José Quiroga, se encontraba en la plaza con algunos hombres para contener a las mujeres que habían salido de sus chozas a defender a sus maridos e hijos. El padre Ezequiel estaba con don José, esperando a que este lo autorizase a regresar al interior del templo junto a sus hermanos, con la respuesta al manifiesto de los sublevados.

El capitán se puso a las órdenes de su superior y se ofreció para intentar acceder a la iglesia y sorprender al cabecilla de los conjurados. Don José ordenó que un grupo se apostara en las salidas principales, por si decidían salir y atacar, y él, Garrido, con sus hombres, entraría por la puerta lateral para sorprender a los sublevados. El padre Ezequiel recomendó el acceso menos concurrido, del que él tenía llave.

Con sigilo, Garrido empujó la chirriante puerta secundaria y se internó en el edificio con pasos cautelosos, seguido de sus hombres. El joven jesuita los guio por un pasillo hasta una segunda puerta, que daba a una de las paredes de la nave y que quedaba disimulada por un confesionario de madera.

El interior de la iglesia estaba sumido en el caos. Antorchas iluminaban de manera desigual las caras tensas de los conjurados,

que coreaban sus demandas frente al altar, con voces transidas de desesperación y desafío. Garrido vio a un hombre corpulento gesticulando enérgicamente, alentando a los demás a resistir.

—Ese es el líder —susurró fray Ezequiel.

Garrido avanzó, escudado por las sombras, mientras sus soldados tomaban posiciones estratégicas. De pronto, el capitán alzó el arcabuz y disparó, dando de lleno a Toca en el pecho. El grito de sorpresa de este se apagó mientras caía al suelo.

La reacción de los conjurados no se hizo esperar. Algunos arremetieron contra Garrido, pero los soldados reaccionaron disparando a su vez. Una breve pero intensa escaramuza estalló dentro del templo: gritos, el choque de acero contra madera, disparos, olor a pólvora y a sangre fresca, el eco de las súplicas de los jesuitas resonando contra los muros sagrados. Uno de los sublevados trató de apuñalar al capitán, pero Garrido lo esquivó hábilmente y le asestó un contundente golpe con el pomo de su espada. Otro de los soldados enfrentó a tres conjurados a la vez, y logró inmovilizarlos con la ayuda de sus compañeros. Mientras tanto, los que aún podían moverse corrían hacia las salidas, solo para ser interceptados por los hombres de José Quiroga, que aguardaban fuera.

En cuestión de minutos, la iglesia se llenó de gemidos, órdenes de los soldados y lamentos de los prisioneros. Una veintena de hombres fueron capturados, sus manos, atadas con cuerdas, y después trasladados al presidio. El suelo del templo estaba salpicado con los restos de la breve batalla: astillas de madera, jirones de tela, charcos de sangre y las antorchas rendidas de los conjurados, algunas aún encendidas.

Garrido permaneció de pie junto al altar, con la espada todavía manchada de sangre, escudriñando cada rincón. Su mirada era fría, calculadora; el orden había sido restaurado, pero sabía que el eco de esa revuelta no se apagaría tan fácilmente. El capitán ya pensaba en los próximos pasos, consciente de que debía sofocar cualquier chispa antes de que prendiera un incendio mayor. Pero eso sería después; él ahora tenía otra batalla que librar, y no tendría piedad con la mujer que había intentado traicionarlo. Y al vil miserable que

había osado tocar lo que era suyo le esperaba el mismo final que a esos malnacidos.

El padre Ezequiel se le acercó cuando Garrido estaba a punto de salir de la iglesia.

—Es usted un sádico, capitán. Hemos venido a evangelizarlos, no a exterminarlos. Es una misión jesuita, por tanto la autoridad militar en esta tierra está supeditada a la religiosa. No debería haber disparado a matar.

—Siga así, padre, y terminará sus días como San Vitores.

—Si esa es la voluntad de Dios, la acepto gustoso. El martirio es un honor, capitán.

—Lo que usted diga.

Sin dilación, se formó un proceso de guerra en el que los sublevados confesaron sus intenciones. El juicio fue sumario: se condenó a muerte a los veinte arrestados, sentenciándolos a ser arcabuceados al amanecer.

Cuando el sol despuntó, los condenados fueron conducidos a la playa y, allí, los soldados amarraron a los primeros diez rebeldes a los troncos de palma clavados en la arena. El padre Ignacio les administró el viático, les dio la absolución y, después, se apartó.

Fray Ezequiel pensó que sufría visiones cuando reconoció a Hanom entre ellos.

CAPÍTULO 31



Tasi

Bahía de Tumón, Guam,
año 2000

Estaba siendo un día muy intenso. Yo me moría de hambre y tenía muchas ganas de hablar con Inés de lo que acababa de suceder, pero, al llegar al hotel, un hombre chamorro la esperaba en el vestíbulo; por lo visto, habían quedado para almorzar. Sentí una fuerte impresión al verlo, pero en un primer momento lo achaqué al hambre, porque se me instaló un dolor agudo en la boca del estómago. Él sonreía mostrando unos dientes muy blancos, por contraste con su tez morena. Era mayor, más o menos de la edad de Inés, calculé, pero su piel estaba más curtida que la de mi empleadora y ahora amiga, seguramente debido al intenso sol de Guam y porque no se cuidaría como lo hacía ella.

Inés propuso subir al restaurante. La sentí tensa, casi nerviosa, aunque el hombre tenía una expresión afable y mantuvo la sonrisa

mientras caminábamos hacia el ascensor. Una vez dentro, ninguno habló; yo los observaba esperando a que alguien dijera algo. Inés tenía la vista fija en los zapatos; él, por su parte, la miraba con una intensidad que me subió los colores, y eso que yo no era el foco de su atención.

Solo cuando nos hubieron dado una mesa junto al ventanal y nos sentamos, él rompió el silencio.

—¿No me vas a preguntar? —preguntó a Inés.

—¿El qué?

—Mi nombre.

—¿No me lo has dicho ya?

—No.

—¡Qué descuido! Perdona. Serán las emociones de la mañana. Acabamos de hacer un viaje en helicóptero y aún estoy impresionada. La isla es preciosa desde las alturas. Además, ha sido una grata sorpresa encontrarte. No sabía si aceptarías.

—¿Por qué no habría de aceptar, Inés?

—No sé, porque no nos conocemos.

—Sí, nos conocemos.

—Bueno, sí. Pero no tanto. ¿Acaso recibes muchas invitaciones de turistas?

—De vez en cuando, pero esta ha sido la más especial.

Yo observaba el intercambio como si se tratase de un partido de tenis. De ella a él, de él a ella.

El camarero llegó, sirvió el agua de cortesía y repartió los menús; después recitó los platos del día y se fue a atender otras mesas mientras nos tomábamos unos minutos para decidir. Disimuladamente, mientras recorría las deliciosas propuestas de la carta, miré con más atención al visitante, y me di cuenta de que su cara me resultaba conocida, aunque no conseguía recordar dónde lo había visto con anterioridad.

—Yo soy Tasi; Inés está un poco lenta esta mañana. ¿Y usted? —le pregunté a él, mirándola a ella, quien se puso roja como una granada. La situación era un poco rara, pero Inés tenía sus cosillas y yo ya me iba acostumbrando.

—Hola, Tasi. Me llamo Kaito.

—Kaito —repitió mi amiga—. No lo había oído nunca.

—Mi padre era japonés, originario de Okinawa. Llegó a la isla a finales de siglo, un par de años antes de la invasión americana, y se casó con una local. Murió antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, por lo que no le tocó combatir contra sus compatriotas —explicó, para que nos quedara claro que no era descendiente de los japoneses que habían cometido tantas atrocidades en la región.

—Me imagino que fueron años duros —comenté.

—Mi familia no lo pasó tan mal durante esos años terribles gracias a nuestro mestizaje, aunque no se nos nota mucho. Tenemos más de chamorro que de japonés.

—Kaito, su cara me suena mucho, ¿nos conocemos de algo? —inquirí.

Él soltó una carcajada divertida.

—Bailó en la danza cuando fuimos al pueblo chamorro; es el jefe de la tribu —explicó Inés.

—Ah, es cierto, el que recitó una especie de poema, ¿verdad? —Él asintió—. Será de eso, entonces. —Y, sin embargo, no sabía por qué, había algo más en él que me resultaba conocido. Tal vez se parecía a alguien, recapacité. No, más que su cara, lo que me sonaba era su voz. Tenía una tonalidad especial, que yo no sabría describir, pero que me producía una extraña familiaridad.

El camarero regresó y Kaito nos ofreció pedir los platos más auténticos, para que probáramos un poco de todo. Le dimos el gusto, aunque Inés y yo ya le habíamos dado la vuelta a la carta unas cuantas veces desde nuestra llegada.

—¿Hace algo más aparte de bailar? —pregunté.

—¿Quieres saber a qué me dedico?

—Sí, eso.

—Somos una gran familia y regentamos varios de los negocios en Chamorro Village: el restaurante, la escuela de artes chamorras, joyerías, tiendas de suvenires… y varios establecimientos parecidos en otras zonas de la ciudad.

—Debe de ser el mejor partido de la isla. ¿Está soltero? —bromeé.

—Soy viudo.

—Anda, como Inés, entonces.

Ella seguía muda, ¿qué le pasaba, que no decía nada? Cruzaron una mirada y, en ese momento, sonó mi móvil. Miré la pantalla y solté un bufido. Era mi madre.

—No seas mala; se preocupa por ti —me regañó Inés.

—Vale, vale, ya lo cojo. Vuelvo enseguida.

Me levanté y me alejé hacia la entrada del restaurante.

—Mamá.

—Tasi, hija. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—¿Estás disfrutando?

—Como nunca, la verdad.

—Podrías haberme mandado algún mensaje. Si no fuera por Laura, no sabría nada de ti.

—Y por Inés, querrás decir.

—Te lo ha contado.

—Era muy obvio que a ella no se le podía haber ocurrido semejante idea. Enseguida deduje que habíais hablado.

—Menos mal que ya tienes saldo. Inés ha sido más considerada que tú.

—¿Me llamas para regañarme?

—No, hija. Estoy preocupada. ¿Estás durmiendo?

—A pierna suelta.

—No me mientas.

—Mamá, soy adulta y puedo enfrentarme a mis propios problemas.

—Lo sé, cariño, lo sé, pero no tienes que hacerlo sola. Sabes que te quiero, y solo deseo lo mejor para ti.

—Lo sé, mamá. La llamada te va a salir un ojo de la cara; anda, cuelga ya. Prometo mandarte mensajes para contarte cómo va todo.

—¿Vais a tardar mucho en volver?

—La verdad es que no lo hemos hablado. Ya sabes que estoy trabajando de dama de compañía, como lo llama Inés, así que supongo que será cuando ella se canse del sol y el mar turquesa. ¿Tú… estás bien? —Me costaba ser amable, demostrarle que la quería. ¿Cuándo superaría el resentimiento que albergaba hacia ella?

Me seguía dañando; me mantenía anclada al pasado, a ese periodo horrible de miedos e incertidumbre. Quería dejarlo atrás, pero algo dentro de mí se resistía a hacerlo.

—Sí, cariño, como siempre. Te echo de menos, Tasi.

—Yo a ti también —mentí, y me dio pena porque no se merecía mi indiferencia—. Bueno, cuelga ya.

—Vale, cariño. Cuídate.

—Adiós, mamá.

En cuanto colgué, miré hacia la mesa y vi que por fin Inés se había atrevido a hablar; justo en ese instante, Kaito deslizaba la mano y la apoyaba sobre la de ella. Tuve la certeza de que algo especial empezaba para mi amiga y no quise arruinarlo con mi presencia, así que le pedí al camarero que, cuando mi comida estuviera lista, me la subiera a la habitación y les dijera a mis amigos que me había surgido un imprevisto.

Una vez en la habitación, salí al balcón y me senté contra las puertas de cristal, en mi asiento acostumbrado. Cerré los ojos y repasé en mi mente el increíble *tour* en helicóptero y las sensaciones únicas que me había producido. Me sentía eufórica. Además, pensar en ese piloto increíblemente atractivo, que empezaba a volverme loca, hacía que se me secara la lengua y me encendiera por dentro. Que Nick hubiera facilitado mi experiencia lo había convertido en una persona muy importante en mi vida, puesto que no solo me había ayudado a emprender algo impensable para mí antes de ese viaje a las Marianas (el vértigo nunca me había permitido realizar ninguna actividad que implicara grandes alturas), sino que, además, sobrevolar la línea de la costa de esa preciosa isla había confirmado mi intuición.

El precipicio era real, y mis pesadillas tenían un origen tangible; misterioso e indescifrable, sí, pero real, y yo podía enfrentarme a ello. Mi cordura ya no estaba en juego: a mi mente no le pasaba nada malo, mis terrores no eran producto de mi imaginación tortuosa y enferma. De alguna manera que no alcanzaba a comprender, alguien me estaba transmitiendo un mensaje. Y esa idea, esa hipótesis empezaba a cobrar forma en mi mente: estaba captando las imágenes de alguien más, la experiencia de otra

persona y sus señales de auxilio, como si se materializaran en mis sueños. ¿Y si alguien en esa isla se encontraba en un aprieto y estaba clamando ayuda al infinito?

Me había resistido a quedar con Nick a solas. Pese a que me lo había propuesto un par de veces, lo había esquivado con elegancia; sentía que perdía el control de mis emociones cuando lo tenía cerca, pero descubrir la existencia del precipicio gracias a él lo había cambiado todo dentro de mi ser. Me sentía más segura de mi propia mente y estaba preparada para arriesgar también mi corazón.

Seguí dándole vueltas al asunto mientras contemplaba la inmensidad del océano, hasta que escuché mi nombre. Ese sonido que me llegaba siempre como un golpe de viento y que, por alguna razón, creía que provenía de los abisales del océano, y que escuchaba cuando estaba a solas con él, como si supiera que yo estaba mirándolo y me devolviese la deferencia pronunciando mi nombre. Hasta antes de llegar a Guam, siempre había considerado el mar de mi pueblito costero una entidad masculina, poderosa, cuya bravura podía destrozar con un tsunami kilómetros de vida o hundir un transatlántico: ese mar tan bello como traicionero que se había tragado a mi abuelo. Y, sin embargo, la voz que pronunciaba mi nombre desde aquellas profundidades azules era de mujer. El océano era una mujer.



Varias horas después, Inés me encontró en la misma posición, en una especie de trance. Se sentó a mi lado en su respectiva butaca y soltó un suspiro. Me giré para mirarla.

—Me vas a contar qué está pasando con Kaito.

—No estoy segura de lo que está pasando, pero, sea lo que sea, no me lo esperaba. Es algo del todo imprevisto.

—¿Quieres decir que te estás enamorando?

—A mis años… imposible. —Reforzó la afirmación negando con la cabeza.

—¿Qué tienen que ver los años? Tu corazón sigue latiendo. ¿Y si es el hombre de tu vida y vives una historia de amor increíble?

—Ay, no sé, es todo tan… tan intenso, y raro a la vez. Es como si lo conociera y, al mismo tiempo, no. Siento unos nervios ridículos, porque es como si él me conociera a mí, y de hecho dice que me conoce sin conocerme, y yo también tengo la sensación de que lo conozco sin conocerlo. ¿Me explico?

—No muy bien, no. No entiendo nada. Pero supongo que querrás volver a verlo.

—Hemos quedado para mañana por la noche.

—Ahá. Entonces, tengo razón. Una cena son palabras mayores.

Inés se mordió el labio y se agarró las manos, nerviosa.

—Hay algo que no me estás contando, Inés.

—Eres muy perceptiva. Por ahora, prefiero guardármelo para mí, si no te importa. Es todo muy nuevo y necesito ir armando el rompecabezas yo sola.

—Vale, lo entiendo, pero luego no me preguntes por tu sobrino. Al menos, a no ser que estés dispuesta a intercambiar información.

—Así que hay algo que contar… —dijo con una espléndida sonrisa.

—No sé de qué me hablas.

—Está bien, me lo merezco.

Nos quedamos en silencio un rato. El sol estaba ya bajo sobre la línea del horizonte, un disco de oro perfecto, y el cielo empezaba a pintarse de tonos rosas y naranjas.

—Por cierto, y cambiando de tema: Carlos me ha mandado un mensaje. Su primo, junto con el resto de la tripulación del Proyecto Pilar, estará en tierra al anochecer, y nos ha invitado a cenar con ellos. Si no estás muy cansada, podríamos ir. ¿Qué opinas?

—Que estoy deseando que me cuenten todos los secretos sobre el galeón hundido. ¿Lo habrán encontrado?

—Supongo que, de haberlo hecho, lo sabríamos ya. La prensa debe de estar muy atenta con respecto al hallazgo.

—Tienes razón, pero igualmente es emocionante. —Me puse en pie y me estiré con un sonoro gruñido; llevaba varias horas en la misma posición, mirando el vaivén de las olas y rumiando las últimas horas de aventura, y estaba entumecida—. Creo que voy a bajar a nadar un rato.

Inés quería descansar, así que nos despedimos hasta la hora en la que Carlos pasaría a buscarnos y me fui en busca del abrazo de las aguas turquesas de la bahía.

CAPÍTULO 32

El lugar elegido era un bar playero con música *reggae* y un ambientazo increíble. Según Carlos, la tripulación se hospedaba en un hostal cercano y ese era como su cuartel general. Cuando no se hallaban en inmersiones o en el catamarán de quince metros de eslora que permanecía atracado en el puerto de Apra, estaban ahí, con las mesas cubiertas de mapas, estudiando la cartografía marina palmo a palmo. Aunque contaban con tecnología punta y ordenadores, había un encanto especial en estudiar el mapa físico y contrastar las imágenes y estimaciones que proporcionaba el *software* que manejaban, explicó nuestro guía. Cuando llegamos, estaban en plena discusión; parecían discrepar con respecto a dónde continuar la búsqueda, charla que interrumpieron cuando nos vieron acercarnos.

El primo de Carlos, Joel, de apariencia muy parecida, pero más esbelto y unos diez años más joven que él, nos presentó a los demás. Eran todos hombres, excepto una mujer. En total, ocho buceadores, entre los que se encontraba Joel; Rob, Alan y Paul eran los veteranos; los tres debían de rondar entre los cuarenta y cinco y los cincuenta y pico años. Del resto, no me quedé con los nombres. Ella, Soledad, era mexicana e historiadora, y también quien había encontrado el archivo original, el informe del naufragio, de seiscientas páginas, y lo había traducido. Era también submarinista; todos los miembros del equipo lo eran, en realidad, aunque solo los buceadores contratados rastreaban el fondo marino. Los demás

asistían desde el catamarán y vigilaban cualquier vestigio en las imágenes que transmitían las pantallas en la sala de control, y después, cuando encontraban algún objeto, realizaban la clasificación arqueológica.

Poco después de pedir las cervezas, llegaron los familiares de Joel y Carlos, y el ambiente se avivó aún más con el reencuentro. Terminamos en una mesa larguísima llena de gente, mientras los niños correteaban por la playa. Me encantó la viveza de los chamorros, y verlos tan unidos y tan alegres volvió a despertar en mí el deseo de formar una familia grande con muchos hijos algún día.

Inés y yo nos sentamos frente a Paul y Alan.

—Hemos leído que lleváis unos meses con la búsqueda —comentó ella.

—Esta segunda vez, sí, pero Paul y yo comenzamos la búsqueda del *Pilar* en el 92, así que la obsesión ya va para ocho años —dijo Rob, el líder, con una carcajada. Estaba sentado un poco más allá—. El primer año de expedición encontramos un medallón de bronce con grabados de san Francisco de Asís, el cual perteneció a uno de los misioneros que viajaban en el barco, y eso nos infundió esperanza para seguir, ¿verdad, Paul?

—Fue un gran día aquel —contestó su socio.

—¿Qué más habéis encontrado? —pregunté.

Esa vez fue Alan quien contestó:

—Unas dos mil monedas, piezas de vajilla y enseres varios. Creemos que todos pertenecieron al galeón, pero no podemos estar seguros a ciencia cierta hasta que no demos con él.

—Estamos muy cerca —insistió Rob.

Me agradó su confianza. Era una cualidad necesaria en un líder el saber mantener la esperanza y manejar la frustración que, imaginaba, sentían los buceadores cada día cuando emergían, después de horas bajo el agua sin encontrarlo.

—Pero el océano es inmenso, ¿cómo puede estar seguro? —indagó Inés.

—Estamos trabajando en un kilómetro cuadrado, ya que todo apunta al espacio cercano al arrecife de Cocos. Desde que Soledad

se incorporó al proyecto, nos ha ayudado a reconducir nuestro foco, y desde que empezamos con esta segunda fase de búsqueda, los resultados están siendo muy prometedores. Estimamos que aún falta por recuperar un millón y medio de monedas, unos seiscientos cofres del botín que se hundió en el fondo marino.

—Guau, es un gran tesoro, sin duda —comenté.

—¿Sois españolas? —preguntó Paul.

—Sí. Nos delata el acento, ¿verdad? —dijo Inés.

—Y la simpatía —apostilló Paul, en español.

—¿Cómo es que hablas nuestro idioma? —me interesé.

—Llevo décadas viajando a España. De adolescente, veraneaba con mis padres en el sur, y desde que me gradué como arqueólogo marino he regresado constantemente a realizar inmersiones, muchas de ellas con estos dos. —Señaló a Alan y a Rob.

—Yo crecí en un pueblo pesquero, donde mi abuela regentaba un chiringuito en la playa. Nunca he sido tan feliz como en esa época —dije, nostálgica.

—¿Cómo se llama? Tal vez lo conocemos —preguntó Alan.

—No creo, es muy pequeño. Se llama Rocablanca.

—Claro que sí. Esa zona es en una de las que más hemos buceado en España —repuso Alan.

—Sí, la conocemos bien —confirmó Paul, mirándome a los ojos. Después bebió un sorbo de cerveza.

—Creo que vuestro trabajo es muy emocionante, un sueño imposible —alabé.

—Todo es posible. —Rob sonrió.

—Muy pocos son capaces de seguir la vocación de convertirse en arqueólogos marinos, como vosotros —insistí.

—Nunca es tarde para hacer lo que a uno le apasiona —apuntó Paul, y parecía que hablaba por experiencia. Me dije que, si tenía oportunidad, le preguntaría. Luego, mirándome a los ojos de nuevo, añadió—: No es tarde para ti tampoco si es lo que te gustaría hacer.

Se me aguaron los ojos, pero me repuse rápido.

—Supongo.

—¿A qué te dedicas, Tasi? —preguntó él.

—Estudié Farmacia. —No quería entrar en detalles. Aún escocía un poco, si bien tenía que admitir que estaba más tranquila tras las últimas semanas de mi vida. Salir de España y de mi estado de victimismo estaba sanando mi orgullo herido—. En estos momentos, soy la dama de compañía de Inés —las dos intercambiamos una sonrisa; ya no me daba vergüenza decirlo, pues estaba encantada de serlo—, mientras decido qué quiero hacer con mi vida.

—Eres una excelente compañía. Lo estamos pasando en grande —celebró mi amiga.

Paul cuchicheó en el oído de Rob y este asintió.

—¿Qué te parecería acompañarnos en una inmersión? —preguntó Paul.

Di un salto en la silla.

—i¿Lo dices en serio?! Me encantaría.

—Debo advertirte que a veces transcurren horas sin que suceda nada. El mar se puede volver monótono.

—No me importa. Sería un honor para mí formar parte de vuestro proyecto por un día. Muchísimas gracias por la invitación.

—Inés, usted también está invitada.

—No se te ocurra volver a tratarme de usted, que soy una chavalita aún —protestó ella con una sonrisa—. Gracias, Paul, pero voy a declinar la propuesta. Tengo otros planes para estos días —dijo, enigmática, aunque las dos sabíamos que era a Kaito a quien tenía en mente.

La velada continuó con platos de parrillada y abundante cerveza para la expedición del *Pilar*, de la que empezaba a sentirme parte aunque solo fuera por compartir unas horas de charla sobre sus hallazgos y sus sueños de encontrar el galeón.

La noche terminó cuando los truenos nos avisaron de que llegaba la lluvia y la radio portátil NOAA que tenían sobre la mesa avisó a los submarinistas de la alerta meteorológica y las coordenadas exactas de la tormenta. Los buscas recibieron sendas notificaciones. Ellos ya lo habían previsto y, por eso, habían decidido quedarse en tierra por si se cumplían los pronósticos que la radio llevaba emitiendo las últimas treinta y seis horas. Me maravilló el avanzado nivel tecnológico que manejaban; tal y como habíamos leído en el artículo sobre el proyecto, contaban con equipos punteros de rastreo, y supuse que estar al día de los cambios climatológicos era también muy importante, porque podía suponer una catástrofe verse a merced de un temporal.

Compartimos los números de teléfono y Paul quedó en avisarme cuando estuvieran listos para levar ancla y retomar la búsqueda.

Llovió durante tres días, a intervalos intensos, y aunque yo estaba deseando unirme a la expedición, había también algo mágico en sentir la isla en ese estado: el viento huracanado, las enormes olas, la vegetación más viva, olorosa y vibrante. Como no había mucho que hacer para entretenerse, salvo comer, dormir y contemplar el océano, en la tienda de suvenires compré un cuaderno y me dediqué a plasmar mis impresiones acerca del viaje. Nunca había escrito un diario. Mi madre me había regalado uno para mi catorce cumpleaños, pensando que me ayudaría con las pesadillas. Lo empecé un par de veces; escribí alguna cosa sobre cuánto odiaba esa ciudad tan maloliente y ruidosa, de tráfico estridente y gente apresurada y maleducada, pero me daba tanta vergüenza releer lo que había escrito que arranqué las páginas y las hice pedazos. Casi me daba más consuelo romper el papel que escribir, así que dejé de hacer lo segundo y guardé el diario en un cajón. Allí debía de seguir, porque nunca más me volví a acordar de él.

A pesar del temporal, no vi mucho a Inés durante esos días. Su relación con Kaito parecía cobrar fuerza, y él pasaba a buscarla temprano. Ella seguía sin querer compartir conmigo lo que estaba sucediendo, por lo que me moría de ganas de saber. Siempre me habían gustado las historias de amor, sobre todo las que florecen de

forma inesperada y tienen el impacto suficiente para desbaratar una vida y darle un rumbo imprevisto.

Estaba garabateando en mi cuaderno, sentada en el café situado en el vestíbulo del hotel, cuando alguien se paró frente a mí y proyectó su sombra sobre mis letras. Al alzar la cabeza, me topé con los ojazos azules y la sonrisa con hoyuelos de Nick.

—Mi tía me ha dicho que debes de estar muy aburrida.

—¿Parezco aburrida? —dije, risueña.

—La verdad es que no. Me voy, entonces. —Se dio media vuelta e hizo amago de marcharse.

—¡Nick!

Soltó una carcajada y regresó sobre sus pasos.

—Hace un tiempo horrible. Venía a invitarte al cine.

—Sí, por favor. Inés me ha abandonado y, como siga así, voy a escribir *Guerra y paz*. Lo empecé hace dos días y estoy a punto de acabarlo —dije, enseñándole las pocas páginas libres que le quedaban al cuaderno.

—¿Y voy a poder leerlo?

—Absolutamente, no. Contiene mis más oscuros secretos. En cuanto lo termine, lo lanzo al océano para que los sepulte.

—Suena de lo más evocador. Tendré que bucear hondo para descubrirlos.

Me puse roja por lo que sus palabras significaban y él volvió a reírse.

—Siéntate y tomate un café mientras subo un momento a la habitación a por mi bolso.

Cuando bajé, un rato después, cambiada de ropa y ligeramente maquillada, Nick fue a por el coche. Observé su figura imponente mientras se alejaba hacia el aparcamiento. Minutos después, me paré frente a las puertas del hotel, y el botones sujetó un enorme paraguas sobre mi cabeza para que no me mojara. Nick le había puesto la capota de plástico al *jeep*, y esta se empañó en cuestión de segundos después de que montara en el coche. Parecíamos encerrados en una cápsula; el mundo a nuestro alrededor sonaba lejano bajo el tamiz de la lluvia. El agua caía con fuerza sobre la capota, llenando el silencio entre nosotros con su tamborileo

constante. Nick conducía concentrado, las manos firmes en el volante, mientras yo jugaba con la cremallera de mi chaqueta, buscando distraerme de los nervios que me atenazaban. Nunca habíamos salido solos. No estaba segura de lo que significaba para él esa salida; tal vez solo quería entretenerme en ausencia de su tía, tal vez no tenía nada mejor que hacer, o tal vez yo le interesaba, y eso me ponía muy nerviosa, porque él a mí me tenía a punto de sucumbir al tornado de poderosas emociones que golpeaban contra los muros de mi corazón. Deseaba dejarme llevar, igual que deseaba estar al borde del precipicio de mi sueño y dejar de tener miedo.

Cada tanto, él me lanzaba una sonrisa breve, esa que le formaba un hoyuelo junto a la boca, y yo fingía que no me derretía un poco más con cada mirada.

Dejamos la ciudad atrás y tomó la carretera de la playa.

—¿A dónde vamos?

—Al mejor cine de la isla, por supuesto.

—¿Y dónde está?

—En la base naval —respondió, riendo.

—¿En serio contáis con un cine privado?

—*Yeap* —dijo, en inglés.

—¿Hay algo que no tengáis a vuestra disposición?

—No, *really*, no. Las familias de los marines necesitan tener de todo para vivir tranquilas; es complicado estar saliendo y entrando a la base, así que facilita tenerlo todo a mano. Cualquier cosa que puedas imaginar, la tenemos. La comunidad es muy activa: organiza eventos, competiciones deportivas… Es como una gran familia.

—Suena muy bien. Yo solo tengo a mi madre, y no nos llevamos demasiado bien. Siempre quise tener una familia grande.

—¿Y tu padre?

—No lo conocí. Por lo que sé, era muy joven, un adolescente solitario. Pasaron una noche juntos y ella se quedó embarazada; nunca más supo de él. En verdad, apenas se conocían, aunque mi madre asegura que hubo amor, intenso y breve, y he aquí el fruto de una noche de verano.

Nick me dirigió una mirada escueta. Había cariño en sus ojos, y me afectó.

—El cine opera desde principios de los años ochenta, por lo que está un poco viejo, pero es muy acogedor —dijo, y yo le agradecí el cambio de tema.

Cuando llegamos al edificio 1981, así se llamaba (supuse que era la fecha de construcción), todavía llovía, y él corrió para abrirme la portezuela. Me tendió la mano para ayudarme a bajar. Corrimos los escasos metros que nos separaban del refugio del vestíbulo, riendo como niños bajo la tormenta. La lluvia nos empapó en segundos, pero no me importó. Me di cuenta de que Nick no soltaba mi mano, y tampoco quise que lo hiciera. Su calidez era un ancla en el torbellino de emociones que me embargaba.

La moqueta era de color magenta y tenía dibujadas caracolas naranjas y amarillas. Las paredes eran de un tono azul celeste que intentaba templar la intensidad del rojo. El ambiente olía a palomitas. Nick hizo un gesto con la cabeza hacia el mostrador donde las vendían.

—Por supuesto —acepté—. ¿Qué es el cine sin sus palomitas?

Dentro de la sala, nos acomodamos en nuestras butacas con un enorme cubo para compartir. Nick saludó a varias de las personas que esperaban a que se apagaran las luces. Me gustó verlo gastar bromas y charlar brevemente con ellas. Tenía razón: parecía una gran familia. Deseé formar parte de algo así.

—¿Qué vamos a ver? —En cuanto las palabras salieron de mi boca, me di cuenta de que me había delatado sola, pillada in fraganti, pues se supone que eso es lo primero que se pregunta cuando te invitan al cine, pero a mí la película me daba igual; claramente, solo quería estar con Nick, y justo en ese momento me di cuenta de que había quedado en evidencia al no interesarme antes.

—Es de un cineasta nuevo. Este es el último pase. Mis compañeros me han dicho que está muy bien y no quería perdérmela. Espero que te guste.

—No es de terror, ¿verdad?

—No, es un *thriller* psicológico. Mira, este es el programa.

Lo tomé y leí la sinopsis de la película:

Memento *es un film intrigante y complejo que sumerge al espectador en la mente fragmentada de Leonard Shelby, un hombre que sufre de amnesia anterógrada tras un traumático incidente en el que su esposa fue asesinada. Es una meditación profunda sobre cómo nuestras experiencias y recuerdos moldean nuestra identidad y nuestras acciones.*

—Parece interesante —dije, intentando controlar el escalofrío que me recorrió al leer la última frase. *Cómo nuestras experiencias y recuerdos moldean nuestra identidad y nuestras acciones.* ¿Y qué pasa cuando las experiencias y los recuerdos no son reales, sino sueños que te aterrorizan y te hacen esconder tus verdaderos deseos para protegerte del miedo que te produce perder la cordura?

—No hay mucha sangre, te lo prometo. Si alguna escena te da miedo, no te cortes: tápate los ojos y grita cuanto quieras —dijo Nick con una cálida sonrisa.

—Tal vez necesite tu brazo.

—Claro, aquí lo tienes para cuando lo necesites.

Se apagaron las luces, el público aplaudió y el mundo se redujo a los colores apagados de la pantalla. Me sumergí en la historia, que se desarrollaba al revés, pieza por pieza, desde el primer minuto. Nick apoyó su mano sobre el reposabrazos común; sus dedos rozaron los míos con una intención que no se molestó en disimular. No me moví, pero tampoco me alejé. Poco a poco me fui abstrayendo en el dolor de Leonard, el protagonista, y la confusión de su memoria fragmentada. Cada tanto, mi brazo rozaba el de Nick, o nuestros dedos se encontraban accidentalmente dentro del cubo de las palomitas, y esa conexión azarosa me aliviaba, pues algo dentro de mí se removía al ver los esfuerzos del protagonista por recordar. Cuando Leonard descubrió un nuevo tatuaje en su piel, un recuerdo grabado para nunca olvidarlo, sentí que el aire se volvía pesado. Yo no tenía ninguna marca visible, pero sí una imagen que se repetía una noche tras otra, y que me había llenado de miedos durante casi dos décadas. Quise decirle algo a Nick, cualquier cosa para aflojar la tensión que me ahogaba, pero, cuando giré la cabeza, lo encontré mirándome. No la película, no el drama de Leonard; a mí. Fue en ese momento, en el que el personaje pronunciaba la

frase: «¿Cuánto de lo que sabemos es real?», cuando Nick se inclinó hacia mí, como si estuviera respondiendo a mi propia lucha interna. Sus labios rozaron los míos con una suavidad inesperada y, por un instante, todo se detuvo: la película, la sala, incluso la lluvia, que se oía a intervalos cuando arreciaba sobre la techumbre. Fue un cóctel de emociones tan abrumador como la historia que discurría en pantalla. Mi corazón latía rápido, no sabía si por el beso o por el peso de las preguntas.

El contacto fue breve pero apasionado: el roce de su lengua con la mía, su aliento colándose hasta lo más profundo de mi ser. Mi mundo interior cambió en ese instante. Mi corazón se abrió como una flor, sin temor a los rayos abrasadores del sol ni a los elementos salvajes de la naturaleza. Cuando Nick se apartó, su mirada buscó la mía, como si quisiera asegurarse de que yo estaba bien, de que él no había ido demasiado lejos. Sonreí, percibiendo todavía el calor de sus labios en los míos, y acaricié su mejilla. Nick tomó mi mano, que reposaba en su cara, y la besó. Después enlazó sus dedos con los míos y, durante el resto de la película, sentí sus caricias suaves, casi imperceptibles.

Cuando los créditos comenzaron a desfilar y las luces se encendieron, él se inclinó de nuevo hacia mí. Su voz era apenas un susurro entre la música que acompañaba el final de *Memento*.

—Me ha costado bastante entenderla. ¿Y a ti? —preguntó.

—Estabas distraído —alegué, sonriendo—. Me ha gustado mucho, pero es compleja.

—Tengo la cabeza hecha un lío. En el camino de vuelta me cuentas qué has interpretado tú.

Asentí. Nick sonrió y, esa vez, tomó mi mano sin titubeos mientras nos levantábamos.

De camino a la salida, sus amigos nos pararon un par de veces para hacer comentarios sobre la película. Fuera del cine, la tormenta había amainado, pero aún caía una lluvia fina.

—¿Un helado para bajar las palomitas? —me tentó.

—Mejor no. Como siga a este ritmo, no voy a entrar en el neopreno que compré para mis clases de submarinismo. Podemos tomar algo en el hotel —ofrecí con timidez, sin saber a ciencia cierta

a qué lo estaba invitando en realidad. Quería ir despacio, pero me moría por estar con él.

Caminamos en silencio hacia el *jeep*. Nick insertó la llave en mi portezuela, pero, antes de abrirla, rodeó mi cintura y me apresó contra el coche. Sus ojos se encontraron con los míos: brillaban de deseo. No se movió, incitándome, de modo que acepté la sugerencia silenciosa de su mirada y fui yo quien lo besó. No sé cuánto tiempo pasó, pero, cuando nos montamos en el *jeep*, estábamos completamente empapados.

Mientras arrancaba el motor, Nick volvió a mirarme, en esa ocasión con esa mezcla de timidez y valentía que solo él podía irradiar.

—Tasi…, me alegra que hayamos hecho esto. —No dijo más. No era necesario.

—A mí también —respondí, sintiendo cómo esas palabras revestían más importancia de lo que parecía. Afuera, el mundo seguía como siempre, pero dentro de ese *jeep*, bajo el tenue eco de la lluvia, todo era diferente. Me recosté en el asiento, mirando las gotas de agua que seguían cayendo esporádicamente. Me sentía en paz.

CAPÍTULO 33

Carlos me condujo hasta el puerto de Apra, donde me esperaba Paul con dos cafés para llevar y una sonrisa soñolienta. Vestía una sudadera con capucha, en la que estaba serigrafiado el logo de la empresa, y unas bermudas descoloridas. Estaba amaneciendo, y el equipo del Proyecto Pilar tenía un intenso día por delante. La emoción que yo sentía no cabía en mi pecho. Iba a cumplir una de esas metas con las que soñaba de niña, vivir una auténtica aventura submarina, y lo haría en busca de un galeón hundido.

El resto del equipo ya estaba a bordo del catamarán, preparando los equipos y decidiendo dónde se realizarían las inmersiones ese día. Paul se había quedado a esperarme y a preparar los gigantes —e importantísimos— termos de café y té caliente recién hecho, los cuales ya esperaban en la lancha.

Nos bebimos los cafés de un sorbo.

—¿Lista?

Asentí con una sonrisa y embarcamos en la lancha. Paul condujo la zodiac a gran velocidad. Bajo las primeras luces del alba, el océano era una pista ondulada hecha de plata. Hacía fresco, y una pegajosa humedad se adhería al alma. Me agarré con fuerza mientras surcábamos las olas. De vez en cuando, la lancha brincaba, y me daba la sensación de que yo iba a salir disparada al agua. La brisa mañanera jugaba con las crestas y me salpicaba la cara.

Quince minutos después, divisamos el catamarán. Soledad agitó el brazo, saludando. Paul, con destreza, pegó la zodiac al costado del barco para que yo pudiera subir. Paró el motor y amarró la lancha al catamarán; después, tendió los enormes termos revitalizantes a sus compañeros y abordó.

Alan y otros seis submarinistas ya estaban poniéndose los trajes de neopreno. Yo llevaba mi mochila con todos mis bártulos de bucear, que había comprado en la tienda del hotel. El grupo nos dio la bienvenida y luego se repartió el café, que bebimos con pausa contemplando el azul infinito. No quedaba ni rastro de la tierra, todo era agua a nuestro alrededor. Cuando me di cuenta de que estaba rodeada de océano, me asaltó un extraño vértigo. Parecíamos tan insignificantes frente a la magna belleza y el inconmensurable poder de los elementos… Allí estaban siete hombres y una mujer listos para enfrentarse a las profundidades marinas y descubrir sus secretos. Y yo ahora era una de ellos. Mi identidad estaba evolucionando, lo había sentido desde que puse un pie en Guam, pero esa experiencia terminaría por sepultar a la farmacéutica para siempre. Una nueva Tasi estaba emergiendo, y yo quería conocerla mejor.

Rob, el líder, se acercó y me invitó a acompañarlo al interior para explicarme cómo funcionaba todo. Yo bajaría en la segunda inmersión del día, cuando los veteranos hubieran testado el agua, y así podría ver cómo lo hacían ellos desde la seguridad de la sala de control antes de unirme a los exploradores.

—Mira, Tasi —Rob señaló las pantallas brillantes en la cabina del catamarán—, todo empieza con el sónar de barrido lateral. Este equipo lanza ondas sonoras hacia el fondo del mar y registra cómo rebotan al encontrarse con objetos o irregularidades. Con eso, podemos crear un mapa detallado del lecho marino, como si dibujáramos una radiografía de lo que está allá abajo. Si algo sobresale o parece fuera de lugar, lo marcamos como un punto de interés para investigarlo más tarde. Es como buscar pistas en un terreno infinito.

Rob ajustó los controles del magnetómetro, un aparato compacto que vibraba suavemente bajo sus manos.

—Y esto de aquí —continuó— detecta objetos metálicos. No te imaginas cuántas veces encontramos restos de anclas o viejas cadenas oxidadas, pero de vez en cuando… —Rob sonrió, dejando la frase en suspenso—. Bueno, a veces la suerte nos lleva directos a un galeón. Mientras los submarinistas permanecen en el agua, nuestro trabajo aquí arriba consiste en interpretar lo que estas máquinas nos dicen. Planeamos cada inmersión basándonos en esos datos, para no perder tiempo ni energía.

Incliné la cabeza hacia las pantallas con el fin de observar con más detalle las imágenes.

—¿Y si algo sale mal? —pregunté.

—Siempre estamos en contacto con ellos, usando radios submarinas o señales visuales —respondió Rob con un tono tranquilizador—. Si surge un problema, como una corriente traicionera o una herramienta que se atasca, los ayudamos desde aquí. Pero no te preocupes. Cada movimiento forma parte de una coreografía bien ensayada. Es un trabajo meticuloso, pero cuando finalmente encuentras lo que buscas, cuando levantas un pedazo de historia del fondo del mar… —Rob exhaló un suspiro de admiración —, es un sentimiento indescriptible. Todo cobra sentido.

—Y así lleváis ocho años.

—El océano pone a prueba nuestra paciencia. Es como si nos preguntase: ¿cuánto estás dispuesto a sacrificar para que yo te entregue lo que me pertenece?

—¿Y qué estáis dispuestos a sacrificar?

—Todo, Tasi. La vida misma, si él decide tomarla, pero no cejaremos. Haremos historia, como hicieron tus compatriotas al abrir la mayor ruta comercial jamás concebida. Ellos lo arriesgaron todo, y es justo que los igualemos en osadía.

Sus palabras provocaron un escalofrío en mi espina dorsal.

—Venga, vamos a comprobar que todos estén listos —dijo Rob.

Salimos de nuevo a la cubierta. Ya no se podía distinguir quién era quién, pues todos se habían ataviado con los equipos. Rob hizo la señal de OK, y uno por uno respondieron y, acto seguido, se lanzaron hacia atrás, sumergiéndose en segundos y dejando un rastro de burbujas. Nos quedamos mirando cómo descendían poco a

poco. Cuando los perdimos de vista, Rob continuó con las explicaciones, mostrándome el equipo que tenía preparado para mí. Era mucho más profesional que el que yo había llevado, pero eso no me ofendió; agradecí que me considerara una más, y no una simple turista de un *tour* organizado.

—Tasi, los buzos contamos con un equipo diseñado para afrontar cualquier situación allá abajo —explicó Rob—. Como ya sabrás, por el cursillo que realizaste, llevamos tanques de aire comprimido y reguladores que nos permiten respirar bajo el agua, además de aletas para movernos con agilidad y máscaras que mejoran nuestra visión. Nuestros equipos son un poco más sofisticados que los que habrás usado tú con la agencia de buceo, pero cumplen la misma función. Ahí abajo, y cuanto más se desciende, menos visibilidad se tiene, por lo que las luces de buceo son esenciales; a la profundidad a la que buscamos el galeón, la oscuridad es total.

»También llevamos cuchillos, por si necesitamos liberarnos de algo, como redes o restos de cables, y pizarras submarinas para comunicarnos sin palabras. Abajo, el silencio también es absoluto, y puede llegar a agobiar. No te asustes, ¿vale? —Yo asentí, pero el temor burbujeaba en mi estómago—. El miedo es el peor enemigo de un buceador.

Rob hizo una pausa para señalar un detector de metales que descansaba cerca de la borda.

—Este es uno de nuestros principales aliados. Lo deslizamos sobre el fondo del mar como si fuera un cepillo gigante, buscando señales de metal enterrado bajo la arena o el lodo. A veces, descendemos hasta unos treinta metros, pero tan abajo el tiempo es limitado: entre media hora y una hora, dependiendo de cuánto aire haya en los tanques y de las condiciones del agua. Cada segundo cuenta. Debemos ser precisos y rápidos, especialmente si nos adentramos en un naufragio, donde los espacios son estrechos y los obstáculos, como muebles o vigas caídas, pueden volverse trampas mortales. Aunque, de momento, a eso no tendremos que enfrentarnos hasta que hallemos el *Pilar*.

Lo escuchaba con atención, mis ojos centelleantes de curiosidad.

—¿Y qué hacen exactamente mientras están abajo? —me interesé.

—Inspeccionan todo con cuidado, muy despacio para no revolver el sedimento y perder visión. Es emocionante, pero puede resultar aburrido; son horas y horas, días, semanas y meses barriendo una inmensidad de arena —respondió Rob, señalando hacia las profundidades—. Documentamos con fotos y vídeos cada elemento de interés. Si encontramos algo importante, lo recogemos o tomamos muestras. Pero, más allá de los artefactos, lo que buscamos es reconstruir la historia. Cada tabla, cada objeto cuenta algo acerca del barco y de la gente que estaba a bordo. Es un trabajo de arqueología, pero también de respeto. Es como darle voz a un pasado que lleva siglos sumido en el silencio.

—Qué bonito trabajo; debes de estar muy orgulloso.

—Lo estaré cuando lo encontremos. Veamos cómo van nuestros buzos —dijo, guiándome a la sala de control.



Tres horas y numerosos cafés después, era mi turno. Soledad me ayudó a colocarme el equipo mientras los buzos reportaban la última inmersión. Habían encontrado unos trozos de porcelana y algunos fragmentos de metal, que Soledad debía estudiar para saber si podían pertenecer a nuestro barco.

El peso del tanque en mi espalda era más real que cualquier emoción que hubiese imaginado. Me sentía como si estuviera cruzando un umbral invisible hacia un mundo que siempre había estado ahí, pero que hasta ese momento me había sido ajeno. No sabía por qué, pero esa inmersión suponía algo muy distinto a lo que yo había hecho hasta entonces en la isla. Era como si anteriormente hubiese sido una mera turista pasando el rato, jugando a explorar, y ahora estuviera participando de un hecho histórico, asumiendo junto

a los profesionales los riesgos de esa osadía, como la había llamado Rob. ¿A mí también me preguntaría el océano qué estaba dispuesta a sacrificar para descubrir sus secretos?

Paul estaba frente a mí, con esa calma que parecía inquebrantable y sus ojos afectuosos. A pesar de que lo conocía desde hacía poco, me sentía segura teniéndolo cerca. Me explicó una vez más las señales visuales de comunicación bajo el agua: el gesto de OK, con el pulgar y el índice formando un círculo; el movimiento claro de la palma levantada para «parar», y mover la mano hacia delante y hacia atrás para «acércate». Yo asentía, memorizando cada una como si mi vida dependiera de ello. Porque, de algún modo, así era.

—Espero acordarme de todo.

—No te preocupes, vas a estar conmigo todo el tiempo.

—Gracias; me siento más tranquila.

A medida que ajustaba mis correas, Paul encendió una de las linternas y me mostró cómo usarla en caso de que la visibilidad se complicara.

—Si algo va mal, alumbra tu mano y haz movimientos amplios —me explicó mientras la luz danzaba entre sus dedos.

Apreté el regulador con más fuerza entre los labios, intentando concentrarme en cada palabra. Pero mi corazón martilleaba en el pecho. Era una mezcla de nervios y una emoción indescriptible; estaba a punto de adentrarme en el espacio infinito y desconocido de la inmensidad marina.

Cuando llegó el momento, me acerqué al borde del catamarán, con las aletas en las manos; me temblaban y no acertaba a colocármelas en los pies. Soledad lo hizo por mí, siempre atenta a las necesidades del equipo cuando no estaba estudiando mapas ni catalogando objetos. Paul se sentó a mi lado, listos los dos para lanzarnos al agua. Me tocó el hombro un instante, con un gesto firme pero tranquilizador.

—Recuerda, Tasi, despacio y con calma. Confía en tu equipo y en lo que aprendiste. Lo tienes todo bajo control.

Rob pidió los OK, y uno tras otro los buceadores se zambulleron. Paul se lanzó primero y, después, yo, casi sin aliento por la

expectativa, devolví el gesto de OK a mi nuevo «jefe» y fui detrás. Las burbujas me confundieron durante unos segundos, hasta que se disiparon, y, entonces, me relajé y seguí al resto hacia las profundidades, despacio, flotando en ese mundo acuoso. El sonido desapareció casi por completo, solo oía mi respiración y el latido de mi corazón en los oídos. El azul profundo me envolvió como un abrazo. En ese preciso momento, el miedo desapareció, dando paso al más puro asombro.

Imitando al resto de los buzos y a mi mentor, encendí el detector y empecé a barrer despacio. No sé cuántos minutos u horas pasaron porque perdí la noción del tiempo, pero estaba moviendo el detector de un lado al otro cuando escuché una voz a mi espalda.

—Tasi, Tasi.

Me giré, creyendo que lo había imaginado, pero entonces vi a una mujer que venía flotando hacia mí. Tenía el cabello largo, el cual flameaba a su alrededor por efecto de la corriente; llevaba un vestido largo y pesado, tal vez de terciopelo o alguna tela similar. Sus ojos estaban muy abiertos; su rostro, contraído en una mueca horrible. Repetía mi nombre y estiraba los brazos hacia delante, como queriendo abrazarme.

—Tasi, Tasi, devuélvemela.

Pegué un grito y se me escapó el respirador. Empecé a agitar las manos, como si así pudiera emerger más rápido y escapar de mi perseguidora. Paul se percató de que algo grave sucedía y me sujetó por el brazo; al principio pensé que era esa mujer y me agité como una anguila, intentando zafarme. Él me agarró aún con más fuerza y me colocó el respirador. No me soltó hasta que recuperé el aliento. Me concentré en su rostro enmascarado y la visión se desvaneció.

Entonces empezamos a emerger, poco a poco, haciendo las paradas oportunas para soltar el nitrógeno. Yo sabía lo peligroso que era ascender demasiado rápido y, sin embargo, había estado a punto de cometer un error que podía haberme costado la vida.

De regreso en el catamarán, Rob salió de la cabina para averiguar qué había ocurrido. Yo estaba segura de que había visto por las pantallas lo que me estaba pasando.

—Tasi, ¿estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, estoy bien.

—Parecías muy asustada —comentó Paul—. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Creí ver… —¿Cómo iba a explicarles que allí abajo había una mujer? Me tomarían por loca, y esa palabra me daba escalofríos—. Creí ver una serpiente gigante y se me soltó el respirador del susto. Entré en pánico al no poder respirar.

—Parecía que habías visto… Da igual, lo importante es que estás bien —zanjó Paul, pero, al ver la cara de interrogación de Rob, añadió—: Iba a decir que parecía que habías visto un fantasma, el alma en pena de una de las personas que perdieron la vida en el galeón, pero sabemos, por las crónicas, que nadie pereció en ese naufragio.

Me quedé mirándolo fijamente. La pregunta me quemaba en la lengua.

—¿Tú crees en esas cosas?

—No se trata de creencias, Tasi, sino de la narcosis. La llamamos «la borrachera de las profundidades». ¿Has oído hablar de ella? —Negué con la cabeza—. Es muy común cuando se hacen inmersiones a gran profundidad; nuestra consciencia se ve alterada por la presión del nitrógeno presente en el agua. Hay varias consecuencias: por ejemplo, tener menos capacidad para realizar tareas sencillas, como mover los brazos o barrer con el detector; también puede producir somnolencia, o lo contrario, euforia. Y, a mayores profundidades, puede aparecer una respuesta retardada a estímulos visuales, lo que causa alucinaciones.

—O sea, que la… serpiente la he podido imaginar.

—Exacto.

—Sí, Paul tiene razón: es difícil distinguir lo que es real de lo que no, la mente nos juega malas pasadas ahí abajo. Pero también ha podido ser real. —Y, a continuación, Rob empezó a describir todos los tipos de criaturas marinas que se habían encontrado durante los años que llevaban explorando ese mar.

Cuando Paul se aseguró de que yo estaba bien y se me había pasado el susto, regresó con los submarinistas. Yo, en cambio, no volví a sumergirme. Me daba pavor encontrarme con ella de nuevo, narcosis de por medio o no.

Puede que hubiera sufrido ese fenómeno, pero una parte de mí sentía que esa mujer era real, o lo había sido, porque yo conocía su voz. Llevaba semanas escuchándola. Era la misma que me llamaba desde las profundidades cuando me sentaba en el balcón de mi dormitorio a observar la marea. Ahora estaba segura de ello.

En mi mente borboteaban las preguntas. ¿Quién era esa mujer? ¿Qué quería de mí? ¿Qué era lo que yo tenía que devolverle? ¿Por qué estaba en el fondo del mar? Y ¿por qué solo yo podía verla y oírla?

CAPÍTULO 34

Cuando regresé al hotel después del intenso día de mar, Inés me esperaba ansiosa para que le contara todos los detalles. Intenté transmitirle el entusiasmo de las primeras horas, las explicaciones de Rob, el trabajo de los buceadores. Sin embargo, yo ya no sentía la misma emoción, no con esa intensidad, porque la mujer del fondo del océano había roto el hechizo y había venido a recordarme que tenía una tarea pendiente, tarea de la cual yo no tenía ni idea. No sabía de qué se trataba, pero había muchos datos sobre la mesa para que empezara a armar el rompecabezas.

Por un lado, estaban mis sueños, cada vez más vívidos y con más detalles. También el precipicio que había descubierto desde las alturas. Después, estaba la voz del océano, una voz de mujer, y ahora ella, quien fuese, venía a mí flotando y pidiéndome que le devolviese algo. Y, bueno, a eso había que sumarle mi nombre, Tasi, que significaba «mar» en chamorro. ¿Cómo encajaba toda esa información junta?

Cerré los ojos cuando una imagen acudió a mi mente. Distinguí los bajos de un vestido largo; era negro, como de terciopelo. La mujer que lo llevaba puesto ascendía la montaña con dificultad, agarrándose a los hierbajos para no resbalar. Era una imagen sacada de mi pesadilla, y tomé consciencia de que esa mujer era yo poco antes de saltar al vacío. El calor, el miedo, la tristeza me ahogaban.

—Tasi, ¿me oyes? Te estás quedando dormida.

—No, perdón. Estaba cavilando. ¿Qué me decías?

—Nick me ha llamado; dice que tu móvil está sin batería.

—Puede ser.

Me levanté, fui a por el bolso y saqué el teléfono. Muerto. Lo puse a cargar; si no, iba a olvidarme.

—¿Qué se cuenta tu sobrino? —pregunté, intentando disimular la sonrisa de boba que se me dibujaba cada vez que pensaba en él.

—Nos han concedido el permiso para que nos lleve hasta el lugar que identificaste desde el helicóptero.

—i¿En serio?! Es una muy buena noticia. ¿Cuándo vamos?

—Nick nos avisará; tiene que organizar sus turnos.

—Estupendo. Lo estoy deseando. Bueno, ahora cuéntame tú qué has hecho en mi ausencia.

—Nada relevante. Fui a visitar el museo de historia y regresé a la biblioteca de la universidad, a buscar más información sobre el periodo colonial español.

—¿Encontraste algo interesante?

—Algunas crónicas de los jesuitas, pero aún no he leído las nuevas fotocopias. Bajemos a cenar y las miramos juntas.

—Creo que voy a quedarme en la habitación. Ha sido un día muy intenso. Me pido un sándwich y me voy a dormir, ¿te importa?

—No, claro que no. Tienes ojeras. El viaje está siendo muy movido.

—¿Se ha sabido algo de tu hijastro?

—¿De Raúl? El abogado me ha informado de que ha paralizado la venta y puedo volver a casa cuando quiera.

Cruzamos una mirada. Inés sonrió.

—¿En serio? Eso es estupendo —dije—. ¿Y qué vas a hacer?

Temía lo que venía a continuación. Yo no tenía dinero para quedarme por mi cuenta en Guam, aunque el estipendio que recibía de Inés apenas lo había tocado, salvo para pagar el curso de submarinismo. Ella estaba cubriendo todos los gatos del hotel y demás, pero eso no podía durar, las dos lo sabíamos.

—De momento, seguir disfrutando de Guam. Las dos tenemos que explorar todavía ciertos aspectos de la isla —apuntó con una sonrisa pícara.

—Gracias, Inés. Por todo. —Me avergonzaba mi situación, pero sabía lo mucho que necesitaba su caridad, y ya no me daba apuro llamarlo por su nombre. Esa mujer era un regalo en mi vida, y agradecía cada día haberla encontrado, y a Laura por haberme recomendado ese «trabajo».

Ella asintió.

—Te dejo que descanses.

En cuanto Inés se marchó, encendí el móvil; tenía un diez por ciento de batería. Calculé la hora que sería en España y marqué el número de Rosa; de pronto, me urgía hacerle una pregunta. Sonó el tono, dos, tres veces, y mi madre contestó.

—Mamá, soy Tasi.

—¡Hija, qué alegría que me llames! ¿Qué tal estás?

—Todo muy bien, ¿tú?

—Le estaba poniendo unas mechas a Toñi.

—¿Puedes hablar unos minutos?

—Sí, claro, aún tiene para rato.

—No sé si me queda mucho saldo, así que voy al grano —dije—. ¿Puedes contarme todos los detalles de mi nacimiento? Especialmente, lo de que escuchaste mi nombre y todo lo que recuerdes.

—Espera, voy a sentarme. —Pasaron unos segundos—. Ya estoy. A ver, déjame que me concentre. —Intuía que iba a empezar con uno de sus trances místicos—. Voy a regresar a ese momento, a la noche en que me puse de parto.

A mi madre le gustaba hacer esos viajes astrales, o como los llamara ella. Empecé a impacientarme.

—Cuéntame lo que recuerdes. Cualquier cosa me vale.

—Tasi, fue el momento más importante de mi vida, lo recuerdo todo. —Contuve un bufido—. A ver: había hecho muchísimo calor y habíamos tenido más trabajo del habitual en el chiringuito; la gente bebía y comía sin parar. Yo me había pasado el día revuelta, con náuseas y malestar. Tenía unas acuciantes ganas de vomitar, que acrecentaban los olores a chipirones fritos y pollo al ajillo. Además, tú te movías muchísimo, como si estuvieras harta de estar ahí dentro, incómoda por la estrechez del espacio. Apenas comí, y de

vez en cuando corría al aseo a vomitar. Tu abuela insistía en que me fuera a casa a descansar, pero ¿cómo la iba a dejar sola con todo el lío?

»Cuando anocheció y los clientes se fueron marchando, yo estaba agotada y sentía el vientre duro, como a punto de estallar. Solo quedaban dos mesas ocupadas, y estaba por llevarles la cuenta cuando me asaltó una punzada dolorosa en el bajo vientre; pegué un grito y alcancé a sujetarme del borde del mostrador. La abuela enseguida intuyó que estabas de camino; de hecho, llevaba todo el día de parto, sin que me hubiera dado cuenta. Aparte del malestar en el estómago, había notado dolores en la espalda, en la zona de los riñones, pero no les había prestado atención, ajetreada como había estado.

»Tu abuela llamó desde el teléfono del chiringuito a Maribel, la comadrona del pueblo, que se presentó a la media hora. Para entonces, las contracciones llegaban más seguidas y yo me moría del dolor. No había tiempo para llevarme a casa, así que tu abuela improvisó una camilla: juntó tres mesas, colocó un mantel limpio encima y, después, se puso a hervir agua y a preparar todo lo que la partera le había indicado que tuviera listo. Aunque soplaba una brisa fresca, yo sudaba a chorretones. Maribel sugirió que meterme en el agua fría del mar me aliviaría, así que me sumergí completamente, y fue entonces cuando escuché la voz. Llegó a mí como un eco lejano que decía: «Tasi, Tasi». Repetía esa palabra todo el tiempo. Pensé que lo estaba imaginando. Salí del agua y le dije a Maribel que sentía que estabas llegando; entonces me ayudaron entre las dos a subirme encima de la mesa y empecé a empujar. Después de cada grito, escuchaba la misma voz pronunciando esa extraña palabra que yo no había oído antes: Tasi.

—¿Cómo era esa voz, mamá?, ¿puedes describirla?

—Era la voz de una niña.

—¿De una niña?

—Sí, de alguien muy joven. Pensé que estaba escuchando tu voz, que me estabas diciendo cómo deseabas llamarte. Tasi, ese era tu nombre. Por aquella época, aún no era posible conocer el sexo del bebé antes del nacimiento, y sin embargo yo estuve segura de que

iba a dar a luz a una niña mucho antes de que salieras de mi ser y la comadrona confirmara lo que yo ya sabía. Sé que nunca te ha gustado tu nombre, pero tiene un significado especial, porque tú eres alguien especial.

Tragué el nudo que tenía en la garganta y, con un hilo de voz, dije:

—Gracias, mamá.

—Gracias por preguntar. Llevaba mucho tiempo queriendo contarte todos los detalles.

—Tengo que cortar, no quiero quedarme sin saldo.

—No, claro, cariño. Debe de ser tarde allí. Vete a dormir.

—Mamá…

—¿Sí?

—Te quiero.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—Lo sé, cariño —escuché la voz de mi madre estrangulada por la emoción—. Yo, a ti, también.

—Te llamo en unos días.

—Que descanses, tesoro —se despidió.

Cuando colgué, las lágrimas brotaron sin control. Algo todavía más milagroso estaba sucediendo dentro de mí: el resentimiento que le guardaba a mi madre por haberme sacado de mi hogar y encerrado en un psiquiátrico empezaba a derretirse. Y el afecto que una vez sentí por ella comenzaba a agrietar los muros con los que había protegido mi corazón durante los últimos quince años.



No había visto a Nick desde nuestra salida al cine, aunque habíamos intercambiado algunos mensajes. En apariencia, el contenido no tenía nada de raro: buenos días, buenas noches y compartir lo que habíamos hecho cada uno por nuestro lado. No

obstante, transmitían un tono distinto, o al menos eso me hacían sentir. Estaba nerviosa, no solo por la excursión y lo que podía llegar a descubrir, sino también por verlo de nuevo.

Esa noche no tuve pesadillas. Soñé con mi abuela, y supongo que reproduje en mi mente la narración de mi madre acerca de su parto. Podía verla casi nítidamente, con el vientre hinchado dentro de un vestido amarillo de tirantes; no lo había mencionado durante la llamada, pero aún lo conservaba en el armario como una reliquia, y cuando yo era niña jugaba a las princesas con él. A ella le encantaba que me lo pusiera. En mi sueño, la veía con el pelo chorreando, la tela pegada al cuerpo, el rostro congestionado de tanto gritar, su mano apretando con fuerza la de mi abuela. También escuché mi propio llanto y pude verme recién nacida, cuando ella me abrazó y susurró mi nombre. «Te llamas Tasi», dijo, con un hilo de voz iluminado de alegría.

Inés llamó a la puerta que comunicaba nuestras habitaciones y entró. Yo ya estaba vestida y ponía un poco en orden el despliegue de pertenencias esparcidas por aquí y por allá.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó.

—A pierna suelta.

—Yo también. Debe de ser por las olas: son un excelente arrullo y una cura para el insomnio.

Bajamos a desayunar en el ascensor de cristal, contemplando en silencio las tonalidades turquesas y azules a ambos lados de la barrera de arrecife. Era un espectáculo que yo no me cansaba de admirar.

—Es increíble —comentó Inés.

—Adoro el mar de mi pueblo, pero, objetivamente, este océano es de una belleza incomparable. Nunca había visto algo así.

Nos sentamos en nuestra mesa habitual. Una de las cosas que más me gustaban del hotel era el bufé del desayuno. Me sentía como una reina. Nunca había estado en un establecimiento así de lujoso, y era una sensación maravillosa. Además, a esas horas casi no había nadie y prácticamente teníamos el comedor para nosotras solas.

Sabía que mis días en ese hotel estaban contados. Aún no se lo había comunicado a Inés, pero iba a buscar trabajo en la isla; no podía seguir viviendo de ella. Solo necesitaba un empleo temporal para ahorrar un poco y pensar qué quería hacer con mi vida. La farmacia estaba descartada; estudiar esa carrera había sido una decisión amparada en el miedo, como mecanismo de defensa, pero yo adoraba el mar, adoraba el agua, y quería dedicarme a algo relacionado con lo que siempre quise hacer. Lo hablaría con Carlos primero, a ver qué me recomendaba; al fin y al cabo, él conocía a todo el mundo en la isla, y tal vez alguno de sus primos necesitara ayuda en sus negocios.

—Nick me ha contado que fuisteis al cine. ¿Qué tal la película? —El tono de Inés delataba que sabía, o intuía, lo que había pasado entre nosotros.

—Bien. Un poco compleja, pero interesante.

—¿Y la compañía?

—¿Y la tuya?

—Vale, me lo merezco por cotilla.

—¿Me lo vas a contar? —la azucé.

—Me da un poco de vergüenza.

—¿El qué?

—Reconocer que me he enamorado —respondió, abochornada y con una sonrisa tímida.

—¡Inés! ¡Es fantástico! Me alegro mucho por ti.

—Te vas a reír, pero Kaito sabe cosas de mí que ni siquiera yo acierto a entender. Es como si nos conociéramos de antes. Siento con él una familiaridad inusitada, una seguridad que jamás he experimentado con ningún hombre. Es como si nos hubiéramos estado buscando sin saberlo, y me pregunto por qué no nos hemos encontrado antes. Me entristece pensar que estoy casi al final de mi vida, que me he pasado décadas recorriendo el mundo para paliar el vacío dentro de mí y, ahora, en el invierno de mi vida, aparece este hombre bueno, con sus tatuajes y sus cánticos extraños, y siento que es él. Me gustaría experimentar solo alegría, pero no puedo evitar una pizca de amargura porque hayamos perdido tanto tiempo de estar juntos.

—Guau, estoy sin palabras. Mira, yo no tengo mucha experiencia en relaciones, así que no soy la más indicada para dar consejos, pero creo que todo sucede cuando tiene que suceder. Tal vez teníamos que venir juntas a Guam. Sé que es egoísta que lo diga, pero, si hubieras conocido a Kaito mucho antes, yo no estaría aquí y mi vida seguiría girando en torno a mis miedos. Empiezo a reconocer a la Tasi que fui de niña, y eso te lo debo a ti.

—Gracias. —Inés puso su mano cálida sobre la mía—. Tienes razón. Aunque yo en algún momento hubiera venido a visitar a Nick, conocerte ha hecho que ese plan abstracto se convirtiera en una aventura tangible. Este viaje lo has motivado tú y ese nombre tan especial que te puso tu madre.

—Anoche la llamé.

—¡Tasi, me alegro mucho! No la conozco en persona, pero se nota que te quiere y no sabe cómo acercarse a ti.

—Este viaje también me está ayudando a liberarme del resentimiento y ver cuánto ha hecho Rosa como madre, criándome sola y sacándome adelante con una positividad inquebrantable. Todo lo que soy, en parte, se lo debo a ella. Cometió una equivocación y yo la sentencié para siempre con mi desconfianza e indiferencia. Sin embargo, se merece mi afecto y reconocimiento por tantos años de esfuerzo y amor desinteresado.

—¿Interrumpo algo?

Las dos nos giramos hacia su voz y mis mejillas se colorearon en cuanto esos ojos azules se posaron en mí. Iba vestido de militar, con camiseta ajustada, pantalones caqui y gorra. Mi pulso se aceleró.

—¡Sobrino!

—Buenos días, tía —saludó Nick, inclinándose para besarla en la mejilla. Luego vino hacia mí, tomó mi mano y la besó como un caballero, sin apartar sus ojos de los míos. Me estremecí—. Si ya habéis terminado, será mejor que nos pongamos en marcha.

—Voy un momento al aseo —informó Inés, que se levantó con premura. En cuestión de segundos, desapareció del comedor.

Apenas me puse en pie, Nick no me dejó tiempo para reaccionar. Sus manos firmes rodearon mi cintura y, antes de que yo pudiera decir nada, sus labios encontraron los míos.

—Me moría de ganas de verte —susurró, separándose apenas.

—Yo también. —Me aferré a su cuello mientras lo besaba con la misma vehemencia, olvidándome del lugar y del momento.

—Ejem, ejem. —La voz de Inés nos hizo saltar como si se hubiera disparado una alarma.

Nos apartamos de inmediato, aunque la sonrisa traviesa de Nick delataba que no le importaba que nos hubiera pillado.

—Sí, eso le decía a Tasi —comentó él, con una de sus adorables sonrisas, mientras tomaba la delantera hacia la salida—. Mejor será que nos pongamos en camino.

Inés se agarró a mi brazo, conteniendo una risa maliciosa.

—¿Cuándo puedo empezar a llamarte «sobrina»?

—¡Inés! —protesté, sintiendo cómo el rubor me subía hasta las orejas.

Ella rompió a reír, disfrutando de mi bochorno.

CAPÍTULO 35

El motor del *jeep* de Nick rugía por encima del viento, que nos refrescaba un poco del calor que ya empezaba a envolvernos. El sol se alzaba por encima del horizonte, y el rocío que perlaba las grandes hojas de las palmas plataneras, centinelas del camino, se evaporaba, produciendo un efecto sauna sobre la piel.

Con cada curva, mis nervios aumentaban. Salvo algún que otro cartel a lo largo de la carretera anunciando que estábamos en zona militarizada, nada lo daba a entender: no había vallas, ni barricadas, ni soldados por ninguna parte, aunque yo imaginaba que habría cámaras y sensores escondidos entre la vegetación. Porque, si no, ¿cómo iban a controlar un área tan extensa de selva y evitar que se colasen intrusos sin el permiso correspondiente?

Intenté mapear mentalmente las vistas que había tenido desde el helicóptero, para situarme, pero al cabo de media hora de viaje había perdido la orientación y tan solo mantenía la vista enfocada en la montaña, por si era capaz de identificar el lugar desde esa posición, cosa que resultaba bastante improbable, ya que Nick había dicho que no se podía acceder por carretera y tendríamos que ascender a pie. Lo único que yo tenía claro es que íbamos en dirección norte y hacia el extremo opuesto de la isla.

Después de un tiempo interminable, paró el automóvil en una zona que parecía un mirador a poca altura sobre el mar. Cruzamos la desierta carretera hacia la frondosidad del bosque y, entre las

sombras, apareció un chamorro que debía de rondar los cincuenta años, con la piel muy morena y una amplia sonrisa.

—Felipe. —Nick lo saludó dándole la mano y después nos presentó—. Felipe es uno de los guías más avezados en la isla. Suele acompañar a arqueólogos e historiadores en busca de pueblos nativos perdidos en el interior de la jungla; gracias a él se han encontrado numerosos restos arqueológicos —explicó—. También nos ha ayudado en el pasado con alguna que otra misión. Nos va a guiar hasta la cima.

—Esta zona no la he explorado antes, pero nuestros ancestros abrieron una red de senderos por toda la isla para transitar los bosques. Aunque la vegetación ha vuelto a cubrir el espacio, siempre quedan indicios; vamos a encontrarlo y a ascender hasta la cortante —explicó Felipe en un perfecto inglés.

—Antes de empezar, ¿hay algún animal peligroso? No sé, tigres, leopardos… que puedan atacarnos —indagó Inés.

—Hace años que no se ha avistado ningún tigre. Lo que sí hay, y en cantidad, son serpientes de árbol. Como no tienen depredadores naturales, al no ser una especie autóctona, se han reproducido rápidamente desde la Segunda Guerra Mundial y están diezmando las aves de la isla. En nuestra selva empiezan a oírse menos trinos que en otras islas del Pacífico.

—Es terrible —comenté.

—Sí, lo es. La buena noticia es que las serpientes no son venenosas. También hay arañas, y esas sí son más peligrosas. He traído unas capas de plástico por si saltan encima, para que se escurran y no se queden enganchadas en la ropa.

—Yo creo que me voy a quedar en el *jeep* —bromeó Inés.

—No os preocupéis, con Felipe estamos en buenas manos. Tiene antídoto para todo tipo de picaduras —afirmó Nick.

Felipe abrió la mochila que llevaba a la espalda y nos repartió una especie de chaquetas de plástico, tipo chubasquero muy fino, que nos colocamos con torpeza.

—También llevo agua y trozos de panela por si necesitan —dijo—. Lo más importante es que pisen donde yo lo hago y se mantengan juntos. Veremos murciélagos gigantes que comen frutas, mariposas,

pájaros de vivos colores, como el rey pescador o el chichirika, y también árboles milenarios. Nuestra selva es muy bella y estoy encantado de guiarlos en este recorrido. ¿Estamos listos? —Asentimos. Mis nervios se acrecentaron un poco más—. Bien, pues vamos allá.

En cuanto nos adentramos en la vegetación, la humedad se intensificó, pero también el frescor. El sol batallaba por filtrarse entre la espesura del bosque de piedra caliza, pero la densidad era tal que sus rayos apenas nos llegaban. Al tiempo que descargaba su machete sobre las enredadas ramas y lianas para abrir un espacio entre ellas, Felipe iba señalando los árboles y recitando sus nombres: había fresnos y pinos, el árbol del jengibre, enormes banianos, y otros con nombres chamorros, como el håyun lågu y el yoga. Había flores creciendo en lugares inverosímiles, como una especie de orquídea morada en medio de una maraña de ramas verdes.

—Es la flor del bambú —explicó Felipe cuando se la señalé.

Lo seguíamos en fila, intentando pisar donde él pisaba, tal y como nos había indicado. Inés, a pesar de sus setenta años, avanzaba con una agilidad asombrosa, sujetándose a las raíces de los árboles o al brazo de Nick cuando el suelo se volvía resbaladizo. El terreno, de momento, tenía poca pendiente, lo que hacía fácil el ascenso. Yo estudiaba el entorno tratando de reconocer alguna imagen que encajase con los recuerdos de mis pesadillas, pero nada me resultaba remotamente parecido. El zumbido de los insectos era constante, como una melodía que nos impedía olvidar dónde estábamos, y también se oían de vez en cuando trinos lejanos. Felipe desbarató varias telas de arañas que taponaban el espacio entre los árboles.

El aire estaba cargado de aromas terrosos y de un matiz más dulce, que recordaba al néctar de las flores, las cuales aparecían por sorpresa entre los matorrales y proporcionaban pinceladas de color al verde imperante. Mientras Felipe explicaba la importancia del sendero que buscábamos, sus palabras se confundían con el sonido del machete cortando la maleza. Hablaba de sus ancestros chamorros, de cómo ese sendero representaba una conexión con

sus antepasados. Por un momento, me detuve a observar un árbol de raíces gruesas, que parecía un guardián, y me pregunté cuántos pies habrían pasado por allí antes de los nuestros.

A medida que nos adentrábamos más, el paisaje se densificaba. Nick se mantenía en silencio, alerta, observándolo todo. Caminaba justo detrás de mí, cerrando la fila, y cada vez que nuestros ojos se encontraban, yo podía leer en ellos la misma fascinación que me embargaba ante tanta exuberancia.

Nuestro guía localizó una piedra tallada que estaba cubierta de musgo, primer indicio claro del primitivo sendero. Felipe se detuvo, inclinándose para limpiar la superficie con respeto.

—Por aquí parece que discurría uno de los senderos de los que os he hablado —dijo en voz baja.

Seguimos adelante. Tal vez eran impresiones mías, pero me daba la sensación de que en esa zona las ramas no estaban tan enredadas y que era más fácil abrirse camino, como si la vegetación hubiera respetado en cierta forma la existencia de ese sendero y no hubiera querido borrar sus huellas tragándoselo para siempre. Al cabo de unos veinte minutos, Felipe encontró otro tótem de piedra, y mi emoción aumentó: íbamos en la dirección correcta.

Continuamos cerca de una hora y, en un momento dado, nuestro guía miró hacia delante, dudando de hacia dónde ir.

—Debería haber alguna otra señal —comentó, agachado y apartando ramas.

—Es en esta dirección —dije con una certeza que me asustó.

Ya no veía el terreno que pisaba, sino otro que aparecía en mi mente; tampoco eran las zapatillas de deporte que llevaba en los pies las que daban los pasos, sino un extraño calzado, poco apto para ese terreno abrupto. Felipe murmuraba a mi espalda, extrañado por mi seguridad pero sin inmiscuirse. Poco después, dejamos atrás los árboles, tachonados de hermosas flores y llamativos frutos azules, y ante nosotros se abrió un terreno tapizado de hierba corta que caía sobre el azul profundo del océano.

Estábamos sobre el agreste acantilado de mis pesadillas, que se elevaba dramáticamente a lo largo de la costa, ofreciendo vistas deslumbrantes del Pacífico.

—¡Mirad, los gulos están en flor! Esto sí que es algo extraordinario. —Felipe señaló unos árboles altos, cuya corteza era de un tono rojo intenso. Las hojas eran rosadas y entre ellas asomaban racimos de cientos de florecitas blancas—. Se pasan años sin florecer. ¿Cómo has sabido llegar hasta aquí? —me preguntó.

Inés y yo intercambiamos una mirada.

—Mi tía diría que es intuición femenina, pero hay algo más, ¿verdad? —preguntó Nick, mirándome.

Iba a contestar con una evasiva cuando me llamó la atención un matorral de hojas anchas de una textura aterciopelada y flores de cinco pétalos agrupadas en ramilletes, en tono rosa, claro y oscuro, y el cual espoleó mis recuerdos.

—¿Es aquí? —susurró Inés, y yo asentí.

Fui directa hacia el matorral mientras Felipe, fascinado con el lugar, le explicaba a Nick que la piedra caliza había sido moldeada por siglos de erosión causada por el viento y las olas, hasta dar lugar a formaciones impactantes y caídas empinadas que cautivaban el alma. Su voz me llegaba lejana.

Me agaché e Inés se aproximó a mí.

—¿Qué pasa?

—Hay algo.

Empecé a arrancar el arbusto con las manos. Al principio, solo sentí el roce de las hojas y la tierra húmeda, pero, poco a poco, algo más sólido apareció bajo mis dedos. Retiré algunas ramas gruesas y descubrí un trozo de piedra blanca. Mis manos se movieron con más urgencia, limpiando el ramaje mientras tanteaba los contornos de la piedra que se iba dejando ver a medida que yo apartaba las capas de vegetación. Resultó ser una cruz tallada, de proporciones simples. Estaba enverdecida por una capa de fino musgo que cubría su superficie.

—Parece muy antigua —comentó Inés—. Podría ser la tumba de alguien.

La inscripción estaba casi borrada, pero se intuía una fecha y algo más.

En ese momento, Felipe le contaba una leyenda a Nick, según la cual, entre esas aguas oscuras existió una vez un pez gigante que

estaba devorando la tierra a dentelladas. Los sabios *taotaomo'na,* los antepasados de Felipe, se reunieron para decidir qué hacer ante esa amenaza, y finalmente fue un grupo de chamorras jóvenes quienes idearon un plan para capturar al pez valiéndose de una red mágica tejida con sus propios cabellos. La mención de cabellos anudados trajo a mi memoria una imagen extraña cubierta de niebla, como si aún no fuese capaz de percibirla nítidamente.

Pasé los dedos por encima de la inscripción en la cruz y visualicé de nuevo un recuerdo de alguno de mis sueños, que yo ni siquiera sabía que albergaba. Vi una mano delgada y pálida acariciando la piedra. Me puse en pie; ella, la mujer de mi visión, de la que solo atisbaba el faldón oscuro del vestido, también lo hizo. Caminé despacio hasta el precipicio siguiendo sus pasos. Se paró un momento. Inés, a mi espalda, dijo algo, pero no presté atención, concentrada en mi espejismo.

Los pasos de la mujer, cada vez más lentos, llegaron casi hasta el filo del acantilado. Se inclinó a mirar las olas espumosas que batían contra los salientes. Entonces, sus palabras resonaron en mi cabeza, apenas un susurro estrangulado por la angustia.

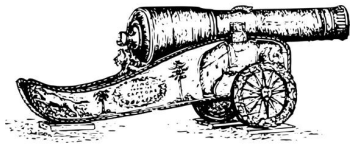
«Tasi, Tasi, devuélvemela». Y, entonces, saltó.

Yo sentí que mi cuerpo flotaba un instante y, después, caía con rapidez. A mi espalda escuché el grito de Inés.

—¡Tasi! ¡Nooo!

Un segundo más tarde, impacté contra el agua. Al igual que ella, yo también había saltado.

CAPÍTULO 36



San Ignacio de Agaña, Guaján,
año de Nuestro Señor de 1690

Hanom estaba dispuesto a afrontar su destino como el guerrero matua que era, pero su corazón sangraba por el futuro aciago de Aurora. Saberla en manos de ese hombre le laceraba el alma. Si tan solo pudiera hacerle llegar un mensaje a don Álvaro explicándole la situación… A saber qué viles mentiras le habría contado el capitán Garrido.

Los sublevados acababan de ser condenados por el tribunal marcial. La noticia de la sentencia del juicio sumario había corrido rápido, y fue uno de los soldados que lo custodiaban a él quien la comentó en voz alta a su guardián.

—¿Y con este qué hacemos?

—El capitán lo quiere arcabuceado como los demás. Vengo a buscarlo.

A empellones, sacaron a Hanom al patio de armas del presidio y lo unieron a la fila de rebeldes. Se abrieron los portones de madera y vio una barrera de oficiales que apenas conseguían contener a las mujeres de los condenados, cuyos gritos y llantos encogían el corazón. Los chamorros que no habían participado en la rebelión

también estaban allí, pero se mantenían apartados y con la mirada gacha; era difícil leer la expresión de sus rostros. Los religiosos esperaban en la plaza, junto con el gobernador, el sargento mayor y demás cargos; también estaba ese miserable capitán Garrido, a caballo. Su mirada y la de Hanom se cruzaron, y aquel esbozó una sonrisa de suficiencia. Hanom hizo amago de lanzarse a por él, pero su escolta lo golpeó en la nuca, y cayó al suelo. Entre dos lo alzaron y lo empujaron para que siguiera caminando.

En comitiva, las autoridades civiles y religiosas marcharon a la cabeza del batallón que los escoltaba. Los jesuitas portaban en alto la cruz de madera que usaban en las procesiones, y sus rezos se elevaban al cielo como el zumbido de un enjambre de moscas. Hanom no vio entre ellos al padre Ezequiel. Deseaba que no le hubiera ocurrido nada durante la revuelta. Temía por su suerte.

Atados con fuertes sogas, los condujeron hasta la playa. La villa entera caminó detrás de ellos.

Allí, hincados en la arena, se alzaban ya diez troncos de palma. Hanom se sintió orgulloso de los guerreros de su clan, quienes miraban con fiereza y se mantenían erguidos; para ellos, era un honor morir por la causa en la que creían. Hanom no tenía miedo, pero sí una profunda tristeza por no haber escapado con Aurora antes de que su padre hubiese regresado. Había sido un cobarde al no confesarle antes sus sentimientos y ahora todo estaba perdido para ellos.

Amarraron a los diez primeros rebeldes, uno a cada tronco. Desde su caballo, Garrido hizo un gesto a sus hombres, y entre dos agarraron a Hanom y lo arrastraron por la arena hasta el último tronco, sustituyendo al matua que esperaba la muerte, y al cual condujeron de regreso junto a los diez restantes, que esperaban en fila su turno. Permanecían inmóviles; las caras eran máscaras inescrutables; los ojos fieros hablaban de venganza en el más allá; su apostura daba ánimos a los hermanos del clan que ya estaban atados a las palmas, listos para pasar al otro lado, donde esperaban sus ancestros.

El padre Ignacio caminó con dificultad, hundiendo las sandalias en la arena caliente; lo seguía uno de los nuevos hermanos, quien

llevaba entre sus dedos trémulos una vasija con la sagrada forma. De uno en uno, el jesuita les fue concediendo la absolución de los pecados y administrando el viático. El anciano respiraba aliviado cada vez que uno de los rebeldes aceptaba la comunión; por lo menos, sus almas no vagarían por el purgatorio, sino que irían al cielo y gozarían de la gloria eterna de Jesucristo.

Cuando el jesuita llegó a Hanom, el último de la fila, sus ojos se aguaron un instante.

—¿Tú también, muchacho? ¿Es que no te hemos enseñado bien y acogido como a un hijo?

—No, padre. Yo no soy uno de los conjurados. Mi pecado es muy diferente.

—Te escucho.

—Prefiero no ser absuelto de él —afirmó, pensando en Aurora.

—Pero, entonces, no puedes comulgar.

—Que así sea.

El padre Ignacio sacudió la cabeza con resignación y regresó junto al resto de las autoridades. Don José Quiroga se adelantó, miró a los condenados con profundo desprecio y, después, se volvió hacia la audiencia; todos los vecinos de Agaña se habían congregado para presenciar la ejecución. Con potente voz, el sargento mayor dijo:

—Los rebeldes han confesado sus intenciones y, abierto proceso de guerra, han sido condenados a morir mediante arcabuz, para eterno escarmiento de la horrenda maldad que pretendían llevar a cabo. No hay clemencia para los que se alzan contra el rey y Dios todopoderoso. Quien así hace, que así pague.

Los soldados se situaron delante de ellos y alzaron las armas. En ese instante, Hanom vio aparecer al padre Ezequiel, que intentaba abrirse paso entre el gentío.

—¡Esperen! ¡Esperen! —gritaba.

Todos se volvieron hacia él. Remangándose la sotana, corrió a trompicones por la arena y se puso delante de Hanom.

—¿Qué hace ese fraile? —oyó preguntar al gobernador Esplana.

—¡Apártese de ahí! —gritó José Quiroga.

—Ha habido un malentendido, gobernador. Este muchacho es mi confidente, fue quien me previno sobre la revuelta. No sé cómo ha acabado entre ellos, pero es inocente, doy fe.

—¿Está seguro? —preguntó Quiroga.

—Por supuesto, ¿por quién me toma? Si no fuera por su intervención, estaríamos todos muertos. Le digo que sus soldados han cometido un grave error. Trabaja para don Álvaro Aguilar; él puede dar testimonio de lo que digo.

—Desátenlo —ordenó don José.

El capitán Garrido apretó la mandíbula, pero no pronunció palabra.

Un soldado lo desató. Fray Ezequiel lo tomó del brazo y lo condujo hacia el gentío. Uno de los que esperaban a ser ejecutados le escupió en la cara y masculló un insulto. Se lo merecía, ya que había traicionado a su sangre.

El sargento mayor alzó el brazo. Los soldados levantaron los arcabuces y apuntaron.

—¡Fuego!

Sonaron los disparos; la playa se llenó de humo y de los aullidos de las mujeres.

Hanom observaba con los puños en tensión, sintiendo vergüenza hacia sí mismo, impotente por no poder hacer nada por ellos. Él se había librado por el momento, pero un movimiento en falso, y ese capitán se aseguraría de que esta vez nadie pudiera interceder en su favor.

Desataron los cuerpos inertes y los hicieron a un lado, dejando que los familiares se ocuparan de ellos. La macabra maniobra se repitió con el segundo grupo: los ataron a las palmas e, instantes después, los arcabuces llenaban la playa de ecos de muerte.

Hanom se retiró con el padre Ezequiel a la iglesia. A salvo en la sacristía, se dejó caer en una silla y ocultó la cara entre las manos. Escuchó cómo el jesuita trasegaba en un armario y después le daba un vaso de vino. No había comido ni bebido nada desde el día anterior, así que se lo echó al gaznate de un trago.

—¿Por qué estabas con los rebeldes?

—Fue el capitán Garrido, el prometido de Aurora. Descubrió nuestra relación y se aseguró de quitarme de en medio.

—Debes huir, ese capitán tiene el alma negra. Temo por ti.

—No me iré sin Aurora. Imagínese la vida que le espera a su lado. Tiene que ayudarme, padre.

—Pero ¿qué podemos hacer? Las nupcias son mañana.

—No lo sé. Tal vez si hablásemos con don Álvaro…

—Es muy improbable que te acepte como yerno.

—Pero se casó con una de los nuestros.

—Ella dejó de ser chamorra y se convirtió en una cristiana española, en todo menos en el tono de la piel, que se encargaron, incluso, de clarear. Además, de haber regresado a España, don Álvaro hubiera pagado con desprecios su osadía. Su propia madre reniega de la unión, y está aquí para asegurarse de que sus nietas no se inclinen hacia el lado materno. Doña Agustina jamás consentirá que te unas a su estirpe.

—Más valía entonces que me hubiera dejado amarrado a ese tronco. Prefiero morir antes que renunciar a Aurora.

—La resignación también es un valor cristiano.

—No, padre, no lo haré.

—Pero ¿de qué vais a vivir?

—De eso no se preocupe. Le prometo que, si me ayuda, Aurora llevará la vida de una noble española, con todas las riquezas y privilegios de su clase.

El jesuita se sirvió un vaso de vino y se lo bebió con un suspiro.

—Será mejor que descanses en mi celda hasta que se me ocurra algo. No me fío de las mañas de ese capitán.

Aurora estaba agotada de golpear la puerta de su alcoba; sus nudillos, enrojecidos, y su garganta, seca de tanto gritar. Había

terminado por derrumbarse en el suelo, llorando en silencio, con la esperanza de que alguien la escuchara. El eco de sus sollozos llenaba el vacío del cuarto, un espacio que cada vez sentía más opresivo. ¿Dónde estaban su padre y su dueña? ¿Por qué nadie acudía a socorrerla? La noche le había supuesto un tormento, consumida de preocupación por Hanom. Pensó en saltar por el balcón, pero un soldado vigilaba en el patio, con la atención puesta en las puertas de cristal.

El capitán Garrido, aunque apenas lo conocía, le había lanzado una mirada furibunda antes de encerrarla, una que le había helado la sangre. No presagiaba nada bueno.

El alba había llegado ya, iluminando el cuarto con un tinte dorado que no lograba aliviar su desasosiego. Exhausta, comenzó a sucumbir al sueño, pero el crujir del suelo de madera al otro lado de la puerta la sacó del letargo. Se levantó de golpe y corrió hacia la hoja de madera, que golpeó con insistencia.

—¿Padre? ¿Doña Sagrario? ¿Juana? ¿Hay alguien ahí?

—¡Aurora, estás ahí! —La voz de su ama resonó en el corredor, y Aurora sintió un alivio que casi la hizo caer de rodillas.

Doña Sagrario forcejeó con la cerradura.

—La puerta está trabada. Espera, voy a buscar la llave.

Aurora pegó la oreja a la puerta, escuchando cómo los pasos de la mujer se alejaban. El tiempo se alargó hasta hacerse eterno, pero finalmente sintió su regreso. Cuando el cerrojo se corrió, una sonrisa iluminó su rostro cansado, y echó a andar hacia la salida. Sin embargo, al abrirse la puerta, se encontró cara a cara con su abuela, doña Agustina.

—Ni se te ocurra dar un paso más. —La anciana alzó un dedo, amenazante—. Tú y yo vamos a hablar.

—Voy a buscar a mi padre.

—No está. Se ha marchado.

Doña Agustina entró en la habitación, obligándola a retroceder, y cerró la puerta con llave.

—Si esto es idea de ese hombre que ya se cree mi dueño, no voy a permitir que me mantengan encerrada. ¡Gritaré!

—Ya has gritado suficiente, ¿no crees? —respondió su abuela con frialdad—. El capitán solo pretende tu seguridad y la de la familia. Esos salvajes han estado a punto de masacrarnos. Gracias a tu futuro esposo, quien te rescató de las sucias manos de uno de ellos, la obra del demonio se evitó. Por fortuna, los culpables han pagado por su pecado. Los han arcabuceado al amanecer.

Aurora sintió cómo el suelo se desmoronaba bajo sus pies.

—Eso es mentira. Nadie me secuestró. Me iba con Hanom por voluntad propia. ¿Qué le han hecho?

Doña Agustina le arreó una bofetada que la propulsó hacia atrás.

—Ese salvaje está muerto, y tú eres una desvergonzada. Pero mi hijo no debe saber lo que estabas a punto de hacer. Le partiría el corazón, y no lo consentiré. Esto queda entre el capitán, tú y yo. —La abuela alzó la barbilla, orgullosa y severa—. Te vas a quedar aquí tranquila hasta tus nupcias, que son mañana. Yo misma te vigilaré. Vas a comportarte como una Aguilar y Manrique, o me encargaré de que tu padre te encierre en el convento más remoto y austero de la Nueva España el resto de tus días.

Aurora reprimió las lágrimas que le abrasaban el alma, mirando a su abuela con todo el desprecio que le cupo en el cuerpo.

—Bien. Aclarado el malentendido, ordenaré que te traigan algo de comer.

El día transcurrió con una parsimonia insoportable, como una condena eterna. Por la tarde, doña Agustina se presentó en los aposentos de Aurora con Juana y doña Sagrario para rezar los salterios y, después, la obligó a leer una obra pía mientras bordaban. La anciana pretendía actuar como si nada hubiera sucedido. Su hermana de vez en cuando comentaba lo afortunada que era Aurora por casarse con el capitán y lo feliz que la hacía que fueran a vivir todos juntos en la hacienda. Ella apenas escuchaba, embargada por el dolor y los pensamientos funestos. Si tan solo fuera Juana la hermana mayor, Aurora podría seguir escapándose a la playa a nadar con Hanom. Si tan solo el galeón se hubiera hundido con su abuela dentro, en vez de quedarse encallado… Pedía perdón en silencio por los pensamientos horribles que le venían a la mente,

pero cada segundo que pasaba en la presencia envenenada de su abuela se le retorcían las entrañas un poco más.

—Aurora, estás pálida y mañana debes estar radiante para el enlace. Voy a pedir que te traigan la cena a la alcoba. Don Álvaro debe de haber regresado ya de la villa; vosotras id bajando al salón —dijo su abuela, dirigiéndose a doña Sagrario y a Juana.

Cuando se quedaron solas, la anciana alzó su dedo acusador, gesto que la joven empezaba a detestar con todas sus fuerzas.

—Espero que te haya quedado claro lo que te espera si te atreves a confesarle a mi hijo tus sentimientos pecaminosos hacia ese salvaje.

Y, sin más, cerró de un portazo y echó la llave, dejándola sola.

Aurora no tocó la cena; la angustia le revolvía el estómago. Permaneció de pie junto a la ventana, observando el océano que se extendía hacia el horizonte. El sol, como una bola de fuego cansada, se hundía lentamente en las aguas, que se tornaban cada vez más oscuras, reflejo de su propia esperanza, la cual parecía ahogarse sin remedio. El ruido de la puerta al abrirse la sacó de sus pensamientos.

—Hija, ¿te sientes mejor? —preguntó la voz grave de su padre. Entró en la habitación con paso seguro, como si nada pudiera hacerlo tambalear—. Tu abuela asegura que son solo los nervios por el matrimonio.

Aurora se volvió hacia él despacio, intentando controlar la mezcla de rabia y desesperación que la dominaba.

—Llevo todo el día esperándolo. ¿Recién regresa?

Don Álvaro, aún con su sombrero en la mano, suspiró antes de responder.

—Sí. He estado en la Casa de Gobernación, asistiendo a una reunión importante. Esta vez hemos tenido suerte, pero no podemos consentir que vuelva a suceder.

Se acercaron al par de butacas ubicadas frente a la ventana y tomaron asiento, uno frente a otro. Aurora lo miraba con intensidad, buscando en su rostro algún indicio del padre al que recordaba, el hombre que siempre había sido su refugio.

—Padre, su merced solo quiere mi felicidad, ¿verdad? —preguntó con voz temblorosa.

Él se inclinó hacia delante, con una expresión de ligera extrañeza.

—Por supuesto, Aurora. ¿A qué viene esa pregunta?

Ella tomó aire, sintiendo que su corazón latía desbocado.

—Entonces, no me case con Garrido. Se lo suplico. Quiero algo distinto para mi vida.

Don Álvaro la miró fijamente un instante, como si considerara sus palabras, pero pronto su expresión se endureció. Acarició su mejilla con una mano pesada y fría antes de ponerse en pie.

—Eres aún joven para entender, hija. El capitán ha sido condecorado hoy mismo por el gobernador debido a su actuación contra los rebeldes. Me siento más seguro sabiendo que se va a unir a la familia. Él se ocupará personalmente de proteger la hacienda y, sobre todo, a ti.

El pecho de Aurora se contrajo, fruto de la frustración, el dolor y la resignación. Miró a su padre con lágrimas en los ojos, afanándose en reconocer al hombre que la había criado, pero solo veía a un extraño. Él ya no era el mismo que había partido con el corazón roto tras la muerte de su madre, Latasi. En los dos años que había pasado lejos de las Marianas, doña Agustina lo había cambiado, endureciendo su corazón.

No tuvo más remedio que bajar la mirada y asentir, incapaz de articular más palabras.

—Verás que mañana va a ser el día más dichoso de tu vida. —La sonrisa de don Álvaro trataba de ser cálida, pero no consiguió su objetivo.

Su padre salió de la habitación, cerrando la puerta tras de sí. La dejó sola, más sola que nunca. Aurora se derrumbó sobre la cama y lloró, desgarrada, su aciago destino.

Una hora después, la puerta se abría de nuevo. Aurora se encogió un poco más al ver de nuevo a doña Agustina en el umbral. ¿Qué querría ahora?, se preguntó. La anciana avanzó con pasos firmes, ajustándose el chal con gesto autoritario.

—Es hora de que cumplas con tus deberes de cristiana —anunció con voz tajante. Se hizo a un lado y apareció el padre Ezequiel, con su porte delgado y su mirada jovial.

—Vengo a escuchar tu confesión, hija, y a prepararte para el santo sacramento del matrimonio —dijo el religioso. Luego, con un gesto cordial pero firme, se volvió hacia doña Agustina—. Si es tan amable de salir, señora.

La anciana frunció los labios, mirando a su nieta con dureza.

—Por supuesto, padre. Pero asegúrese de que lo confiesa todo —replicó antes de retirarse.

El padre Ezequiel caminó hacia una silla y se sentó. Aurora, llena de temor, se apresuró a arrodillarse frente a él. Le tomó las manos con una desesperación contenida; sus dedos temblaban.

—Dígame, padre, ¿qué han hecho con Hanom? —preguntó en un susurro urgente, mientras las lágrimas empezaban a acumularse en sus ojos. Su voz se quebró al continuar—: Doña Agustina me ha dicho que lo han ajusticiado. No me mienta, por favor. ¿Es eso cierto?

El rostro del sacerdote se ensombreció, aunque en sus ojos brillaba la compasión.

—No puedo concebir que una mujer tan devota como tu abuela haya pergeñado una mentira tan vil —dijo—. No llores, muchacha. Hanom está bien, se encuentra en un lugar seguro.

Aurora exhaló un suspiro de alivio que parecía brotar de lo más profundo de su ser.

—Lo sentía aquí. —Se llevó una mano al pecho, donde su corazón latía con fuerza.

El jesuita esbozó una sonrisa triste, como si las palabras que estaba a punto de decir le pesaran profundamente.

—Pero eso no resuelve la situación, hija. Ese capitán tiene el alma corrompida por la ambición, y empiezo a intuir también la

mezquindad y las malas artes de doña Agustina. Si Hanom continúa en Agaña, lo matarán.

—Debe irse, entonces —respondió Aurora, esforzándose por mantener la compostura—. Sabiéndolo fuera del alcance de Garrido, aceptaré mi destino con resignación.

El padre negó con la cabeza.

—No se marchará sin ti.

Aurora alzó la vista, desesperada.

—Tiene que convencerlo. Yo estoy encerrada aquí, padre. Hay un soldado en el patio, y mi abuela se ha prestado de carcelera hasta que ese hombre me despose. Si Hanom intenta algo, lo atraparán.

El padre Ezequiel la miró con determinación.

—Tenemos un plan, hija. Escucha bien.

Se inclinó hacia ella y bajó la voz hasta convertirla en un susurro. Aurora escuchó cada palabra con el alma en vilo, mientras su corazón palpitaba descontrolado. Era un plan arriesgado, casi imposible, pero también la única oportunidad que tenían. Esta vez, necesitarían de toda la ayuda divina para evadir a los soldados y al capitán Garrido.

Cuando el religioso terminó la explicación, Aurora lo miró con los ojos cuajados de preguntas y de gratitud.

—¿Por qué hace esto, padre? ¿Por qué nos ayuda? Las consecuencias podrían ser terribles para usted.

El sacerdote tomó aire, y su voz resonó con una convicción que pareció hacer vibrar las paredes del dormitorio.

—Porque el evangelio de Nuestro Señor Jesucristo habla de amor y fraternidad. Y no veo ni una pizca de ninguna de esas virtudes en el capitán Garrido. Mi conciencia no me permite aceptar una injusticia tan aborrecible como la destrucción de la vida de dos jóvenes que se aman y desean unirse en santo matrimonio. Los jesuitas no nos plegamos a las convenciones sociales ni a las tropelías de este mundo. Somos guardianes del amor.

Aurora bajó la mirada, conmovida.

—Su merced es un buen hombre. Ojalá hubiera más como usted.

El sacerdote sonrió levemente y se puso de pie.

—¿Estás preparada?

—Lo estoy —respondió Aurora. El corazón ardía en su pecho.

—Le diré a doña Agustina que has confesado todos tus pecados y que aceptas el designio de Dios. Pediré que nadie te moleste porque tienes mucho que rezar para cumplir la penitencia, y que después deben dejarte descansar, para que seas la novia más radiante que se haya visto nunca. Ahora, sigue al pie de la letra lo que te he dicho.

Aurora asintió con la esperanza prendida en los ojos.

Sonreían.

CAPÍTULO 37

Aurora no tardó mucho en escuchar la voz del padre Ezequiel bajo su balcón. Interpelaba al soldado que la vigilaba, quien se negaba a ayudarlo.

A las voces, apareció doña Agustina, quien parecía omnipresente.

—¿Qué pasa aquí? Padre Ezequiel, pensé que ya se había ido.

—Sí, ya me iba, pero olvidé entregar el regalo. El padre Ignacio ha querido obsequiar a los novios con seis barricas del mejor vino de nuestras propias viñas, para la dicha de los esposos, pero también como agradecimiento por la milagrosa intervención del capitán. Le pedía al muchacho que me ayudase a descargarlas. Son muy pesadas.

—¿A qué esperas?

—Las órdenes de mi capitán…

—Esta es mi casa, y aquí las órdenes las doy yo. Andando.

—Sí, señora.

—Dígame, ¿dónde ponemos las barricas, doña Agustina? —preguntó el jesuita, y consiguió que su abuela los siguiera hasta el carro.

Sin perder tiempo, Aurora se descolgó por el balcón y saltó al patio. Corrió a esconderse tras un frondoso seto y, de ahí, entre las sombras, atravesó el jardín con la respiración entrecortada y el corazón galopando en la garganta. La luna, cómplice de su huida, se escondió momentáneamente detrás de una nube. La joven rodeó la

casa y, a campo través, se dirigió al punto de encuentro que le había indicado el religioso.

Agazapada entre la vegetación, en espera del carro, la embargaba una intensa mezcla de sentimientos, miedo, excitación. No tardó mucho en escuchar el traqueteo de las ruedas del carromato, pero no se atrevió a elevar la cabeza por si alguien la veía desde la distancia. Tal como habían acordado, el padre Ezequiel detuvo el carro unos instantes. Bajó al terroso suelo con agilidad y, con movimientos deliberados, comenzó a inspeccionar las ruedas, aparentando tranquilidad. Ese era el momento. Aurora se impulsó con rapidez y subió a la parte trasera, donde se cubrió de inmediato con una raída manta que el religioso había dejado allí. Se acomodó entre los bártulos, procurando no hacer ruido, e, instantes después, sintió cómo el vehículo reanudaba la marcha.

El ritmo constante del carromato y la tonada que silbaba el jesuita relajaron sus nervios. Durante un breve lapso, el sueño quiso vencerla; apenas había pegado ojo desde que su prometido los había atajado en el bosque. Pero un sonido rompió su calma: cascos de caballos que se acercaban al galope. El temblor del suelo bajo el vehículo anunciaba que eran varios. Aurora se encogió aún más, enterrando el rostro contra las rodillas, y contuvo la respiración.

—Que pasen de largo, que pasen de largo —suplicaba entre dientes, cerrando los ojos con fuerza.

Sintió cómo el padre Ezequiel apuraba el paso del mulo. Pero, cuando los jinetes estaban a punto de cruzarse con ellos, una voz, que Aurora reconoció de inmediato, le heló la sangre.

—Cura, ¿qué hace por aquí a estas horas?

Era el capitán Garrido. El carromato frenó de forma brusca, y Aurora se golpeó contra la madera con un pequeño ruido seco. Se llevó una mano a la boca para no dejar escapar ningún sonido.

—Vengo de la hacienda de los Aguilar y Manrique —respondió el jesuita con serenidad—. Doña Agustina me convocó para confesar a los miembros de la familia antes de la celebración de mañana. También les he traído un obsequio del padre Ignacio: vino para la fiesta.

Aurora se mordió los labios, temiendo que alguna palabra o gesto del religioso pudiera delatarla.

—Providencial encontrarlo —dijo Garrido con un tono cargado de falsa afabilidad—. Regrese con nosotros, padre, y así nos confiesa también. Seguro que don Álvaro estará encantado de invitarlo a cenar.

Aurora sintió un nudo en la garganta. Sus manos temblaban mientras apretaba la áspera tela de la manta.

—Me esperan mis hermanos, y voy tarde —replicó el padre Ezequiel con decisión—; nuestra regla es muy estricta. Sin embargo, mañana a primera hora puedo regresar. Seguramente el padre Ignacio oficie la ceremonia, y yo lo asistiré. Ahora, tengo que marcharme.

El silencio que siguió fue insoportable. Aurora imaginaba los ojos del capitán, escrutadores, recorriendo cada ángulo del carromato. El tiempo pareció detenerse hasta que Garrido finalmente respondió.

—Que tenga buenas noches, entonces. Y lo espero mañana.

—Así será, hijo. Buenas noches, muchachos —dijo el padre Ezequiel.

Con un arre firme, puso al mulo en movimiento. Transcurrieron unos segundos que parecieron eternos antes de que el religioso murmurara:

—Gracias a Dios, ha pasado el peligro. Ya no queda mucho.

Aurora permaneció en silencio. El miedo seguía atenazándola, y el eco de la voz del capitán resonaba en su mente como una atroz amenaza. Cerró los ojos y rezó, encomendándose a cada santo que conocía. Sus músculos estaban tensos, y su cuerpo, rígido después de tanto tiempo sin moverse.

El traqueteo del carromato, el aullido del viento y el frescor de la noche la hicieron perder la noción del tiempo, hasta que, al fin, notó que el vehículo se detenía.

—Ya puedes salir —la avisó el padre Ezequiel en un tono bajo.

Aurora se quedó inmóvil un momento más, temiendo aún ser vista o escuchada. El sacerdote retiró la manta que la ocultaba y le ofreció una mano.

—Vamos, hija, ya es seguro —dijo con una leve sonrisa.

Ella tomó su mano y descendió con cuidado. Al bajar, el padre Ezequiel recogió un saco y lo cargó al hombro.

—Tenemos que caminar un poco. No estamos lejos. Vamos.

Aurora asintió y, con paso apresurado, lo siguió entre las sombras de los árboles que proyectaba la luna amiga, agradeciendo en silencio haber llegado hasta allí.



Entre los altos árboles, Aurora atisbó una silueta y reconoció a Hanom en el acto. Corrió hacia él, la acogió en su pecho, y permanecieron abrazados. La muchacha hundió la nariz en su cuello; olía a lavanda y a madreselva. Dejó que las lágrimas brotaran, aplacando las horas de angustia.

—Pensé que no volvería a verte.

Se miraron a los ojos y Hanom, conmovido, le dio un beso en la frente. Por fin estaban juntos, nadie podría separarlos. El cura, a su espalda, lo preparaba todo.

—No hay tiempo que perder. Venid aquí —les indicó, y, al volverse hacia él, vieron que ya se había puesto la casulla y, sobre una roca, había improvisado un rudimentario altar.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Nos casamos, Aurora, si es que me aceptas.

Ella solo asintió, transida de emoción. Hanom besó su mano y se arrodillaron frente al religioso.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. —Repitieron con el cura e hicieron la señal de la cruz—. Hijos míos, nos hemos reunido hoy en secreto, ante los ojos de Dios, para uniros en el sagrado vínculo del matrimonio. Aunque esta unión permanecerá oculta a los ojos del mundo, es válida y está bendecida por la Santa Madre Iglesia. Os recuerdo la gravedad del paso que estáis a punto de dar: el matrimonio es un sacramento indisoluble,

un compromiso para toda la vida. Al consentir esta unión, os comprometéis mutuamente en la fidelidad, el amor y el respeto. Si de esta unión nacieran hijos, estáis obligados a informar al obispo dentro de los treinta días siguientes al nacimiento, para que sean bautizados y reconocidos como legítimos. Recordad siempre que vuestro matrimonio es verdadero ante Dios. La clandestinidad de esta ceremonia no os exime de vuestros deberes conyugales.

Ellos se miraron a los ojos y asintieron.

—Ahora, si estáis dispuestos a asumir estas responsabilidades y a uniros en matrimonio, expresad vuestro consentimiento. Hanom, bautizado como Diego Guerrero, primero tú. Lee aquí —dijo, mostrándole un librito.

—Yo, Diego Guerrero, nacido chamorro como Hanom, te recibo a ti, doña Aurora de Aguilar y Manrique, como mi legítima esposa, y me entrego a ti como tu legítimo esposo y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

—Ahora tú, muchacha.

Ella leyó:

—Yo, Aurora de Aguilar y Manrique, te recibo a ti, Diego Guerrero, nacido chamorro como Hanom, como mi legítimo esposo, y me entrego a ti como tu legítima esposa y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Hanom hizo un gesto al padre Ezequiel y este asintió. Entonces, el muchacho se puso en pie y sacó de su bolsillo un precioso *sinahi,* el collar de la luna nueva, y, tras alzar también a Aurora, se lo colocó en el cuello: unía sus destinos para formar un todo nuevo, como la luna. Durante las semanas que había estado ausente de Agaña, el joven había buceado más allá de los arrecifes en busca de una *hima*, una concha de almeja fosilizada por efecto del agua salada, hasta encontrar un ejemplar enorme que había tallado para ella.

—Arrodillaos.

Ellos obedecieron. El religioso alzó las manos y las colocó sobre ellos.

—Por el poder que Dios me ha dado, yo os declaro marido y mujer en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. —Hizo la señal de la cruz en el aire—. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre. —Aurora miró a Hanom con ojos húmedos. Él le sonrió—. Ahora, venid a firmar el acta matrimonial. —El padre Ezequiel señaló un pergamino sobre la roca.

—¿No se necesitan testigos para que sea válido? —preguntó Aurora.

—Tenéis los mejores testigos, los cuales interceden por vosotros para que nadie ose interponerse en la voluntad de Dios, que ha decidido regalaros este amor humano para que sea reflejo del suyo, eterno. ¿Quién osaría contradecir al padre fundador de la orden de los jesuitas?

Aurora se inclinó sobre el acta y leyó los nombres de sus testigos, cuyas firmas ya estaba rubricadas: de un lado, don Íñigo López de Oñaz y Loyola, y del otro, don Francisco de Jasso Azpilicueta Atondo y Aznárez de Javier. Los dos santos más queridos por los jesuitas.

—Firmad aquí.

Ambos lo hicieron con solemnidad, conscientes del peso del momento. Después, el religioso enrolló el acta primorosamente, asegurándose de que quedara bien protegida dentro de un tubo de cuero embadurnado con grasa. Sabía bien que la humedad de la isla lo arruinaba todo. Por último, se lo entregó a Hanom, quien lo guardó con cuidado en el interior de su camisa. El cura se acercó al libro de registros y, con trazos precisos, anotó el matrimonio. Cerró el libro y lo introdujo con delicadeza en su saco antes de volverse hacia los novios.

—¿Sabéis a dónde vais a ir? —preguntó. En sus ojos se mezclaban la preocupación y la esperanza.

—Sí, padre, está todo listo —respondió Hanom, la voz firme, aunque su rostro mostraba cierta tensión.

El religioso suspiró y asintió.

—Mejor no me lo digas. Que Dios os proteja, hijos míos.

Aurora, con los iris brillantes, se adelantó para tomar las manos del sacerdote.

—Gracias por todo, padre Ezequiel. Nunca lo olvidaré.

El cura les dedicó una mirada llena de cariño y preocupación.

—Sed buenos esposos el uno para el otro. Recordad siempre este día y la promesa que os habéis hecho.

Les dio un abrazo rápido y luego hizo un gesto apremiante.

—Marchaos ya.

Los novios se miraron por un instante y, acto seguido, echaron a correr hacia el interior del bosque. Las ramas y hojas crujían bajo sus pies mientras desaparecían entre la espesura.

El padre Ezequiel los siguió con la mirada hasta que se perdieron de vista. Luego, juntó las manos en oración y murmuró:

—Señor mío, protégelos.

Con el corazón inquieto pero lleno de fe, regresó al carromato.



En cualquier otra circunstancia, Aurora habría sentido un temor paralizante al verse rodeada por la selva. Sin embargo, cada paso que daba la acercaba un poco más a la libertad, a un futuro junto a Hanom, su esposo. Todo había ocurrido tan rápido que aún le costaba creerlo. Hacía apenas unas horas creyó que lo había perdido para siempre, que nunca escaparía de las garras del capitán Garrido, y, sin embargo, ahora estaba ahí, junto al hombre al que amaba. Su nuevo destino se abría ante ella, desconocido pero esperanzador.

Se había convertido en la esposa de un guerrero chamorro, y aunque este no había luchado en ninguna batalla, admiraba su temple y su imperturbable calma. Hanom encaraba la vida con una certeza que parecía inquebrantable, como si estuviera preparado para afrontar cualquier peligro. Esa seguridad transmitía una fortaleza que Aurora jamás había sentido. Aunque era consciente del peligro que aún corrían, solo quería gritar de júbilo.

Saltaban troncos vencidos y carcomidos por la humedad; él la tomaba de la cintura para ayudarla. Sus ojos eran dos piedras

volcánicas, negras y llameantes, que aún conservaran el calor y que se encendían cuando se posaban en ella. Al cabo, llegaron a un pequeño claro donde la hierba les alcanzaba la cintura. Al atravesarlo, un enjambre de luciérnagas comenzó a revolotear a su alrededor, iluminando el aire con diminutas chispas doradas. El espectáculo parecía sacado de un sueño. Se detuvieron para admirarlo, y Hanom, sin previo aviso, la abrazó con fuerza y la levantó del suelo, girando con ella entre los haces de luz. Las risas de ambos se fundieron con el canto lejano de los insectos nocturnos, y, cuando el mareo los venció, cayeron juntos sobre la hierba, riendo de pura dicha. Aurora apenas tuvo tiempo de recuperar el aliento antes de que él acercara los labios a los suyos. Se besaron con una intensidad que los hizo olvidar por un momento la urgencia de la huida. Los árboles centenarios vigilaban por ellos desde sus altas copas. Ella sentía el cuerpo arder de deseo, anhelando acariciar la piel cálida y morena de Hanom, pero él se separó suavemente y le dio un beso en la nariz, lo que le provocó una sonrisa.

—Debemos seguir, no nos hemos alejado lo suficiente —explicó —. Solo estaremos seguros cuando alcancemos el *galaide*, del otro lado de la isla.

Aurora suspiró, pero asintió. Se dejó ayudar para ponerse de pie, y juntos emprendieron de nuevo la marcha. A medida que ascendían las ondulaciones de la montaña, el terreno se volvía más resbaladizo y empinado. Al cabo de una hora, a Aurora le quemaban las piernas y estaba a punto de desfallecer.

—¿Falta mucho? —preguntó después de varias horas sin parar.

—Pronto llegaremos al arroyo; allí podremos descansar. Esta parte es más fácil, empezamos a descender.

Le apretó la mano y tiró de ella; esquivando matorrales y ramas partidas, fueron bajando de nuevo. Cuando a Aurora le fallaron las rodillas por el agotamiento, Hanom la tomó en brazos y siguió avanzando sin perder la sonrisa ni la determinación en los ojos. Envuelta en su aroma, ella se dejó acunar por los latidos de su corazón. Tiempo después, el rumor cercano del agua la sacó de la ensoñación. Abrió los ojos y acarició la mejilla de Hanom; le asombraba que no mostrara ni un ápice de cansancio, mientras que

ella estaba agotada. Solo quería acurrucarse una semana entre sus brazos y dormir.

En la ribera del arroyo, él la dejó en el suelo. Ambos se arrodillaron sobre la mullida hierba e, inclinándose, bebieron agua. Después, Hanom se remangó los pantalones y se metió en el riachuelo para refrescarse.

—¿Tienes hambre?

—Un poco —contestó Aurora.

Hanom salió del agua y se alejó unos pasos. Aurora lo observó agitar los arbustos. Su esposo buscó entre los matorrales y fue arrancando frutos que recogió en su camisa; después regresó junto a ella. Se sentó a su lado y le ofreció las moras que había encontrado. Aunque aún estaban ácidas, le supieron a gloria. Mientras succionaba los frutos, él se la quedó mirando muy concentrado.

—¿Pasa algo? —preguntó Aurora.

—Las moras te han tintado los labios.

Se inclinó hacia ella y, atrapándole la cintura, la sentó a horcajadas sobre sus fuertes piernas. Aurora enlazó las manos en su cuello y lo besó. Las del muchacho bajaron por su espalda y se posaron en sus nalgas, que apretó contra sí. Con premura, le desabotonó el vestido, el cual ya se hallaba desgarrado en varias partes después de la incursión por la naturaleza, y se lo deslizó por los brazos. Aurora desnudó su torso moreno y cincelado abriendo su camisa. El largo cabello de Hanom se soltó del amarre. Ella lo miró con éxtasis: nunca había visto su cabello suelto, y resultaba todavía más atractivo y salvaje con la melena negra cayéndole sobre el cuerpo duro y torneado. Con dedos ansiosos, se deshicieron de las prendas, y la alfombra de hojas tiernas acogió sus cuerpos desnudos. Hanom la hizo suya con delicadeza y ternura, con pasión a medida que el calor se extendía desde su centro y prendía cada fibra de su ser. Con caricias y besos, fue enseñándole todo lo que había aprendido en el *uritao* de su tío. Lo que había vivido hasta ese momento lo había preparado para ser el hombre que la hiciera mujer.

Y, después de amarse, protegidos por una muralla natural de latana, brezos y arbustos de baya, arrullados por el rumor de los insectos y el ulular del búho nuco, se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 38

El alba coloreó de violetas y rosados los campos de la hacienda de Aguilar y Manrique. La casa dormía aún, aunque en las cocinas los sirvientes empezaban a preparar el ágape que se ofrecería a los invitados al enlace nupcial.

El capitán Garrido se desperezó con un sonoro bostezo, se alzó vigoroso y salió al balcón, donde estiró los músculos mientras contemplaba los extensos campos, que se tornaban dorados con los primeros rayos del sol. Había pasado la noche en una de las alcobas de invitados, pero sería la última noche, ya que don Álvaro había prometido cederle la estancia más grande una vez que hubiera desposado a Aurora. Había dormido a pierna suelta, henchido de orgullo por cómo se habían desarrollado los acontecimientos con los salvajes y por las expectativas de su inminente nueva vida. Tal vez en breve podría colgar las botas de militar, pensó, en cuanto el gobernador le hubiese otorgado un cargo público con sus correspondientes dádivas. Convertiría la hacienda en la más rica de la Nueva España, y a Agaña en su nuevo centro. ¿Era mucho soñar pretender desbancar a Manila? Si los sangleyes estableciesen un parián allí, el comercio se desarrollaría. Tenía que hablar con el gobernador para ver formas de atraerlos: les darían la primera opción de compra de los bienes que llegaban de Acapulco, se adelantarían a los que esperaban en Manila el arribo de la flota.

Sí, todo estaba saliendo a la perfección. Y pensando en la perfección, se dijo Garrido: tenía una conversación pendiente con

esa jovencita díscola y asilvestrada con la que estaba a punto de casarse. No veía la hora de enseñarle cómo debía comportarse la esposa de un capitán al servicio del rey de España. No tenía dudas sobre su propia capacidad persuasoria, y con respecto al salvaje que había intentado secuestrarla, tarde o temprano se encontraría con su espada en el gaznate.

Se puso los pantalones y los tirantes por encima de la camisola de dormir. Descalzo, salió al amplio pasillo y se encaminó a la alcoba de Aurora.

Primero puso la oreja contra su puerta; al no escuchar nada, sonrió pensando que la sorprendería dormida y podría contemplarla a su antojo. Accionó el pomo, pero este no cedió. Estaba trabado con llave.

—¡Maldición! —gruñó entre dientes.

Se había olvidado de que había dado la orden a esa vieja estirada de doña Agustina de que no le permitiera salir bajo ningún concepto. Resopló con frustración y se giró, dispuesto a regresar a su estancia. Sin embargo, el sonido de una puerta a su espalda lo detuvo. Cuando se volvió, vio a Juana, la hermana pequeña, enmarcada por la tenue luz del pasillo. Llevaba puesta una camisa de dormir blanca y vaporosa que apenas ocultaba sus frágiles curvas juveniles.

—Se ha marchado, capitán —dijo la niña.

—¿Quién? —preguntó Garrido, aunque el miedo empezaba a invadirlo.

—Mi hermana Aurora. No está.

—¿Qué estás diciendo?

—Aurora ha huido. Se ha marchado con el muchacho chamorro.

La confirmación cayó sobre Garrido como un mazazo. Su rostro se contrajo en una mueca de furia.

—¡Doña Agustina! ¡Doña Agustina! —vociferó, perdiendo los estribos.

La anciana apareció al cabo de unos segundos, arropada con un grueso chal de lana. Sus ojos, pequeños y astutos, se posaron sobre el capitán y enseguida entendió lo que había pretendido hacer parado frente a la alcoba de su futura esposa.

Sin disimular su desaprobación, se arrebujó aún más en el chal.

—Capitán, ¿qué se le ofrece a estas horas? ¿No puede esperar a que nos encontremos todos en el comedor? —preguntó con tono severo.

—¡La llave! —demandó Garrido, estirando la mano.

Doña Agustina lo miró entre la resignación y el reproche, pero obedeció. Volvió a su cuarto y regresó con el llavero. Sus manos temblaban mientras trataba de atinar en la cerradura.

—¡Abra de una vez! —gritó el capitán, impaciente.

Cuando al fin la puerta cedió, Garrido irrumpió en la habitación como un huracán. Su mirada recorrió el espacio con rapidez, buscando cualquier señal de Aurora. Arrancó las frazadas de la cama, abrió el armario, inspeccionó cada rincón: todo estaba intacto, pero no había ni rastro de ella.

—¡Maldita sea! —bramó, golpeando con el puño la pared.

Doña Agustina, pálida y con ojos incrédulos, observaba la habitación vacía.

—No puede ser…, anoche la dejé encerrada.

—Le pedí expresamente que no le quitara el ojo de encima —le recriminó Garrido, fuera de sí.

—No lo entiendo… Yo la vigilé, no puede haber salido…

—Sabe saltar por el balcón —intervino Juana con un tono casi despreocupado.

Garrido y doña Agustina se volvieron hacia la niña, como si hasta ese momento hubieran olvidado su presencia.

El capitán salió al pasillo dando grandes zancadas y lanzó un grito que resonó en toda la casa:

—¡Don Álvaro! ¡Don Álvaro!

El hacendado apareció de inmediato, en camisa de dormir y con el rostro descompuesto.

—¿Qué sucede, capitán?

—Aurora ha huido.

—¿Cómo que ha huido? —balbuceó.

—Un muchacho chamorro se la ha llevado.

Don Álvaro palideció.

—Dios santísimo… No puedo creerlo. Hay que encontrarla antes de que la ultraje.

—Es demasiado tarde —repuso Garrido con voz grave—. Nos llevan horas de ventaja.

—Yo sé a dónde han ido —interrumpió Juana. Su naturalidad resultaba desconcertante—. Hace días los escuché hablar en el jardín.

Ambos hombres se volvieron hacia ella con los ojos muy abiertos.

—¡Juanita! —exclamó don Álvaro, inclinándose a su altura—. ¿Por qué no nos lo dijiste antes?

—Nadie me preguntó —respondió la niña con simplicidad.

—Es muy importante que encontremos a tu hermana —insistió su padre, tratando de mantener la calma—. Tu futuro y el de Elvirita dependen de ello.

Doña Agustina, que había permanecido en silencio hasta ese momento, alzó un dedo acusador hacia don Álvaro.

—Te lo advertí —dijo con aspereza—. Es la sangre sucia que corre por sus venas.

—¡Madre, ya es suficiente! —El tono de don Álvaro no admitía réplica.

Se volvió nuevamente hacia Juana y le habló con suavidad:

—Juanita, hija, debes decirnos todo lo que sepas. Es vital.

La niña asintió, y sus ojos brillaron con una mezcla de inocencia y picardía. Conocía las respuestas, y ahora todos dependían de ella. Ya no era invisible, ahora era importante. Más importante que su hermana Aurora.



En la rama de un árbol cercano, un drongo de plumaje negro rompió el silencio con su estridente canto. Al sonido, Hanom y Aurora despertaron sobresaltados. Él, aún cubriendo con su cuerpo el de ella, la protegía del frío rocío de la noche.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Aurora mientras se estiraba, sus ojos todavía pesados de sueño.

—Un pájaro —respondió Hanom con una leve sonrisa—. Es el más perezoso de todos. Canta cuando el sol ya está bien alto.

Sin perder tiempo, Hanom se incorporó y comenzó a vestirse con apremio. Luego ayudó a Aurora con su vestido. De la hierba recogió el tubo de cuero que contenía el certificado de matrimonio y lo guardó dentro de su camisa.

—Hemos dormido demasiado —comentó el muchacho, serio, mirando hacia el horizonte—. Hace rato que amaneció. Debemos partir cuanto antes. Comeremos cuando lleguemos al *galaide*. Tengo provisiones suficientes para varios días de viaje, y agua dulce.

—Lo tenías todo planeado —dijo Aurora, admirada.

—¿Qué crees que hice durante las dos semanas que estuve ausente? —preguntó con ternura, acariciándole el rostro—. No iba a renunciar a ti así como así.

Aurora respondió besándolo en los labios. Luego emprendieron el camino hacia la costa, con Hanom delante, caminando presuroso. Había en el aire algo que lo inquietaba, un presagio de peligro que no podía ignorar.

Al alcanzar un montículo desde donde se divisaba el océano, Hanom se detuvo de golpe. Su mirada se heló al descubrir varias embarcaciones chamorras en la orilla, vigiladas por dos soldados españoles. Inmediatamente se agazapó y tiró de Aurora para que hiciera lo mismo.

—¿Qué sucede? —susurró ella. Su corazón se aceleró.

—Hay soldados en la costa —respondió él con gesto serio.

Aurora se llevó una mano a la boca para contener el miedo.

—¡Oh, no! ¿Cómo nos han encontrado?

—Con rastreadores chamorros. Los españoles no conocen la isla.

Aún estaban lejos, por lo que los soldados no podrían verlos, pero su presencia allí evidenciaba que los andaban buscando. Avanzaron con cautela. Hanom tenía todos los músculos en tensión, los sentidos concentrados en percibir cualquier ruido que pudiera delatar a sus perseguidores. Los españoles no estaban acostumbrados a moverse con el sigilo con el que lo hacían los

chamorros, y pronto Hanom localizó a la partida de búsqueda. El capitán Garrido y el padre de Aurora iban a caballo, por lo que fue fácil divisarlos. El resto del regimiento se extendía en una línea que comandaban dos chamorros, los cuales barrían los alrededores para encontrarlos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Aurora. Sus ojos buscaban desesperadamente una salida.

Hanom la miró con determinación.

—No podemos llegar al *galaide* por la playa. Tendremos que ascender. Los caballos no podrán seguirnos allí. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió Aurora con firmeza, aunque sus ojos reflejaban el miedo que intentaba esconder.

—Todo va a ir bien —aseguró Hanom, tomando su mano.

Agazapados y con sigilo, se dirigieron hacia la montaña, alejándose de la costa. Pronto escucharon el eco de voces detrás de ellos. Desde su posición elevada, Hanom los distinguió a lo lejos: los rastreadores chamorros guiaban al regimiento.

Hanom sabía que no había tiempo que perder. Tiró suavemente de Aurora para seguir avanzando. Cada paso era más difícil; el terreno escarpado los hacía resbalar y avanzar con lentitud. De repente, un grito a lo lejos les confirmó lo inevitable: los habían visto.

—¡Rápido! —instó Hanom, apretando la mano de Aurora mientras continuaban escalando hacia los acantilados.

Hanom había comprobado la profundidad de las aguas y esperaba que el océano y su hermano el viento se mostrasen generosos con ellos y los ayudasen a escapar. Era una huida desesperada, pero era la única que les quedaba. El padre y el prometido de Aurora no se lo esperarían y no podrían seguirlos, pues los españoles no sabían nadar. Siguieron ascendiendo lo más rápido que permitía el terreno, cada vez más sofocados, hasta que por fin alcanzaron los acantilados.

Desde allí, el océano se expandía infinito ante ellos, como su última esperanza. Hanom anudó su largo cabello al de Aurora con gesto decidido.

—Es para que las olas no nos separen —explicó—. Cuando saltemos, respira profundo. Cuando nos hundamos, patalea con fuerza y aférrate a mi cabello.

Aurora asintió y se agarró a su mano mientras ambos se inclinaban sobre el precipicio, listos para saltar.

—¡Alto o disparo! —La voz autoritaria del capitán Garrido los detuvo en seco.

Al girarse, lo vieron apuntándolos con un mosquete. Varios soldados y don Álvaro llegaban detrás de él.

—¡No disparen! —gritó Aurora con desesperación—. ¡Es mi esposo! Estamos casados, padre. Tengo el certificado que lo prueba.

Hanom hizo ademán de sacar el tubo de cuero de dentro de su camisa, pero, antes de que pudiera hacerlo, Garrido disparó y la bala impactó en el pecho del muchacho. La sangre brotó de la herida mientras su cuerpo se tambaleaba hacia atrás, hacia el borde del acantilado.

—¡No! —gritó Aurora. Lo abrazó con todas sus fuerzas para sostenerlo, pero el peso de ambos los venció y cayeron juntos al vacío.

Desde el borde del precipicio, los hombres observaron con horror cómo las aguas se cerraban sobre ellos y los tragaban sin dejar rastro. Don Álvaro, cayendo de rodillas con el rostro desencajado, murmuró con voz quebrada:

—Mi hija…, mi Aurora… ¿Qué hemos hecho?

CAPÍTULO 39



Inés

Bahía de Tumón, Guam,
año 2000

Nunca había visto a Nick correr tan rápido. Bajó la pendiente como si lo persiguiera un puma; yo intentaba seguirle el ritmo acompañada por Felipe, el guía chamorro, pero me era imposible. Cuando llegamos al pie de los acantilados, Nick ya se había lanzado al agua y nadaba en busca de Tasi.

Me sentía en estado de *shock*. Jamás hubiera imaginado que mi joven amiga podría verse empujada a cometer semejante locura. Todo había pasado muy rápido; yo estaba examinando la cruz que acabábamos de encontrar, cuando mis dedos tocaron una superficie dura. Barrí la superficie de arena y hierbajos y descubrí que sobresalía algo metálico; los escasos minutos que tardé en desenterrarlo haciendo palanca con un trozo de rama rota fue el tiempo en el que Tasi se asomó al precipicio. Cuando me giré para enseñarle mi hallazgo, una caja de metal, fue cuando me percaté de

su intención, y grité. Demasiado tarde. Ella saltó hacia el abismo de agua y roca.

Con horror, Nick y yo corrimos a asomarnos: el océano se la había tragado. Agarré a Nick por el brazo, intuyendo lo que iba a hacer.

—Ni se te ocurra. Puedes romperte la crisma y matarte, o quebrarte la columna vertebral y quedarte en una silla de ruedas.

—¡Maldita española loca! ¡Llama a los guardacostas de inmediato! —le dijo mi sobrino a Felipe, y con las mismas echó a correr pendiente abajo.

Nosotros fuimos detrás.

La carretera se elevaba un par de metros sobre el nivel del mar, por lo que descender hasta el agua no era fácil. Mientras Felipe inspeccionaba cómo podíamos bajar a la playa, yo me giré hacia el acantilado para calcular la altura desde la que había caído Tasi, y entonces se me paró el corazón. No podía creerlo. Frente a mí estaba el acantilado que llevaba décadas buscando. Me froté los ojos, por si lo había imaginado; todo empezaba a adquirir visos de pesadilla. Me fijé bien, y ahí estaba la imagen que guardaba en mi memoria de aquel póster descolorido colocado en el escaparate de una vieja agencia de viajes. Lo había dibujado, y también reproducido en mi mente, cientos de veces a lo largo de más de cincuenta años desde que lo vi por primera vez. Lo había buscado incansablemente en mis múltiples viajes, y nunca había dado con él.

Mi acantilado era el precipicio de Tasi.

Eso sí que no me lo esperaba, Carolina. Podrás comprender que descubrirlo me provocó una fuerte impresión. Me senté en el suelo, mareada no sabía muy bien por qué. ¿Qué significaba? ¿Era una coincidencia? ¿Qué sentido tenía lo que estábamos viviendo?

—Señora, he encontrado cómo bajar a la playa. —dijo Felipe apareciendo por entre las rocas.

Me sacudí la impresión y, abrazando la caja que había encontrado al pie de la cruz, dejé que el guía me ayudara a descender hasta una estrecha franja de arena a la derecha del promontorio rocoso que quedaba justo debajo del precipicio. Calculando dónde debía de haber caído Tasi, me alivió ver que parecía una zona profunda, en la

que el océano se encrespaba en grandes olas formando un remanso entre los salientes. Lo que más me preocupaba era que se hubiera golpeado contra las rocas. Intenté mantener la esperanza diciéndome que, de haber sucedido, su cuerpo estaría allí, y no había signos de ella, pues, aunque se hubiera hundido momentáneamente, de estar muerta, el océano la habría empujado hacia la playa.

No se veía a Nick por ninguna parte, pero desde la arena no alcanzábamos a divisar toda la línea de costa porque era demasiado agreste y penetraba hacia el interior un poco más allá.

—¡Nick! ¡Nick! ¡Tasi! ¡Tasiii! —grité, formando un megáfono con mis manos, pero el viento era tan fuerte que se tragaba mis gritos.

Cuando empezaba a desesperarme, escuchamos el sonido de un motor: una zodiac se acercaba a gran velocidad. Felipe le hizo señas. Dentro iban dos militares y dos paramédicos. Felipe entró al agua y se acercó todo lo que pudo a ellos para contarles lo que había pasado.

—Una mujer ha caído desde el precipicio, no hemos podido encontrarla aún.

Yo también me acerqué.

—Mi sobrino Nick debe de estar cerca; tengan cuidado, no lo embistan con la lancha —dije, muerta de la preocupación.

¿Qué se le habría pasado por la cabeza a esa muchacha para hacer semejante cosa? ¿Qué le iba a decir yo a su madre si no había sobrevivido al salto o si estaba gravemente herida? En ese momento de angustia entendí por qué Rosa había decidido ingresar a Tasi en un centro psiquiátrico cuando la encontró en mitad de la noche sonámbula y asomada a la ventana. Esa pobre mujer se iba a morir de la pena, y yo jamás podría perdonarme mi imprudencia al espolear a mi amiga a cometer tamaña locura. «Por favor, que no le haya pasado nada», repetía una y otra vez, sin saber muy bien a quién le dirigía la petición.

Me derrumbé en la arena con el corazón estrujado por la angustia mientras Felipe escalaba las rocas intentando llegar al otro lado. Minutos después se perdió de vista por el promontorio. Volví la vista a la caja de metal, protegida con un candado herrumbroso. La

agité y algo sonó en su interior: un murmullo de papeles. Estuve tentada a abrirla, pero quise convencerme de que Tasi estaba bien y que descubriríamos juntas lo que había dentro.

No sé cuánto tiempo pasé en tensa espera, una hora tal vez, pero se me hizo eterno. Finalmente, escuché el motor de la zodiac y poco después la vi bordear los salientes; lloré del alivio al divisar a Nick abrazando a Tasi, los dos sanos y salvos.

El piloto manejó la embarcación hasta la playa. Nick saltó al agua y, después, cargó a Tasi en brazos. En cuanto la puso en el suelo, la abracé muy fuerte y rompí a llorar.

—Estoy bien —respondió ella con serenidad.

—¡Ay, Tasi, qué susto nos has dado!

Nick habló un momento con los militares, pero no conseguí escuchar nada. Cuando se alejaron en la lancha, se volvió hacia nosotras.

—Gracias a Dios, estás bien —le dije.

—¿Y Felipe?

—Ha subido por ahí a ver si os localizaba. —Señalé el promontorio.

—Voy a buscarlo y luego os llevo al hotel; debo regresar a la base. —Nick tenía el ceño fruncido y hablaba con autoridad militar. Yo sospechaba que intentaba ocultar el fuerte impacto emocional que le había provocado la experiencia.



El camino de vuelta lo hicimos en silencio. Nick mantenía la vista fija en la carretera y las manos tensas sobre el volante. Tasi observaba retraída el océano, inmersa en sus pensamientos, y yo iba sentada del lado de la selva, mirando de vez en cuando a Nick por el retrovisor. Su ceño seguía fruncido, y el enfado se le notaba en cada gesto. Lanzaba miradas rápidas hacia Tasi. Yo tenía tantas

preguntas… Quería saber cómo la había encontrado, qué había pasado exactamente, pero el ruido del motor y del viento hacía imposible mantener una conversación. Además, sentía que el momento no era el adecuado. Había mucho que digerir; el asunto era demasiado espinoso para tratarlo ahí.

Al llegar al hotel, Tasi se bajó del *jeep*; cojeaba ligeramente. Yo fui detrás.

—Tía —me llamó Nick, aún al volante.

Me giré hacia él.

—Necesito hablar contigo.

—Vale. Nos vemos más tarde, entonces.

—No, ahora. Voy a aparcar y te espero en el bar.

Asentí y me dirigí a los ascensores centrales, donde Tasi me aguardaba.

—Siento mucho el susto que os he dado —dijo con pesar—. No lo planeé.

—Te acompaño a la habitación; será mejor que te des una ducha y reposes un rato. Hablaremos más tarde, cuando estés más descansada.

El ascensor estaba lleno de gente, por lo que mi amiga no dijo nada más. La acompañé hasta la puerta de su habitación.

—¿Comemos juntas? —pregunté, intentando sonar como siempre.

Asintió y entró a la estancia.

Yo tomé esta vez el ascensor de cristal. Mientras bajaba, la vista al mar me produjo un escalofrío, después de la experiencia vivida. Cuando llegué al bar, Nick aún no estaba allí, de modo que me senté a la barra. No tardó en llegar; se acercó a mí y ocupó el taburete contiguo.

—*Whisky on the rocks* —pidió. Era un poco temprano, pero las fuertes emociones de la mañana bien lo merecían.

—Yo quiero otro.

—No hace falta; es para ti. Te veo pálida. Yo estoy de servicio y tengo que conducir. Para mí, agua con gas, por favor. —El camarero asintió—. Ahora me vas a contar qué está pasando. Tasi…, ¿ella está… desequilibrada? ¿Crees que ha intentado suicidarse?

—No creo, no sé. Es algo extraño. No sé qué pensar.

—Necesito saber a qué atenerme. Me he implicado demasiado, ella y yo… hemos empezado algo.

—Me alegra oírte decir eso, aunque ya me había dado cuenta. —Sonreí, pero Nick no me devolvió el gesto. Todavía estaba nervioso —. Eres toda la familia que tengo, y no quiero que sufras —le dije, posando mi mano sobre la suya—. Hasta hoy, Tasi no me ha dado ninguna razón para pensar que no está en sus cabales. No quiero precipitarme en mi juicio; necesito hablar con ella primero, saber qué se le ha pasado por la cabeza, por qué se ha lanzado así al agua.

—Cuéntame lo que sepas.

—Ah, Nick, no me pidas eso. Es algo delicado; mejor que sea Tasi la que te lo cuente.

Nick bebió un largo sorbo.

—La encontré dentro de una cueva. Había nadado hasta allí y estaba en la arena; miraba un árbol de flores rojas que crece en el interior. La cueva desemboca en una especie de bosque, como si estuviera en plena montaña. ¿Cómo sabía ella de la existencia de ese lugar?

—¿Qué quieres decir? No podía saberlo, no ha estado nunca en Guam.

—Se lo pregunté y se encogió de hombros.

—Ha debido de ser una coincidencia, seguro —afirmé, intentando restarle importancia.

Nick se volvió hacia mí.

—No lo creo, creo que sabía dónde estaba. ¿Qué sabes de ella? La conoces de hace unas semanas solamente.

—Bueno, había oído hablar mucho de ella. Es amiga de Laurita desde la adolescencia; ella fue quien me la recomendó para que me ayudara cuando me rompí la pierna. Tasi necesitaba trabajo y yo, compañía.

—Nada muy bien, bucea y hace submarinismo, y ahora resulta que también sabe saltar desde acantilados y caer al agua sin romperse nada, y justo llega a una cueva que queda exactamente

debajo del precipicio. Conocía el lugar, lo identificó desde el helicóptero.

—¿Qué insinúas?

—¿Y si fuera una espía y lo tuviese todo planeado?

Primero lo miré con absoluto asombro y luego estallé en una carcajada.

—Estás de broma, ¿verdad? Lo del helicóptero no es lo que crees.

—Hablo muy en serio.

—¿Tasi, una espía? Por favor… —bufé—. Es una farmacéutica en paro, una joven que trata de salir adelante, nada más.

Nick frunció el ceño, y, en esa décima de segundo, supe que no tendría que haber dicho algo así, porque le había dado más motivos para desconfiar.

—Si estaba desesperada por ganar dinero, encaja que la hayan reclutado para que se acercara a ti y facilitara que vinierais a Guam a espiar para el gobierno español, por ejemplo.

—Nick, es absurdo, deja la paranoia. La idea del viaje se me ocurrió a mí, no a ella.

—Tía, los espías tienen formas de conseguir lo que quieren sin que te des cuenta.

—No hablas en serio.

—Hablo muy en serio —repitió.

—Es ridículo.

—Tengo que reportar el incidente a mi superior. Los guardacostas lo habrán hecho ya.

Le cogí la mano.

—No vayas a escribir nada en tu informe que la meta en un lío, Nick, por favor. Hazme caso, es una chica normal y corriente.

—Tasi no es normal ni corriente —dijo, y su tono era afectuoso a la par que triste, decepcionado incluso. Entendí que había emprendido un camino con ella y ahora se estaba llenando de dudas, y yo no sabía cómo disiparlas sin traicionar a mi amiga de nuevo. Tampoco quería que Nick sufriera, pues se merecía toda la felicidad del mundo. Tal vez me había precipitado al fomentar la relación. Sentía que todo era mi culpa.

—Por favor, piénsalo bien. No escribas nada que la inculpe.

—Es mi deber.
Se levantó del taburete, me dio un beso en la mejilla y se alejó.

CAPÍTULO 40

Subí a mi habitación, dejé la misteriosa caja sobre la cómoda y me puse el bañador. Luego, bajo una sombrilla en la zona de playa del hotel, me tumbé a contemplar el ir y venir de las olas. El sol estaba en su cénit y el agua refulgía. En cualquier otro momento, me habría parecido un paisaje de ensueño, lleno de belleza y serenidad, pero no podía dejar de dar vueltas a las sospechas de Nick. No porque creyera en ellas, sino porque él sí lo hacía, y yo no estaba segura de hasta dónde sería capaz de llegar en el ejercicio de su posición en la Marina.

Mandé un mensaje a Tasi para avisarla de dónde estaba, por si quería bajar. Pensé en Kaito. Yo tenía aún el susto en el cuerpo y los nervios instalados en el estómago, y aunque no podía dejar sola a Tasi, solo necesitaba abrazarme a su firme cuerpo para sentir de nuevo que todo estaba bien. Cuando estaba con él, me sentía como una muchachita de veinte años. ¡Qué misterioso era el amor! Borraba el pasado; borraba hasta las arrugas y las limitaciones de la mente, pues había dado por hecho que algo así ya no sucedería, que era demasiado tarde, que el tren ya había partido y no volvería a pasar por mi estación. Sin embargo, solo necesité un almuerzo con él para enamorarme profundamente. El amor me hacía sentir inmortal, como si tuviera por delante todo el tiempo del mundo. Me enamoré, Carolina, como nunca, o como siempre, si creo en todo lo que Kaito me ha dicho. Frente al océano, evocaba sus manos cálidas

y fuertes, las caricias que nos habíamos regalado, su olor, que era como el de la vegetación de la isla, saturada de fragancias.

Rememoraba cada minuto a su lado cuando Tasi apareció con un pareo anudado sobre el bañador y se tumbó en la hamaca contigua.

—¿Nick se ha ido? —preguntó, ajustándose las gafas de sol.

—Hace rato. Tenía que volver a la base.

—Se lo veía muy enfadado —dijo con un deje de culpa.

—Estaba impactado, Tasi. Estuvo a punto de saltar detrás de ti.

—Lo siento —murmuró—. No medí las consecuencias. Solo seguí mi intuición.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté, obligándome a mantener la voz serena.

—Tenía que hacerlo. Era la única forma de vencer el miedo.

—¡Pero te podías haber matado!

—Sí, supongo. Sin embargo, no sé, estaba segura de que no me pasaría nada.

—¿Cómo podías saberlo?

Se encogió de hombros, el mismo gesto que Nick había descrito.

—Había mucha agua —empezó a explicar—. Cuando emergí, nadé sin saber hacia dónde y, de repente, vi un extraño resplandor dorado que salía de una abertura en la roca. Me acerqué y descubrí una cueva. Parecía llena de luz, algo muy extraño, como si escondiera un tesoro en su interior. Así que me adentré. Es un lugar precioso: parece suspendido en el tiempo, Inés, como si la montaña lo hubiera resguardado durante siglos. Hay rayos de sol que inciden desde lo alto, y está lleno de vegetación, y hay un árbol con flores rojas muy llamativo.

Me quedé mirándola, incapaz de ocultar mi asombro. Al oírla describir el lugar, tuve un *déjà vu*, como si ya hubiera mantenido esa conversación antes. Como si yo ya hubiera experimentado el sobrecogimiento que me embargó. Era como si Tasi estuviera describiendo un sueño, pero uno mío.

—¿Es donde te encontró Nick? —pregunté con la garganta seca.

—Sí. Me quedé embelesada mirándolo todo. Ahora me doy cuenta de que, en vez de ir hacia la cueva, debería haber nadado hacia la playa para avisaros de que me encontraba bien, pero fue

algo inesperado. Me abstraje tanto que olvidé dónde estaba y cuánto tiempo había pasado.

No sabía qué decirle. Su relato sonaba extraño, pero desprendía un halo de verdad que me desarmaba. Sin embargo, las palabras de Nick seguían resonando en mi cabeza. ¿Y si había algo más? No creía que fuera espía, pero tal vez padecía algún desequilibrio; tantos años acosada por las pesadillas quizás habían dejado arañazos en su cordura y no era capaz de medir el riesgo. No quería dudar de Tasi, pero la situación resultaba tan desconcertante, y el susto que nos había dado, tan grande, que no podía evitarlo.

El camarero se acercó con la carta, pero, antes de que pudiera entregársela a Tasi, una voz en inglés sonó a nuestras espaldas:

—¿Miss Tasi Sandoval?

Nos giramos al unísono, y sentí cómo la sangre se me helaba. Dos hombres uniformados, claramente militares, se acercaban con semblante serio.

—Sí, soy yo. —Tasi se incorporó de la hamaca.

—Tenemos orden de conducirla a la base naval.

—¿Por qué? —preguntó, alarmada.

—No estoy autorizado a darle explicaciones.

—¿Puedo subir a cambiarme? —preguntó.

—Me temo que no.

—Esperen un momento, por favor —intervine, tratando de mantener la calma. Me alejé unos pasos y, con manos temblorosas, marqué el número de Nick. Sonaron uno, dos, tres, cuatro tonos. Nada. Saltó el buzón.

—Maldito cabezota… —murmuré entre dientes. Era evidente que él se hallaba detrás de aquello. Me giré hacia Tasi, con ganas de abrazarla. Yo no sabía a lo que tendría que enfrentarse, pero la sola idea me aterraba. Tras haber pasado décadas volando a aeropuertos estadounidenses, conocía de sobra a los yanquis y sus protocolos de seguridad.

—Miss Tasi, si es tan amable —insistió uno de los hombres, señalando hacia la salida del área de la piscina y el acceso al hotel. Solo se podía llegar a recepción y por ende al exterior subiendo por el ascensor de cristal.

Ella se encogió de hombros y me dedicó una sonrisa triste.

—Seguro que no es nada grave —dijo, más para tranquilizarse a sí misma que a mí.

—¿Puedo acompañarla? —pregunté.

—No, señora —respondió el militar con firmeza.

—¿Va a tardar mucho en volver?

—No hemos sido informados de los detalles —afirmó el mismo hombre.

Tasi me miró una última vez antes de seguir a los militares. Me quedé allí plantada, viendo cómo se alejaba. ¿Qué podía hacer? ¿Quién podía ayudarme a acceder a la base naval e interceder por Tasi ahora que Nick no contestaba? Mi mente volvió a él. Cuando no estábamos juntos, rondaba siempre por mi cabeza. Marqué el número de Kaito.

—Por favor, contesta —rogué en voz baja, y al oír su voz del otro lado de la línea me dieron ganas de llorar—. ¡Kaito!

—Inés, ¿qué pasa? ¿Estás bien? —Ese hombre me sorprendía siempre con su aguda intuición.

—Es Tasi.

—¿Qué ha pasado?

Le conté los acontecimientos de las últimas horas.

—Paso a buscarte y vamos a la base.

—Puede que no nos dejen entrar.

—No te preocupes por eso.

—¿Conoces a alguien dentro?

—Sí.

—No me lo digas: algún primo o sobrino.

Kaito se rio.

Al colgar, me invadió un alivio inmenso.

Media hora más tarde, viajábamos en la camioneta de Kaito, serpenteando por la carretera que bordeaba la playa. Él conducía con una mano mientras con la otra aferraba la mía, soltándola solo ocasionalmente para cambiar de marcha. Su tacto, firme y cálido, suponía un ancla en medio del torbellino de emociones que me sacudía desde que se habían llevado a Tasi.

—Nick no me coge el teléfono ni contesta mis mensajes —dije, rompiendo el silencio. Había seguido intentando comunicarme con él, incluso lo llamé desde la habitación del hotel después de cambiarme, pensando que tal vez, al no reconocer el número, respondería. Pero no lo hizo. Casi estaba convencida de que se comportaba de esa manera a propósito—. Es mi sobrino, lo adoro y creo conocerlo bien, pero nunca lo he visto tan tajante. Aunque, claro, tampoco lo había visto nunca desempeñando su trabajo. Debe de ser cosa de su profesión.

Kaito exhaló un leve suspiro antes de responder:

—Está enamorado y herido.

La afirmación me dejó sin palabras. Lo miré de reojo, buscando algún matiz en su expresión que me aclarara cómo podía estar tan seguro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque está actuando desde el miedo más que desde el deber. Cree que lo hace porque es lo correcto, porque su posición en la Marina se lo exige, pero en realidad está reaccionando al susto de haber pensado que Tasi podría haber muerto. Ese susto le hizo sentir algo que no esperaba: un dolor tan profundo que ni él mismo sabe cómo manejarlo. Así que lo está transformando en rabia, una rabia dirigida hacia ella, hacia todo lo que lo hizo sentir vulnerable. Y, aunque no lo verbalice, quiere que ella lo perciba, que entienda cuánto lo ha afectado.

Cada vez que Kaito hablaba, la misma pregunta surgía en mi mente: ¿quién era ese hombre, que era capaz de leer el alma humana de una forma tan certera?

El rugido del océano, poderoso y constante, nos acompañaba a nuestra derecha, llenando los silencios.

—¿Qué llevas ahí? —preguntó, en referencia a la caja de metal que reposaba sobre mis piernas.

—La encontré esta mañana. ¿Sabías que hay una cruz de piedra en lo alto del acantilado?

—Sí —dijo escuetamente—. Lo que no sabía es que había algo enterrado allí debajo. Las lluvias han debido de remover la tierra.

Volvió a posar los ojos en la caja.

—No la has abierto aún.

—Quiero hacerlo con Tasi; no tuve tiempo de mencionárselo.

Kaito asintió, y su mirada se encontró con la mía. Había una calidez en sus ojos que me hacía estremecer. Era una ternura tan natural, tan auténtica que las mariposas en mi estómago comenzaron a revolotear. Me sonrió apenas, y, por una milésima, el peso de mis preocupaciones se aligeró.

Cuando llegamos al acceso a la base, dos familiares de Kaito ya nos esperaban. Se habían encargado de gestionar nuestro ingreso, lo que agilizó la entrada. Sin siquiera salir de la camioneta, Kaito me los presentó brevemente: su sobrino Marcos y su hermana Adela. Ellos viajaban en un *jeep* militar y, tras saludarnos, arrancaron para guiarnos hacia un edificio bajo, de oficinas. Aparcamos junto a ellos y descendimos de los vehículos.

—¿Qué habéis averiguado? —les preguntó Kaito, directo al grano, consciente de que el tiempo apremiaba.

—Están siguiendo el procedimiento normal en estos casos —respondió Marcos—. Están realizando la entrevista y puede que luego pasen al polígrafo; dependerá del oficial que dirige la investigación.

—Por esa puerta, preguntad por él —intervino Adela, señalando una entrada lateral. Después, Kaito me explicó que ella gozaba de un rango muy alto en la base, lo que hacía sus instrucciones claras y precisas.

Antes de que nos fuéramos, ambos abrazaron a Kaito.

Nos dirigimos hacia la puerta indicada y Kaito tomó la iniciativa al acercarse a la recepcionista. Me sorprendió escuchar que conocía tanto el rango como el nombre completo de Nick, detalles que yo no había compartido con él.

—Es urgente —añadió con un tono educado pero firme.

La recepcionista marcó un número y, tras unos segundos de conversación, colgó.

—Está ocupado. Puede dejarme su nombre y número, y él le contactará cuando sea posible.

Kaito no se dio por vencido.

—Tengo información importante sobre la investigación en curso. Necesito verlo ahora mismo.

La mujer, algo desconcertada por la insistencia, volvió a marcar. Esta vez, tras repetir el mensaje de Kaito, asintió y se dirigió a nosotros.

—Ahora mismo viene.

Unos segundos después, escuchamos el sonido contundente de las botas de Nick aproximándose por el pasillo. Apareció con paso rápido y expresión ceñuda; al verme, su entrecejo se frunció aún más. Soltó un bufido.

—¿Qué haces aquí? —preguntó irritado.

—¿Tú qué crees? No me contestabas las llamadas. No voy a dejar que…

—No tengo tiempo para discutir contigo, tía —me interrumpió, y desvió su atención hacia Kaito—. ¿Qué hace usted aquí? No sabía que se conocían.

Intercambié una mirada con Kaito, sintiendo cómo el color subía a mis mejillas; debía de estar morada como una remolacha, pues me ardía la cara. Él, sin embargo, permaneció tan tranquilo como siempre, dueño absoluto de la situación.

—Poseo información importante que puede aclarar las razones por las que Tasi saltó desde el acantilado —respondió con serenidad.

Nick lo miró con desconfianza y luego volvió sus ojos hacia mí.

—Tú te quedas aquí —me ordenó de forma tajante—. Usted, sígame.

Kaito me hizo un gesto de asentimiento. Yo echaba humo por las orejas porque Nick me dejara al margen, porque no se fiara de mí. Pero no pensaba quedarme fuera de la conversación, ah, no; necesitaba saber. Se trataba de mi amiga, yo la había llevado a

Guam y la había empujado a afrontar sus miedos, así que, en gran parte, todo lo que estaba pasando era mi responsabilidad.

Con sumo sigilo, los seguí. El pasillo estaba desierto. Doblaron varias esquinas, internándose más y más hasta que llegaron a un especie de *office* pequeño y abierto, con dos asientos de cuero color marrón. Me detuve detrás de una esquina, a unos tres metros de distancia, rezando para que nadie apareciera y me delatara.

—Necesito un café. ¿Quiere?

Kaito asintió. Nick pulsó los botones de una cafetera automática y tras medio minuto le ofreció un humeante vaso de papel antes de sentarse a su lado.

—Lo escucho —dijo.

Kaito tomó un sorbo de café antes de hablar.

—Tengo pruebas de la inocencia de esa muchacha. Tu tía me ha hablado de tus sospechas.

—De momento, son solo mías —replicó Nick con cautela—. Estamos llevando a cabo una investigación rutinaria para confirmar los hechos y las motivaciones que se hallan detrás de ellos. ¿Qué pruebas puede tener usted que expliquen por qué saltó?

—¿Qué tal las crónicas históricas de un sacerdote jesuita, que pueden completar el testimonio de Tasi?

Me asomé con precaución y vi a Nick arquear una ceja, dubitativo.

—¿Se las ha enseñado a mi tía o a Tasi? —En ese momento miró en mi dirección, y yo me oculté con rapidez.

—¿Quieres saber si es un invento de tu tía? —Nick no dijo nada, pero me imaginé que cruzaba los brazos a la defensiva—. No. Esos documentos llevan en mi familia trescientos años. Han pasado de generación en generación hasta llegar a mi madre; somos los custodios.

—¿Custodios? ¿Por qué?

—Porque cuentan la verdadera historia tras la leyenda de los amantes, y no podemos destruirla.

—¿Se refiere a la leyenda de la Puntan Dos Amantes?

—Esa misma. Mis ancestros se esforzaron por preservar las crónicas, donde se recoge la verdad de lo que sucedió. Sin embargo,

la leyenda se transmitió de forma oral en la isla durante algunas generaciones, hasta que alguien la puso también por escrito y así se quedó.

—¿Y qué tienen que ver esas crónicas con Tasi? —Nick parecía navegar entre el escepticismo y la curiosidad.

—Para estar seguros, ella tendría que someterse a una regresión.

—¿Una qué?

—Conectar con vidas pasadas.

Nick lo miró fijamente, procesando la idea.

—¿Habla de reencarnación?

—Algo parecido. Las almas guardan memoria, no sabemos si propia o del magma universal al que pertenecen. Pero vienen a contarnos cosas que debemos saber.

—¿Por qué?

—Porque algo quedó pendiente y se tiene que solucionar.

—Lo que me cuenta es muy inverosímil, y, como comprenderá, no puedo incorporarlo al informe.

—Lo sé, aquí lo único que importa es lo que tú creas. Eres el que ha abierto la investigación; tú eres el que alberga dudas sobre la motivación de Tasi al saltar por el acantilado. Es a ti a quien me interesa mostrarle la verdad. Tu sabrás cómo tienes que resolver la investigación, pero un simple salto de una turista aficionada a los deportes de riesgos no extrañaría a nadie.

No vi la cara que debió de poner Nick, pero escuché su profundo suspiro.

—No creo que Tasi acepte su propuesta. Es la persona más testaruda que he conocido.

—Entonces, se parece a alguien…—bromeó Kaito—. No te preocupes, aceptará.

—Esa regresión, o como se llame… ¿la haría usted?

—No, mi madre. Es la *maga'haga.*

—¿La qué?

—La sabia, la curandera, por así decirlo, de nuestro clan. En verdad, ella es la custodia de la historia de los amantes.

CAPÍTULO 41



Tasi

Bahía de Tumón, Guam,
año 2000

Nick me había dejado a solas después de más de una hora de interrogatorio; «entrevista», lo llamaba él. Yo ya no sabía qué más podía decirle para que me dejara marchar y, sobre todo, para recuperar su confianza. Él insistía en que tenía que haber alguna motivación ulterior para que hubiera saltado y, además, le parecía increíble que no me hubiera roto nada y estuviera de una pieza, dando a entender que debía de ser una profesional. Enfadado estaba incluso más atractivo de lo habitual, con ese halo de autoridad que me estaba poniendo a mil, por lo que respiré cuando nos interrumpieron y salió de la pequeña sala donde me tenía «detenida» (aunque él se empeñara en que ese no era mi estado).

Le había contado todo lo que no me había atrevido a decirle antes porque ya no tenía miedo: me había quitado un peso de

encima. Mi pesadilla se había convertido en una realidad, y, allá, frente al abismo, no había sentido terror, sino solo curiosidad y urgencia por notar el vértigo y el agua abrazándome al caer. Omití lo relacionado con las imágenes de la mujer de mis sueños, esas que se superponían a mis actos, porque ni yo era capaz de entenderlas y, además, en voz alta sonaría como si fuera esquizofrénica.

Al cabo de unos veinte minutos de espera, escuché pasos y, acto seguido, la puerta se abrió de nuevo. Nick apareció en el umbral; detrás de él venía el amigo de Inés.

Me puse en pie.

—Hola, Tasi.

—Hola —respondí, un poco nerviosa, pero aliviada por su presencia.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad?

—Sí, claro. Kaito, ¿cierto?

Él asintió, sonriendo de nuevo. Había algo en su semblante: una calidez, o tal vez una seguridad sosegada, que me hacía sentir en paz, a pesar de lo rocambolesco de la situación.

Kaito dio un paso más hacia mí, inclinando levemente la cabeza para mirarme a los ojos.

—Sé que todo esto puede parecerte raro y, al mismo tiempo, extrañamente familiar —dijo, y su tono comprensivo casi me hizo llorar—. También sé lo difícil que resulta explicar algo así sin que te tomen por loco o por mentiroso.

Su mirada se desvió hacia Nick, quien permanecía estoico, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada. Yo asentí despacio, incapaz de articular palabra.

—Me gustaría invitarte a mi casa, junto a Nick, para ayudaros a entender lo que está sucediendo —continuó Kaito.

Miré a Nick en busca de alguna señal de apoyo o resistencia. Pero su expresión era un muro impenetrable, entrenado para no mostrar emoción alguna. Finalmente, fue él quien rompió el silencio:

—Kaito quiere que hagas una regresión.

Yo abrí la boca sin poder contenerme. Nick sonrió al ver mi cara.

—Se lo dije, no iba a aceptar.

—Estoy dispuesta a someterme a cualquier prueba con tal de disipar tus dudas, Nick —dije, afectada una vez más por su desconfianza.

Nick levantó una ceja, evaluándome.

—¿Aceptarías incluso que te sometieran a la prueba del polígrafo durante la regresión?

—Sí —afirmé sin titubear.

La sonrisa de Kaito se amplió. Lanzó una mirada de complicidad a Nick, como si disfrutara de la situación.

—Pues, no perdamos más tiempo. Inés debe de preguntarse qué está pasando —concluyó Kaito en tono afectuoso.

Nick se ausentó de la sala un momento. Regresó cargando un maletín grande, que supuse que contendría el polígrafo, y, con un gesto de la cabeza, nos indicó que lo siguiéramos. Caminamos por los largos pasillos hasta la recepción, donde encontramos a Inés paseando nerviosa de un lado a otro. Al vernos, corrió hacia mí y me envolvió en un abrazo.

—Espero que el cabezota de mi sobrino te haya tratado bien.

—Solo ha sido una entrevista —comenté con ironía.

Salimos del edificio y Kaito señaló su camioneta. El *jeep* de Nick estaba aparcado ahí mismo.

—Tasi viene conmigo —dijo este, poniéndose al volante—. Lo sigo.

—¿Por qué va a tener ir contigo? —preguntó Inés.

—Porque estoy detenida —contesté.

—No lo estás —replicó Nick.

—Entonces, puedo ir con quien quiera.

—Sube —ordenó.

—Detenida; lo que yo decía. —dije e Inés soltó una risita y fue tras Kaito—. ¿Me vas a poner esposas también? —le pregunté a Nick mientras cerraba la portezuela.

—No me tientes —respondió él, arrancando el motor.

Durante el interrogatorio, yo había sabido que estaba grabando lo que decía, por lo que escogí mis palabras con cuidado. Además, Nick solo había formulado preguntas relacionadas con mis razones para solicitar el permiso de acceso a ese lugar, cómo lo conocía, por qué

había saltado y todo lo relacionado con las circunstancias de esa mañana; sin embargo, yo tenía muchas más cosas que decirle.

Pese a todo, el trayecto estuvo marcado por el silbido del viento y un incómodo silencio. Finalmente, en un semáforo, no pude contenerme más.

—Supongo que tu desconfianza quiere decir que lo poco que ha habido entre nosotros ha terminado, ¿no?

Nick mantuvo la mirada en la carretera, haciendo un esfuerzo visible por ignorarme.

—No te tenía por un cobarde. Contesta.

Giró la cabeza hacia mí; sus ojos mostraban menos dureza y más cansancio.

—Estoy haciendo mi trabajo.

—Los dos sabemos que eso no te lo crees ni tú.

—Estabas en territorio militar, no puedes hacer lo que te venga en gana. Tenemos protocolos de seguridad muy estrictos.

—¿Saltar de un acantilado compromete la seguridad nacional de los Estados Unidos? —pregunté con sarcasmo.

—Te podías haber matado, y yo fui quien cursó tu solicitud para el permiso y quien te llevó hasta allí. Imagínate lo que hubiera pasado si me hubiera convertido en el facilitador de un suicidio.

—No intenté suicidarme.

—Me da igual lo que intentaras. Lo que has hecho es muy grave.

Suspiré, sintiéndome culpable pero también herida. Quise tocarle la mano que descansaba en el cambio de marchas, pero la retiró antes de que pudiera hacerlo.

—Lamento haberte asustado. De verdad, he sido egoísta. Lo siento de veras, pero tienes que entender que he vivido aterrorizada por ese lugar, el cual durante años creí que era un producto de mi mente. Necesitaba vencer al miedo. ¿Tú no has tenido nunca algún temor que te tenía esclavizado y has estado dispuesto a cualquier cosa con tal de superarlo?

Nick me sostuvo la mirada un instante, pero no respondió. En ese momento, el semáforo cambió a verde, y un claxon detrás de nosotros lo obligó a avanzar.

No volvimos a hablar hasta que llegamos a la casa de Kaito, a las afueras de la ciudad.



La vivienda era sencilla, de una planta con porche delantero, y estaba pintada de color mostaza. La rodeaban pinos centenarios cuyas copas se elevaban a muchos metros de altura, con troncos fuertes y muy rectos, y hojas que despedían una fragancia embriagadora. La costa quedaba a poca distancia, por lo que se oía el rumor rítmico de la marea.

Kaito nos guio por el exterior hasta la parte trasera, la que daba al mar y a un extenso huerto.

—Mi madre cultiva plantas medicinales y pasa mucho tiempo con ellas —comentó con afecto.

Una mujer se encorvaba sobre un arbusto de romero y cortaba ramitos que luego lanzaba a un cesto en el suelo.

—¡Iná! —la llamó Kaito.

Ella se incorporó y, al vernos, sonrió con una dentadura de dientes blancos y perfectos, la cual destacaba aún más en su tez, morena como el cuero curtido. Nos acercamos, y Kaito nos presentó como sus amigos.

—Me alegra verte de nuevo —dijo, tomando las manos de Inés, y mi amiga le contestó con la misma deferencia—. Y a ti también, jovencita. Ha pasado mucho tiempo —añadió, mirándome a mí.

Yo estaba segura de que no la había visto en mi vida, pero me dio pena corregirla, ya que me recordó a mi abuela; a veces a las personas mayores se les embarullaban los recuerdos.

—Tiene un huerto maravilloso, Rafaela —comentó Inés.

—Es mucho lo que nos da la naturaleza, y si sabemos usarlo, podemos gozar de una larga vida.

Nick carraspeó.

—Yo no tengo mucho tiempo, debo volver a la base.

Rafaela reparó entonces en él.

—Ahá, te veo a ti también —dijo.

—Iná, nuestros amigos necesitan de tu mediación —dijo Kaito.

—¿No se llama Rafaela? —pregunté.

—«Iná» significa 'madre' en chamorro —me aclaró Nick.

—Ah.

—Ya lo veo, hijo, ya lo veo. Vengan, vengan.

Rafaela agarró su cesta y se encaminó a la casa.

—Tenías que ser tan impaciente —regañó Inés a Nick mientras íbamos tras ella.

—A veces de verdad que me recuerdas mucho a ella —bufó él refiriéndose a Carolina.

—Éramos gemelas, por si no te diste cuenta —dijo Inés.

El interior también estaba jalonado de plantas en macetas con colorida decoración, que armonizaban con las alfombras tejidas y los cuadros de artistas que identifiqué como locales. El salón era amplio y se abría al huerto.

Rafaela traspasó una cortina de fibras y todos la seguimos. Accedimos a una pequeña sala, tan acogedora como el resto, con sillones tapizados en naranja. En una mesa auxiliar reconocí muchos de los objetos que usaba mi madre en sus lecturas del tarot y sus sesiones como médium. No pude evitar un escalofrío. ¿Cómo había terminado dejándome convencer para hacer algo de lo que llevaba huyendo tantos años? Rafaela debió de percatarse de mi reacción, porque se acercó con ojos sonrientes y me cogió la mano.

—Tú te sientas aquí, bonita. Y relájate.

En cuanto me recosté en el lugar indicado, me sentí súbitamente cansada de todas las emociones del día, así como de los nervios por mi detención y posterior interrogatorio.

Había visto suficientes películas de espías para saber cómo funcionaba el polígrafo, así que no me sorprendió cuando Nick abrió el maletín y extrajo un ordenador, cables y sensores, así como una pequeña impresora con un marcador de aguja. Kaito lo ayudó a enchufarlo todo y luego Nick se acercó a mí y me colocó un brazalete similar al que me habían puesto alguna vez en el hospital

para medir la presión arterial. Continuó poniéndome unos sensores en los dedos de la mano opuesta y otras cintas que sujetaron dos sensores más alrededor del pecho, uno un poco más arriba del corazón y otro, un poco más abajo, casi a la altura del estómago. Yo sabía que el polígrafo mide las respuestas fisiológicas, como la frecuencia cardíaca, la presión arterial y la conductividad de la piel, mientras se responde a preguntas específicas, y cuando se detecta una alteración, por mínima que sea, se considera que la persona está mintiendo.

Lo único que me hacía sentir más tranquila era que estaría bajo hipnosis, de modo que puede que ni siquiera recordara lo que iba a ver o a decir. Tampoco tendría capacidad para mentir.

—Tomen asiento —ofreció Rafaela—. Bajo ningún concepto pueden interrumpir o hacer ningún comentario. Joven —se dirigió a Nick—, si necesita formular alguna pregunta, la escribe y me la muestra. ¿Estamos?

Nick asintió y aceptó la libreta y el lapicero que le entregó Rafaela.

—Es seguro, ¿verdad? —preguntó Inés, inquieta.

—No hay nada de qué preocuparse —afirmó la anciana.

Miré una vez más a mi audiencia: Inés apretaba la mano de Kaito, quien me regaló una de sus miradas serenas y provistas de calidez. Finalmente, mis ojos recalaron en Nick: estaba tenso, incluso un tanto avergonzado. Me miró con expresión de niño cogido en una travesura; yo le sonreí y después cerré los ojos e intenté olvidarme de dónde estaba. Que fuera lo que tuviera que ser. Estaba dispuesta a cualquier cosa con tal de librarme de las visiones y las pesadillas para siempre. Si ese era el siguiente paso, lo aceptaba.

—Tasi, quiero que te concentres en mi voz —escuché a Rafaela. Susurraba cerca de mí—. No existe nada más allá de mi voz. No temas, aquí estás segura. —Solté el aire y me dejé llevar por su voz, que empezaba a meterse en mi cabeza—. Estás en un lugar donde no va a sucederte nada malo, así que puedes relajarte por completo.

Y eso hice: permití que la calma que emanaba de su voz se colara a través de mis oídos.

—Ahora vamos a respirar juntas. Toma aire despacio por la nariz, sintiendo cómo tu cuerpo se llena de oxígeno, y después exhala por la boca muy despacio. A medida que sale el aire, tu cuerpo se relaja; tus hombros, tu cuello, tus brazos, todo tu ser va sumiéndose en un delicioso sopor.

Escuché su respiración y, de forma natural, acompasé la mía.

—Respira profundo, llenándote de aire de nuevo; exhala despacio. Siente cómo tu respiración se vuelve fluida como las olas del océano, va y viene, entra y sale; recibes aire y lo entregas, en un equilibrio perfecto. Te sientes cada vez más ligera, más relajada; tus músculos están laxos, y tus brazos y piernas, pesados. Deja que esa sensación de bienestar baje desde tu cabeza y se escurra despacio por todo tu cuerpo hasta los dedos de los pies.

Era una sensación maravillosa, me sentía flotar. Continuamos respirando un rato más, con inhalaciones largas y exhalaciones aún más largas. Yo seguía siendo dueña de mis sentidos, pero también me parecía adquirir una consciencia nueva de mi ser y de mi mente.

—Ahora, imagina que en la pared frente a ti se perfila una puerta; es de madera, muy antigua. Se abre despacio, invitadora, y ves una escalera de piedra que desciende. Te levantas del asiento y caminas hacia ella. Concéntrate ahora en tus pies; están descalzos y sientes la frialdad del suelo de terrazo en las plantas. Pones un pie en el primer peldaño y empiezas a descender muy despacio. Con cada escalón que bajas, te sientes más relajada y tranquila. Uno… más relajada; dos… más tranquila; tres… completamente en paz, sigue mi voz…; cuatro… te embarga una sensación de serenidad absoluta; cinco… seis… —Rafaela continuó la cuenta progresiva mientras mis pies descendían el siguiente escalón, hasta que llegó a —… diez. Cuando alcanzas el último escalón, estás en un lugar que reconoces y que te gusta, un lugar que solía traerte buenos recuerdos. Deja que ese lugar evoque imágenes. Déjalas fluir, no huyas de ellas. ¿Dónde te encuentras?

Era una sensación tan extraña… Había entrado en la mente de alguien diferente a mí, pero sentía que era yo misma. Era consciente de la voz de Rafaela, pero a la vez percibía con nitidez los colores y los olores de mi entorno.

—Estoy en un jardín —respondí, y mi voz sonó ligera, casi infantil. La reconocía como mía, pero era diferente, tenía otra textura.

—¿Cómo es tu jardín?

—Muy bonito. A mi madre le encantaba. Ella hizo plantar todos los arbustos, las flores y los árboles; jugábamos al escondite, y ella siempre me encontraba —dije, y experimenté una intensa nostalgia.

—Dime qué ves.

—Tiene muchas flores, rosales, y también hay árboles. Mi madre se sabía todos los nombres y nos los enseñó, pero yo los he olvidado y eso me entristece. Empiezo a perder los recuerdos, ya casi no sé cómo sonaba su voz. —Sin que yo pudiera evitarlo, las lágrimas empezaron a correr por mis mejillas.

—¿Quién eres en esta vida?

—Soy una niña.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Juana.

—¿Qué sientes en este momento?

—La tristeza se ha convertido en enfado, y ahora siento rabia.

—¿Por qué?

—Porque me siento muy sola. Mi hermana se escapa de casa y me deja sola. No tengo a nadie. Me aburro; las horas son muy largas.

Me vi deambulando por las salas vacías de una casa silenciosa. Avancé por un pasillo y llegué a otra alcoba que tenía la puerta abierta, y desde el umbral vi a una señora mayor vestida de negro jugando con una niña muy pequeña; no se dio cuenta de que la observaba. Alcé la vista al ventanal; en la distancia se recortaba un pedazo de playa y me pareció ver a dos personas a lo lejos. Sentí curiosidad y, sigilosamente, me alejé de la habitación. Bajé unas escaleras y salí a un patio interior; de ahí, por unas verjas de hierro, al jardín. Corrí agarrándome el vestido, sofocada por el calor, pero notando un nido de gorriones piar en mi interior. Ya no me sentía tan triste ni tan sola.

—¿Qué está sucediendo a tu alrededor?

—He llegado a la playa y veo a mi hermana. Me espanta que esté metida en el agua. De pronto se hunde y por un momento pienso que se va a ahogar, pero al cabo de un rato emerge riendo, y siento admiración y también una emoción extraña en la tripa.

No lo verbalizo, pero reconozco ese sentimiento. Es envidia. La playa desaparece de repente y me veo dentro de una capilla; escucho los murmullos, huele a incienso y a sudor. Mi padre aprieta mi mano. Miro hacia arriba, a su rostro, que está contraído, con los ojos y la nariz rojos, aunque no veo bien tras el velo negro que llevo sobre la cara. Siento una profunda tristeza y una intensa culpa. Todo ha sido por mi culpa.

—¿Hay alguien importante en tu vida de ahora al que reconozcas de ese lugar?

—Sí —dije, al percatarme, justo entonces, de quién se trataba.

CAPÍTULO 42

Rafaela comenzó la cuenta atrás, esta vez desde diez hasta uno, mientras yo subía los escalones de piedra de mi consciencia. Cuando abrí los ojos, oteé un instante a mi alrededor: todos me observaban con una emoción distinta reflejada en las pupilas. Yo aún estaba embargada por el poso de tristeza y culpa que me habían producido las visiones. Me puse en pie y, tras un sollozo, me dejé caer, con cables y todo, de rodillas frente a Inés, que estaba sentada en un sillón cercano.

—Perdóname, por favor, perdóname —dije, abrazándome a sus piernas con los ojos encharcados y una congoja espesa y dolorosa.

—Tasi. —Alzó mi rostro para que la mirara, y lo hice, y entonces me percaté de que no era ella.

—¿Inés?

—¿Por qué me pides perdón?

—No te lo pedía a ti. ¿O sí? —pregunté a Rafaela, y luego a Kaito. Ambos intercambiaron una mirada y sonrieron, dándome la confianza que necesitaba para abrirme—. Inés, he visto a mi hermana, en la otra vida. Fue mi culpa, yo provoqué su muerte.

—¿Tu hermana?

—Sí, se llamaba Aurora. —Miré de nuevo a Kaito y él asintió—. Eres tú.

Inés se quedó con la boca abierta y, entonces, reparé en que tenía mi caja entre las manos.

—La has encontrado —dije, tocándola con delicadeza. Aunque la superficie había sido castigada por el tiempo, aún podían leerse mis iniciales grabadas.

—Sí, estaba bajo la cruz, en lo alto del acantilado. ¿Sabes lo que hay dentro?

Asentí.

Kaito trajo unos utensilios para forzar el candado y, durante unos minutos, estuvo trabajando para abrirlo sin romperlo, hasta que este cedió con un suave clic.

—¿Quieres abrirla tú? —me ofreció Inés.

—No, es para ti. La enterré para ti.

Inés levantó la tapa y ahí estaba mi carta de despedida. Ella la desdobló.

—Léela en voz alta si quieres —dije.

Inés tragó saliva, observó la carta durante unos segundos y, entonces, empezó a leer:

—«Tengo trece años y me siento una anciana. Quiero irme contigo, a donde tú estás, al fondo del océano, porque él no me escucha, no tiene piedad de mí, de mi pecado. Fue mi culpa. Yo te traicioné.

»Yo quería ser como tú, formar parte de tu aventura, ser tu confidente. Se me retorció el deseo dentro. No sé cómo. Guardabas secretos de los que no me hacías partícipe. Yo no tenía a nadie: papá te prefería a ti, doña Sagrario solo se preocupaba por Elvirita, y hasta doña Agustina se obsesionó con casarte, a ti, nada para mí. Yo era invisible. Quería que me vieran, quería tener importancia. Soy una niña estúpida que ha cometido un crimen y, de repente, se ha convertido en lo que tanto ansiaba.

»Ahora soy la esposa del capitán Garrido, soy importante, me ven, pero solo quiero morirme. Me ultraja, me humilla. Ahora te entiendo, hermana, y quiero irme contigo. He aprendido cómo se dice "océano" en chamorro, porque parece no entender español, ya que no accede a mis ruegos. Le suplico día y noche: "Tasi, Tasi, devuélveme a mi hermana". No tengo ni una tumba para velarte. Subo hasta tu cruz a rezar y, desde allí, desde el precipicio, me

quedo ronca de tanto clamarle. ¡Si no me la devuelves, entonces… Tasi, Tasi, llévame con ella!».

Cuando Inés terminó de leer, le corrían lágrimas por las mejillas. Dejó la carta a un lado y me abrazó muy fuerte. Éramos nosotras dos, pero también, de una manera misteriosa, éramos Juana y Aurora.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Nick.

—Durante una regresión, somos capaces de identificar a las almas que están encarnadas junto a nosotros. Es algo que se ve a menudo en este tipo de sesiones. Podría pensarse que las almas se encarnan de forma individual, pero la verdad es que lo hacen en grupo: se vuelven a encontrar en sucesivas vidas, en personas diferentes —explicó Kaito.

—Me parece algo muy difícil de comprender —dijo él.

—Estos fenómenos se entienden con el espíritu, Nick, con la intuición —explicó Rafaela—, más que con nuestra capacidad analítica, que está anclada al presente y a los cinco sentidos. Tenemos otras facultades, que nos conectan con algo superior, mucho más grande que nuestras coordenadas de tiempo y espacio.

—Entonces, ¿saltaste imitando a Juana? —me preguntó Nick.

—No. Salté para librarme de la sensación de miedo que me provocaba verme saltar al vacío en mis pesadillas.

—¿Qué pasó exactamente entre ellas? —indagó Nick.

—Aurora —comencé, mirando a Inés— estaba prometida con un capitán español, pero amaba a un muchacho chamorro, Hanom. Ellos se escaparon y yo los delaté; los soldados los encontraron y los mataron.

—¿Cómo murieron?

—Cayeron por el acantilado —dije.

—Como en la leyenda —musitó Nick, entendiendo al fin.

—Pero Aurora no murió —intervino Rafaela.

Y entonces sentí que mi pulso se aceleraba. El corazón infantil de Juana aún latía contra mis costillas, angustiado por la traición que había cometido.

—¿No?

—Hay pruebas contundentes, históricas, que corroboran lo que Tasi ha experimentado y narran la historia al completo —afirmó Kaito, y miró a su madre y ella asintió.

Rafaela se acercó a un armario, lo abrió, y a continuación tiró de un cordón que llevaba al cuello, oculto bajo el vestido, donde colgaba una una llave. Abrió el cerrojo de un pequeño cajón y de ahí extrajo una encuadernación de cuero que se veía muy antigua. Después, se la cedió a Kaito.

—Estas son las crónicas del jesuita de las que te hablé, Nick. Puedes leerlas —dijo y se las ofreció.

—¿Podría hacernos un resumen, Kaito, por favor? Me fío de usted —pidió Nick.

—Aurora y Juana, así como su hermana pequeña, Elvira, tenían sangre chamorra porque su padre se había casado con una local. La abuela materna de Aurora sabía lo que Hanom planeaba: iban a huir con la ayuda de fray Ezequiel, quien ofició un matrimonio secreto en el bosque. Hanom se lo había confiado a la anciana por si el plan fracasaba y no conseguían escapar juntos; en ese caso, Ina, doña Ignacia para los españoles, debía encargarse de ayudar a su nieta.

»La noticia de la tragedia se propagó como la pólvora. Ina, junto con sus dos hijos mayores, hermanos de Latasi y tíos de Aurora, acudió al lugar donde habían caído los amantes, y encontraron a la muchacha en el interior de una cueva, aferrada al cuerpo sin vida de Hanom. Lo enterraron allí mismo, y plantaron un ifit de flores rojas en memoria de su amor y de su sacrificio. Aurora conocía la tradición de mi pueblo consistente guardar la cabeza de los antepasados en las casas, y pidió que no lo hicieran con él; tenía miedo de que su calavera acabara perdida en algún lugar.

»Luego, sus tíos se encargaron de llevar a la muchacha hasta Filipinas; el viaje fue arduo, pero los matua eran diestros navegantes. Aurora empezó una nueva vida con los caudales que Hanom había rescatado del galeón encallado, y el cual tres años después se partió debido a una tormenta hundiéndose con lo que quedaba del situado y la fortuna de los comerciantes de Indias.

—¿Qué fue de la familia de Aurora? —preguntó Nick.

—Uno tras otro murieron de fiebres, o de pena, que suele ser lo mismo. El cuerpo de Juana apareció flotando en la bahía; no sabía nadar. Solo quedó Elvirita. Fue el jesuita que narra las crónicas quien se encargó de reunir a la pequeña con su hermana Aurora. Por aquel entonces, la Flota de Indias hacía la aguada en Guaján, que era como llamaban los españoles a Guam, desde donde continuaba viaje hasta las Filipinas. El padre Ezequiel se embarcó con Elvirita un año después de la tragedia.

—¿Y que fue del capitán con quien casaron a Juana? —pregunté.

—Amaneció en su cama con un puñal clavado en el pecho, seguramente víctima de la venganza de los familiares de Hanom —comentó Kaito—. La leyenda de su bello y ardiente amor y del trágico final de los amantes, pues nadie, salvo los implicados en ayudarla, supo nunca que Aurora sobrevivió, enraizó en la narrativa popular de la isla: las madres la contaban a sus hijos de noche, junto a la lumbre.

»Por su parte, el jesuita permaneció en las Filipinas, para ayudar y proteger a las hermanas. Cuando estaba a punto de morir, muy anciano ya, regresó a Guaján e hizo entrega de sus crónicas a la nueva *maga'haga*, hermana menor de Latasi y tía de Aurora, para que las custodiara; ella ya conocía la verdadera historia por cuenta de su madre, Ina. Así, la historia de Hanom y Aurora ha pasado de *maga'haga* a *maga'haga* hasta llegar a mi madre —explicó Kaito.

—¿Qué fue de Aurora? ¿Se casó de nuevo? —preguntó Inés.

—No, nunca, permaneció fiel a Hanom. Se ocupó del bienestar de Elvirita y de ayudar al padre Ezequiel y a los jesuitas en su labor evangelizadora.

—Rafaela, ¿cree que me he liberado del miedo? —pregunté yo.

—Sí. Leer las crónicas completas del padrecito os ayudaría a los tres a entender mejor las vicisitudes que vivieron todos ellos. Y, por último, sería conveniente realizar una ceremonia del perdón para que se cierren definitivamente las heridas del pasado —dijo la mujer.



Los siguientes días, a la caída de la tarde, cuando Nick terminaba de trabajar, nos sentábamos los tres en el saloncito de Rafaela a leer en voz alta, y por turnos, las crónicas del padre Ezequiel. Nuestros anfitriones nos consentían con dulces autóctonos y unos tés de hierbas frescas recién cortadas del huerto. A medida que progresábamos en la historia, me iba imbuyendo de una paz que no había experimentado nunca. Inés me comentó que le sucedía lo mismo.

En el último fragmento, el jesuita se lamentaba aún de la muerte de Hanom, a quien tenía en gran estima, y de haberse dejado llevar por el impulso de ayudar a los jóvenes a casarse en contra de la voluntad del padre de ella. «Aunque ya no pueda decírselo, debo darle la razón a don Ignacio, que siempre me acusaba de tener un alma demasiado rebelde; el buen hombre insistía en que iba a pagar muy cara mi falta de aceptación de las injusticias que no estaban en nuestras manos combatir, sino solo perdonar. Tendría que haber sido soldado en vez de religioso», concluía el padre Ezequiel sus crónicas.

El día que terminamos de leer era domingo, y, por la noche, Rafaela congregó a todos sus familiares en una larga mesa en el jardín, para la cena. Aunque ellos insistían en que se trataba de algo cotidiano, para mí supuso una gran fiesta, la celebración de una nueva vida libre de miedos pasados, y de la certeza de que cualquier cosa que me trajera el futuro la afrontaría con valor y junto a mis amigos y mi madre, a la que empezaba a echar de menos y a quien deseaba contar cara a cara todo lo que me había sucedido. Con gusto, tendría que darle la razón. Lo único que me entristecía era que Nick y yo no habíamos hablado de nosotros, y él se mantenía a cierta distancia, como indeciso. Yo no quería forzar nada porque no sabía qué iba a hacer con mi vida y lo más plausible era que regresara a España.

Cuando se acabaron los postres y los niños se levantaron a corretear, me acerqué un momento a Kaito, que se había sentado frente al océano mientras tomaba un licor que destilaban ellos mismos. A él, más que a nadie, tenía que pedirle perdón.

Me senté a su lado sobre la arena.

—Lo siento muchísimo. Tú fuiste el más perjudicado por mi envidia cruel.

—Juana era una niña inocente. Su traumático matrimonio con el capitán Garrido supuso un tormento desmesurado. Su sentimiento de culpa la ha tenido penando muchas vidas —dijo Kaito con la voz cargada de pesar.

Permanecimos unos minutos en silencio, contemplando la inmensidad de la noche y las olas de plata que se rizaban en la orilla.

—Además, ella a través de ti ha hecho que me haya reencontrado con mi amor eterno —dijo al fin.

—En verdad fue mi madre. Ella me puso este nombre, y atrapó así la llamada de Juana aquella noche en la que me dio a luz junto al mar. Y, en Fin de Año, Rosa también hizo uno de sus raros sortilegios para que mi vida se enderezara. El destino se encargó de guiarme para que conociese a Inés y nos embarcáramos en este loco viaje de descubrimiento.

Nos quedamos allí, charlando tranquilamente mientras los miembros de su familia se iban despidiendo uno a uno y hasta que, al cabo de las horas, solo quedamos nosotros. Fue en ese momento cuando Rafaela nos anunció que todo estaba listo para el ritual.

Al fondo del jardín, donde comenzaba la frondosidad del bosque, había dibujado un círculo de luz con velas que temblaban bajo la brisa de medianoche. El cielo estaba teñido de un azul profundo y salpicado de estrellas. Rafaela nos indicó a Inés y a mí que entrásemos en el círculo y nos colocásemos frente a frente. Nos entregó una rama de romero a cada una, explicando que constituía un símbolo de sanación. Entonces, colocó una vasija de cerámica entre nosotras e introdujo unas hierbas, a las que después prendió fuego. El aire se impregnó de una penetrante fragancia.

Inés fue la primera en hablar, siguiendo las indicaciones de la anciana.

—Sobreviví, Juana. Tú no causaste mi muerte, ni tampoco la de Hanom; fue Garrido, él disparó. Te perdono por traicionarme; eras muy pequeña y no mediste las consecuencias. Yo también fui egoísta y no me di cuenta de tu soledad. Perdóname por no haber sido mejor hermana.

Entonces, lanzó la rama de romero al fuego, que seguía siendo alimentado por Rafaela con hierbas, trozos de ramas y piñas de abetos. El fuego chisporroteó.

Entonces, fue mi turno.

—Por las heridas que infligí y por las que recibí, rompo las cadenas de nuestro dolor —dije, siguiendo la fórmula que me había indicado Rafaela, y arrojé a las llamas mi rama de romero.

A continuación, Rafaela pronunció la liberación final:

—Que este gesto limpie vuestro karma y permita a nuestras almas danzar libres del peso de pasado.

Vertió sobre el fuego un chorro de aceite, que primero lanzó una llamarada hacia el cielo y después lo consumió hasta dejar tan solo un hilo de humo blanco y fragante.

Nos quedamos en silencio unos segundos y, después, Inés rompió la distancia y me abrazó.

CAPÍTULO 43

La noche de la ceremonia del perdón no soñé con el precipicio, pero la voz de Juana me guio hasta otro punto del pasado. Sin embargo, esta vez no formaba parte de su vida; las visiones no estaban provocadas por la culpa ni despertaron mis miedos. Los susurros que pronunciaban mi nombre me condujeron a un lugar que no solo tenía que ver con mi pasado, sino también con mi presente y, sin duda, con mi futuro, ese futuro distinto que empezaba a perfilarse con mayor claridad. En sueños, viajé al lugar en el que mi madre oyó la voz de Juana por primera vez, y entonces entendí algo que se me había pasado por alto.

Al día siguiente la lluvia hizo acto de presencia, y eso quería decir que los cazatesoros del *Pilar* regresaban a su centro de operaciones en el bar tropical. Estaba deseando verlos de nuevo. Esa tarde la dediqué a observar el horizonte. Tanto Inés como yo necesitábamos tiempo a solas para asimilar todo lo que habíamos vivido. Nubes grises y arboladas se movían lentas en el horizonte. La lluvia racheaba sobre los cristales del ventanal. Yo llevaba un rato sentada en el balcón, con las gotas dándome en la cara, y no había percibido la voz del océano, que ahora sabía que pertenecía a Juana y que no me llamaba a mí, sino a él. Supe que descansaba finalmente en paz y que sus mensajes habían cesado del todo al haberme hecho entender el último acertijo de mi destino.

Por la tarde, le mandé un mensaje a Inés contándole lo que me proponía hacer y quiso acompañarme. Me preguntó si iba a llamar a

Nick, pero le dije que no. Tuvo la delicadeza de no indagar; me resultaba doloroso pensar en él. No me había llamado ni había propiciado ningún acercamiento más, aunque, al menos, su informe sobre mi salto desde el acantilado había quedado archivado sin mayores consecuencias.

Llamamos a Carlos para que se ocupara de avisar a su primo, y vino a recogernos a la hora convenida para trasladarnos hasta el puerto de Apra, y al encuentro con los buceadores.

Al llegar, el bullicio nos envolvió; el aire olía a salitre y a pescado frito. Las risas y el tintineo de los vasos se mezclaban con el murmullo constante de las olas que rompían a lo lejos, creando una atmósfera vibrante.

—Hola a todos —saludé.

—Tasi, Inés. ¡Qué alegría veros de nuevo! —Rob se puso en pie para arrimar varias sillas más.

Carlos saludó a su primo y a su familia. El resto de la tripulación nos recibió con afecto y llamaron al camarero para pedir más comida y bebida. Yo permanecí de pie, indecisa. Entonces, tomé aire y dije:

—Paul, ¿puedo hablar contigo un momento? —le pregunté en español, recordando cuánto disfrutaba él practicándolo.

—Sí, claro.

Se levantó con una sonrisa y me siguió hasta la barra. Me senté en un taburete y él lo hizo a mi lado. El ruido del grupo se atenuaba ligeramente allí, aunque aún se escuchaban fragmentos de conversaciones y alguna carcajada de vez en cuando. Paul me miró con curiosidad, ladeando la cabeza como quien intenta resolver un misterio. Yo lo observé con atención por un momento, tratando de confirmar esos rasgos que me había pasado horas intentando recordar.

—Dime, ¿ocurre algo? Si es por lo del otro día, no te preocupes; a todos nos ha pasado alguna vez. Son gajes del oficio, ¿se dice así? —Intentó romper el hielo con una sonrisa.

Asentí, pero no era eso.

Era mejor soltarlo de golpe, y eso hice.

—Creo que eres mi padre.

Paul se quedó inmóvil, sus ojos clavados en los míos, tratando de asimilar lo que acababa de oír. Transcurrió una eternidad antes de que hablara.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Te llamas Paul, conoces mi pueblo y, cuando te hablé de mi infancia y mencioné a mi madre, te tensaste, aunque puede que fuera un reflejo inconsciente. Yo lo único que sabía de mi padre era su nombre.

—Paul.

—Sí, Paul sin apellido, así te llamaba mi madre. No se lo dijiste.

—Nunca supe que… —murmuró, incapaz de completar la frase.

—… que se quedó embarazada aquella noche —concluí por él.

—Era un crío.

—Ella era consciente de ello, por eso no te buscó. Aunque lo hubiera tenido muy difícil, dado que no intercambiasteis señas ni nada.

Paul suspiró hondo y se llevó una mano al rostro mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

—No puedo creerlo. Eres hija de aquella muchacha llena de luz que me cambió la vida.

—Sé que no tienes por qué creerme. Y yo también necesito estar segura. ¿Accederías a hacerte una prueba de paternidad?

—Por supuesto. Aunque hay algo en ti que me resulta familiar. Desde que te vi por primera vez, no sabía exactamente qué era, pero sentía que te conocía de algo. Será la parte que has heredado de mí, o tal vez lo que recuerdo de Rosa.

—Sí, puede ser —dije con una sonrisa.

Paul se quedó un instante absorto en sus recuerdos, y su voz se volvió más suave:

—Aquel verano marcó mi vida. He pensado mucho en la alegría de tu madre y su forma de ser, despreocupada y libre, todos estos años. El recuerdo de aquella noche ha iluminado todas mis decisiones.

—¿Te casaste?, ¿tienes hijos?

—Sí, dos hijas. Tienes dos hermanas menores, Tasi. Enviudé hace cinco años; mi mujer murió de cáncer.

—Lo siento mucho.

—Guau, esto es muy surrealista. Me gustaría ver a Rosa de nuevo. Cuando regresé al pueblo años después, la gente que trabajaba en el chiringuito no supo decirme nada de ella.

—Ahora vive en la capital. Cuando murió mi abuela, vendió el chiringuito y nos mudamos a la ciudad.

Paul asintió y desvió la mirada hacia el océano.

—Tal vez, cuando termine el proyecto y encontremos el galeón, podríamos pasar las vacaciones allí, en tu pueblito playero —propuso, con la voz llena de nostalgia.

—Sí, estaría bien. Le va a dar un soponcio cuando te vea.

Paul soltó una pequeña carcajada y luego, con un brillo diferente en los ojos, añadió:

—Tasi, mira, yo también quería hablar contigo. Esperaba tener una buena ocasión durante la cena, pero te me has adelantado. Lo he comentado con Alan y Rob, y nos gustaría ofrecerte un puesto en nuestra tripulación.

—i¿En serio?! Eso sí es tener enchufe.

—¿Enchufe?

—Quiere decir estar bien conectada.

—Ah, ya —rio—. En verdad, se lo planteé hace días y estaba esperando a verte para consultártelo. ¿Qué dices?, ¿aceptas?

—Acepto encantada. Muchas gracias.

—¿Puedo pedirte un favor?

—Sí, claro.

—Hasta que estemos seguros de lo que nos une, ¿podemos mantenerlo en secreto?

—Por supuesto.

Paul se puso en pie e Inés aprovechó para acercarse y sentarse en el mismo taburete.

—Voy a darles la noticia —dijo Paul, y se dirigió hacia la larga mesa donde el grupo mantenía una animada conversación.

—¿Todo bien? —preguntó Inés, inclinándose hacia mí con esa mirada cómplice que siempre lograba hacerme sentir cómoda.

—Sí, muy bien. —Esbocé una sonrisa.

—Tasi, quería contarte algo. Esta mañana he llamado a mi abogado y le he pedido que negocie con Raúl la venta de la casa. He decidido quedarme en Guam.

—No puedo decir que me sorprenda —dije, sin apartar la vista de ella.

—¿No? —Arqueó una ceja mientras una sonrisa asomaba en sus labios—. Me alegra que estemos tan conectadas. No tiene mucho sentido regresar a una casa vacía que, además, no es mía. Nick es toda mi familia, y así podré estar cerca de él el tiempo que permanezca aquí destacado.

—Ya, pero no lo haces solo por Nick —repliqué, estudiando su expresión.

Inés se sonrojó de inmediato.

—Me he enamorado, como nunca. —Suspiró—. Creí que jamás sucedería, y ha sido un regalo inesperado y con mucha magia —confesó. El destello en sus ojos la hacía parecer más joven y llena de vida.

Le tomé la mano.

—Me alegro mucho por ti, Inés, de verdad —dije, sincera.

Ella suspiró, relajándose aún más, y añadió:

—¿Qué vas a hacer tú? ¿Quieres regresar a España? Como te prometí, corro con los gastos.

Negué suavemente con la cabeza.

—Yo también voy a quedarme. Paul me ha propuesto unirme al proyecto; no hemos hablado de las condiciones, pero, sean las que sean, suponen un nuevo comienzo, y estoy muy emocionada. Además, eso me va a dar la oportunidad de conocerlo mejor.

—Es maravilloso, Tasi, cuánto me alegro. —Inés dejó escapar una discreta risa de alegría mientras me abrazaba.

Ambas estábamos listas para escribir nuevos capítulos en nuestras vidas.



La prueba de paternidad, con una probabilidad del 99,99 %, demostró lo que los dos ya sabíamos: Paul era mi padre. Me sentía tan a gusto con él que el resultado no cambiaba mucho nuestra relación, aunque sí lo haría para mi madre. La noche en la que le confesé mi intuición a Paul, llamé a Rosa para darle la noticia de que me quedaba en Guam, y la había invitado a visitarme, sin mencionar a su primer y único amor; quería que fuera una sorpresa. Laurita estaba deseando vernos, a mí y a Inés, y saber todos los pormenores de nuestro alocado viaje, ya que los mensajes y las llamadas cortas no habían saciado su curiosidad, por lo que se ofreció a acompañar a Rosa hasta las Marianas y aprovechar para pasar una semana de vacaciones con nosotras.

El día de la llegada de ambas, Paul me recogió en el hotel, puntual. A pesar de que mi padre intentaba mantener la compostura, no podía ocultar las ojeras que delataban la noche en vela y la inquietud que lo consumía. Durante el trayecto al aeropuerto, a veinte minutos de distancia, habló poco, pero sus ojos centelleaban.

Aparcó el coche, y ambos caminamos hacia la terminal.

—¡Tasi, espera! —dijo una voz a mi espalda. Al girarme, descubrí a Nick corriendo hacia mí—. ¿Pensabas marcharte sin despedirte de mí? —preguntó, jadeante.

—Yo…

—No digas nada, por favor —me interrumpió, agitado—. Tengo que pedirte disculpas por mis dudas y por no haberte llamado en todos estos días. He estado buscando destino, lo más próximo a ti, en España.

—Nick, espera. —Intenté calmarlo, pero en ese momento sus ojos se desviaron hacia Paul, que permanecía a mi lado, expectante.

—No estás sola. Perdón —dijo Nick, un tanto incómodo.

—Te presento a mi padre, Paul.

La cara de Nick era un poema.

—Encantado. —Paul le tendió una mano. Nick lo saludó con nerviosismo, y Paul añadió—: Te espero dentro, Tasi. No tardes, que no voy a poder solo.

Nick continuó:

—Lo que quería saber es si aceptarías darle otra oportunidad a lo nuestro. Haré lo que sea para que estemos juntos.

No pude contenerme más y me lancé a sus labios.

—No hará falta que cambies de destino porque no regreso a España. Me quedo en Guam —le confesé cuando nos separamos.

—¿En serio? —Nick parecía incrédulo—. Pero mi tía me ha dicho…

—Tu tía te ha dicho que me iba para que reaccionaras, ¿verdad?. Sigue siendo una lianta —respondí, sonriendo.

—También me dijo que me arrepentiría toda mi vida si te dejaba marchar. Y sé que tiene razón. —Me miró con tanta ternura que no pude evitar besarlo de nuevo—. ¿Por qué estás en el aeropuerto, entonces?

—Mi madre y Laura deben de haber aterrizado ya. Paul está a punto de reencontrarse con su primer amor, así que tengo que ir junto a él. Ven.

Paul exhaló un suspiro de alivio cuando nos vio acercarnos. No apartaba los ojos de las puertas opacas por donde salía el pasaje al aterrizar. Al pobre, la espera se le hizo eterna: cada vez que las puertas automáticas se abrían, parecía contener el aliento. Finalmente, Rosa y Laura aparecieron entre la multitud.

—¡Ahí salen! —grité, entusiasmada.

—Tasi, creo que me va a dar un infarto. —Paul se agarró el corazón.

—Ahora no, papá, aguanta un poco más. ¡Mamá! ¡Laura! —grité, y corrí hacia ellas.

Al verme, extendieron los brazos. Abracé a mi madre primero.

—Cariño, cuánto te he echado de menos. Pero qué guapa estás morenita.

Laura y yo nos abrazamos.

—Por fin, Tasi.

—Venid, que os presento a unos amigos.

Nick sonreía, mientras que Paul permanecía rígido. Antes de que llegáramos a ellos, Rosa ya lo había visto, y su gesto se congeló en una mueca de incredulidad.

—No puede ser —murmuró.

Agarré su brazo y la guie hasta los hombres.

—¿Lo reconoces? —pregunté.

Paul sonrió con una desbordante alegría.

—Paul, ¿eres tú?, ¿de verdad eres tú?

—Hola, Rosa.

—Dios mío, no puedo creerlo. Estás igual. ¿Cómo es posible? —Mi madre estaba atónita.

Él rio.

—Tú sí que estás igual —señaló, con su fuerte acento, y Rosa se sonrojó hasta la raíz del cabello.

—Parece que tus sortilegios de pitonisa Rosalía por fin han surtido efecto. Ah, por cierto, él es Nick, mi novio.

—¿Novio?

A mi pobre madre le iba a dar un soponcio con tantas emociones.

Laura ya estaba al tanto de lo nuestro, y además había oído a Inés hablar infinidad de veces de su sobrino único y preferido, de modo que le dio un abrazo sincero.

—Por fin nos conocemos, Nico.

—¿Nico? Suena bien, me gusta —contestó él.

—Tenemos mucho de qué hablar —dijo Paul, dirigiéndose a Rosa. Ella solo pudo asentir—. Vamos. —Le ofreció la mano, y mi madre la tomó y caminaron juntos, tirando de las maletas hacia la salida. Ellos dos también tenían una nueva oportunidad.

EPÍLOGO

Con permiso expreso de la autoridad naval, y sin tener que saltar desde ningún precipicio, la boda de Inés y Kaito se celebró en la cueva donde yacían los restos de Hanom, bajo el ifit que representaba el amor eterno entre el muchacho chamorro y la noble española. La ceremonia, impregnada de historia y simbolismo, se ofició al atardecer, con la luz cálida del sol entrando por la boca de la cueva y proyectando sombras danzantes en las paredes cubiertas de líquenes. El murmullo del mar, apenas a unos metros de distancia, se fundía con los suaves cánticos en chamorro y español, homenaje a la herencia de la isla.

Inés, vestida con un sencillo vestido blanco adornado con bordados tradicionales, avanzó hacia Kaito del brazo de Nick, quien, con una sonrisa orgullosa, entregó a su tía en ese momento tan especial. Kaito, vestido con una camisa de lino y un Lei de flores frescas, apenas podía contener la emoción en las pupilas. Los invitados, un grupo numeroso de familiares y amigos cercanos, así como los miembros del Proyecto Pilar, observaban en respetuoso silencio.

El oficiante fue el cura de la parroquia, asistido por Rafaela, quien comenzó la ceremonia compartiendo, en una mezcla de inglés y chamorro, la historia del ifit y de cómo los espíritus de Hanom y su amada eran considerados guardianes del amor verdadero.

—Este árbol es testigo del sacrificio y la devoción de dos almas que trascendieron el tiempo. Hoy, su bendición será también la vuestra —dijo mientras colocaba un collar de conchas, que según Rafaela, era muy antiguo, en el cuello de Inés.

Cuando los novios intercambiaron los votos, el sol ya se había sumergido casi por completo, dejando que la suave luz de las antorchas iluminara el rostro de los dos. Kaito tomó las manos de Inés con una ternura palpable y, firme, le prometió ser su compañero en cada aventura, su refugio en cada tormenta. Inés,

llorosa, habló de cómo Guam y Kaito le llenaban el alma de esperanza y amor. Los aplausos resonaron cuando el sacerdote los declaró marido y mujer, y Kaito, sin dudarlo, inclinó la cabeza para besarla.

Rosa y Laura no paraban de llorar, y yo notaba el corazón a punto de estallar de alegría. Nick, que entrelazaba sus dedos con los míos, se llevó mi mano a los labios y depositó un dulce beso. Me sentía la mujer más afortunada de la Tierra.

Después de la ceremonia, los invitados se reunieron bajo las estrellas, alrededor de una hoguera. La música chamorra y los bailes tradicionales dieron paso a risas y anécdotas mientras el aroma de los platos locales colmaba el aire. Inés y Kaito, sentados juntos y tomados de la mano, contemplaban el ifit bajo el cual habían sellado su unión, sintiendo que su historia, aunque diferente, formaba ahora parte de algo mucho más grande: el legado de amor eterno que ese lugar sagrado albergaba.

Inés y Kaito eran la viva encarnación de los protagonistas de la leyenda de los amantes.

SOBRE LA AUTORA

Constanza Chesnott es autora de ficción histórica romántica y contemporánea. Nació en Madrid, España, en 1978. Estudió Derecho y ejerció la abogacía varios años. Es Master of Laws por la National University of Singapore y MBA por la Durham University Business School. Desde el 2005 reside en Asia con su familia, desde donde viaja por el mundo embarcada en aventuras literarias. La novela histórica con romances épicos es su género favorito, del que se enamoró con trece años cuando leyó *Corazón de piedra verde*, de Salvador de Madariaga.

Sus novelas han alcanzado el número uno en las categorías de ficción histórica en español, erótica y acción y aventuras.

Inspirada en su pasión por las películas románticas, ha escrito la serie *Como los amores de película: Cuatro amigas y cuatro viajes en busca del amor verdadero.*

Puedes seguir a la autora en:

https://twitter.com/CChesnottAutora
https://www.goodreads.com/author/show/16871811.Constanza_Chesnott
https://www.instagram.com/constanzachesnott_escritora/

Para recibir sus noticias y novedades suscríbete en:

http://www.constanzachesnott.com

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

De pasión y deshonra

Una inolvidable historia ambientada en el exótico marco de las colonias españolas de Asia en el s. XVII.

Las tropas españolas llevan décadas luchando en Flandes para someter a los herejes luteranos. La guerra se ha extendido a todas las posesiones de la Corona. Hans Van der Meer, capitán corsario a las órdenes de la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales y miembro de una sociedad secreta, fustiga con sus naves las posesiones españolas en ultramar. Temerario e imprevisible, sus gestas son ya leyenda en todos los puertos del Caribe. Sin embargo, bajo su feroz coraza esconde una herida imposible de cerrar, el abandono de su madre cuando era un niño.

Mariana López de Peñaflor, hija de un adinerado comerciante sevillano, y a punto de viajar a Nueva España para casarse con un reputado médico, ve cómo su mundo de certezas se derrumba. Dejando atrás su Sevilla natal, se embarca en una aventura vital que la llevará hasta los confines del Imperio.

De pasión y deshonra es la historia del encuentro inesperado entre un hombre y una mujer que cambiará el rumbo de sus vidas y los empujará a una increíble aventura llena de peligros y sorpresas en un viaje inolvidable en busca de identidad, de la reafirmación de la libertad por encima de las vicisitudes de un mundo en guerra y del amor como única posibilidad de supervivencia.

Una fascinante novela de traiciones y lealtades, de bravura y cobardía, de pasiones al límite.



A lomos del destino

Inolvidable historia de amor y pasión ambientada en el periodo mexicano de California en el s. XIX.

Selva Montoya debe cumplir el último deseo de su madre antes de morir: recuperar la hacienda familiar que les fue arrebatada en el pasado, y para ello viajará a California, tierra de misiones y ranchos, de caballos salvajes y vaqueros intrépidos, de pasión y brumas. Allí descubre el secreto que ha marcado su destino y deberá elegir entre su deber y el verdadero amor, que conoce en brazos de un hombre dispuesto a todo por conquistarla.

A lomos del destino es una fascinante historia de amor y odio, de lucha por la tierra y por liberar el corazón de los deseos frustrados que heredamos hasta encontrar el propio camino hacia la plenitud.



Donde braman los vientos

La joven reportera americana Jane Sunbright abandona su Boston natal los meses previos al estallido de la guerra entre Estados Unidos y México. Huyendo de una pasión tormentosa, pretende forjar su propio destino como periodista. Estar en la primera línea del conflicto y convertir el periódico familiar en un referente informativo es cuanto desea. Pero lo que no espera es que el amor derrumbe todos sus planes y la lleve por el camino sin retorno de la traición a su patria.

En esta fascinante novela desfilan osados aventureros, astutos generales y héroes patrióticos que marcaron el rumbo de la contienda y transformaron para siempre los contornos de las dos naciones.

Donde braman los vientos es un viaje trepidante a México en el s.XIX, donde los protagonistas se debatirán entre la intriga, la pasión, la cobardía y el valor en la lucha por salvar de la atrocidad de la guerra lo único que puede unirlos.



El puerto de los leones

Venganza, secretos de familia, ardientes pasiones y lucha de poder en el exuberante Singapur del s. XIX.

Catorce años después del accidente que mató a sus padres, Dara Lorenz regresa a la plantación La Esmeralda en busca de respuestas, pero su llegada despierta los demonios del pasado. Arrastrada por un torbellino de emociones y recuerdos inconexos, tendrá que reconstruir el desbaratado puzle de su existencia mientras se ve inmersa en la lucha de poder que libran las sociedades secretas por el dominio del lucrativo negocio del opio y el tráfico de culis en la isla.

Solo podrá confiar en un atractivo exconvicto con un oscuro pasado, que la arrastrará a vivir un apasionado romance mientras juntos descubren los secretos que se ocultan en la palpitante jungla de Singapur y que amenazan con destruirla. En la sombra, alguien está dispuesto a todo con tal de que no descubra la verdad.

Sumérgete en esta cautivadora historia entretejida de grandes pasiones.



Solo podías ser tú
(Libro I: El viaje de Mia)

Un verano inolvidable, un sueño por cumplir.

La exitosa abogada Sophia Miller acaba de recibir los resultados del chequeo médico y está muy enferma; y aunque su propia historia bien podría estar llegando a su capítulo final sin haber encontrado el amor, está decidida a darle a sus mejores amigas, Mia, Olivia y Desirée, ese final de película romántica que se merecen por ser las mejores amigas del mundo: un viaje inolvidable en solitario basado en su película romántica favorita; pero ninguna de ellas sabrá cuál es hasta que llegue al aeropuerto a la hora acordada.

Mia lleva cinco años trabajando en la residencia de ancianos en la que vivió y murió su abuela Carmen para pagar la deuda que supuso su estancia y su tratamiento médico. Por ella, tuvo que renunciar a sus sueños. Ahora tiene una nueva oportunidad de superar el luto y agarrar su destino con ambas manos. ¿Encontrará el verdadero amor en esta loca aventura en la que la ha metido Sophia?

Disfruta de este romance *chick-lit* y acompaña a Mia a vivir el mejor verano de su vida.



ÍNDICE

CAPÍTULO 1 TASI
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17 INÉS
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31 TASI
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41 TASI
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
EPÍLOGO
Sobre la autora
Otras obras de la autora